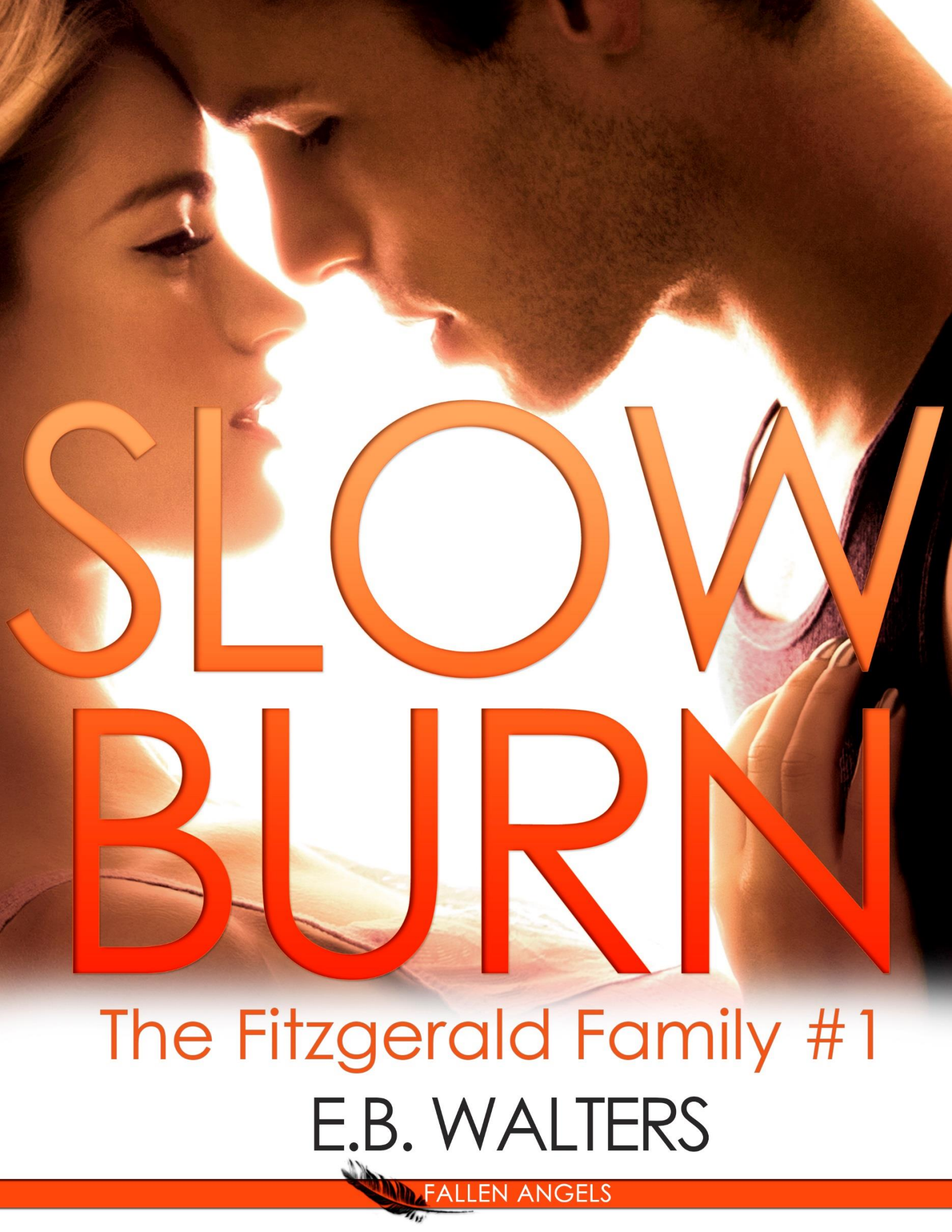


SLOW BURN

The Fitzgerald Family #1

E.B. WALTERS

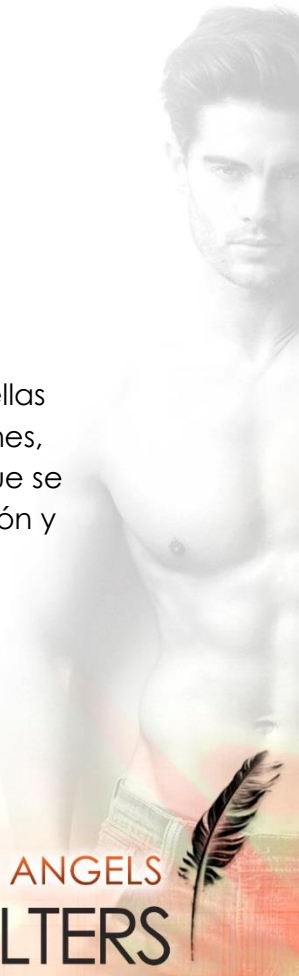
FALLEN ANGELS

Slow Burn

The Fitzgerald Family #1

E.B. Walters

FALLEN ANGELS
E.B. WALTERS



El presente documento tiene como finalidad impulsar la lectura hacia aquellas regiones de habla hispana en las cuales son escasas o nulas las publicaciones, cabe destacar que dicho documento fue elaborado sin fines de lucro, así que se le agradece a todas las colaboradoras que aportaron su esfuerzo, dedicación y admiración para con el libro original para sacar adelante este proyecto.

Créditos

Moderadora

Lady_Eithne

Staff de traducción

Lady_Eithne	Lililamour	Dark Juliet
Anniee	Pidge97	Lore
Lau30	Riaño	Felin28
dahleia	C_KARY	Rihano

Staff de corrección

Leluli	Yanii	Francatemartu
Liraz		Vickyra

Recopiladora

LadyPandor

Revisión

Dark Juliet

Diseño

Móninik

Índice

Sinopsis
Dedicatoria
Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Próximo libro
Adelanto del segundo libro
Sobre la autora

Sinopsis

Ella no quiere lidiar con el pasado…

Hace diez años, Ashley Fitzgerald fue testigo de la muerte de sus padres en un trágico incendio y bloqueó el recuerdo. Finge que ha salido adelante, es una artista de éxito y fotógrafa, hasta la mañana en que abre la puerta a un extraño, que asume que es un modelo, y le pide que se desnude hasta quedar en calzoncillos.

Él quiere exponer la verdad…

Empresario de éxito, Ron Noble tiene el cuerpo, el avión privado, los autos caros y las mujeres, pero oculta un secreto mortal. Su padre inició el incendio que mató a los padres de Ashley. Ahora alguien le está dejando pistas de podrían exonerar a su padre y le llevan a la puerta de Ashley. Cegado por la ardiente atracción entre ellos y un asesino despiadado que está silenciando a cualquiera que estuviera allí la noche del fuego, Ron no se atreve a contarle a Ashley la verdad. Aunque la respuesta que busca podría fácilmente separarlos.

Mientras, un pirómano demente trama su última venganza.

Dedicatoria

Este libro está dedicado a mi madre, Margaret Jane, y a mi padre, Walter, por guiarme y decirme que yo puedo.

Descansad en paz.

Agradecimientos

A mi editora, Melissa Maytnz. Gracias por tu reestructuración y por la limpieza de palabras innecesarias. No podría haber hecho esto sin ti.

A mis compañeras de críticas, Dawn Brown, Teresa Bellow, Katherine Warwick/Jennifer Laurens. Gracias por estar ahí cuando os necesitaba y permanecer ahí durante los cambios y modificaciones.

A mi lectora beta Chicki Brown, gracias por leer y leer esto una y otra vez. Eres impresionante.

A mi marido, Mike, y a mis hijos, gracias por vuestro continuo apoyo.

Os quiero, chicos.

Capitulo 1

Traducido por Lady_Eithne

Corregido por Leluli

Ashley despertó jadeando en busca de aliento, aire acre obstruyendo sus pulmones. Se levantó de golpe mientras sus ojos recorrían rápidamente la habitación. No había humo ni fuego, solo el familiar techo alto de su apartamento. La luz entrando a raudales desde las ventanas del piso de abajo se reflejaba en el espejo de cuerpo entero de su vestidor, haciendo que entrecerrara los ojos. Se dejó caer de nuevo en la cama y tomó profundas y calmantes inspiraciones.

Las pesadillas se estaban volviendo más y más vívidas. Estaba a salvo, no atrapada en una casa en llamas con sus padres. Y el sonido estridente era el teléfono, no un camión de bomberos. Se apoyó de lado y descolgó el teléfono de la mesilla de madera de cerezo.

—Sí. —Su voz salió confusa y débil.

—¿Ashley Fitzgerald? —dijo una desconocida y profunda voz masculina.

—Soy yo.

—Ronald Douglass. Dejé un mensaje en su buzón de voz anoche.

Ashley frunció el ceño ante la ligera censura en su voz.

—No he estado por aquí para poder revisar mis mensajes aún. ¿Qué puedo hacer por usted, Sr. Douglass?

—¿Podría pasarme por su estudio para una breve charla?

El reloj de pared del piso de abajo repiqueteó. Eran las siete y media, demasiado temprano para alguien que se había ido a la cama a las dos de la mañana. Peor que eso, el modelo masculino para su siguiente serie erótica estaba previsto en menos de una hora. Ashley gruñó. Necesitaba a una cafetera llena para poder funcionar.

—Lo siento, eso no es posible —dijo ella—. Estoy ocupada esta mañana.

—Tengo un ligero problema, Srta. Fitzgerald. Quiero sorprender a mi abuela con un retrato por su cumpleaños y me han dicho que usted es la persona a la que recurrir si quiero una obra de primera calidad. Se lo prometo, no le robará mucho de su tiempo, tan sólo estoy a unas pocas manzanas de distancia de su estudio.

—Lo siento, Sr. Douglass. No estoy aceptando más trabajos por encargo, no por una temporada. Pero puedo recomendarle a un buen amigo y colega.

—No quiero a nadie más, Srta. Fitzgerald.

Sus palabras eran muy halagadoras, pero su sentido de la oportunidad apestaba. Con la gran inauguración del nuevo museo para niños el próximo mes, los murales de pared debían estar terminados antes. Luego estaba su nueva muestra de series eróticas. No tenía tiempo para aceptar trabajo extra.

—Siento no poder serle de más ayuda, Sr. Douglass. Estoy realmente saturada.

—Escuche, sé que estoy siendo bastante particular acerca de esto —dijo él después de una breve pausa—. Verá, a mi abuela no le queda una vida muy larga, pero le encanta su trabajo y posee varias de sus piezas originales. Conseguir que usted haga su retrato significaría mucho para ella.

Un nudo se formó en su garganta y sus entrañas se ablandaron. Ella había perdido a su abuela cuando era adolescente, justo después de que murieran sus padres. Como la persona que llamaba, ella adoraba a su abuela.

Ashley suspiró.

—De acuerdo, Sr. Douglass. Pero no podemos vernos ahora.

—¿Quizás hoy más tarde?

Si fotografiaba a la modelo por la mañana, se pasaría la tarde haciendo bocetos. Su noche también estaba ocupada. Era la noche de salida de chicas con sus primas. No se atrevía a cancelar o ellas la despellejarían. Además, prefería conocer a los clientes potenciales en sus hogares.

—Estoy completamente ocupada hoy. El lunes por la noche sería mucho mejor.

—Estaré fuera de la ciudad toda la semana que viene —sonaba frustrado— . ¿Qué hay de mañana?

De ninguna manera. El domingo era su día libre.

—Lo siento pero no puedo. Escuche, ¿por qué no me llama cuando vuelva de su viaje y podemos escoger una hora mucho más apropiada?

Esta vez el silencio en la línea fue más largo, incómodo.

—Bien. Que tenga un buen día, Srta. Fitzgerald. —La línea se cortó.

No tenía muy buen humor, ¿verdad? Ashley se encogió de hombros, se movió hacia el borde de la cama de cuatro postes y tamaño extra grandes y se bajó.

Sus pies se hundieron en la alfombra rizada de color crudo[1]. Sin molestarse en ponerse las zapatillas, bajó apresuradamente la escalera metálica hacia la cocina y encendió la cafetera, luego se dirigió de nuevo escaleras arriba hacia la ducha.

El agua caliente no calmó la tensión que circulaba a través de ella, el efecto de la pesadilla. ¿Pararían alguna vez? A este ritmo se volvería loca. Se puso un kimono de trabajo floreado, se deslizó dentro de unos mocasines y bajó corriendo las escaleras. Después de servirse una taza de café y añadir crema de leche con sabor a avellana, garabateó unas pocas notas en un Post-It y lo presionó contra la puerta de la nevera.

Sorbiendo el café, caminó hacia el caballete con forma de H y sonrió ante la pieza que había terminado la noche anterior. Qué niño más guapo. Qué injusto que hubiera muerto tan joven, al igual que los padres de ella.

Ya estoy otra vez, pensando en mamá y papá. A este ritmo, no podría conseguir hacer mucho hoy. El problema era que las pesadillas tendían a recordarle su pérdida. Frunció el ceño hacia la puerta como si pensara que podría hacer que el modelo apareciera por pura voluntad. ¿Dónde estaba? Los modelos de Dee solían ser muy profesionales y raramente llegaban tarde. Quizás debería haber pedido ver el portafolio de este nuevo chico, o

[1] **N. de Tr:** En el original hablan de color **eggshell**, que es un término que se usa sobre todo en decoración y abarca todas las tonalidades que puede tener una cascara de huevo, desde el blanco amarillento al marrón claro. En español solemos denominarlos colores crudos.

hablado con él primero. No, eso no habría tenido sentido. Dee nunca le había fallado en los cuatro años que llevaban trabajando juntas.

Un suspiro se le escapó. Necesitaba relajarse antes de que el hombre llegara o su sesión sería una pérdida de tiempo. Sólo había una manera de lidiar con la energía furiosa que giraba dentro de ella.

Ashley agotó su café y colocó la taza en lo alto del baúl con cajones que sostenía sus pinturas. Luego apoyó la pintura al óleo terminada en un estante para que se secara, reemplazándola por un lienzo en blanco y puso un cubo de agua en un taburete junto al caballete. Vertió gotas de pintura del tamaño de una moneda de diez centavos sobre la paleta, tomó un pincel y comenzó a trabajar. Ningún boceto a lápiz para comenzar, sólo gruesos trazos atravesando el lienzo.

Su mano temblaba, pero no dejó de trabajar. No poder parar era más de lo mismo. El tiempo seguía detenido mientras su pasado y su presente colisionaban, mientras los demonios que amenazaban su cordura se fusionaran con la pintura que tenía enfrente. Dejó caer el pincel y la paleta en el cubo de agua y se estremeció. ¿Cuántas veces había pintado esa casa? El ejercicio no detenía las pesadillas.

Arrastró su mirada desde la pintura hacia la infinidad de lienzos cubiertos con paños sobre los estantes de madera a lo largo de las paredes. La gente encargaba y pagaba miles de dólares por sus pinturas únicas y aun así, ella estaba encerrada en un bucle: quince años de edad por la noche y veinticinco durante el día, todo porque no podía dejar marchar al pasado.

Sólo había una solución. Quería la casa arrasada por los suelos. Demolida hasta los cimientos hasta que ni un solo bloque, viga o panel quedara en pie. Que la llamaran infantil o vengativa, pero borrar completamente ese lugar de la superficie de la tierra la llenaría de una gran cantidad de satisfacción, y le daría la conclusión que buscaba.

Ashley se giró y agarró el teléfono del mostrador de la cocina. Su mirada rozó la superficie del reloj. Eran las nueve en punto y Toni debería estar en su oficina. Seleccionó en la marcación rápida el número del agente inmobiliario.

—Buenos días, Toni. ¿Te reuniste ya con el agente de Nina Noble?

—Ah, sí. Me guio alrededor de la casa y los terrenos. Está en unas condiciones geniales y tiene un montón de árboles viejos, pero creo podrías conseguir algo mejor.

—No, quiero esta. —Se apoyó contra el mostrador y frunció el ceño mirando a la pintura sobre el caballete—. Acepta lo que quiera que pidan por ella y tráeme los papeles para firmarlos.

—¿Estás de broma? Esa no es la forma de conseguir el mejor acuerdo, Ash. Pretendo revisar el valor de mercado primero, luego ofrecer un diez por ciento menos de lo que...

—No lo hagas. —Se estiró hacia delante, giró la pintura para que encarara al caballete—. Pagaré lo que sea que pidan.

—De... de acuerdo. Pero su agente insinuó que es importante para Nina quién será el nuevo comprador y lo que él o ella planeen hacer con la casa.

Ashley hizo una mueca. Sólo Nina, la ostentosa diva, podría añadir tal estipulación a algo que está vendiendo. Pero no había forma de saber cómo reaccionaría la actriz si supiera que Ashley quería comprar su casa.

—No creo que sea una buena idea darle mi nombre. Pero si la gente quiere saber lo que pretendo hacer con ella, diles que quiero convertirlo en una comunidad para artistas, un lugar donde los artistas residentes puedan ofrecer clases de baile, canto y arte para niños. —Era el sueño que sus padres habían deseado antes de morir, y la Casa Carlyle había sido el edificio elegido. Ahora el sueño era de ella para completarlo, excepto que el infierno se congelaría antes de que usara esa casa—. Llámame cuando tengas todo dispuesto, ¿de acuerdo? Tengo que irme. Adiós.

Ashley presionó el botón de apagado y colocó el teléfono de nuevo en su soporte. Por un instante, miró fijamente a su mano temblorosa y su respiración se entrecortó. Cerró la mano en un puño y respiró hondo. Estaba harta de ser perseguida por su pasado, anhelando ser libre.

No, se merecía ser libre, vivir una vida sin dudas ni fobias, algunas de las cuales ni ella ni su terapeuta podían explicar. Con la casa destruida, comenzaría su proceso de sanación.

Ahora que eso estaba arreglado, necesitaba concentrarse en algo más. Su mirada fue de nuevo a la puerta. ¿Dónde estaba su modelo? Dee tenía algunas explicaciones que hacer.

Ashley enjuagó sus pinceles y su paleta, echó un vistazo a su kimono y gruñó. En su apuro por exorcizar sus demonios, se había olvidado de ponerse una bata para protegerlo. Se apresuró hacia el piso superior para cambiarse.

—Debiste caer por su casa sin anunciarte. Sé que yo lo habría hecho.

—¿Qué habría conseguido con eso? —Ron se apoyó contra el asiento de cuero de pasajero y echó una ojeada a su amigo de largo tiempo Kenny Lambert, ex agente del FBI reconvertido en detective privado.

—Un montón. En mi línea de negocio —continuó Kenny—, ser agradable no consigue nada. Si quieres llegar al fondo de esto, olvida tu imagen corporativa y tus escrúpulos y empieza a jugar sucio. Ya estás en la dirección correcta... Ronald Douglass. Para ser un alias, suena bien —añadió con una sonrisa.

Ron hizo una mueca. No era tanto un alias. Douglass era su segundo nombre.

—No podía decirle mi nombre real, hombre. No he conseguido más que hielo de los compañeros de incendios de mi padre. No les importa recordar el pasado hasta que menciono la Casa Carlyle. Entonces tienen lugares a los que ir, cosas que hacer. No quería que ella también me rechazara. Pero tienes razón. Es hora de agitar las cosas un poco. —Entraron en el distrito artístico de NoHo[2] del centro de Los Ángeles—. Dirígete a Lauderhill Boulevard. Quiero que me dejes fuera de su edificio.

Intercambió una sonrisa con Kenny, pero sus entrañas se enrollaron como un muelle. Odiaba mentir, pero descubrir lo que ocurrió la noche del incendio significaba mucho más que unos pocos principios. Y el muro de silencio de esos bomberos sólo lo volvía más decidido a llegar a la verdad. Como colofón, la culpa era fuerte y pesada sobre él. No debería haber permitido que su tío lo disuadiera de investigar el incendio cuando su padre murió. Por supuesto tenía veinte años en aquel momento y su madre lo

[2] **NoHo Arts District**: es una comunidad situada en el barrio de North Hollywood (NoHo) en la ciudad de Los Ángeles, donde se concentran numerosos teatros contemporáneos, galerías de arte, cafés y tiendas.

había necesitado, pero debería haber seguido su instinto visceral y contratado a un investigador. Se había rendido demasiado pronto, huido de los rumores y de las insinuaciones de que su padre había iniciado el fuego. Esta vez no sería disuadido. Alguien ahí fuera sabía lo que había sucedido esa noche. Aunque su motivo para dejarle las pistas seguía siendo cuestionable, no podría vivir consigo mismo si no intentaba descubrir la verdad. Quizás incluso podría limpiar el nombre de su padre.

Entraron en Magnolia Boulevar, pasaron junto a un semáforo y giraron a la izquierda en Lauderhill. Ron esperó hasta que Kenny se detuvo y aparcó antes de hablar.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, mirando a Kenny

—Un antiguo colega del FBI me debe unos pocos favores. Me dirigiré a Wilshire Boulevar y le entregaré eso.

Kenny señaló la bolsa hermética en la bandeja entre los asientos. En ella estaban los dos sobres que alguien había dejado a Ron en las últimas dos semanas.

La primera vez que Ron vio el pequeño sobre atrapado bajo el limpiaparabrisas de su auto, había pensado que era una multa de aparcamiento. No es necesario decir que tiró de él, lo abrió y dejó sus huellas dactilares por todo el sobre y la carta. Eso fue hace dos semanas.

La segunda vez fue ayer por la tarde. Había estado en su oficina y su auto aparcado en el garaje subterráneo del edificio que alojaba las oficinas de Neumann Security, la filial de la empresa de su familia. Su auto todavía estaba en el mismo lugar, esperando por Kenny. Esta vez se había cubierto las manos antes de tomar el sobre y abrir la carta.

Las cartas tenían una lista de tres nombres y la pregunta: “¿Qué sucedió realmente esa noche?”. La cosa más extraña era que cada letra estaba cortada del periódico y pegada al papel, bastante arcaico. Un simple mensaje de texto habría sido suficiente. Y las palabras “sucedió” y “realmente” estaban mal escritas[3].

[3] **N. de Tr:** Originalmente la frase dice que las palabras estaban escritas con una sola L y una sola P, debido a que se refiere a las palabras “really” y “happened”, que se escriben con doble L y doble P respectivamente.

A Ron le había llevado días identificar a los tres hombres de la primera lista. Todos ellos habían trabajado en la estación de bomberos donde su padre solía ser bombero voluntario. ¿Pero había sido una coincidencia que dimitieran justo después del incendio de Casa Carlyle? Esa pregunta lo estaba volviendo loco. Aún tenía que hablar con todos los de la segunda lista. El nombre de Ashley Fitzgerald era el primero.

En cuanto al mensaje críptico, había llegado a la conclusión de que quien quiera que le enviaba las cartas o bien quería que reabriera el caso o había conseguido un extravagante esquema de chantaje. Tanto la oficina del Departamento de Incendios como el Departamento de Policía de Los Ángeles se habían negado a tomarse las cartas en serio. No había suficientes evidencias para sospechar de juego sucio y reabrir el caso del incendio de Carlyle. Tampoco consideraron las cartas como amenazantes. No importaba. Nada lo detendría de seguir adelante con la investigación, incluyendo la atareada agenda de Ashley.

—¿Cuándo recuperaré mi auto? —preguntó Ron a Kenny. El detective privado había tomado un desvío para recoger a Ron en su casa de las colinas de Hollywood.

—Hoy en algún momento… tan pronto como mi amigo lo empolve en busque de huellas. ¿Dijiste que habías hablado con el personal de seguridad del edificio?

—Brevemente. Las grabaciones de las cámaras de vigilancia no mostraban a nadie merodeando cerca de mi auto. Pero siéntete libre de echarles otra ojeada, puedo haber pasado por alto algo.

—O a alguien. También tendré otra charla con los silenciosos colegas bomberos de tu padre.

—Bien. Gracias por el viaje. —Ron se apeó. Llamar a Kenny había sido un movimiento brillante. Con suerte el detective privado lo ayudaría a descubrir a la persona que enviaba esas condenadas cartas—. Reunámonos luego.

Kenny lo saludó con un dedo.

—Te haré saber cuando tu auto esté listo y lo que averigüe mi amigo. ¿Todavía vas a ir a la convención en San Diego?

Como bombero voluntario de incendios incontrolados, raramente acudía a las convenciones de bomberos. Este año era diferente. El nombre del antiguo jefe de su padre era el segundo de la lista.

—Sí. Oí que Jonathan Blackwell va a recibir una medalla. Espero encontrarme con él allí.

—Vigila tus espaldas. Quienquiera que está haciendo esto debe tener algo que ganar. Nadie remueve un caso de hace diez años por diversión. —Kenny entornó los ojos hacia el edificio de Ashley y añadió:

—Hazme saber lo que dice la dama.

Ron no podía estar más de acuerdo con Kenny. Nadie hacía las cosas desde la bondad de sus corazones, no según su experiencia. Se apartó del auto y esperó hasta que Kenny arrancó antes de dirigirse hacia la entrada del edificio.

El edificio, como muchos en la zona, usaba los productos y servicios de Neumann Security. Su familia fabricaba y distribuía lo último en equipamiento electrónico de vigilancia y programas diseñados a medida para negocios, hogares e incluso empresas de investigación privada como la de Kenny. La filial que Ron gestionaba también empleaba a guardas de seguridad altamente entrenados. El que estaba de turno lo reconoció y se puso en pie antes de que llegara al mostrador.

Ron se dirigió a los ascensores después de hablar con el guarda. Luchó contra la tensión que enredaba sus entrañas mientras observaba los números proyectados en la pantalla LCD. ¿Y si ella lo reconocía y le negaba la entrada? Diez años era mucho tiempo para que alguien recordara los detalles de un accidente, especialmente uno que había cambiado su vida. Estaría jodido si ella decidía no ayudarlo.

Cuando se paró fuera de la puerta de Ashley, Ron respiró hondo antes de pulsar su timbre. Esperó unos pocos segundos y luego inclinó la cabeza para escuchar en busca de movimiento en el interior. No se oía ni un susurro desde dentro, y aún así sabía que ella estaba en casa.

Apoyó su pulgar sobre el timbre y lo sostuvo más tiempo del necesario. Cuando todavía no hubo respuesta, aspiró una bocanada de aire y giró sobre sus talones. A dos pasos de distancia, la puerta se abrió y una voz baja y ronca lo golpeo desde atrás, enviando una sacudida a través de su organismo.

—Basta con el alboroto. Estás, uuh… —su voz se fue apagando.

Él se volvió y contempló su piel cremosa y perfecta, la nariz coqueta y labios exuberantes. Sus ojos almendrados del color de las gotas de miel destellaban y el brillante y abundante cabello caoba con reflejos cobrizos se esforzaba por liberarse de lo que quiera que lo mantuviera atado hacia atrás.

¿Podría esta preciosa mujer ser la chica asustada de hace diez años? La imagen de ella de aquella noche había permanecido con él durante todos estos años. No podía ni siquiera explicar por qué.

—¿Ashley Fitzgerald?

—Llegas tarde —dijo ella con una voz fría e impaciente.

Él levantó una ceja.

—¿Sí?

Ella le lanzó una delicada muñeca hasta debajo de su nariz. Su reloj de oro capturaba la luz del techo y relucía.

—Son las nueve y media pasadas. Tenías que estar aquí hace una hora.

Su esencia femenina llegó hasta su nariz. Algo floral. ¿Rosas? Frunció el ceño, molesto consigo mismo por dejar que su mente vagara.

Se aclaró la garganta, preparándose para explicar su presencia.

—Creo que usted se confun…

—No importa —dijo ella, dando un paso atrás y con su otra mano agarrando un teléfono móvil, le indicó que entrara en el apartamento—. Estás aquí ahora. Entra.

Obviamente ella lo estaba confundiendo con otra persona. Pero después de los obstáculos que se había encontrado en las últimas dos semanas, sería un tonto si no tomara ventaja de la situación. Ser invitado a su casa era un paso más cerca de conseguir su objetivo.

—Gracias. —Desplegó una sonrisa mientras entraba en el apartamento.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó ella cerrando la puerta.

—Ron.

—Ponte cómodo, Ron. —Señaló en dirección a un diván de cuero—. Estoy al teléfono. Estaré contigo en un segundo.

Observó cómo se paseaba hacia la cocina, el teléfono en su oreja, y se encontró disfrutando de la forma en que su atuendo de una sola pieza de seda se movía y fluía rodeando sus curvas.

Ron apartó su mirada, meneó su cabeza para sacudir su cerebro de vuelta a su sitio e hizo una mueca. Necesitaba controlarse, rápido. No podía permitirse ser distraído. Ashley sabía mucho, pero por el brillo obstinado que había atisbado en esos ojos, no iba a rendirse y soltar la lengua solo porque él se lo pidiera.

El olor de café recién hecho lo impulsó a adentrarse más en la habitación. Respiró hondo y miró alrededor con interés. La gran cantidad de lienzos cubiertos con paños a lo largo de las paredes combinado con el efecto de la luz derramándose hacia el interior del apartamento a través de las grandes ventanas era deslumbrante. Deseaba poder ver algunas de las piezas. Las que había visto por toda la ciudad, incluyendo las dos que poseía su abuela, eran realmente magníficas.

Una pieza en el caballete atrajo su atención. Estaba dada la vuelta, pero algo en ella lo impulsó a acercarse. Lo inclinó para echar un mejor vistazo y se quedó sin aliento.

La Casa Carlyle era inconfundible. Faltaba su enorme puerta principal y las llamas saltaban desde cada ventana y un rostro… no, un par de grandes ojos observaban desde el humo que ondulaba sobre las torretas.

—Disculpa. ¿Qué crees que estás haciendo?

Dejó ir el lienzo, se apartó de la pintura y desplazó su mirada para encontrarse con la de ella. Su mano estaba sobre su cadera, atrayendo su atención hacia seductora curva, y sus ojos almendrados ardieron. Que lo condenaran si no admitía que tenía un aspecto espectacular.

—Me disculpo. No debí haber echado un vistazo a tu trabajo sin preguntarte antes. —Esperó, sus entrañas contrayéndose con cada segundo que pasaba. Bien hecho, Noble. Ahora ella te echará de una patada y no podrás culpar a nadie más que a ti mismo. Le dirigió una sonrisa arrepentida.

Ella parecía lista para darle una reprimenda. Luego el enfado pareció abandonarla. Se apoyó contra el mostrador y dejó salir un largo suspiro.

—Hay dos cosas que no toleraré de un modelo: la tardanza y echar un vistazo a mi trabajo. —Su voz era firme, pero ni ruda ni enfadada—. Dee me dijo que habías hecho esto antes, así que desvístete ahí. —Señaló a una zona dividida en el rincón—. Ya que llegas tarde, simplemente haré unas pocas instantáneas. Empezaremos con el torso superior, así que la camiseta se va y el pantalón se queda por el momento. Si quieres escuchar música, tengo clásica, jazz, rock... lo que quieras. Trabajaremos ahí. —Con un movimiento de cabeza indicó el diván de cuero negro cerca de una ventana y del caballete—. Si tenemos tiempo, me gustaría hacer unas fotos de ti en calzoncillos. ¿Qué?

—¿Calzoncillos?

Ashley ignoró su expresión incrédula. ¿Por qué su solicitud de un modelo masculino maduro había sido cubierta por una masa de arrogancia masculina de un metro ochenta de alto? Guapo a la vista, pero un problema para trabajar con él. Dee ya se había disculpado por la tardanza del hombre durante su breve conversación telefónica, pero juraba que era un placer trabajar con él. Sí, claro.

—Sí, calzoncillos. —Se apartó del mostrador y se acercó a él, contemplando su piel bronceada que proclamaba que era un hombre de actividades al aire libre. Pero la combinación de ojos del color azul cobalto de Monet y el cabello corto al rape del color de la medianoche era más apropiada para una oficina corporativa con vistas panorámicas. Él era una contradicción y sus dedos ansiabas agarrar un pincel e inmortalizarlo en un lienzo.

Lentamente lo rodeó, observando desde cada ángulo su cuerpo alto y bien trabajado, preguntándose si estaba bronceado por todas partes. La camiseta negra y los vaqueros azules no hacían mucho por esconder los fibrosos músculos que había debajo. No solían gustarle los hombres con vello facial, pero la sombra de su barbilla contrastaba con su piel dorada y le daba un aspecto sexy y libertino. Un tatuaje de algo era parcialmente visible sobre la parte superior de su brazo izquierdo. ¿Tenía más sobre el torso? No es que eso importara. Se lo imaginaba fácilmente con nada más que una sábana roja de seda envuelta alrededor de sus caderas. Con su pincel podía convertirlo en la fantasía de toda mujer. Sonrió ante sus ideas.

Pero eso era para más tarde, ahora lo quería en calzoncillos. Ni boxers ni bermudas. Simplemente calzoncillos. Cuando más pequeños y apretados, mejor.

—Espero que eso no vaya a ser un problema, porque más tarde necesitaré fotos de desnudo. —Su sonrisa se amplió—. Montones.

—No tengo problemas con estar desnudo. —Él se giró hasta que estuvieron cara a cara. Una estrafalaria sonrisa mostrándose en sus sensuales labios—. Simplemente no me quito la ropa por dinero.

—Pero…

—Lo haré gratis, si conozco a la dama. —Los ojos azules centellearon bajo las cejas arqueadas—. No te conozco… aún.

Ella ahogó un gruñido.

—Mira. Dee me dijo que eras un profesional y los profesionales conocen las reglas. Nada de observaciones personales ni coquetos baratos. Y para tu información, amigo, no estoy interesada en que me conozcas, sólo quiero tu cuerpo. —Las comisuras de los labios de él se elevaron y las mejillas de ella se calentaron—. Ah, quiero decir que quiero usarlo. —Cuando él se cruzó de brazos y continuó sonriendo, Ashley suspiró—. Ya sabes a qué me refiero. Sé bueno. Quítate la camiseta.

Ella necesitaba café, ya. Quizás le ofrecería a él un poco luego, si se comportaba. Ahora mismo, estaba demasiado molesta como para siquiera mirar hacia él. Dee era mujer muerta por hacerle esto. Un profesional, por supuesto. Él era un peligro.

Ashley se giró y marchó hacia la cocina.

—¿Quién es Dee? —preguntó Ron desde detrás de ella.

—¿Qué? —Ashley se detuvo y giró en redondo—. Deirdre Packard, la dueña de Expresiones Artísticas Dee. ¿No eres el modelo que envió?

Él sonrió.

—No. No soy un modelo masculino, pero gracias por el cumplido. —Se movió para pararse frente a ella, la sonrisa desapareciendo de sus labios y sus ojos volviéndose serios—. Estoy aquí para verte por un tema completamente distinto. Hablamos antes… Ronald Douglass.

Ah, el hombre dulce con una abuela moribunda. Aunque “dulce” no era exactamente como ella lo apodaría tras este cara a cara. “Arrogante” le vino a la mente, si pensaba que podría pasearse por aquí y mentirle. “Demasiado

guapo para su propio bien" era otro. Le irritaba admitir que había estado deseando capturar su rostro cuadrado y anguloso y esos electrizantes ojos azules.

Ashley suspiró.

—Te dije que estaba demasiado ocupada para reunirme contigo esta mañana. ¿Y por qué no me dijiste quién eras en el minuto en que te diste cuenta de que te había confundido con mi modelo?

—Me disculpo. No me pasa a menudo que una mujer me pida que me desnude inmediatamente después de conocerla. —Una sonrisa cautivadora se desplegó en sus sensuales labios.

Ahora era un cómico. Ashley le clavó sus ojos entrecerrados.

—¿Tienes siquiera una abuela moribunda o que necesite que le hagan un retrato?

Una mirada de culpabilidad le cruzó el rostro.

—Está sana como un caballo, y esa es la verdad. Pero me gustaría obsequiarla con su retrato para su próximo cumpleaños. Escucha, esperaba que me dedicaras unos pocos minutos. —Una mirada de perrito abandonado se asentó en su rostro.

Definitivamente demasiado confiado de sus encantos y acostumbrado a conseguir su propósito, decidió ella. En cualquiera de los casos, era un completo desconocido. Aunque no había nada amenazador en él, Ron era un hombre grande. ¿Cómo de rápido podía moverse? El botón del pánico de su avanzado sistema de seguridad estaba junto a la puerta, y él estaba plantado entre ella y el botón. Se fijó en el Rolex y en los vaqueros de diseñador, su cabello arreglado y en esos ojos. Algo chisporroteaba entre ellos, pero Ashley lo ignoró. Buen aspecto y gustos caros no significaban dinero. Tenía dos opciones aquí: decirle que se fuera o escucharle.

Ashley se movió hasta que la isla de la cocina estuvo entre ellos. Sólo entonces señaló el taburete al otro lado del mostrador de frente al suyo.

—De acuerdo, Ronald Douglass, tienes mi atención.

Él se aproximó a ella lentamente.

—Aprecio eso.

—¿Te gustaría tomar café? —preguntó.

—Eso estaría bien, gracias. —Él sonrió.

—¿Cómo lo tomas?

—Solo. —Él la observó mientras sacaba tazas de una alacena—. Lo que te dije antes era verdad. A mi abuela realmente le gusta tu trabajo y yo necesito que se haga un retrato de ella. ¿Todos tus sujetos tienen que posar para ti?

—No. A menudo uso fotografías. Mira aquella. —Señaló hacia la pintura descubierta que había terminado la noche anterior—. Usé varias fotografías tanto del chico como del caballo.

—¿Puedo? —preguntó Ron.

—Adelante. —Ella llenó dos tazas de café y añadió crema de leche con sabor a avellana a la suya. Por el rabillo del ojo, observó a Ron estudiar la pintura, su sonrisa rápida y apreciativa.

Una sonrisa poco convencional. A ella le perdía cualquier cosa inusual. Su mirada siguió la línea de su mandíbula hasta su oreja, el hueco bajo su pómulo prominente y las cejas arqueadas sobre esa nariz arrogante. Había pintado a una buena cantidad de hombres guapos, pero había algo acerca de Ron que la hacía querer agarrar un cuaderno de dibujo, un pincel y una paleta.

—Esto es increíble… tan real —dijo Ron, haciendo que se diera cuenta de que estaba mirando fijamente—. El pony parece como si pudiera salirse de la pintura y hacer cabriolas alrededor. —Soltó una carcajada y ella sonrió—. Casi puedo oír al chico chillando “¡Arre!”. Le deben de encantar los caballos.

—Sí, le encantaban. —La tristeza trepó por su voz y su garganta se cerró de forma que tuvo que tragar saliva fuerte para aclararla—. Murió hace dos meses en un accidente de tráfico. —Lo oyó jurar en voz baja bajo su aliento mientras ella cargaba las tazas hacia el mostrador de la isla y se sentaba en un taburete.

—Debe ser duro trabajar en una pieza así. —La mirada de Ron se clavó en su rostro cuando se reunió con ella.

Él no sabía ni la mitad de eso.

—Sí, lo es. Pero entiendo el amor que motivó a su madre para querer hacer algo especial en memoria de su hijo. Aquí tienes. —Colocó el segundo café delante de él.

—Gracias. —Se sentó frente a ella, tomó un sorbo de su bebida y acunó la taza en sus grandes manos—. Ashley, quiero tu ayuda con algo muy importante para mí.

—Lo sé… el retrato de tu abuela. Necesito saber con cuánta prisa lo quieres. Puedo trabajar en base a unas pocas fotografías recientes, a menos que lo prefieras de cuando era joven y… —Su voz se apagó cuando vio la mirada sombría en su rostro—. ¿Qué pasa?

Él dudó un momento antes de decir.

—Quiero hablar contigo de la Casa Carlyle.

Ashley se mordió el labio inferior, sus entrañas contrayéndose. ¿Había dado Toni su nombre a pesar de su conversación anterior?

—Eres el agente inmobiliario de Nina Noble.

—No, soy su hijo.

—Pero dijiste que tu nombre era Ronald Douglass. —Su voz era acusadora, pero no le importaba.

—Ambos son mis nombres, simplemente omití mi apellido. Cada vez que doy mi nombre completo, las puertas se cierran en mis narices.

—¿Disculpa?

Su mirada se movió hacia la pintura en el caballete y luego de vuelta a su cara.

—Estoy investigando el incendio en la casa hace diez años.

Un escalofrío reptó subiendo por su espalda. Abrió la boca para preguntarle por qué, aunque lo pensó mejor y decidió que no quería saberlo. En lugar de eso empujó hacia atrás su taburete y se puso en pie.

—Lo siento, no puedo ayudarte. Tienes que irte.

Ron se restregó la cara y dejó salir un suspiro profundo. Su mirada, cuando levanto la vista, era directa, casi suplicante, pero ella no estaba

completamente segura de ello. Aun así, no podía soportar más locura, no por encima de las pesadillas y de todo lo demás.

—Realmente necesito tu ayuda —añadió él suavemente.

Ella dio un paso atrás desde el mostrador y lejos de él, sus entrañas agitándose.

—No.

Él frunció el ceño.

—He estado recibiendo cartas anónimas con una lista de nombres. Una era de bomberos, todos amigos de mi padre, todos retirados después del incendio. Fui lo suficientemente curioso como para ponerme en contacto con ellos. Tan pronto menciono el incendio, no quieren hablar. Es casi como si supieran algo, como si tuvieran miedo. ¿Y si el incendio fue provocado de forma deliberada y alguien quiere que averigüe la verdad? La gente responsable podría estar todavía ahí fuera. Eso significaría que tus padres…

—No. —Ella levantó los brazos como si quisiera evitar que las palabras alcanzaran sus oídos. No es que eso importara. Ya sabía lo que él iba a decir—. No quiero oírlo. La muerte de mis padres fue accidental, ya he aceptado eso. El Departamento de Incendios dijo que fue por cableado defectuoso. —Tragó saliva, rechazando considerar la posibilidad de que alguien hubiera iniciado el fuego, que sus padres hubieran sido asesinados. Había llorado y aceptado su pérdida. Todo lo que necesitaba para seguir adelante era deshacerse de la Casa Carlyle, no revivir esa noche espantosa—. Quiero que te vayas ahora, Ron.

—Ashley…

—Por favor, vete. —Se envolvió el cuerpo con los brazos y se negó a encontrar su mirada, pero todavía podía sentirla sobre ella.

Después de un momento, él se puso en pie.

Su cabeza latía con la tensión y sus dientes dolían de apretarlos demasiado, pero Ashley lo soportó. Siguió la figura esbelta y musculosa de Ron hasta la puerta. Hacía unos pocos días, ella había estado emocionada por ver la casa en un anuncio, y su decisión de comprarla y demolerla había parecido muy factible. Y ahora esto.

Ron abrió la puerta principal, se detuvo fuera en el vestíbulo y se volvió para encararla. Antes de que ella pudiera hablar, él estiró el brazo y tocó el suyo.

—Piensa en ello —dijo.

—No hay nada que pensar.

—Estaré en contacto acerca del retrato de mi abuela. —Se giró y se alejó a paso lento.

Ashley lo miró fijamente, imágenes indeseadas del pasado se proyectaban en su cabeza. Cuando él entró en el ascensor y la puerta se cerró sobre su rostro desprovisto de sonrisa, ella se hundió contra el marco de la puerta. Su cuerpo estaba temblando. Ya no quería hacer el retrato de su abuela. Él sólo lo había usado como una trampa para entrar en su casa, estaba segura. ¿Y para qué? Para llenar su corazón con pavor, para atreverse a pedirle que reviviera su peor noche. El hombre estaba mal de la cabeza.

Capitulo 2

Traducido por Anniee

Corregido por Liraz

Ashley colocó el pincel en la paleta, movió los dedos y arqueó su espalda, con cuidado de no hacer movimientos bruscos. Su posición en la parte superior de la escalera era precaria por decir lo menos. Inhalando y exhalando profundamente, volvió la cabeza para estudiar el mural en la pared a su izquierda.

Dos metros y veinticinco centímetros de ancho y tres metros de altura, animales pastando en la sabana. Cielos azules vivos contrastaban fuertemente con la tierra marrón y los árboles de Jacaranda. La hierba alta parecía oscilar suavemente en la brisa, una ilusión creada por sus dos cualificados ayudantes. Las gacelas parecían listas para saltar de la pared y hacia el cuarto.

Ella sonrió. Las escenas temáticas en cada habitación hipnotizarían a los niños. Habían cubierto todas las temáticas, desde la prehistoria hasta la ciencia. La última sala contaría con obras de arte de los estudiantes de primaria seleccionados de las escuelas de toda la ciudad. No podía esperar a trabajar con ellos.

—Oye, ¿no tienes una reunión a las dos y media de hoy con la Sra. Noble? —gritó una voz desde abajo de ella.

Oh no, ella se olvidó por completo.

—Gracias, Josh. —Este fue el resultado de que esa mujer arrogante cambiara su hora de la reunión de mañana para hoy. Ashley se movió para bajar, y la paleta de pintura, pinceles y esponjas se cayeron de su regazo. Se desplomaron hacia abajo mientras ella miraba sin poder hacer nada. Una maldición escapó de sus labios.

—Eso hace un total de cinco dólares.

—¿Qué? —Ashley fulminó con la mirada al hombre descalzo, con tez de color moka debajo de ella. Josh Keller estaba ocupado aerografiando los matices y sombras en un animal, el pelo con rastas retenidos en una cola de caballo.

—Usaste un juramento —dijo Josh.

—¿Y?

—Y tus primas nos dijeron que lleváramos la cuenta. ¿Cierto, Micah? —Lejos, a su derecha, en una pared diferente, Micah Walden estaba trabajando en una escena de la selva tropical. Su largo, ondulado, pelo rubio rozaba su desnuda espalda tatuada mientras asentía.

—Sí. Un dólar por palabra —dijo. Ella arrugó la nariz. Su tía había comenzado esa regla para reducir el uso en sus hijos de las maldiciones de cuatro letras. De alguna manera, las chicas llegaron bajo su radar cuando las oía dejando escapar alguna durante las reuniones familiares.

—Delátenme y ambos están despedidos. —Ella se bajó de la escalera.

—¿Y dónde encontrarás talentos como los nuestro para terminar los murales? —preguntó Micah sin una pizca de vergüenza.

—Sí —añadió Josh. Ashley no pudo evitar sonreír. Eran jóvenes, dotados y lo sabían. No podía culparlos por ser arrogantes. Y tenían razón, no podía terminar este trabajo sin ellos.

—Sinvergüenzas. ¿Qué pasó con la modestia? —murmuró, pero la escucharon.

—Quedó obsoleta —comenzó Josh. —En el nuevo fenómeno de la edad de la auto-publicidad —terminó Micah.

—Hay una delgada línea entre la auto-publicidad y la jactancia, y están muy cerca de cruzarla. —Ella se desató el delantal y lo colocó sobre la mesa. Su mirada saltó entre los dos hombres—. Tengo que ir a esta reunión o perderé la oportunidad de conseguir la casa. Si no me ven a las cinco, cierren. —Cogió su bolso—. Los veo más tarde… o mañana.

—Buena suerte —dijeron al unísono mientras se dirigía hacia la entrada.

Saludó con la mano y salió del museo. Era una hermosa tarde de primavera, pero su mente estaba demasiado preocupada por la inminente reunión para apreciarlo. Una nube de aprehensión se cernía sobre ella, y las mariposas

bailaban en su barriga. Había tenido dos días para prepararse desde que su agente inmobiliario estableciera la reunión, dos largos días de duda y tensión nerviosa. ¿Cómo debía presentarse a Nina? ¿Fingir que el pasado no ocurrió? ¿Sacarlo a relucir sólo para quitárselo de en medio? ¿Debía revelar sus planes para la Casa Carlyle?

Hubo un tiempo en que la casa había sido el lugar para los nuevos y futuros artistas, el lugar para la creación de estrellas. Hasta sus padres habían lanzado sus carreras en su salón de banquetes. Derribándolo estaría borrando una parte de la historia de la música, lo que la hacía sentir cómo un monstruo. Pero su salud mental estaba en juego. ¿Cómo podría algo competir con eso?

Aquí voy otra vez, estresándome. Si el asistente de Nina no hubiera llamado esa mañana para adelantar su encuentro, ella habría tenido un día más para recobrar la compostura, para pensar las cosas, para… qué mierda. Ella habría continuado en el camino en espiral hacia el ataque nervioso ¿Por qué insistía la mujer en conocer a todos los compradores de todos modos? Era una estipulación ridícula. Ashley bajó la capota de su Mustang convertible antes de salir de la plaza de estacionamiento. Por una vez, el tráfico en el centro de la ciudad era lento. Eso le dio la oportunidad de repasar el discurso que estaba preparando para la señora Noble.

Para ser honesto, su nerviosismo iba más allá de la reunión con Nina. Desde que Ron Noble dejó caer la bomba sobre la investigación del incendio de la Casa Carlyle, había vivido con preocupación constante. La miraba fijamente desde el espejo todos los días, le robaba el sueño toda la noche. El hecho de que no se hubiera comunicado con ella o dejado fotos de su abuela tampoco ayudaba, aunque ella esperaba que la persiguiera por una respuesta acerca de su investigación.

¿Por qué tenía que remover las cosas? ¿Qué esperaba ganar? Él estaba loco para pensar que ella querría volver a visitar esa noche sólo para ayudarlo. Por otro lado, él dijo que ninguno de los antiguos colegas de su padre estaba dispuesto a hablar sobre el fuego. ¿Podrían los hombres estar ocultando a un incendiario, tal vez uno de los suyos? La persona responsable podría estar por ahí, escapando con el asesinato de sus padres.

No, déjalo. La copia del informe que había recibido de los registros del condado decía que el cableado defectuoso comenzó el incendio. Su tía, con quien ella había hablado después de que Ron se fuera, lo había confirmado, lo que debería ser tranquilizador, pero por desgracia no era así. Cada vez

que pensaba en Ron, el destello de la determinación en sus ojos cuando hablaron, sabía que no iba a dejar pasar esto. Probablemente estaba esperando el momento oportuno, dándole una falsa sensación de seguridad antes de que él se abalanzara. Sus pensamientos se agarraban cómo helados dedos con garras por su espalda, haciéndola temblar. Mejor no pensar en eso ahora.

Ashley se estaba preparando para la ducha cuando se dio cuenta de todos sus trajes estaban todavía en la tintorería. Si la señora Grande y Poderosa Noble se hubiera adherido al plan original, no estaría en esta situación. La arrogancia descarada de la mujer mayor le molestaba. Un gemido de frustración se le escapó cuando ella cogió el teléfono y marcó el número de la tintorería.

—No, no, Srta. Fitzgerald. No ahora. Cinco de la tarde. Le dije cinco, ¿sí? —dijo el paquistaní.

—No quiero toda la colada, Sr. Noor. Sólo una cosa.

—No es posible, Señorita. Trabajo rápido, ¿sí? Para las tres. Las tres en punto va bien, ¿sí?

—A las tres no va bien. —Estaba empezando a hablar cómo el hombre. Se detuvo cuando estaba a punto de rogarle y colgó. No sólo iba justa de tiempo, no tenía nada decente que ponerse.

Veinte minutos más tarde, Ashley salió del armario con otro traje y lo sostuvo contra su figura.

—Puagh —dijo, y lo arrojó en la parte superior de la pila cada vez mayor en su cama.

Cada vestido que había sacado de su armario tenía algo de malo en ello. Era demasiado informal, demasiado viejo o simplemente demasiado insulso. Ashley se balanceó sobre sus talones y tomó una profunda y relajante respiración. No tenía sentido estresarse sobre esto. Lo que ella vistiera no iba a cambiar la decisión de la señora Noble sobre la venta de la Casa Carlyle o aliviar sus preocupaciones acerca de la investigación de Ron.

La próxima prenda que sacó fue una falda negra y liso, con una hendidura en el lateral. Frunciendo los labios en sus pensamientos, la estudió. La puso sobre la cómoda y se volvió a rebuscar en la pila de ropa sobre la cama hasta que sacó una camisa fucsia de seda con botones negros. Una lenta sonrisa

satisfecha se extendió en sus labios mientras sostenía la falda y la parte superior contra su cuerpo y se miró en el espejo.

—No está mal. No está mal en absoluto —murmuró.

Se puso la falda y estudió su imagen. Un poco apretada alrededor de las caderas, pero tendría que servir. Se acarició la barriga, miró su parte posterior una última vez y murmuró:

—Sabía que el helado de menta con trocitos de chocolate de anoche tenía que ir a alguna parte.

Se puso en la parte superior y se quedó mirando en el espejo. El suave oleaje de sus pechos por encima del escote provocó un ceño fruncido, y luego un suspiro. No podía hacer mucho acerca de su pecho bien dotado aunque lo intentaba. Esto todo lo mejor que iba a conseguir.

Cuando se sentó a aplicarse maquillaje, sus pensamientos se dirigieron a la semana anterior. Trabajando en los murales en el nuevo museo la había mantenido ocupada. Por desgracia, no había hecho nada en sus piezas de exposición. Ya había pasado por tres modelos masculinos, pero ninguno la había inspirado para crear una obra maestra. A este paso, tendría que cancelar la exposición.

Ella miró la hora, sofocó una maldición y se levantó del taburete aparador. Agarrando su bolso negro, sandalias de tacón alto, se apresuró a bajar las escaleras. Se detuvo brevemente para garabatear una nota de recordatorio para sí misma en un Post-it, pegándola en la puerta del frigorífico antes de que salir del apartamento.

Ashley llegó a casa de los Noble justo cuando un Jaguar plateado atravesaba la puerta. Un guarda alto y fuerte caminó desde detrás del puesto de seguridad, levantó su enorme brazo y le hizo señas para detenerse. El sol reflejaba en la piel oscura de su cabeza rapada mientras la miraba fijamente con sospecha desde detrás de unas gafas oscuras.

—Espere aquí —dijo cuando ella le dio su nombre.

Vio cómo el guardia caminaba de regreso dentro de la caseta de seguridad y se resignó a esperar. Por lo que había visto mientras conducía, las viviendas de la zona eran enormes, preciosas y bien cuidadas. Pero ella no podía

admirar la casa de Nina Noble mientras esperaba. Los árboles obstruían la casa. Suspirando, volvió su atención hacia el espejo retrovisor.

Había una fina capa de sudor en su frente y labio superior. Los autos convertibles eran geniales cuando estaban en movimiento, pero cuando estaban estacionados, el sol era implacable. Ella subió el aire acondicionado y el aire frío le abanicó la cara. Le habría encantado subir la capota, pero ella no creía que sus nervios pudieran soportar el confinado espacio, una fobia que nunca podría explicar. No había necesidad de preocuparse por ella, sin embargo. Siempre encontraba un camino alrededor de sus demonios, eligiendo un convertible en lugar de un auto normal, un apartamento aireado en lugar de un apartamento, rara vez tomaba el ascensor a menos que fuera absolutamente necesario. La lista era larga.

No le gustaba la dirección de sus pensamientos, Ashley sacó los polvos compactos y el rubor para reparar los daños a su maquillaje. Pasaron otros cinco minutos antes de que el guardia finalmente agitara su través. Ella le dio una sonrisa forzada y se dirigió por el camino que curva a la adoquinada, calzada circular.

Varios autos estaban en el camino de entrada, incluyendo una camioneta de color verde oscuro. Tan pronto cómo se estacionó al lado del camión y apago el motor, el sonido de la música de piano llegó a sus oídos. Si no estuviera tan tensa, ella habría disfrutado de la hermosa melodía y hermosa casa de Nina Noble. En cambio, ella le dio las revisiones de césped y coloridos bien cuidados de flores una mirada arrebatadora mientras corría hacia la entrada con pilares. Antes de que pudiera llamar, una morena alta con pantalones azul marino y una camisa rosa abrió la puerta.

—Señorita Fitzgerald, Connie Wilkins. —Ellas se dieron la mano—. Adelante por favor. —Ashley miró con asombro al vestíbulo de dos pisos con una escalera reluciente. Dos obras anteriores de Francis Bacon comparten una pared con un Chagall, y plantas conservadas fueron colocadas estratégicamente alrededor de la sala. La hermosa música que había oído antes parecía provenir de una habitación a su derecha.

—Por aquí, por favor —dijo Connie.

Ashley siguió a la ayudante de Nina por el vestíbulo, más allá de un arco de entrada y en lo que era o bien un recibidor o una sala de estar. Una figura alta y esbelta se levantó de una silla.

—Ron —susurró. El corazón le dio un vuelco, y luego en un golpe de distancia. Cerró los ojos y el tiempo pareció desaparecer. Una carga sexual electrizante comprimida entre ellos. Ella luchó por respirar. Por un instante, él no se movió, entonces su atractiva, sonrisa peculiar apareció

—Ashley. Me alegro de verte de nuevo. —Cerró la distancia entre ellos y envolvió su mano con su grande. Su olor, almizclado y masculino, se burlaban de sus sentidos. Su temperatura subió a un nivel superior y su respiración se alojó en su pecho.

—No esperaba encontrarte aquí —alcanzó a decir. Su voz era firme, gracias a Dios.

—Espero que no te importe. Por favor, ven conmigo. —Él la tomó del brazo para conducirla a una silla junto a la que había ocupado. Una botella de Heineken estaba en una mesa junto a él

Se volvió para agradecer a Connie, pero la mujer había desaparecido hace mucho tiempo. Estaba los dos solos. La idea era muy emocionante y un poco incómoda.

Ella liberó su brazo y agarró su bolso con ambas manos.

—Tiene que haber un error, Ron. Se supone que debo encontrarme con tu madre. —Se contuvo jugueteando con el cierre de su bolso y se obligó a detenerse. Ya era bastante malo que su presencia la alterara y otra muy distinta para hacerle consciente de ello—. Se suponía que la reunión era mañana, pero su asistente llamó y la cambió.

—Lo sé. —Una lenta sonrisa se estableció en la boca, luego se extendió a sus ojos azules de cobalto—. Mi madre no se sentía demasiado bien, así que espero que no te importe si tú y yo hablamos en su lugar. ¿Quieres algo de beber? —Una bebida calmaría sus nervios, pero eso significaría pasar tiempo en su compañía. El discurso que había preparado era para su madre, no para él. Su agenda no coincidía exactamente con la de ella. Además, no era la atracción entre ellos. La mantenía con la guardia baja.

—No, gracias. Prefiero…

—Vamos, Ashley. Un trago. Te prometo que seré un perfecto caballero.

Cómo si eso tuviera algo que ver con el por qué ella no se fiaba.

—Está bien. Vino blanco, por favor. —Mientras él caminaba hacia la barra para conseguir su bebida, ella se sentó y dio una respiración profunda, y luego otra. No es más que un hombre, uno que podía manejar. La palabra «manejar» trajo a la mente imágenes que nada tenían que ver con la casa Carlyle. Se encontró mirando a escondidas la forma en que llenaba los pantalones vaqueros y fácilmente su camisa. Enfoque, Ashley. Se suponía que debía estar pensando en lo que iba a decir una vez trajera a colación su investigación no cómo se miraría con el torso desnudo. Esto era tan loco, tan diferente a ella.

—Aquí tienes —dijo Ron mientras le entregaba un vaso de cristal

—Gracias. —Tomó su botella de Heineken y la tocó con su vaso—. Salud por la amistad. —Luego esperó y la observó mientras tomaba un sorbo de vino. Su mirada se detuvo en sus labios antes de atrapar su mirada—. ¿Está bien?

—Perfecto. —Ella lo observó desde arriba el borde de la copa cuando se sentó y tomó un trago de su cerveza. Nunca hubiera imaginado que era un bebedor de cerveza directamente-de-la-botella. Pero, de nuevo, no sabía nada de él. La camisa azul jugaba con su color de ojos, haciendo que parecieran más oscuros que de costumbre, y los vaqueros desgastados no podían ocultar sus muslos musculosos y piernas fuertes.

Se movió, atrayendo su atención de nuevo a su rostro. La sonrisa en sus labios indicaba que había estado al tanto de su escrutinio. El calor inundó su cara y ella se precipitó en hablar.

—¿De qué querías hablar conmigo?

—La casa Carlyle. —El hombre fue directo si nada.

—Si esto es acerca de tu investigación, entonces debes saber que he hecho un poco. Me detuve en la Oficina de Registros Públicos de nuevo hace unos días y recogí una copia del informe del incendio en la casa. Cableado defectuoso fue el veredicto. También mi tía y mi tío contrataron a un detective para comprobar que fuera lo correcto después de que ocurriera. El detective nunca encontró nada que indicara un error.

Ron se recostó contra el asiento, estiró sus largas piernas y la observó desde debajo de los párpados entornados. Su mirada se quedó bloqueada con la suya.

El silencio se hizo tenso, desconcertante. Quienquiera que estuviera tocando el piano se detuvo, y la casa se quedó inquietantemente tranquila. Ashley comenzó a sudar. Con la esperanza de que su mano no temblara, levantó la copa a sus labios y bebió un sorbo de vino. Tragarlo fue una maldita casi imposible, pero lo consiguió.

—Bueno —preguntó ella, levantando sus cejas. Admiración brilló en sus ojos, y luego desapareció rápidamente.

—Yo no estaba hablando de mi investigación, aunque estoy contento que tomaras lo que dije en serio. Con mi madre de volar de regreso a Nueva York mañana, yo estoy a cargo de la casa Carlyle. Cualquier persona interesada ahora debe tratar conmigo.

Eso fue lo último que ella necesitaba.

—¿Cuándo volverá? —Él se encogió de hombros.

—Este fin de semana, tal vez. Ella está produciendo una obra de teatro, así que no sé a ciencia cierta. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué la casa Carlyle?

—Ah, la pregunta temida. Aquí va. Su ubicación cerca del distrito del arte Culver City lo hace perfecto para un centro de arte. Era lo que mis padres habían planeado antes de que murieran. Hicieron su primera aparición pública en el antiguo Carlyle Club y hablaron de ello con nostalgia. —Ella sonrió, recordando—. Sabes que ellos solían decir que trabajar, sudar y bailar en Carlyle club iba a ser parte de una tradición. Una tradición que un aspirante a artista debería ser honrado de ser parte.

Él sonrió con aprobación, y Ashley se preguntó cómo reaccionaría a sus siguientes palabras. Tragó saliva y respiró hondo.

—Tengo la intención de demolerlo y reconstruirlo. —Las cejas de Ron se dispararon.

—Es una broma, ¿verdad?

—No lo es, Esta viejo. Con sus problemas de asbesto, plomo y de seguridad contra incendios, no pasaría los códigos de construcción.

—¿Por qué no reformarla? Es rentable.

Había revisado eso y no tenía una buena excusa, excepto—. Cumplir con los nuevos códigos de incendio me costaría una fortuna. Como bombero voluntario, —oh sí, había comprobado y sabía de su trabajo voluntario en el Valle de Kern en la tripulación Hotshot—, ya sabes la ciudad requiere de sistemas de rociadores en edificios comerciales en lugar de las antiguas rutas de escape de incendios desde los pisos superiores. —Supo que lo tenía cuando sus ojos lo consideraron y se inclinó hacia delante, su mirada sin vacilar—. Además, no me gustaría que cualquiera desarrolle cáncer en algunos años por el amianto. Lo utilizaban en todo antes de la de los setenta, suelos, yeso del techo, techos, revestimientos, tuberías, conductos, paredes, juntas, incluso insonorización. Pero tengo la intención de utilizar los diseños arquitectónicos originales para recrear una réplica de la casa. —Ella contuvo la respiración y esperó a que él dijera algo, cualquier cosa.

Ron soltó un profundo suspiro y se recostó.

—Parece que has pensado en esto. —Se había escogido el cerebro de su prima. Sin la experiencia de Lex, ella no habría sabido por dónde empezar cuando se trata de edificios antiguos.

—Quiero cumplir el sueño de mis padres.

—Puedo entenderlo, salvo que hay una ligera arruga en sus planes.

—¿Qué?

—Hay otra persona interesada en la casa. —Sus ojos se abrieron.

Sus ojos estaban alerta añadió —¿Quién?

—Ryan Doyle de Empresas Doyle.

El corazón de Ashley cayó. Ryan Doyle era un tiburón inmobiliario con rumoradas conexiones con la delincuencia organizada. Nacido y criado en Los Ángeles, tenía la sabiduría callejera y despiadada. Había rumores de que hizo su primer millón a los treinta por medios cuestionables, a los cuarenta mil millones y ahora valía mucho más de lo que generalmente se reporta en las revistas. A pesar de su riqueza, se le seguía considerando un matón por el mundo de los negocios. No había manera de que pudiera ganar una guerra de ofertas contra él.

—¿Qué podría querer de la casa Carlyle —preguntó Ashley.

—De acuerdo con mi madre, está moviendo su sede a Los Ángeles. Él tiene la intención de tener su oficina principal en la zona centro de la ciudad y en Culver City. Es dueño de una gran porción de terreno sin desarrollar de cerca, una situación que él significa para rectificar, y él quiere restaurar la casa Carlyle. Porqué, no lo sé.

Ashley se hundió en su asiento. Cualquiera que sea la oferta que hizo, Doyle podría fácilmente rematar o duplicar sin poner una abolladura en sus cuentas bancarias.

—No conseguiré la casa, ¿verdad? Quiero decir, ¿cómo podría ganar una apuesta en contra de Doyle? —Y él quería renovarla, maldita sea. ¿Cómo podía siquiera empezar a competir?

—Nadie está empezando una guerra de ofertas, Ashley. Además, puedes tenerme de tu lado. —Movió las cejas mientras una sonrisa traviesa curvó su boca.

—Eso sería poco ético. Algo así como información privilegiada. —¿Y atar una soga alrededor de su cuello? Ella sabía exactamente lo que él querría a cambio.

Él se rio, el sonido profundo, rico y cálido.

Sabía que la había acorralado. Ella frunció el ceño. —Está bien. Yo no te quiero en mi esquina. Merezco conseguir la casa dado que ofrecí primero. Además, tengo la intención de pagar el valor de mercado. Sin ningún problema, no hay negociaciones.

Le guiñó un ojo.

—Entonces siéntete libre de usarme. Todo lo que tienes que hacer es pedirlo y me aseguraré de que consigas la casa.

Tan arrogante, tan seguro que se saldría con la suya. Ella debía declinar su oferta, pero no iba a alcanzar sus metas por ser cabezota. ¿Y si ella esperaba a que su madre volviera? ¿Dañaría sus posibilidades de conseguir la casa?

Echó una mirada a él a través de los párpados entornados. Ron dio la ilusión de estar relajado, sin embargo, había nerviosismo en él que era parte emocionante y parte inquietante. A pesar de su atuendo casual y costumbres relajadas, proyectaba un aire de autoridad y confianza en sí mismo que algunos hombres poseían. No sabía cuántos años tenía, pero apostaría que era sólo un par de años mayor que ella. La chapa pulida de

sofisticación era probablemente debido a que creció entre la jet set. Y la forma en que se conducía y la calma con la que hablaba emanaba una sensualidad rara que era hipnótica.

Él levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. Deseo chisporroteaba entre ellos, y por un momento, Ashley no podía pensar ni respirar. Cuando él arqueó una ceja, molestia corría por ella. Estaba disfrutando de jugar con ella.

—¿Y bien? ¿Quieres mi ayuda para conseguir la casa? —preguntó.

Sus ojos se estrecharon. —Por supuesto. Pero en primer lugar, me gustaría saber lo que te gustaría a cambio.

Se tocó el pecho. —¿Una oferta desinteresada y crees que tengo un motivo oculto?

—¿No es así? —lo desafió.

Una sonrisa tiró de las comisuras de su boca. —Por supuesto.

Predecible. Ella odiaba a los hombres predecibles. —Está bien, sácala.

Se inclinó hacia delante, con movimientos lánguidos y graciosos, como un lobo al acecho. Ashley tragó.

—Dime lo que quieres, Ronald Noble.

—La satisfacción de saber que he ayudado a una amiga.

¿Qué clase de respuesta a medio cocinar había sido esa? ¿Qué pasaba con su investigación? Ashley estudió su expresión. Él estaba tramando algo. Era una buena cosa que ella no tuviera intención de pedirle ayuda. Ella prefería tomar sus posibilidades con su madre. Aun así, nunca se perdía nada con tener todas tus bases cubiertas.

—Una amiga, ¿eh? —dijo lentamente. Él se echó hacia atrás y le dio una lectura lenta.

—¿Nunca has tenido un amigo varón antes? —Ashley se rio.

—Lo tuve. Hace mucho tiempo. Se llamaba Silas Hendricks. Me rompió el corazón.

Ron frunció el ceño.

—Deberías haber tenido cuidado con él.

—Yo lo adoraba. Era la primera vez que mis padres echaban raíces en cualquier lugar el tiempo suficiente para que hiciera amigos. Cuando le dio varicela, juré que nunca tocaría el pollo de nuevo, y era mi plato favorito.

La expresión de Ron comenzó a sospechar.

—Exactamente ¿qué edad tenías cuando tú y Silas eran amigos?

—Cuatro. —Él se rio entre dientes, ojos azules cobalto parpadeando. La risa se suavizó en los planos cincelados de su rostro. Ella le devolvió la sonrisa.

—Él tenía cinco años, me dejó cuando empezó el jardín de infantes. Dijo que era un niño grande y no podía pasar el rato con un niño en edad preescolar.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde lo de Silas?

—Veintiún años.

—Bueno, yo, desde luego, no te pegaré la varicela. Y prometo no romper tu corazón. —Antes de que ella pudiera hacer comentarios sobre su declaración escandalosa, su mirada cambió a algo detrás de ella—. Disculpa. —Él descruzó las piernas y se levantó. Ashley siguió su mirada para encontrar Connie Wilkins de pie detrás de ella.

—Perdón por la interrupción, Srta. Fitzgerald —dijo la mujer—. Sólo quiero pedir prestado a Ron durante unos segundos.

—Discúlpanos, Ashley, —dijo Ron de nuevo, después de que la mujer saliera de la habitación. A la izquierda, Ashley estudió sus alrededores. Glamoroso damasco verde de terciopelo en el sofá, un sillón otomano y la tapicería de lana neutral sutil utilizado en tres cómodos sillones complementados las cortinas de seda verde y oro. Un escritorio Inglés del siglo XVIII ocupaba una pared, justo debajo de un espejo talla dorada. Combinado con Alfombras persas sobre suelo de parquet y objetos de colección colocados estratégicamente, el efecto fue una gran elegancia que era agradable y cómodo.

Entonces oyó a Nina Noble decir:

—¿He oído que prometes la casa Carlyle a esa chica? Prefiero dársela a Doyle por una miseria que ella ponga un pie en ella.

El aliento de Ashley se encogió. Si la anciana no tenía ninguna intención de vender su casa, ¿por qué había pedido una reunión?

Ron frunció el ceño y cogió el brazo de su madre.

—Ven conmigo, por favor. —Ella se negó a moverse, su mirada fija en la entrada de la sala de estar—. Madre.

—No me digas madre en ese tono condescendiente, Ronald. —Ella le permitió conducirla fuera de la sala de estar y Ashley.

—¿A dónde vamos? —dijo entre dientes.

—Lejos de aquí. —Él la condujo hacia la escalera—. Te dije que me encargaría de la situación con Ashley.

—¿Y así es cómo te refieres a hacerlo? ¿Con risas y anécdotas de la infancia, tonto?

Tenía la intención de ganarse la confianza de Ashley primero. Él no podía garantizar que fuera a funcionar, pero era mejor que ella empujara a ver las cosas a su manera. Además, habían llegado a un punto muerto, quería su ayuda con su investigación y quería la casa Carlyle.

—Quiero saber lo que pasó la noche del incendio, Ron, y quiero saberlo ahora. —Las lágrimas bailaban en los ojos grises expresivos de su madre—. Vuelve ahí y pregúntale cada detalle. —Ron suspiró. Durante años, ella había rechazado los rumores de que su padre, su marido, había iniciado el fuego en la casa Carlyle. Lo mismo no podía decirse de su abuela o tío, los dos nunca habían aprobado lo de su padre. Y una vez que Ron comenzó a recibir las cartas anónimas, la paciencia de su madre había adelgazado.

—No tenemos otra manera de averiguar lo que Ashley vio esa noche sin antagonizar con ella, madre. Ella no es el enemigo.

—¿No es verdad? Ella mintió, ¿no era ella? ¿Recuerdas las fotos?

¿Cómo iba a olvidarlo? Otro sobre anónimo se encontró en la puerta la noche anterior. Esta vez, no hubo fotografías junto con otra nota con letras recortadas, pero más detallado que los dos anteriores, lo que había impulsado a su madre para que le devolviera la llamada a los bomberos de Los Ángeles y reprogramara su entrevista con Ashley.

—Ella tenía quince años en ese momento y estaba traumatizada por la muerte de sus padres. Podría haber mezclado sus hechos. —Él miró brevemente hacia la sala de Ashley. Él tenía que ir de nuevo a ella. Ron hizo una seña a Connie—. Mamá, ve al piso de arriba y descansa. Deja que yo me ocupe de las cosas a mi manera, ¿de acuerdo? —Él apretó su brazo y esperó hasta que ella y Connie estuvieran a mitad de camino por las escaleras antes de volver a reunirse con Ashley.

Había elegido no sacar a relucir los acontecimientos de hace diez años porque sabía que su madre estaría espiando la conversación e interrumpiría si oía algo que no le gustaba. Quería respuestas, tanto cómo lo hizo, pero el momento tenía que estar en lo cierto. Ashley necesitaba ser persuadida para ver las cosas a su manera. La mujer le daba un nuevo significado a la palabra testarudo.

Se ruborizaba un minuto y al siguiente lo retaba, ella estaba empezando a fascinarle, lo que era malo en su libro. No es que hubiera nada malo en una mujer cautivadora… físicamente. Pero la fascinación intelectual era un juego de pelota totalmente diferente. Significaba ahondar en cómo funcionaba su mente, lo que podría dar lugar a complicaciones no deseadas. Su prioridad en este momento estaba en despejar el nombre de su padre, no involucrarse con ninguna mujer en un nivel personal.

Ron hizo una pausa en el arco que separaba el vestíbulo de la sala de estar y estudió a Ashley. ¿Qué parte de la conversación había oído? Ella estaba buscando fuera de él, su cuerpo parecía relajado. De repente, ella arqueó la espalda y estiró su cuello. Su postura empujó sus pechos contra la parte superior de seda, llamando su atención y enviando ondulaciones de deseo en él de nuevo. Demonios, él era lujuria pura por una mujer a la que apenas conocía. Se aclaró la garganta y entró en la habitación.

—Lo siento por eso.

—Está bien. —Ashley cogió su bolso y se levantó—. Cómo yo no voy a ver a tu madre, creo que será mejor que regrese a trabajar.

Había oído a su madre. Podía decirlo por la forma en que ella evitó mirarlo y sus movimientos bruscos. Por desgracia, ahora sería un buen momento para explicar las cosas con ella.

—¿Trabajar?

—El Museo nuevo infantil. Estoy trabajando en los murales de la pared.

—Oh, sí. Recuerdo haber leído en alguna parte que te habías ganado el contrato para pintarlo. ¿Cómo te va? —Una chispa entró en los ojos un instante y luego desapareció.

—Excelente. Tengo dos artistas jóvenes muy talentosos y trabajadores que me asisten. Podríamos terminar antes de lo que me esperaba. De todos modos, será mejor que me vaya. —Ella parecía a punto de correr fuera de la mansión, y él no la culpó. Aun así, él no quería que ella se fuera, sin embargo, no así.

—Tengo que pasar en algún momento. ¿O no somos personas autorizadas a verlo todavía? —preguntó. Ashley le dio una sonrisa incierta y dio un paso atrás.

—No, no lo son, pero sólo hay que preguntar por mí en el mostrador de recepción en el Antiguo Museo infantil.

—¡Por supuesto que lo haré! —Él no tenía necesidad de tocarla o estar tan cerca, pero el impulso de conectarse estaba allí, y él actuó en consecuencia. Su chasis rígido se tensó aún más cuando él tomó su codo. Quería dar un paso atrás, pero cambió de opinión cuando la sintió relajarse. Mientras él la conducía fuera de la habitación, una carrera vertiginosa de lujuria se apoderó de él. No sabía lo que le estaba pasando. Algo sobre Ashley le llenaba de una sensación de urgencia. A pesar de su intento de ocultarlo, se sentía atraída por él. Lo vio en el pulso que latía rápido en la base de su cuello, en sus ojos cuando él le cogió la mano, mirándolo. ¿Y si ella estaba saliendo con alguien? ¿Eso haría que dejara de perseguirla? Nunca lo hizo antes.

Cuando llegaron a la puerta, la abrió y la acompañó hasta su auto.

—Lo siento, no he parado con lo de las fotografías de mi abuela. Ahora que estoy de vuelta en la ciudad, ¿está bien si me dejo caer?

Parecía indecisa acerca de algo. Luego asintió.

—Claro. Estaré en casa el sábado por la mañana.

—Sábado será.

Sostuvo la puerta del auto para que ella entrara. Desde su posición, él tenía una visión clara de sus pechos perfectos. Los músculos de su estómago se anudaron mientras el deseo le golpeaba. Tragó saliva y desvió la mirada hacia su rostro, pero ella estaba mirando a la casa. Él siguió su mirada

hacia el balcón del segundo piso. Su madre con unos pantalones rojos, una chaqueta a juego y con el pelo rizado que le caía sobre los hombros delgados, los miraba con ojos ardientes. ¿Cuánto tiempo había estado observando?

—Lo siento, no tuve la oportunidad de hablar con tu madre —dijo Ashley en voz baja—. Tal vez la próxima vez. —No si podía evitarlo. No sabía de donde venía el pensamiento, pero una vez que echó raíces, él sabía que era verdad. Su madre podría ser muy cruel cuando la molestaban.

—Claro. Nos vemos el sábado. —En un impulso, se inclinó y la besó en la mejilla.

—¿Qué fue eso? —preguntó ella, la sonrisa en su cara un poco incierta.

—Un gesto amable, eso es todo. —Se apartó de donde había estado apoyado contra el auto—. Igual que te veré pronto. Ya sabes, amigos. Nada más y nada menos.

—Correcto —susurró y encendió el auto. Ron dio un paso atrás y miró como el auto se dirigía hacia la puerta.

—Quiero que recuerdes una cosa mientras estás ocupado mimando a esa chica, Ronald. —Ron se volvió. Su madre se apoyó en el balcón, con los ojos ardiendo—. Tu padre aún estaría vivo si no fuera por esa chica. —Se dio la vuelta y se dirigió de vuelta a su habitación.

Capitulo 3

Traducido por Lau30

Corregido por Yanii

Un frío bulto se había instalado en la boca del estómago de Ashley cuando escuchó las mordaces palabras de Nina Noble. Se aferró al volante hasta que ya no veía el portón de los Noble. Por la calle bordeada de árboles, a una distancia considerable de la mirada vigilante de los guardias de seguridad, se detuvo. Sus manos temblaban tanto que estaba teniendo problemas para apagar el motor. Cuando finalmente pudo, simplemente se quedó ahí, tratando de entender de lo que acaba de enterarse.

Ella no era la única que estaba necesitando un cierre. El dolor en la voz de Nina era real, el odio en sus ojos desde el balcón era puro. Un vago recuerdo empezó a revolotear la cabeza de Ashley. Nina usó la misma expresión la noche en la que la casa Carlyle estuvo a punto de quemarse hasta los cimientos. Era obvio que la actriz la seguía culpando por la muerte de su esposo.

¿Y qué hay de las cartas que habían intercambiado? Había puesto su corazón en las cartas que le había enviado a Nina después de los funerales. Sin las respuestas amables que había recibido de la actriz, ella nunca habría podido manejar la culpa de haber causado la muerte de Robert Noble. *¿Entonces por qué la mujer seguía odiándola?*

Trató de recordar detalles de esa noche, pero como siempre, muy poco vino a su mente. Una o dos caras preocupadas, palabras amables de extraños en medio del caos de los bomberos y sus camiones. *¿Por qué no podía recordar que pasó antes de que los bomberos llegaran?* Los recuerdos claros eran de la pérdida de sus seres amados y de un valiente bombero. Sí, su estupidez condujo a Robert Noble a su muerte, pero ella se había afligido por él tanto como lo hizo por sus padres.

¿Y si la investigación de Ron era para ayudar a su madre y a él mismo a superar su pérdida? Ella estaba impidiendo que eso pasara poniéndoselos difícil. Ashley miró hacia atrás a la casa de Nina justo cuando una limosina

negra pasaba a su lado. Tal vez debería volver y hablar con ellos. Eso podría ayudarlos a todos a empezar el proceso de curación juntos.

Estoy empezando a pensar como mi psiquiatra.

Las emociones de Nina estaban muy a flor de piel ahora como para tratar de lograr algo. Con respecto a Ron, era difícil saber que pasaba detrás de esa sonrisa encantadora. Esa sonrisa peculiar podría estar escondiendo toda clase de sentimientos malévolos. No es que ella fuera una santa. Queriendo derrumbar una casa con significado histórico para la ciudad no era heroico. Tal vez necesitaba parar de pensar ella misma. Tal vez debería llamar a Ron y decirle que estaba dispuesta a ayudarlo. Pero, *¿podría ella sobrevivir a revivir los recuerdos de esa noche?*

El sonido de un portazo hizo que Ashley volteara su cabeza. La limo había parado delante de ella y un chofer uniformado abrió la puerta de atrás para su pasajero. *¿Era Ron?* Eso esperaba. Ella podría decirle que estaba dispuesta a responderle cualquier pregunta que tuviera.

Zapatos de punta y unos pantalones gris carbón fueron lo primero en aparecer antes de que un hombre saliera del asiento trasero. Un suspiro de decepción se escapó de los labios de Ashley cuando se dio cuenta de que no era él.

Quienquiera que fuese estaba caminando hacia ella con un paso uniforme y sin prisa. El traje caro realzaba sus anchos hombros y piernas largas. Con su cabello rubio rozando su cuello y sus gafas oscuras, él podría haber salido de las páginas de alguna revista popular de hombres. Ashley frunció el ceño. De cerca, lucía mucho más joven de lo que su barba indicaba, probablemente cerca de su edad. Él le mostró una sonrisa que revelaba un juego perfecto de dientes.

—¿Está todo bien señora? Se ve usted un poco angustiada —dijo él cortésmente.

Ashley frunció el ceño y después tocó su mejilla. Un gemido mortificado se le escapó cuando se dio cuenta de que unas cuantas lágrimas se habían acumulado en sus ojos. Se limpió las mejillas, enojada consigo misma por perder el control en público. Peor, él la llamó señora. En serio, debía verse horrible y patética con sus lágrimas y manchas de rímel. Justo cuando se había resignado a esconderse tras sus gafas de sol, un cuidadosamente y doblado pañuelo blanco apareció en su vista periférica.

Ashley se quedó mirando el pañuelo y la mano que lo sostenía y después se echó hacia atrás para mirar al hombre. No sólo la encontró sumergida en su autocompasión, él estaba al tanto de su situación actual. Sin pañuelo. Le sirvió exacto por haber dejado su bolso del estudio en casa.

—Te prometo que está limpio —dijo, malinterpretando su duda.

—Gracias. —Ella aceptó el pedazo de tela, bajó su mentón para levantar sus gafas y limpiar sus ojos—. Esto es muy amable de tu parte.

—No hay problema. —Él caminó lejos de su auto.

Ashley frunció el ceño cuando él se quitó sus gafas. Una vaga sensación de haberlo visto antes la inundó y después rápidamente desapareció. Debían ser sus sentidos intensificados jugándole una broma. Ella hubiera recordado semejante hombre tan guapo si sus caminos se hubiesen cruzado. Después se quitó su chaqueta, se la dio a su chofer y fue a pararse frente a su auto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando se quitó sus mancuernas y empezó a enrollar sus mangas.

—Preparándome para revisar tu auto. —Se aflojó la corbata con su mano izquierda, su mirada alternando entre ella y el capó—. Es lo que hay que hacer cuando un auto se vara. ¿Se detuvo solo o sólo se rehusó a prender?

—No. No por favor. —Ashley agarró el tablero y se empujó hacia arriba hasta que pudo poner una rodilla sobre el asiento del conductor—. No es el auto. Yo… Uh… —Ella pensó por una manera de explicarle la situación sin parecer aún más patética—. Algo se me metió en el ojo, por lo que paré para, ya sabes, cuidar de ello. Pero estoy bien ya. —Cuando la miró de soslayo y continuó estudiándola, ella asintió—. En serio. Estoy bien.

—Si estás segura. —Paró de juguetear con su corbata y metió sus manos en los bolsillos.

—Gracias por el pañuelo, sin embargo. Fue muy amable de tu parte. —Ella no estaba segura si devolverlo u ofrecerse a enviárselo después de lavarlo y plancharlo.

—Mi placer. —Le destello otra sonrisa de niño y se acercó a ella—. ¿Puedo por lo menos saber tu nombre?

—Ashley. Ashley Fitzgerald. —Sorpresa cruzó por sus ojos, pero pasó tan rápido que puede que se hubiera equivocado.

—Vaughn Ricks. —Ellos estrecharon sus manos. En vez de dejar ir la de ella, la sostuvo y agregó:

—Ha sido un placer conocerte, Srta. Fitzgerald.

Ashley sonrió.

—Oh no. El placer es mío. No muy a menudo alguien sale a mi rescate con un pañuelo a la mano.

—Suena ridículo, ¿no? —Se rio, sonando incluso más joven de lo que ella pensó.

—Excúseme Sr. Ricks —intervino el chófer—. Me perdona, señora. Va a llegar tarde a su reunión si no nos vamos ahora, señor.

—Lo sé, Manning —respondió sin quitar sus ojos de Ashley. Pero finalmente dejó ir su mano—. Espero que nuestros caminos se crucen de nuevo.

Él era agradable, pero dudaba que eso volviera a suceder.

—¿Hay alguna manera de enviarle de regreso esto? —Ella sacudió su pañuelo.

Él sacudió su cabeza.

—Quédatelo. —Hubo una pausa como si estuviera debatiendo consigo mismo—. O puedes devolvérmelo cuando nos encontremos de nuevo. —Sonrió otra vez, giró en sus talones y caminó hacia su limo.

Ron se pausó en medio de una zancada para observar a la cabina de seguridad con desconfianza. Cambió de dirección y se apresuró hacia el portón.

—¿Qué haces Johnson? —le preguntó al guardia.

El hombre se sacudió y volvió su cabeza hacia él.

—Sólo haciendo mí trabajo señor.

El indicó sus binoculares de gran alcance que estaba sosteniendo.

—¿Espiar a los vecinos ahora es parte de tus tareas?

—La Sra. Noble me pidió que vigilara las actividades de la casa en la calle de abajo.

¿Qué infiernos estaría su madre tramando ahora? Ron miró el sobre con las fotos que aún sostenía en su mano e hizo una mueca. Las cosas estaban lo suficientemente complicadas sin antagonizarla con preguntas sobre los binoculares y el acecho a sus vecinos.

—Guárdalo. —Le ordenó al guardia de seguridad—. Estoy seguro de que debe haber una ley en algún lado en contra de hacer ese tipo de cosas.

—¿Qué hago si me doy cuenta de algún asunto raro en la residencia del Sr. Doyle?

Un fruncimiento cruzo por el entrecejo de Ron.

—¿Doyle?

—Sí, Ryan Doyle. Tu madre dijo algo sobre no gustarle que viviera muy cerca de ella. Quería saber en qué es lo que él y sus hijos andan.

¿Cuándo compró Doyle una casa en el vecindario? Después de que su padre muriera, Doyle intentó conquistar a su madre, apareciéndose por donde sea que ella fuera y llegando a la casa sin ser invitado. El hombre incluso intento usar a Ron para llegar a ella. Él no estaba seguro de que fué lo que Nina le dijo, pero Doyle desapareció de sus vidas.

—Independientemente de lo que mi madre les mandó a hacer…

—Pero es bueno que lo haya hecho, señor. Acabo de ver a la señorita que se acaba de ir… la Srta. Fitzgerald… hablando con el hijo de Doyle tan sólo unos segundos antes.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Ella se detuvo un poco más delante de su puerta. —Johnson acercó sus binoculares a su cara y vio a través de los lentes—. Ella aún está ahí.

Ron quería coger los binoculares y verlo por sí mismo, pero se contuvo.

—El hijo de Doyle está entrando en su limo en este momento. Se detuvo… Mira hacia atrás. Ella está…

—Déjame ver. —Aceptó los binoculares del guardia y los pasó por la calle. No fue difícil encontrar el auto deportivo rojo de Ashley. Rabia, decepción y celos pasaron en una sucesión rápida por él cuando vio su sonrisa y saludó a la limosina. Una mano saludó de regreso a través de una ventana trasera abierta antes de que desapareciera en la curva de la calle.

Una rabia latente reemplazó todas las demás emociones. *¿Por qué Ashley pararía para hablar con Vaughn Doyle? ¿Le había mentido sobre no saber nada de los Doyles queriendo la casa Carlyle?* Él podría haber jurado que la mujer era directa, pero puede ser que la atracción entre ellos lo cegara de la realidad. Él no sabía cuál era su juego, pero su intención era averiguarlo.

Ron bajó los binoculares, y sin decir una sola palabra al guardia, salió de la cabina de seguridad y se apresuró hacia la casa.

—Ella aún se niega a venderme la casa —dijo Ryan Doyle.

Frankie no respondió, pero su expresión alerta le dijo que sabía a qué se refería Doyle, la única mujer que Doyle ha querido alguna vez pero que no puede tener, Nina Noble.

Un hombre en la posición de Doyle, un hombre con su riqueza y conexiones no debería preguntar por algo. A través de los años, él ha comprado propiedades y mujeres cuando fuera que él quisiese. Pero sus billones, oficinas y casas alrededor del país no le podían garantizar la única cosa que él siempre ha querido, una dispuesta y devota Nina Noble a su lado.

Nacido en la ciudad de Culver, Doyle había sido arrastrado a las casas del estado en el norte con sus piscinas prístinas y sus céspedes bien recortados. Lo más impresionante de todo era la casa Carlyle, propiedad de la familia Neumann. Al principio, el escalaba los árboles y espiaba su recinto. Después, él se convirtió es el chico del jardín y la piscina. A menudo, el observaba a Nina y sus amigos alrededor de la piscina mientras el cortaba arbustos, o la miraba mientras ella bailaba y reía en sus fiestas de cumpleaños. Y cuando se lo podía permitir, le compraba regalos y se los dejaba arriba de la mesa del muelle. Ella nunca falló en mirarlo y sonreírle mientras los abría. Lo había amado tanto como él a ella.

Todo cambió el día en que ella se resbaló en el muelle mojado, golpeó su cabeza y cayó dentro del agua. Doyle había ido por instinto, rescatándola y

administrándole CPR. Un beso ardiente lo había seguido. Todo lo que sus padres habían visto era al chico de la piscina encima de su preciosa hija. Él había salvado la vida de Nina ese día, y aun así había terminado en prisión por cargos de acoso sexual. Nina nunca dijo la verdad sobre el incidente, pero él la perdonó. Ella era joven en ese entonces, sólo tenía diecisiete años y estaba asustada. Para cuando él fue liberado de prisión, Doyle había aprendido una lección importante, los ricos se salían con todas. Hizo una promesa de tener cuanta riqueza fuera posible.

Doyle estudió la delgada y vultuosa cicatriz que iba desde su dedo de la mitad y desaparecía debajo de su camisa azul hecha a medida. Era una cicatriz del día en el que había rescatado a Nina. Él incluso usaba un anillo en ese dedo para llamar la atención. Fácilmente hubiera podido hacerse cargo de la mancha y el ocasional tic con cirugía, pero era un recordatorio de lo que se le debía. Nina Noble le pertenecía.

Una sonrisa burlona cruzó la boca de Doyle. Él había cuidado de ella mientras crecía de ser una niña mimada a la hermosa actriz adorada por todos sus fans, pero le había dado una gran satisfacción el castigar al bastardo que había sido su primer amor, y a los siguientes también. Ellos la habían lastimado. Él era el único hombre que la podría hacer realmente feliz. Robert Noble lo hizo por un tiempo, lo cual no le había caído bien a Doyle. Pero al final hizo pagar al bastardo. Muerto o vivo, ningún hombre que haya tocado a Nina ha escapado de él. Diez años atrás, ella había dicho que estaba de luto y que necesitaba tiempo para superar la muerte de su esposo. Estaba cansado de esperar.

—¿Quieres que haga algo con respecto a ella? —preguntó Frankie.

—No. Nina es mi problema. —le advirtió Doyle. Un minuto en frente del computador y Frankie podía hacer que una persona desapareciera sin dejar rastro. No tener cuenta bancaria, ni número de seguro social, ni historia crediticia ni certificado de nacimiento; no era su plan para Nina.

Doyle descansó sus codos en el escritorio de caoba y formó una torre con sus pequeños y gruesos dedos. Su mirada se trabó en la del hombre viejo sentado frente a él, Francis 'Frankie' Higgins. Ellos se vieron por primera vez en las calles de LOS ANGELES, antes de que su madre se casara con el bruto de su padrastro y se mudaran a San Bernardino. Frankie lo sacó de apuros cuando se metió en un lío con un distribuidor de droga local, e incluso habiendo pagado cada centavo a Frankie, Doyle no olvidaba lo que hizo por él.

Años después, cuando Doyle empezó a hacerse su nombre en las calles, él había ido a buscar a Frankie. Entre su perspicacia para los negocios y las habilidades de Frankie con los computadores, se habían convertido en un equipo formidable de blanqueadores de dinero para un gran grupo de distribuidores de drogas por toda la costa oeste, hasta el día en que los federales cogieron a Doyle durante una operación encubierta y lo mandaron a la cárcel. Nunca había apuntado a Frankie. Aunque sus negocios fueran en su mayoría ilegales, ocasionalmente necesitaba la habilidad de Frankie, como ahora.

Físicamente, ellos no se parecían en nada, excepto por su cabello oscuro. Frankie era más alto y delgado. Pero lo que a Doyle le faltaba en altura lo tenía en su anchura, su presencia y deseo de dejar su marca en este mundo. Aparte de sus habilidades informáticas, las características anodinas de Frankie y su actitud humilde le hicieron posible mezclares con las multitudes y las sombras.

—¿Qué supiste de Blackwell? —preguntó Doyle.

—Ron Noble fue a verlo durante la convención y le mostró las cartas. Blackwell no le dijo nada.

Doyle estrechó sus ojos. Por la cantidad que le había pagado al antiguo jefe de bomberos, le convenía quedarse callado.

—¿Y los ex bomberos?

Frankie se rio entre dientes.

—Ellos saben mejor que hablarle al chico.

—Bien. Encuentra a la persona que envió esas cartas, Frankie. El hijo de Nina no estaría metiendo sus narices en cosas que no lo conciernen si no fuera por esas malditas cartas. —Doyle se recostó y aflojó su corbata. Simplemente perdió el control y no le gustaba. El hecho era que alguien estuviera tras él. *¿Pero quién? ¿Por qué ahora cuando las cosas estaban saliendo bien para él?* Acababa de descubrir la existencia de su único hijo, y ahora tenía un heredero que llevara su legado. Y estaba en posición para cortejar a Nina Noble.

Él ya era el mayor inversionista en su nuevo juego, aunque no tenía la intención de que ella lo supiera. También tenía un hombre adentro que se aseguraba que el precio se elevara hasta que los otros patrocinadores se

retractaran. La conocía lo suficiente para saber que no iría a donde su familia para que la ayudaran, así como no lo hizo diez años atrás. Sería completamente dependiente de él.

Hubo un golpe discreto en su puerta, y después su asistente entró en su oficina.

—¿Señor? La limo de su hijo acaba de llegar.

—Gracias Gayle. Pídele que venga a mi oficina cuando suba. —Se paró después de que la puerta se cerrara detrás de la mujer y se acercó al bar en la esquina de su espaciosa oficina. Se sirvió un poco de coñac en dos vasos de cristal y le ofreció uno a Frankie.

—¿Cómo lo está haciendo Vaughn? —preguntó Frankie.

En vez de contestar, Doyle tomó un sorbo de su trago, saboreando el sabor a madera y caminó hacia la ventana. Estudió el vidrio y las estructuras en concreto alineadas en la calle de abajo con indiferencia.

Las oficinas de Doyle Enterprise estaban temporalmente en un gran incremento en el centro de Los Ángeles. Su compañía era dueña de un edificio y alquiló la mayoría del espacio de oficinas a otros negocios, incluyendo a la rama de Neumann Security de L.A, la que actualmente ocupaba el piso de arriba. No había necesitado el edificio, pero lo había entretenido en el momento de sobrepujar al chico. Ahora la victoria no importaba.

Adquirir nuevos edificios, renovarlos y después venderlos había perdido su atractivo. El hambre que lo había empujado hasta la punta de su campo había disminuido. Puesto simplemente, se había aburrido. Él se necesitaba diversificar, intentar algo nuevo. Quería un pedazo de Hollywood, no en secreto, sino públicamente, con su nombre ahí para que todo el mundo lo viera.

¿Qué le dijo un productor unos cuantos años antes? Aceptar su dinero era como estar en una cama con un distribuidor de droga. Frankie se había asegurado de que el bastardo pagara por el desliz. Imágenes del productor con chicos jóvenes aparecieron en internet por la noche. En una semana, la carrera del hombre se había acabado. Aun así, el incidente era un recordatorio de que su pasado importaba. No importa cuando había intentado limpiarlo, su nombre aún estaba ligado a su vieja actividad como blanqueador de dinero. Estar con Nina significaba mucho más que cumplir

su fantasía. Con ella a su lado, las puertas que aún seguían cerradas para él se abrirían. Ganaría respeto, lo cual se transferiría a su hijo. Sobre todo, Vaughn no debería estar contaminado por su pasado.

Doyle dio la vuelta y estudió el panel de pantallas en la pared a su izquierda. Dos de ellas mostraban a Vaughn en el ascensor. Con sólo veintidós años, el chico tenía olfato para los negocios. Encantador y astuto, él usaba su edad para desarmar a las personas antes de girar todo en su contra. Su próxima víctima era la chica Fitzgerald y el sobrepasar su oferta en la Casa Carlyle. *¿Debería mencionar el pasado a Vaughn? ¿Cómo sus padres se excedieron con Doyle?* No, su hijo no había sido tocado por la fealdad del pasado y Doyle pretendía mantenerlo de esa manera.

Doyle le dio una mirada a Frankie y sonrió.

—El chico tiene una cabeza sólida sobre sus hombros. Ha encabezado las adquisiciones de varios edificios en Burbank mediante su compañía privada y está negociando con el agente de Nina. Quiere la casa Carlyle, para arreglarla y reabrirla como un club privado. Con su historia, debe ser un proyecto exitoso. Es el futuro, Frankie. Mi futuro. Y nada se debe entrometer con él. —Apretó sus labios cuando sus pensamientos pasaron a la madre de su hijo, la loca mujer que había tratado de esconder a su único hijo de él. Su mano derecha se retorció y odio quemó en su corazón. Antes de que pudiera hablar, el intercomunicador parpadeó.

Doyle arreglo su corbata y asintió a Frankie.

—Vamos, amigo. Permíteme presentarte a mi hijo —dijo con orgullo.

Ashley estaba rebuscando entre sus cajas de memorias de niñez cuando el tono musical de su teléfono llegó a sus oídos. Apartó unas muñecas de trapo y animales de peluche para alcanzarlo.

—Faith, pensé que estabas muy ocupada como para hablar —le dijo a su prima.

—Tú sabes cómo es cuando estoy en el probador con un cliente —dijo Faith—. Y este cliente era uno de esos difíciles. ¿Qué pasa, Ash? Suenas graciosa.

—Vengo con un resfriado —mintió Ashley, y después se paró y se dirigió hacia la cocina.

—Buen intento. Te conozco, missy. —Hubo una pausa, y después—. ¿Estás estresada con lo de la reunión con Nina Noble?

—Ja. Acabo de irme de su casa.

—¿Oh? Pensé que la reunión era mañana.

—Cambió la fecha. —Cada vez que pensaba sobre Nina Noble, la culpa se apodera de ella—. Ella no quiere vender la casa, Faith. No a mí, por lo menos.

—¿Por qué no?

—Ella aún me culpa por la muerte de su esposo. Ni siquiera pudo reunirse conmigo ni hablarme, mando a su hijo en cambio. —Se sirvió una taza de café, dio un paso atrás para abrir la nevera y alcanzar la crema de avellana.

—Eso es más bien infantil, ¿no? Odio ser brutalmente franca, pero alguien tiene que decirle a la Señorita Estrella de Película que los bomberos a veces mueren en servicio. Su esposo debía saber los riesgos que estaban envueltos en su profesión.

Ashley había pensado el mismo argumento antes, pero nunca la había hecho sentir mejor. Agregó la crema a su café, se deslizó en un taburete del mesón de la cocina y tomó un sorbo mientras escuchaba a Faith.

Un suspiro se escapó de los labios de Ashley.

—El resultado final es que ella nunca ha superado la muerte de su marido y aún se resiente conmigo. Para complicar el problema, Ryan Doyle quiere la casa Carlyle. —Brevemente le explicó lo que Ron le había dicho.

—¿Qué vas a hacer? Tal vez debas hablar con la tía Estelle o Lex.

No si pudiera evitarlo. Puede que no pudiera cuál iba a ser su próximo movimiento, pero estaba pasando de tener que ir corriendo a su tía o su prima mayor cada vez que tenía un problema. Así como estaba, su tía ya había hecho suficiente con cuidar de ella cuando sus padres murieron.

—No. No voy a insistir por la casa Carlyle. No ahora. —No se atrevía a decirle a su prima lo de la investigación de Ron o de su decisión de ayudarlo. Faith

pensaría que se había vuelto loca—. Le voy a pedir a Tony que empiece a revisar si hay algo más disponible por ahí.

—¿Estás segura?

Ahora estaba en piloto automático, sin confiar en nada nunca más. Era gracioso cuanto había cambiado en una semana. La mañana que habló con Ron. Ella había sabido exactamente lo que quería.

—Sí, estoy segura. —Su voz salió débil y carecía de seguridad.

—No te rindas aún, Ashley. Vamos a discutirlo esta noche. ¿De acuerdo? En vez de salir, voy a buscar comida a Chase y unirme a ti y Jade enseguida después del trabajo.

Ella tragó el bulto que sentía en su garganta. En realidad no había nada que discutir. Hasta que se enterara de la verdad sobre el incendio, no iba a mencionar la venta de la casa, no con Ron. Pero su prima no tenía que saber eso.

—Suena bien. ¿Has hablado con Jade hoy? Le he dejado varios mensajes en su correo de voz, pero no ha estado devolviendo mis llamadas. —Jade acababa de salir de un mal matrimonio y estaba luchando por encontrarse a sí misma.

—A mí tampoco, pero voy a tratar de comunicarme y ver si aún va a venir.

—Más le vale o si no…

El sonido del timbre retumbó por el apartamento, interrumpiendo. Ashley se congeló, su taza de café a mitad de camino.

—Tengo que irme Faith. Hay alguien en la puerta. —Puso su bebida abajo y se paró—. Nos vemos esta noche, ¿vale?

Quien quiera que fuese volvió a presionar el timbre mientras ella se acercaba a la puerta.

—Sheesh, con calma. —Completamente molesta, abrió la puerta tan duro que sus gafas de sol se deslizaron de donde las había puesto en su frente y se acomodaron en su nariz. Sus ojos se agrandaron cuando su mirada aterrizo en la expresión furiosa de su visitante—. ¿Ron? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenemos que hablar. —No esperó a ser invitado, simplemente entró. Preocupación pasó por su cara cuando la miró bien—. ¿Qué pasa?

Ashley cruzó sus brazos y le frunció el ceño.

—¿No debería ser esa mi frase?

—Suenas rara. ¿Has estado llorando? —Entones su mirada cambió al caos detrás de ella—. ¿Qué pasó aquí? ¿Te robaron?

Ella se encogió de hombros y le dio a su apartamento una mirada. La habitación parecía como si un tornado lo hubiera azotado. Cajas sobrecargadas con peluches, muñecas y álbumes de fotos por todo el suelo.

—No. Estaba buscando algo. —Las cartas que su madre le había escrito años atrás parecían haber desaparecido, pero ella estaba empeñada en encontrarlas. Tal vez se le había pasado algo en ellas que pudiera explicar la actitud de la Sra. Noble.

—¿De qué quieres hablar?

Su atención cambió a ella. Frunció el entrecejo a sus gafas de sol.

—Puede esperar. ¿Qué pasó?

Ella cerró la puerta, ignoró su mirada calculadora y pasó por delante de él.

—No pasó nada. Como puedes ver, estoy en medio de algo. Pero ya que estás adentro, siéntete como en casa. —Se abrió camino hacia la cocina y pudo sentir sus ojos en su espalda—. Entonces, ¿Qué es lo que no podía esperar hasta el sábado? Apenas dejé tu casa…

—La casa de mi madre —le corrigió.

—Tú fuiste criado ahí. —Recogió su taza de café y se giró para hacerle frente—. ¿No?

—Sí y no. ¿Vas a usar esas gafas mientras hablamos?

Sin ellas, sabría seguro que había estado llorando. No estaba lista para discutir el porqué.

—Sí. ¿Tienes algún problema con ello? —Lo desafió.

Él se recostó contra el mesón de la cocina y miró hacia su cara volteada hacia arriba. Una sonrisa irónica cruzó sus labios.

—No, pero no están escondiendo el hecho de que has estado llorando, Ashley.

Suspirando, tiró de sus gafas, sin hacer contacto visual con él y caminó por alrededor del mesón. Alcanzó a ver su cara en el tostador y vio que su rímel se había regado. Oh Dios, ojos de mapache. Muy tarde para hacer algo al respecto.

—¿Quieres algo de café?

Su mirada se quedó en ella.

—Por supuesto, gracias. ¿Fue algo que dije o hice?

Se movió suavemente mientras rellenaba su taza y vertía un poco del líquido oscuro para él.

—¿Qué te hace pensar que podías hacer algo o decir algo que me redujera a lágrimas, Noble?

Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

—Tienes un punto ahí. Eso deja a mi madre.

Ella se puso rígida, pero se las arregló para pasarle su café sin tirarlo. Tomando su tiempo, se sentó en un taburete opuesto al de él, levanto su mentón, desafiándolo a que dijera algo sobre su mancha de rímel.

—¿Tu madre? Yo ni siquiera hablé con ella.

—Pero oíste lo que dijo.

¿No era él el Sr. Perceptivo?

—¿Es por eso que estás aquí?

Él envolvió una larga mano alrededor de la taza y tomó un largo sorbo de su café. Su mirada nunca dejó la de ella, pero parecía que estuviera reordenando sus pensamientos.

—Mi madre puede ser muy franca, Ashley, pero no siempre es en serio lo que dice.

Sus ojos se estrecharon mientras lo estudiaba. *¿La culpaba por la muerte de su padre también?* Ashley mordió su labio, insegura de cómo proceder. Él

podía escuchar lo que ella tenía que decir. De cualquier manera, no había manera de evitarlo.

—Ella aún está sufriendo, ¿no?

Un ceño fruncido se instaló en la cara de Ron. Estuvo en silencio por un momento y después asintió.

—Las cosas no han sido fáciles para ella.

—Debe realmente haberlo amado. —Calidez se derramó de sus ojos hasta que estuvieron frías, pero ella lo ignoró. Se negaba a parar hasta que pudiera hablar. La culpa que la comía por dentro necesitaba ser aliviada—. Sé que es mi culpa que… que tu padre muriera, Ron, y no hay nadie más arrepentido de eso que yo. Entonces entiendo porque ella aún me odia…

—No vine aquí para discutir eso.

Parpadeó ante la brusquedad de su voz.

—Oh. Cuando la mencionaste yo simplemente asumí que querías explicar su posición.

—Asumiste mal. —Su voz era intransigente—. Lo que quiero es total honestidad de tu parte.

¿Era esto sobre su investigación? No podía prometer responder todas sus preguntas, sólo lo que ella recordara.

—Por supuesto, pero eso depende en lo que quieras saber. Hay algunas cosas que incluso yo no puedo explicar.

Como si fuera posible, sus ojos se hicieron más fríos.

—Te gusta jugar a juegos, ¿no es así?

Ella le dio una mirada e hizo una mueca.

—Odio los juegos. Es una total pérdida de tiempo.

—Entonces dime esto. ¿Cuánto de bien conoces a Vaughn?

Ashley parpadeó.

—¿Qué?

—Dijiste que no jugabas a juegos. Yo tampoco. ¿Cuánto de bien conoces a Vaughn?

Su ceja se arrugó mientras sus pensamientos corrían.

—¿Vaughn Ricks? ¿El hombre de la limosina?

¿Cómo sabía Ron que se habían visto?

Él le sonrió fríamente.

—Sí, con el que te encontraste abajo en la calle de la casa de mi madre. Vaughn Doyle. El hijo de Ryan Doyle. ¿Qué estabas discutiendo con él?

Sus ojos se ampliaron con la revelación. No era sorpresa que le pareciera familiar. Él se veía como su padre. Entonces la implicación en la declaración de Ron se aclaró.

—¿Estabas espiándome?

—Y es una cosa buena, también, de otra manera no me habría enterado de su pequeña reunión.

Ella negó con su cabeza.

—Tú tienes mucho descaro para decir que soy yo la que juega a juegos, Ron Noble. —Esto era lo que pasaba cuando dejaba que las emociones tomaran control de sus acciones, la gente empezaba a pasarle por encima. Dejó que este hombre llegara a ella antes con su historia de necesito-un-retrato-de-mi-abuela. No otra vez. Ella se levantó a sus pies y se alejó del mesón.

—Quiero que te vayas. Ahora.

Ron se levantó, pero en vez de dirigirse a la puerta, se empezó a mover alrededor del mesón.

—¿Qué estas escondiendo? ¿Qué te ofreció? —Su mirada se movió arriba y abajo por su cuerpo, entonces sus labios se curvaron en burla—. ¿O debería estar preguntando qué fue lo que tú le ofreciste a él para conseguir la casa Carlyle?

Su mandíbula cayó con la acusación. Puntos negros aparecieron en su visión mientras que la ira remplazaba el shock. Su mano se levantó, voló a su cara y conecto con su mejilla. El sonido hizo eco por todo el apartamento.

—Y pensar que estaba dispuesta a ayudarte con tu investigación. Ponerme a mí misma a enfrentar lo peor… —Ashley apuntó a la puerta—. Lárgate de mi casa, Noble.

Capítulo 4

Traducido por dahleia

Corregido por francatemartu

Ron intentó no encogerse de dolor cuando la punzada de dolor se extendió desde la mejilla hasta el cuello. Había visto venir la bofetada, pero no trató de detenerla. Se lo merecía. La verdad sea dicha, no tenía ni idea de qué lo había poseído para acusarla de algo tan degradante.

—Ashley…

—¿Cómo te atreves? —Ella respiraba con dificultad, su generoso pecho agitándose—. ¿Cómo te atreves a insinuar que me rebajaría a ofrecer mi cuerpo a cualquier hombre a cambio de un favor? —Ella pasó por su lado pisando con fuerza.

Él la agarró por el brazo.

—Te pido disculpas. Lo que dije estuvo fuera de lugar y fue grosero. Lo siento.

—Deja de manosearme —le espetó e intentó retorcerse para liberar su brazo.

Él la soltó y alzó los brazos en señal de rendición.

—Ahora vete.

Ron respiró hondo. Esto no era lo que había planeado. Él necesitaba su ayuda y ser despedido no era la forma de lograrlo. Por el centelleo de sus ojos, una disculpa no sería suficiente. Se devanó los sesos buscando una rápida solución.

—Puedo conseguirte la casa Carlyle, Ashley.

A ella se le escapó una risa mordaz.

—Ya no la quiero.

Su estómago se tensó.

—¿Por qué?

—He cambiado de idea.

Ella debía haber oído a su madre y a pesar de sus afirmaciones anteriores, no tenía intención alguna de pedirle ayuda. De hecho, su rígido cuerpo le advertía que retrocediera. Él frunció el ceño. O tal vez se trataba de una actuación para manipularlo, para hacerle sentir lástima por ella.

Crecer rodeado de su madre y sus amigas actrices le había enseñado a cuestionar las emociones de las mujeres. Sabía que eso estaba mal y a menudo luchaba contra esa reacción, pero ahora... ¿Debería confiar en Ashley?

—No tenemos nada más que discutir —le dijo ella.

Y él no tenía nada con lo que negociar. No debería haber mencionado su investigación la semana pasada o haber sacado conclusiones cuando la vio con Vaughn. Ron ignoró sus palabras y estudió su expresión de enfado. Vio más allá de su bravuconería y enojo el dolor que le había causado.

El repentino impulso de tomar a Ashley en sus brazos y consolarla salió de la nada. Él no iba a ir allí. En su lugar metió las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones vaqueros.

—No debería haber sacado conclusiones precipitadas y haberte acusado de hacer algo poco ético.

Ella lo miró desafiante, sus ojos de color avellana demasiado brillantes. Él sacó las manos de los bolsillos, se frotó la cara y después la estudió a través de los ojos entrecerrados. Dios, la mujer era exasperante. ¿Por qué no podía aceptar nada con gracia?

—¿Qué es lo que quería él? —le preguntó.

—No te debo ninguna explicación.

—Lo sé. —Los Doyle eran unos cabrones despiadados y él tenía que saber qué era lo que estaban tramando. Se tragó el orgullo y añadió:

—Por favor. Necesito saberlo.

Ashley suspiró, encorvando los hombros.

—Estaba disgustada después de oír las palabras de tu madre y me di cuenta de que ella todavía estaba sufriendo por lo que sucedió hace diez años. Me hice a un lado y estaba pensando en volver a tu casa para decirte que te ayudaría con la investigación cuando la limusina de Vaughn se detuvo. Yo no sabía quién era. Me dijo que su nombre era Vaughn Ricks, no Doyle. Pensó que tenía problemas con el auto. Yo no tenía ni idea de que estaba en el exterior de la residencia de los Doyle.

—Yo no sabía que él compró una casa por aquí hasta que el guardia de seguridad me lo dijo. Mi madre estaba preocupada. Los Doyle no son las personas más agradables.

Ella se encogió de hombros.

—Yo no sé nada de eso. Vaughn tuvo la amabilidad de ofrecerme una mano cuando pensó que lo necesitaba.

El monstruo de los celos dentro de él asomó la cabeza.

—Vaughn Doyle es un hijo de puta despiadado, Ashley. Igual que su padre.

Ella se alejó de él.

—No desde mi punto de vista. Él fue un perfecto caballero.

Mientras que él no lo era, Ron pensó con un suspiro. Ella no tenía que decirlo. Odiaba explicarse pero, en este caso, se lo debía a ella.

—De acuerdo, mi comportamiento de esta tarde no ha sido ejemplar, lo admito. No suelo hablar o actuar de esa forma. Esta investigación me está afectando. Y yo no te estaba espiando. El guardia de seguridad lo estaba haciendo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Por qué?

—Mi madre le pidió que vigilara la residencia de los Doyle. El hecho de que os viera a ti a y Vaughn y me informara fue una mera coincidencia. Nadie te estaba espiando.

Ella se quedó en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos ensombrecidos. Él no sabía qué más decir para recuperar su confianza.

—Por favor, di que me perdonas por mi lamentable comportamiento.

Ella se encogió de hombros, pareciendo aceptar su disculpa. Él suspiró con alivio y continuó explicándose:

—Ryan Doyle trató de cortejar a mi madre cuando mi padre murió. No sé qué es lo que él hizo o dijo, pero a ella no le gusta o no confía en él. Ella no es de las que perdonan.

Ashley asintió.

—Me doy cuenta de eso. Yo tenía quince años en aquel momento, no tenía ni idea de lo que estaba pasando con mis padres y actué por puro instinto. —Ella habló en voz baja como si estuviera hablando consigo misma. Su mirada se dirigió al primer botón de su camisa antes de añadir:

—Tal vez fue una insensatez por mi parte pedirle que salvara a mis padres, pero toda mi vida estaba en ese infierno. —Buscó los ojos de Ron—. Ahora sé que lo que hizo fue heroico. Cuando más tarde me enteré de que había muerto, le escribí cartas a tu madre pidiéndole que me perdonara.

—Ashley…

—Deja que me explique. Por favor. No obtuve respuesta de ella, pero seguí escribiéndole durante seis meses. Después, ella me contestó, dos veces. —Señaló las cajas en el suelo—. Estaba buscando las cartas que ella me envió antes de que llegaras. Su perdón me ayudó a lidiar con mi pena, Ron.

Ron no quería decepcionarla, pero dudaba que su madre hubiera escrito esas cartas. Él había crecido oyéndola culpar a Ashley por todo lo que había salido mal en su familia. Connie Wilkins, su ayudante, probablemente las había escrito. La mujer llevaba con su madre casi treinta años.

—¿Tú… me culpas también, Ron? —Ashley interrumpió sus pensamientos.

Su madre nunca le permitió olvidar la parte que Ashley había jugado aquella noche y sí, él había estado resentido con ella durante un tiempo. Pero cuando maduró y fue capaz de ver las cosas de forma realista, dejó a un lado la ira.

—No, no te culpo.

El remordimiento y la angustia se reflejaron en su rostro.

—Gracias. Sé que él aún estaría vivo…

—No. —Él quería alejarse, pero se encontró ahuecando la cara de ella con las manos. Las lágrimas temblaban en sus pestañas. Podía sentir su cuerpo estremecerse y en ese momento se formó una conexión entre ellos que no podía explicar.

La angustia de ella se convirtió en la suya y él no podía hacer nada para evitar que penetrara en él, retorciendo sus entrañas y recordándole su pérdida. Él no había llorado realmente la muerte de su padre, no cuando su madre lo necesitaba y los rumores y acusaciones sobre la traición de su padre flotaban alrededor. Su padre era la única persona que le había dado su amor incondicional y él había estado demasiado enfadado y avergonzado para llorarle, hasta ahora. Algo se cerró alrededor de su corazón y apretó.

—¿Ron?

Su mirada se dirigió al rostro de Ashley. La ira y el dolor habían desaparecido y en su lugar había preocupación. El resentimiento llegó de ninguna parte, las acusaciones persistentes a las que se había acostumbrado reemplazaban su dolor. Él no quería su compasión. Lo único que quería de ella era una descripción de lo que vio aquella noche.

Se tensó, se alejó de ella y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Mi padre era bombero, Ashley. Conocía los riesgos que conllevaba su profesión. —Los ojos de ella buscaron los suyos, como si pudiera ver más allá de su fingida indiferencia el dolor y el arrepentimiento dentro de él.

—Siento ponerte en una posición tan incómoda con mis preguntas. Tú también perdiste a alguien a quien amabas aquella noche y no debería haberte hecho revivirlo.

—Déjalo estar, Ashley. —¿Por qué las mujeres insistían en analizarlo todo? Estaba harto de andar de puntillas. Tenía que saber si podía confiar en ella—. Hay algo más que tenemos que hablar, la razón por la que estoy aquí.

Ella abrió la boca como si fuera a discutir, después la cerró. Frunció el ceño.

—¿Qué es?

—Necesito tu ayuda con algo. —Sacó un sobre doblado de papel manila marrón de su bolsillo trasero y se lo ofreció a ella.

Ella frunció el ceño en vez de tomarlo, con evidente desconfianza en sus ojos.

—Mi madre las recibió esta mañana. Alguien dejó el sobre en su puerta. Yo estaba en una conferencia en San Diego esta semana, pero ella me pidió que volviera a casa por esto. Lamentablemente, después de ver su contenido, ella no estaba en el estado de ánimo adecuado para discutir nada contigo. Quiero que mires las fotos y me digas lo que piensas.

La mirada suspicaz de Ashley se dirigió del sobre al rostro de Ron y después volvió al sobre.

—¿Qué fotos?

—Sólo ábrelo, por favor.

Ella tomó el sobre, abrió la solapa y extrajo su contenido. Sus ojos se abrieron de par en par y un jadeo escapó de sus labios cuando vio la fotografía de arriba.

—No puede ser —susurró Ashley. El sobre y las otras fotografías resbalaron de sus dedos temblorosos y revolotearon hasta el suelo cuando se sentó en el taburete más cercano.

—¿Qué es? —La inquietud llenaba la voz de Ron—. ¿Qué pasa?

Todo estaba mal. Reconoció la fotografía que ella había tomado hacía diez años. Formaba parte de un carrete que había perdido la noche en que sus padres murieron. Obviamente, alguien la había sacado de su cámara. Pero ¿quién? ¿Por qué?

Ron se cernió sobre ella.

—Háblame. Sabía que no debería haberte soltado esto así —se reprochó—. Debería haberte avisado. —Cuando la mirada de ella se clavó en la fotografía, él dio un paso atrás, recogió las otras fotos y el sobre del suelo y se reunió con ella en la encimera—. Pensé que ver su foto no importaría después de todo este tiempo, pero… Háblame, por favor.

Ella oyó su voz, la preocupación que entrelazaba sus palabras, pero las emociones se habían apoderado de su garganta, haciendo que le resultara difícil hablar. Su mirada se desplazó al rostro de su padre y al de su madre. Ellos parecían tan reales, tan… tan vivos. Los ojos brillantes, las amplias

sonrisas y el amor que resplandecía en sus rostros eran todos inolvidables. Su mano tembló, mientras acariciaba suavemente el frío y brillante papel.

—Es mía —susurró ella finalmente, con voz ronca y extraña a sus oídos.

—¿Qué?

Ella miró a Ron y vio la misma confusión en su voz reflejada en sus ojos. Mordiéndose con fuerza el labio inferior, respiró hondo una vez y luego otra. Cuando recuperó un mínimo de control, lo miró directamente a los ojos y dijo, lentamente y con claridad:

—Yo tomé esta foto. Es mía. Quiero saber quién la envió, Ron.

—No hay remite en el sobre ni firma en la carta. ¿Qué quiere decir que tomaste la foto? —le preguntó él. Ella le lanzó una mirada impaciente.

—Alcé la cámara, apunté y disparé. —Su voz era tensa, áspera—. Fue la noche del… —Tragó saliva y luego levantó la barbilla—, la noche del incendio.

Ron se frotó la nuca, con una expresión de perplejidad en su rostro.

—¿Cómo es eso posible? ¿Cómo alguien pudo hacerse con ellas? No tiene sentido.

—Lo sé. —Ya nada tenía sentido, incluyendo por qué todo esto le estaba pasando a ella ahora. Ella podía aceptar el odio de la madre de Ron, sortear la oferta de Ryan Doyle, pero la repentina aparición de una imagen del carrete que pensaba que había perdido la desconcertaba. ¿Podía tener razón Ron? ¿Alguien inició el fuego?

Ella cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Ron estaba esperando una explicación. Ella no estaba preparada para darle una. Escenas del pasado cruzaron por su mente. Comprando con su madre, viendo cómo ésta se preparaba para una actuación, escuchando a sus padres ensayar, ideando formas de escapar de los paparazzi, picnics privados en el parque… Entonces ahí estaba aquella noche. El olor acre del humo negro que asfixiaba sus pulmones, quemando sus ojos, las hambrientas llamas abrasadoras en las ventanas, los sonidos estridentes del camión de bomberos…

Sus ojos se abrieron de golpe por la sorpresa y su mirada se centró en la mano de Ron sobre la suya. Ella agradeció su calidez, el consuelo que su

gesto le ofrecía. Irracionalmente, deseó estar en cualquier otro lugar que no fuera su apartamento hablando del pasado. Ella creía que nunca tendría que revivir aquella noche.

Ron tiró de su mano para llamar su atención.

—Me doy cuenta de que esto no es fácil para ti —dijo—. Si no quieres hacerlo, por mí está bien.

—No, no. Estoy bien. —Su voz sonó ronca a sus oídos. ¿Quién podía culparla? Ron le acariciaba suavemente el dorso de la mano con las puntas de sus dedos. La sensación se disparó por su brazo, llenándola con la necesidad de buscar el consuelo que le estaba ofreciendo, distrayéndola de lo que era importante. Ella deslizó la mano por debajo de la de él.

—No te habría hecho pasar por esto si no fuera importante —dijo él suavemente.

El timbre bajo de su voz la inundó, calmando sus nervios a flor de piel. Sí, esto era importante. Si estaba relacionado con un pirómano, era vital.

—Lo sé.

—Bien. —Él alcanzó el sobre marrón y sacó las fotografías que ella había dejado caer antes. Le pasó una, con los ojos atentos.

Ashley frunció los labios ante la imagen de los tres juntos. Su madre y su padre estaban a cada lado de ella.

—Papá… mi padre me había enseñado cómo usar la cámara con el temporizador. ¿Ves? —Ella indicó el fondo—. Es la misma habitación que en la primera fotografía.

Ron le dio la tercera fotografía. Ella estudió la brillante fotografía.

—La tomé en el exterior de la casa Carlyle… Es decir, el Club Carlyle, como se llamaba entonces. Era la primera vez que lo veía. Parecía tan grandioso, magnífico, como un castillo salido de un cuento de hadas.

—Un club exclusivo para las estrellas de primera categoría más bien —la corrigió él con ironía—. Un primo de mi madre lo dirigía en aquella época. Tú fuiste probablemente la única niña que entró en él de noche. Yo estuve en el interior muchas veces, pero siempre durante el día, cuando las familias usaban la piscina y el restaurante.

Si pudiera recordar haber entrado. Era frustrante, pero al mismo tiempo reconfortante. Sabía que era una cobardía por su parte, pero cuantos menos recuerdos de esa noche en particular mejor para ella.

Hubo un breve y tenso silencio. Por la expresión expectante de Ron, ella sabía que él estaba esperando a que ella dijera algo. Ella nunca había querido hablar sobre lo que pasó, pero algo en la presencia calmante del hombre la alentaba.

—Era mi cumpleaños —le dijo finalmente, decidiendo andarse con pies de plomo en lugar de sumergirse en el horror.

Las cejas de Ron se alzaron.

—¿El día del incendio?

Ella le dedicó una débil sonrisa y asintió.

—Hace que uno se pregunte en qué estaba pensando el gran tipo de arriba.

—Maldita sea —dijo él en voz baja.

Maldita era exactamente como se sentía en sus cumpleaños. Estar de celebración y al mismo tiempo de luto era suficiente para afectar a la psique de cualquiera. Pero para un niño, era una auténtica tortura. Sin su querida y cariñosa tía Estelle, no sabía si habría podido soportarlo.

Frunció el ceño cuando vio la expresión de Ron. ¿Era lástima o compasión? La lástima era la única emoción que ella se negaba a aceptar de nadie. Ella tensó la mano.

—He aprendido a vivir con ello. —Su tono sonó defensivo—. Mi tía hizo que todo fuera bien.

Ron negó con la cabeza.

—Pero recuerdas tu pérdida el día de tu cumpleaños. ¿Cómo puede alguien hacer que eso esté bien?

Ella se encogió de hombros.

—Haciéndome dos fiestas de cumpleaños… una por la mañana con mis primos y amigos y otra por la tarde en el cementerio. Elegía flores del jardín, tomaba unos trozos de pastel y bebidas de la fiesta, un casete de música y una grabación de una versión de la canción del cumpleaños feliz que mis

padres hicieron cuando todavía estaban vivos. Mi tía y mi tío solían acompañarme y me esperaban mientras yo hablaba con mis padres.

¿Pensaba él que estaba chiflada porque hablaba con los muertos? Le lanzó una mirada de reojo, esperando ver sorpresa o burla. Alivio y algo parecido a la gratitud la recorrieron cuando le vio asentir.

—En los primeros años, yo solía hablar siempre sobre lo mismo… mi fiesta de cumpleaños y los regalos que había recibido por la mañana. Después solía poner el casete y disponer los trozos de pastel y las bebidas sobre sus tumbas y me marchaba.

—Debió de ser difícil. —Su voz era suave, alentadora.

—Al principio, sí. Cuando crecí, se hizo más fácil. Sé que es ilógico, pero creía que ellos podían oírme. Todavía lo creo. Siempre veo las cosas con claridad después de hablar con ellos. —Cuando vio la expresión fascinada en el rostro de Ron, se sonrojó—. Absurdo ¿no?

Ron cubrió su mano con la suya, otra vez.

—No, no lo es. Mi abuela solía hablar con mi abuelo todo el tiempo. Una vez me dijo que cuando amas de verdad a alguien compartes un vínculo que trasciende el mundo físico. Yo la creo.

Hmm, interesante. Había algo más en este hombre que un cuerpo sexy, una boca sensual y un par de fascinantes ojos de color azul eléctrico… ella podía seguir eternamente. Miró furtivamente a sus manos unidas. Se sentía natural, aunque su mano grande engullía la suya más pequeña. Él volvió a acariciar su piel, desatando una tormenta de emociones dentro de ella.

Ella desvió la mirada. Era absurdo. Encontrar a un hombre totalmente fascinante era tan impropio de ella. ¿Y de qué estaban hablando antes de que empezaran a “hablar de los muertos”?

Esta vez Ashley sacó lentamente la mano de debajo de la de él y la puso en su regazo. Un escalofrío la invadió ante la pérdida de su calor. Su mirada buscó una distracción. Cualquier cosa. Las fotografías vinieron a su rescate.

—En cualquier caso, aquel día —siguió—, conseguí lo que siempre había querido… una cámara Nikon y una oportunidad de celebrar mi cumpleaños con mis primos. Nos alojamos en la casa de tía Estelle, pero casi todos mis primos estaban allí. Fue una fiesta estupenda. —Hizo una pausa y sonrió.

—Yo no sabía que estábamos celebrando algo más que mi cumpleaños hasta más tarde. Mis padres habían guardado el mejor regalo para el final.

Como si le leyera la mente, Ron dijo:

—¿La casa Carlyle?

—Sí.

—Un regalo inusual para una niña —murmuró.

—No si tienes en cuenta lo que significaba para mí. Había pasado los primeros quince años de mi vida viajando con mis padres y la banda por todo el mundo. La compra de la casa Carlyle iba a cambiar todo eso. Significaba estabilidad, aunque yo no lo sabía en aquel momento. Sólo sabía que mis primos estarían a media hora de distancia y yo podría hacer cosas con ellos, tener amigos y dormir fuera de casa. Ellos me hablaron sobre los papeles que iban a firmar esa tarde, su plan para dejar las giras y empezar a trabajar con talentos locales.

Lentamente, acarició las brillantes imágenes, con una sonrisa nostálgica en los labios. El impacto al ver las fotografías había desaparecido, pero todavía necesitaba saber de dónde habían salido.

—Recuerdo todo lo que pasó antes de que fuéramos al Club Carlyle. El ligero perfume floral de mi madre. —*Oh, los recuerdos, tan dulces que puedo verlos y olerlos*—. Rosas. Ella siempre olía a rosas. Las dos estábamos bailando y cantando la letra de una balada que ellos habían producido, cuando mi padre se unió a nosotras. —Sus ojos se empañaron y tuvo que tragar más allá del nudo en su garganta para continuar—. Él me dio un abrazo y un beso después de que la canción terminara y me llamó su tesoro. Era tan feliz que tuve que capturar el momento. Esta es la imagen. —Dio un golpecito en la primera foto.

Ron frunció el ceño.

—¿Y el carrete?

—Desapareció. Mi tía me dijo que no estaba en la cámara después del incendio. Pensé que lo había perdido aquella noche. —Una expresión pensativa se asentó en su rostro—. En aquel momento estaba demasiado confusa para hacer preguntas, pero ahora no puedo evitar preguntarme quién sacó el carrete y por qué.

—¿Podrías haberlo dejado caer? —le preguntó Ron.

—Solo si la tapa de la cámara estaba defectuosa, pero eso habría expuesto el carrete. —Se frotó las sienes. Un dolor de cabeza se estaba gestando allí rápidamente—. Muchas cosas pasaron aquella noche que todavía no tienen sentido. Tengo que enseñarte algo.

Ella se levantó y se abrió paso entre las cajas en el suelo hasta llegar a la enorme caja metálica en la esquina de la habitación. Dentro de ella había partituras de música, discos, un viejo tocadiscos, recortes de periódico sobre sus padres y álbumes de fotos familiares. Abrió una funda de piel negra, sacó una cámara y empezó a agitarla.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Ron.

—Comprobando si la cámara está defectuosa. —Reiteradamente abrió y cerró la tapa de la cámara mientras regresaba a donde ella le había dejado en la encimera de la cocina. Era la más resistente y versátil de las cámaras de esa marca que se había fabricado jamás. Incluso aunque el carrete se hubiera caído, alguien debía haberlo rebobinado primero—. El carrete no podría haberse caído. Alguien lo sacó.

Ron fue a pararse a su lado.

—¿Me estás diciendo que esta es la misma cámara que usaste hace diez años?

—Sí.

Él señaló la cámara.

—¿Puedo?

Ashley se la dio, después apoyó los codos sobre la encimera, ahuecó las manos sobre la barbilla y lo estudió… su audaz nariz, las cejas arqueadas, el intenso color azul de sus ojos que ardían con picardía pero se volvían fríos en un momento. ¿Qué tenía ese hombre que hacía que se sintiera suficientemente cómoda para hablar del pasado? ¿Era porque los dos habían perdido tanto aquella noche? Era cierto que ella pensaba que él tenía una presencia tranquilizadora, pero bajo todo eso, estaba tenso. Era esa tensión lo que ella encontraba a la vez excitante y perturbador.

De repente, Ron alzó la vista y la pilló mirándolo. El aire se atascó en su pecho mientras esperaba para ver qué haría él a continuación. Su corazón

latía con fuerza por la excitación. Como si supiera el efecto que causaba en ella, él le dedicó una lenta y devastadora sonrisa. El calor se extendió por su cara, sus piernas. Esto era una locura. Ni siquiera podía reunir la fuerza de voluntad necesaria para apartar la mirada. Cuando finalmente él desvió la mirada, ella soltó el aliento a borbotones. Esta atracción iba más allá de su comprensión.

—Está en bastante buen estado para ser tan vieja —dijo Ron tranquilamente—. Parece casi nueva.

Ashley frunció el ceño. ¿Cómo podía estar tan tranquilo cuando ella todavía estaba recuperando el aliento? Cuando ella no respondió inmediatamente, él lanzó una mirada en su dirección. La cámara vino a su rescate. Desvió la vista hacia la cámara y la mantuvo fija en ella. *Concéntrate.*

La cámara parecía nueva, aunque la había tenido con ella durante el incendio. Ella recordó la suciedad en su vestido, sus manos…

¿Suciedad?

Su cuerpo se estremeció. ¿De dónde venía eso? El Club Carlyle era un club exclusivo con servicio de primera categoría en la época del incendio, aun así la palabra suciedad había cruzado por su mente. Se mordió el labio y trató de concentrarse, pero el recuerdo la eludía.

Ella alzó la vista y captó la mirada de Ron sobre ella.

—Nunca la utilicé después de aquella noche. No me atreví, así que mi tío me compró una nueva en su lugar, un modelo diferente. —*Suciedad…* ¿Qué significaba?—. Por lo menos ahora tengo las tres fotos que tomé aquella noche.

Ron frunció el ceño.

—¿Tres? Hay un total de seis fotos aquí.

—¿Seis? Eso es extraño.

—Maldita sea, lo es. —Los dos echaron mano al resto de las fotos al mismo tiempo—. Entonces, ¿no tomaste estas?

Ashley recorrió las fotografías con la mirada. La primera mostraba a sus padres en una habitación lujosamente decorada… un despacho o un salón

privado, tal vez. Sillones negros de piel, taburetes en torno a una barra ornamentada y motivos musicales adornaban las paredes.

Un vago recuerdo revoloteaba en su mente y luego desapareció, dejándola inquieta. Tocó la fotografía.

—¿Dónde es esto?

Ron le dirigió una mirada de desconcierto.

—Eso era el bar en el sótano. ¿No te acuerdas?

No, no se acordaba. Por más que la miraba fijamente, el recuerdo la eludía. Suspirando con frustración, se desplazó a la foto siguiente. En ella, sus padres estaban con la madre de Ron y otros tres hombres. Por las caras animadas, las copas en alto y la espiral de humo de los cigarros, estaban de celebración.

Ashley señaló al hombre alto y desgarbado que llevaba un traje de tres piezas y gafas de montura oscura.

—Ese es Jeremy Kirkland, el abogado de mis padres. —Ahora el suyo desde que sus padres murieron. Tío Jerry no había cambiado mucho en diez años. Todavía prefería los trajes de rayas y las gafas de montura oscura. La única diferencia estaba en su pelo… ahora no tenía ninguno—. ¿Quién es el otro hombre?

—El abogado de mi madre. Dave Hogan. Ahora está jubilado, vive en la isla de Orcas. Y ese es mi padre. —Ron señaló al hombre más alto vestido completamente de negro—. Estuvo allí brevemente, pero se marchó temprano. Ahora esto no tiene sentido.

Ashley estudió la última foto. Era el rostro borroso de un hombre tomada a corta distancia. Lo único discernible en la fotografía eran los pendientes de oro en sus orejas. Reflejaban el flash de la cámara. Un escalofrío recorrió su cuerpo sin razón aparente.

—¿Por qué enviar esta? Es imposible identificar al hombre de la foto.

—¿Cómo puedes saber que es un hombre?

Ashley se encogió de hombros. Sus ojos de artista veían cosas que la gente común no veía.

—La forma de su cara, la línea de la mandíbula e incluso los labios son masculinos.

Ron frunció el ceño mientras su mirada se desplazaba de las fotografías a ella. Abrió la boca para decir algo y después pareció cambiar de opinión. Volvió a fruncir el ceño ante las imágenes. Finalmente, alzó la vista y dijo:

—Dijiste que sólo tomaste las tres primeras fotos, ¿verdad? ¿Cómo puedes explicar estas últimas?

Ella oyó la sospecha en su voz y no podía culparle.

—No puedo. Lo único que sé es que yo no las tomé. —*Creo. No, eso espero.*

La mirada de Ron estaba fija en su rostro.

—Tal vez dejaste la cámara y alguien la tomó prestada.

—No lo creo. —Ella había estado demasiado entusiasmada con ella para dejar que nadie más la tocara, lo que quería decir que ella tomó las fotografías. Eran definitivamente del mismo carrete. A los quince años, no era una entendida en cámaras. No se había molestado en limpiar la lente antes de sacar las fotos y había una mota exactamente en la misma posición en todas las fotografías—. Además, mis padres me dejaron en el piso de arriba con, eh, Sally…Sheila… la mujer que dirigía el restaurante de arriba. Ahora no recuerdo su nombre.

—Sherry McKinney —dijo Ron.

—Sí, Sherry. No me aparté de su lado en toda la tarde, nunca fui al sótano o al club, que estaba cerrado aquella noche. —Ella sonaba como un loro, lo que no estaba muy lejos de la verdad. Acababa de repetir lo que Sherry les había contado a ella y a su tía—. Tal vez tengo que encontrar a Sherry y hablar sobre lo que sucedió aquella noche.

—Sherry murió un mes después del incendio, Ashley. Su auto derrapó en una carretera helada cerca de las Montañas Tehachapi y volcó.

—Oh, no. ¡Qué horrible! —¿Dónde la dejaba eso? ¿Hablando con Nina Noble? *Sí, ella caminaría sobre el fuego para ayudarme.* Su abogado Jeremy Kirkland era una apuesta más segura. El hombre la trataba como a la hija que nunca tuvo y nunca le ocultaría nada. Luego estaba la misteriosa persona que había enviado las fotografías a los Noble.

Ashley se inclinó hacia Ron.

—Me gustaría hablar con la persona que envió esas fotos, Ron.

El asintió.

—También a mí. Lamentablemente, no sabemos quién es. Como te dije, dejaron las fotos en nuestra puerta con una carta.

—¿Una carta? ¿Puedo verla?

Él negó con la cabeza, sus ojos ardían con una intensidad que tenía todas sus antenas internas en alerta máxima. No se sorprendió cuando él dijo:

—Dejémoslo para otro día. Hemos cubierto bastante por hoy.

Los ojos de Ashley se entrecerraron.

—Ron, no estás siendo justo.

—Sé que esto no ha sido agradable. —Se alejó con rigidez de la encimera. Toda su actitud había cambiado, se había vuelto distante, más fría.

—Déjame decidir cuánto puedo soportar. —Ashley se enderezó y se enfrentó a él. ¿Qué había en la carta que no quería que ella viera? Odiaba hacer esto, pero no tenía otra alternativa. Pensó en el dolor de perder a sus padres y las lágrimas se acumularon en la profundidad de sus ojos. Entonces con la presión justa, dejó que enormes gotas rodaran por sus mejillas. Notó el cambio en él. Se volvió más tenso. Ahora, a rematarlo.

—Por favor, Ron. No voy a descansar hasta saber lo que hay en esa carta. Ya que me has enseñado las fotografías, ¿por qué no me dejas también leer la carta? —Su voz tembló con la justa cantidad de angustia. Él frunció el ceño, como si tratara de decidir si sus lágrimas eran reales o no. ¡Jesús! ¿Quién le había vuelto tan desconfiado de la gente?—. Por favor.

—Está bien, está bien. —Él sonó exasperado—. Deja de llorar. No puedo soportarlo. —Sacó la carta y la puso en su mano.

—Gracias. —Ashley le dedicó una breve sonrisa y abrió la carta. Algunas de las letras eran grandes, otras pequeñas y varias palabras estaban mal escritas. ¿Quién enviaba notas como estas ahora? Podía fácilmente haberla escrito a máquina.

La primera parte llamó su atención… no fue un accidente. El incendio de la casa no fue un accidente. Sus padres fueron asesinados y alguien ahí fuera lo sabía. La última parte le hizo contener el aliento, el pánico abriéndose paso como un torpedo a través de ella. Levantó la cabeza y su mirada conectó con la de Ron.

—¿Yo? ¿Qué quiere decir con que yo tengo las respuestas? —Su voz sonó chillona.

—Es posible que tú…

—¿Está insinuando que tuve algo que ver con el incendio? —ella terminó interrumpiendo a Ron.

Él la observó con mirada firme, su expresión cautelosa.

—¿Por qué pensarías eso?

Porque ella no podía recordar nada. ¿Y si ella lo había iniciado? ¿Era esa la razón por la que había bloqueado sus recuerdos? ¿Había matado a sus padres? Se le escapó un gemido.

Ron la agarró por los brazos y la zarandeó.

—Hey. Para. La carta insinúa que presenciaste algo, no que iniciaste el fuego.

—No lo sabes. —Una explosión de ira la recorrió por la impotencia. Ella se retorció para liberar los brazos y se agarró la cabeza—. No lo sabes y yo tampoco.

Ron frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? Estabas allí, ¿no? —Él esperó a que ella respondiera—. ¿No estabas allí? —preguntó de nuevo cuando ella no respondió.

Ella alzó la cabeza para susurrar:

—Sí, estaba allí. Pero… —Negó con la cabeza—, no recuerdo nada.

Los ojos de Ron se entrecerraron con confusión, luego se abrieron de par en par cuando la comprensión lo golpeó.

—¿Perdiste la memoria?

—Sí —continuó apretando los dientes, en un intento de detener el temblor de su barbilla y las lágrimas que amenazaban con caer. Odiaba sentirse así, débil e indefensa—. Ella me mintió, Ron. Me mintió a mí, a mi tía, a la policía. Nos mintió a todos. ¿Por qué?

Ron frunció el ceño.

—¿Quién mintió?

—Sherry, la gerente del restaurante. Ella dijo que nunca me aparté de su lado. Que nunca fui al sótano. —Señaló con la mano las fotografías—. Estas imágenes demuestran que sí lo hice. Sé lo que pasó aquella noche, pero es… es… —Se tocó la sien, sus manos temblaban tanto que las dejó caer a los lados y apretó los puños—. No puedo recordar nada.

Después de haber confesado, la necesidad de escapar se apoderó de ella. Miró de reojo a Ron y vio su expresión atónita. Sus ojos oscuros estaban llenos de preguntas. *Por favor, no más preguntas.* Sus emociones hechas pedazos no podían soportarlo más.

—¿Sabes qué? Tenías razón. Este no es el momento para hablar de esto. —Ella respiró hondo para calmar el temblor de su voz—. ¿Por qué no terminamos esto más tarde, eh… mm, el sábado?

Ella se levantó y se dirigió hacia la zona llena de cajas y recuerdos de su infancia. Dejándose caer sobre las rodillas, empezó a guardarlos de nuevo en las cajas. Esperó a oír la puerta abrirse y cerrarse cuando Ron se marchara, pero lo único que escuchó fue el latido de la sangre en sus oídos.

Capítulo 5

Traducido por dahleia

Corregido por Vickyra

Ron observó cómo Ashley se retiraba, distanciándose de él emocional y mentalmente. Él todavía estaba dándole vueltas a su revelación.

Se fijó en su forma delgada. Era una mujer fuerte y ambiciosa que no toleraba tonterías de nadie, sin embargo ahora parecía tan vulnerable. El impulso de acercarse y ofrecerle consuelo se apoderó de él. Como anteriormente, luchó contra él. No tenía la intención de involucrarse emocionalmente con Ashley, o al menos eso se decía a sí mismo, pero estaba fallando miserablemente. Algo en la mujer seguía tirando de él.

¿Era lujuria? Sin duda. Esos labios carnosos, los pechos redondeados y firmes y el suave balanceo de sus caderas estaban hechos para hacer el amor. Él haría algo al respecto antes de que su asociación hubiera terminado. Lo que no podía manejar… no quería manejar, eran los sentimientos de ternura. Su intención original era la de ir a su casa y exigir algunas respuestas, pero desde que entró en su apartamento, sus emociones habían cambiado de un plano al otro. Ella marcaba el ritmo y él la seguía.

Avanzó hasta situarse al lado de ella, pero no podía abrir la boca y hacer las preguntas que le quemaban en la punta de la lengua. Necesitaba saber lo poco que ella recordaba, si alguna vez había probado la hipnosis para evocar los recuerdos perdidos. Su mirada se posó en su pelo sedoso, recogido en una coleta. Podía atisbar la suave piel de su nuca. El impulso de colocar su larga mano en su base, masajearla y liberar la tensión que emanaba de ella se apoderó de él. Molesto por la dirección de sus pensamientos, cerró las manos en forma de puños.

Ron metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones. Contempló los recuerdos de infancia por todo el suelo y las cajas vacías al lado de ellos.

—Las cajas de cartón no son contenedores de almacenaje seguros.

Ella lo miró.

—¿Qué?

Él señaló las cajas con un movimiento de cabeza.

—Son inflamables. No deberías usarlas para guardar objetos de valor. —No se sorprendió cuando ella lo miró como si hubiera perdido la cabeza. Pero hablar de contenedores de almacenaje era más seguro y menos emocional.

Los ojos color avellana brillaron con irónica diversión.

—Gracias por el aviso, bombero Noble. Me aseguraré de comprar los contenedores adecuados.

Él miró a su alrededor y frunció el ceño.

—Hazlo pronto. Combinado con toda la parafernalia de pintura, tu casa es un incendio a punto de suceder.

Ella puso los ojos en blanco.

—Está bien, lo has dejado claro. Y como obviamente no te vas, ¿quieres venir aquí y echarme una mano?

Él se agachó al lado de ella. A pesar de su tono casual, él podía sentir la tensión que emanaba de ella. Él recogió una muñeca de porcelana con un vestido de volantes y trató de alisar los pliegues.

—¿Te importa? —Ashley recuperó la muñeca de sus manos—. Sarah Lee es única en su género.

Su mirada se desplazó de ella a la muñeca.

—¿Les pones nombre a tus muñecas?

—Por supuesto. —Ella colocó suavemente la muñeca en un plástico de burbujas, la cubrió y luego la depositó en una caja—. Eran mis compañeras cuando estábamos en la carretera.

—Debiste sentirte sola —murmuró Ron en voz baja, intrigado por ella a pesar de sus constantes discursos motivadores. Siguió recogiendo más muñecas y peluches y pasándoselos a ella.

—Un poco, pero mi madre trataba todos los lugares en los que nos alojábamos como si fueran un hogar. —Una sonrisa asomó a sus labios—. Ella solía colocar fotos de familia en todas las mesas y cómodas de nuestra suite. Y mi cama siempre tenía mi colcha favorita y las muñecas y peluches dispuestos de la forma que me gustaba, sin importar lo tarde que llegáramos a una ciudad. No sé cómo lo hacía, pero cada lugar tenía una sensación de hogar. Era realmente maravillosa —susurró, luego superpuso las cuatro solapas para cerrar la primera caja.

—Ella tenía una voz increíble. Los dos la tenían. Nunca los vi actuar, pero tengo una colección de algunas de sus canciones. Van a reeditarlas. —Él le dedicó una sonrisa tímida—. Pero supongo que ya lo sabías.

Ella asintió.

—¿Ves esa caja metálica? —Ella señaló la caja en la esquina de la habitación.

Él giró la cabeza para seguir la dirección de su dedo. Era la misma caja robusta de metal de la que había sacado la cámara.

—*Esa* es la clase de caja que necesitas para guardar tus cosas, no esas… —Su voz se fue apagando cuando los ojos de ella se entrecerraron con irritación—. Lo siento. Sí, veo la caja. ¿Qué pasa con ella?

—Tiene un viejo tocadiscos y una pila de discos con algunas de sus viejas canciones… las que nunca serán reeditadas.

—¿En serio? —Quería preguntarle por qué, pero decidió dejarlo para más tarde—. ¿Podemos poner algunos ahora?

Ella sonrió ante la expresión curiosa de su rostro. Luego miró el reloj de pared y la sonrisa flaqueó.

—Por tentador que suene, no puedo. Tengo una cita para cenar esta noche y debo limpiar este desastre.

—Oh. —Quería preguntar con quién. Ya había comprobado que no había cosas de hombre en su casa. No llevaba anillos en los dedos. Pero esos pequeños detalles no querían decir que ella no estuviera saliendo con alguien. *Hombre afortunado*—. Será mejor que terminemos aquí entonces. No quisiera que te perdieras tu cita.

Ella le dirigió una mirada cortante, pero él fingió no darse cuenta. Su suave perfume floral tentaba sus sentidos, iniciando un dolor ya familiar en su vientre. Se movió para poder observarla. Su mirada siguió el delicado contorno de su rostro, las mejillas angulosas, los pómulos definidos y sus sexys ojos rasgados ahora manchados de rímel. Ojos de mapache, los llamaba su madre. Él había salido con su buena porción de mujeres hermosas, pero ninguna de ellas sería sorprendida recibiendo visitas sin tener el rostro perfectamente maquillado. Con Ashley, por el contrario, la vanidad no era un problema. ¿Tenía ella alguna idea de lo excitante que era eso?

Su mirada se desplazó hacia arriba, apreciando el modo en que las largas pestañas oscuras contrastaban con la piel cremosa. Su boca era lo que más atraía su atención. Ella se había comido todo rastro de carmín de sus labios hasta que el color rosa natural era visible. Se preguntó cómo sabría. ¿Jugosa y dulce? ¿Caliente y exótica? ¿Una combinación de ambos? No importaba realmente, el placer que él podía obtener trabajándoselos no tenía límite.

De repente ella miró hacia arriba y alzó una ceja interrogante.

Ron sabía que debía sentirse culpable por comérsela con los ojos, pero no lo sentía. Él era un hombre de sangre caliente y ella era una mujer hermosa. Era simplemente natural que apreciara los atributos que Dios le había dado.

—¿Cuánto recuerdas de aquella tarde? —le preguntó.

Ella se puso de pie y frotó nerviosamente las palmas de las manos en los pantalones, su expresión se volvió cautelosa. Él se enderezó también y la siguió hasta el mostrador de la cocina donde todavía estaban extendidas las fotografías. Por un momento ella no habló, simplemente frunció los labios ante las fotos brillantes.

—No mucho. —Ella le dirigió una mirada insegura—. El trayecto hasta el club. Los bomberos y las luces del camión de bomberos. Sherry sosteniendo mi mano mientras hablaba con mis tíos. Es como si me quedara dormida cuando llegamos al club y no me despertara hasta que me sacaron por el borde de un agujero enorme en la primera planta.

Ron sintió la opresión en el pecho y se fortaleció contra el dolor. Todavía lo golpeaba, haciéndole apretar los dientes. El suelo había cedido justo por debajo de su padre cuando volvía para buscar a los padres de Ashley. El hombre merecía una medalla, no los desagradables rumores con que Ron y

su madre habían tenido que vivir desde su muerte. Merecían conocer la verdad y Ashley era la conexión.

—¿Has pensado alguna vez en utilizar la hipnosis para recuperar los recuerdos perdidos?

Ashley empezó a negar con la cabeza antes de que él terminara de hablar.

—No. Nunca quise revivir aquella noche —dijo ella.

—¿Ni siquiera ahora?

Ella miró de nuevo hacia las fotografías, envolvió los brazos a su alrededor y negó con la cabeza.

—Quiero ayudarte, de verdad quiero hacerlo, pero ¿hipnosis? No sé. —Unas arrugas aparecieron en su frente lisa—. Creo que es mejor hablar con las otras personas que estaban allí aquella noche. Kirkland no debería ser un problema. Es como un tío para mí. Tú puedes hablar con Hogan.

—En realidad, eso no será necesario. Tengo un amigo que está investigando esto mientras hablamos. Él puede hablar con Kirkland y Hogan. —Él estaba más interesado en lo que ella vio aquella noche—. Sé que es mucho pedir, pero significaría mucho para mí si accedieras a probar la hipnosis, Ashley.

Ella frunció el ceño.

—¿Un amigo?

Ron se dio cuenta de cómo ella ignoraba totalmente el tema de la hipnoterapia. Oh, la mujer se creía hábil. No tenía ni idea de con quién estaba tratando.

—Su nombre es Kenny Lambert. Solía ser del FBI y ahora dirige una empresa de investigadores privados. Es muy competente.

—¿Qué es lo que ha descubierto hasta ahora?

—¿Es esto realmente necesario?

—Sólo quiero saber la verdad, Ron. A juzgar por la carta que me enseñaste, alguien pudo haber asesinado a mis padres. No la historia que me contaron sobre el cableado defectuoso y el humo que los dejó inconscientes. ¿Qué averiguó tu amigo?

Él sabía que no debería estar molesto con ella por su tercer grado, pero lo estaba. Por lo que se refería a esta investigación, no iba a permitir que ella lo manejara. De hecho, no quería que ella se involucrara, punto. Era demasiado personal y le tocaba demasiado cerca para compartirlo con alguien. Lo único que quería de ella era la información enterrada en los recovecos de su mente, aunque fuera incriminatoria.

Él respiró hondo, conteniendo su irritación. A veces tenías que dar un poco para recibir más.

—Le dio las cartas que recibí a un antiguo colega del FBI para que estudiara el papel y comprobara las huellas dactilares. Según su experto, el remitente parece analfabeto; sin embargo el papel usado es caro. La incongruencia indica que la persona está intentando despistarnos.

—¿Huellas?

—No había ninguna. Ni en el sobre, ni en las cartas, ni en mi auto. Dejaron las dos primeras cartas bajo los limpiaparabrisas de mi auto. Pero si alguna persona o empresa en mi edificio ordenó ese tipo de papel, Kenny los encontrará. Es bueno en lo que hace.

Ashley negó con la cabeza.

—Todavía no lo entiendo. ¿Por qué contactaría contigo esta persona? ¿Por qué no fue a la policía?

—Posiblemente él o ella obtendría la misma respuesta que recibí la semana pasada cuando le pedí al Jefe de Bomberos que reabriera el caso… caso cerrado. Los policías tampoco fueron muy cooperativos. Si no hay pruebas nuevas, no hay caso.

—Tal vez tengan razón.

—No. —Él negó con la cabeza.

—Ron, estás cegado por tu pérdida y…

—Basta —le espetó, lo que hizo que ella se encogiera—. Por favor.

—Entonces no me hables bruscamente.

Ella hizo un mohín, atrayendo su atención sobre los carnosos labios. El pensamiento de cómo sabrían se apoderó de él, pero lo aplastó. Este no era el momento de distraerse.

—Tú me trajiste esto a mí, Ron, no al revés. Tengo derecho a saber lo que has descubierto y te aseguro que no quiero perder mi tiempo en una búsqueda inútil.

Increíble. Tenaz, atrevida y un verdadero grano en el culo, ella tenía todos los ases. Él lo sabía, su madre lo sabía y la persona sin rostro y sin nombre que envió las fotografías lo sabía. Pero ella no iba a hacerle olvidar lo que estaba en juego haciéndole sentir culpable.

—Siento haberte hablado así, Ashley. Pero no voy a contestar a ninguna más de tus preguntas a menos que estés dispuesta a poner algo de tu parte.

Sus hombros se encorvaron.

—No me pidas que lo haga, Ron. No puedo.

Él vio el miedo oculto en la profundidad de sus ojos y no pudo culparla por ello. Ninguna persona en su sano juicio querría revivir lo que ella había visto aquella noche.

—¿Quieres decir que no lo harás? —Se acercó un poco más—. Vamos. Mientras haya la más mínima posibilidad de que alguien iniciara el fuego no podemos permitirnos dejar nada sin cubrir.

Ella cerró los ojos acaloradamente.

—No estás siendo justo. No puedes entrar en mi vida y empezar a dictar lo que debo o no debo hacer.

—Sé que estoy pidiendo demasiado y, para ser sincero, no sé nada sobre la hipnosis, pero estoy dispuesto a aprender. Te prometo que estaré contigo en cada paso del camino.

Ella dejó escapar un gruñido de frustración.

—¿No has oído nada de lo que he dicho? —Cuando él siguió mirándola fijamente, ella apartó la mirada.

—No intentes hacerme sentir culpable. No funcionará.

Él no tenía intención alguna de hacerla sentirse culpable, no cuando la seducción a menudo producía los resultados adecuados. Estiró el brazo para acariciarle la mejilla con los nudillos. La sensación de su piel caliente, suave y fina envió una sacudida por todo su cuerpo. En un momento, el deseo latió a lo largo de sus terminaciones nerviosas.

Ella se puso rígida, pero no se apartó. Sus ojos, cautelosos e indefensos, tiraron de él, haciéndole sentir como una sabandija por utilizar la atracción entre ellos para salirse con la suya.

—Ashley. —Él mantuvo la voz baja, la oyó contener la respiración y sintió su cuerpo estremecerse. Perfecto—. Hazlo por mí, nena.

Su respiración se hizo más profunda, su mirada pidiendo, suplicando… ¿qué? Él estaba más que dispuesto a satisfacer cualquier necesidad que ella pudiera tener. También la suya propia. Se acercó más a ella y bajó la cabeza hasta que su mejilla estuvo a un suspiro de distancia de él. La anticipación se disparó a través de él. Tenía la intención de seducirla y sin embargo él era el que estaba perdiendo el control de sus sentidos. Su olor, su calor, la necesidad en sus ojos parecían llamarle. ¿No se había dicho a sí mismo hacía un momento que no podía permitirse una distracción? El impulso de probarla era tan fuerte que apenas podía respirar.

Su "te necesito" era cierto en todos los sentidos de la palabra.

Otro estremecimiento sacudió su cuerpo. Abrió la boca, con suerte para decir "sí", pero el sonido estridente del timbre de la puerta los interrumpió. Ron ahogó una maldición y miró hacia la puerta. El momento se perdió cuando Ashley parpadeó, como si despertara del estupor y se apartó de él. Sus ojos se entrecerraron.

Él se preparó para otra bofetada, esperó mientras ella se ruborizaba, con la respiración irregular. Se sorprendió cuando ella se relajó y se echó a reír.

—¿Por casualidad estabas intentando seducirme para que haga tu voluntad, Ronald Noble? Debería darte vergüenza.

Sus orejas enrojecieron por la vergüenza. Aun así, se las arregló para mostrar una sonrisa y dar un paso atrás.

—No puedes culpar a un hombre por intentarlo.

—Eres increíble. —Ashley puso los ojos en blanco.

—Es mi segundo nombre, nena —le dijo cuando el timbre de la puerta sonó otra vez. Cuando ella miró el reloj y frunció el ceño—. ¿Tu cita? Debería demandar al cabrón por arruinar un momento perfecto.

—¿Perfecto? —Ella aspiró el aire entre los dientes exasperada y luego señaló con el pulgar hacia la encimera donde él había dejado sus llaves—. Recoge tus llaves y vete antes de que diga algo inapropiado.

Pensó que ella parecía completamente disgustada con él, hasta que vio que una comisura de su boca se alzaba antes de girarse y dirigirse hacia la puerta. Él caminó hacia la encimera, recogió sus llaves y se acercó a ella. Todavía no había abierto la puerta, solo se quedó allí con la mano en el pomo.

—¿Estás diciendo que no estabas ni siquiera un poco cautivada por mis movimientos? —le preguntó.

Ella se echó a reír.

—Ni un poco. Mejor suerte la próxima vez, amigo.

—Hmm, la próxima vez. Me gusta cómo suena eso.

—No quise decir… quería decir… —Se le escapó un suspiro—. Sabes lo que quise decir.

Él sonrió, adorando la mirada vulnerable en sus ojos. Una confusa Ashley era tan fascinante como una en pleno arrebato de furia. ¿Cómo sería cuando estuviera completamente excitada? Él solo pudo captar un destello de lo receptiva que podía ser durante esa breve caricia y le encantó.

—Sé lo que quisiste decir. Quieres que haga un mejor trabajo la próxima vez. —Le guiñó el ojo—. Y no tengo la intención de decepcionarte.

Ella negó con la cabeza.

—Eres, sin duda, el hombre más arrogante que he conocido. Eres un dolor en el c… en el tú-sabes-donde y quiero que te vayas. —Ella abrió la puerta de un tirón.

—Nena, si estuviera cerca de tu delicioso *tú-sabes-donde*, dolor sería lo último que sentirías. —Recorrió con la mirada su cuerpo curvilíneo de arriba abajo, demorándose en su redondo culo. Hmm, le gustaba algo de carne en una mujer, algo que agarrar y morder. Sus miradas se encontraron. Los ojos de ella se abrieron de par en par como si la hubiera sorprendido. Él sonrió. Ella todavía no había oído nada.

—Ah… hmm, ¿perdón? —Una voz masculina los interrumpió desde la puerta.

Ron volvió su atención al hombre alto que llevaba un traje negro caro y una sonrisa divertida. Sus entrañas se tensaron de envidia. Cabrón con suerte.

Con los sentidos todavía vibrando por la mirada caliente que había visto en los ojos de Ron, Ashley tartamudeó:

—Baron. ¿Qué te trae al piso de arriba?

—Se me ocurrió pasar y ver cómo van los cuadros —dijo Baron, después lanzó una mirada a Ron—. No sabía que tenías compañía.

Ella dio un paso a un lado para no estar entre los dos hombres. ¿Cuánto había escuchado su primo? Ella miró a Ron, recordando la sensación de su aliento contra su piel, sus palabras, la mirada en sus ojos. El calor subió por su cuello. Bien, solo porque él estuviera para comérselo y se sintiera obviamente atraído por ella no quería decir que ella tuviera que perder el control.

Ella enderezó la columna.

—Ron, mi primo Baron Fitzgerald. Baron, Ron Noble.

La expresión de Baron se endureció.

—De la Galería Baron del piso de abajo, ¿verdad? —preguntó Ron, pero no tendió la mano a Baron.

—Ese soy yo —contestó Baron en tono frío. Después su mirada se desvió a Ashley—. Ash, llámame cuando tengas tiempo. Necesito tu opinión sobre algo.

Ashley frunció el ceño. La frialdad la desconcertó. Su primo normalmente era muy amable.

—¿Por qué no pasas ahora? —Su mirada se encontró con la de Ron—. Ron ya se iba.

Hubo un momento de tenso silencio. La mirada de Baron se movió entre ella y Ron, después murmuró “perdón” y pasó por delante de ellos.

Ron salió de su apartamento y se volvió hacia ella.

—Acerca de…

Ella negó con la cabeza.

—Lo pensaré. —Ella no quería hablar de la hipnosis delante de su primo.

Ron pareció comprender y asintió.

—Está bien. Te veré el sábado.

—Eh, Noble —gritó Baron—. Se te olvidó algo.

Ashley se volvió para mirar a su primo y se quedó paralizada. Oh, no. Él estaba de pie al lado de la encimera, sosteniendo las fotografías que Ron había traído en una mano y el sobre y la carta en la otra. Estaba estudiando la fotografía superior con el ceño fruncido. ¿Por qué Ron no se las había llevado?

Ella lo miró de reojo y corrió hacia su primo.

—Son mías, Baron.

Baron arqueó las cejas y después echó un vistazo a la cubierta del sobre.

—¿Ron Noble? No lo creo. ¿Qué está pasando, Ash?

—Nada. —Ashley trató de alcanzar las fotografías, pero él las movió fuera de su alcance. Ella lo fulminó con la mirada—. No tiene gracia. Dame las fotos.

—El sobre y la carta también —añadió Ron fríamente detrás de ella.

Baron lo ignoró, con la mirada fija en Ashley.

—¿Fueron tomadas la noche en que tus padres... eh... la noche del incendio?

—Sí. —Ella extendió la mano con la palma hacia arriba—. Dámelas, por favor.

Hizo caso omiso de su petición.

—¿Qué estás haciendo con ellas?

Los ojos de Ashley se entrecerraron.

—¿Perdona? Tengo derecho a ver mis fotos sin pedirte permiso, Baron Fitzgerald. Y tú no deberías mirar las cosas que no te pertenecen. —Una vez más, ella trató de alcanzarlas.

—Estaban esparcidas sobre la maldita encimera, Ash. Tendría que estar ciego para no verlas. —Se las dio a ella, después señaló con la cabeza hacia Ron—. ¿Él es el responsable de esto?

—No seas ridículo. —Ella tomó el sobre y la carta de su otra mano y los puso en la mano de Ron, luego articuló "vete por favor".

—No. —Ron le dirigió una mirada indescifrable y luego desvió la vista hacia Baron.

Ella ahogó un gruñido. No tenía ni idea de qué tontería de macho estaba detrás de la animosidad entre estos dos y, francamente, no le importaba.

—¡Haz lo que quieras! —Ella se volvió hacia Baron y dijo lo primero que le vino a la cabeza—. Tengo estas fotos porque estoy pensando en ver a un hipnotizador para recuperar los recuerdos perdidos. —Sintió que Ron se movía detrás de ella. Él probablemente pensaba que ella era una cabeza hueca, que un minuto juraba que nunca accedería a la hipnosis y al siguiente consentía. Él no tenía ni idea de que ella se había convertido en una mujer de contradicciones desde que lo había conocido.

—¿Por qué? —Baron frunció el ceño—. Lo último que supe fue que estabas totalmente en contra de esa idea.

—He cambiado de opinión.

—¿No querrás decir que *él* te hizo cambiar de opinión? —replicó Baron y luego dirigió a Ron una mirada despectiva.

Una fría sonrisa asomó a los labios de Ron.

—No te conozco, hombre, pero parece que tienes un problema conmigo.

—Puedes estar seguro —le espetó Baron—. Mantente alejado de mi prima.

—¡Eh! —protestó Ashley.

—Tu familia ya le ha hecho bastante daño —continuó Baron como si ella no hubiera hablado.

Una expresión letal se asentó en el rostro de Ron.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Sabes lo que quiero decir. Vete. —Baron señaló con el dedo hacia la puerta—. Si vuelves a acercarte a ella otra vez…

—¿Qué harás? —Ron no se movió, pero Ashley tuvo la clara impresión de que estaba preparado para la acción.

—Parad —gritó ella y llamó su atención—. Basta. Los dos. —Agarró el brazo de Ron y tiró de él. Él frunció el ceño—. Tú te vas. —Él no se movió, pero flexionó los músculos bajo sus manos. Si no fuera por su primo y el tedioso intercambio entre ambos, ella habría saboreado la sensación—. Ahora, Noble.

La diversión parpadeó en la profundidad de sus ojos, luego desapareció.

—Tenemos que hablar.

—El sábado. —Él aún vacilaba. ¿Qué pasaba con él?—. Vete, por favor.

Le dedicó a Baron una última mirada intensa y luego dejó que ella lo guiara hasta la puerta. Una vez allí, alzó su barbilla con el dedo y dijo:

—Hasta el sábado.

—Adiós.

Su dedo se demoró en la barbilla, cambiando a una leve caricia antes de que dejara caer las manos y se marchara.

Ashley lo observó, la impronta de su dedo en la barbilla todavía le provocaba un hormigueo. Cuando él llegó a las puertas del ascensor, ella cerró la puerta con la cadera y se volvió para enfrentarse a su primo.

—¿De qué iba eso? Nunca te había visto tratar a nadie con esa falta de respeto y…

—A mi madre le va a dar un ataque cuando descubra que estás relacionándote con un Noble. Y en cuanto a lo de recuperar la memoria, pensará que has perdido la cabeza.

Ella se acercó a él, su indignación aumentaba con cada paso.

—¿Por qué metes a la tía Estelle en esto? A ella no le importaría ni una cosa ni la otra sin importar si recupero la memoria o no. No, lo retiro. Ella me animaría a hacerlo.

Baron levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien. Olvídate de mi madre. Dime por qué quieres recuperar lo que tu mente optó por bloquear. ¿Has olvidado las pesadillas?

Ella no había olvidado despertarse sudando, con el corazón latiendo y el eco de sus gritos todavía en el aire. La peor parte era que nunca recordaba por qué. Ya era hora de que dejara de permitir que el miedo la paralizara. Si eso significaba soportar sus momentos más oscuros, que así fuera.

Ashley se dejó caer en un taburete junto a Baron, puso el codo en la encimera y apoyó la barbilla en la palma de su mano. Miró a su primo y suspiró. —Es hora de que me enfrente a lo que vi aquella noche, Baron. No puedo seguir con miedo toda mi vida.

—¿Qué te dijo ese hijo de puta? —le espetó Baron.

—¡Basta! —Ashley se reclinó, con los ojos muy abiertos—. Ya es suficiente. ¿Qué pasa contigo y los Noble? ¿Has olvidado que yo no estaría viva si no fuera por el padre de Ron?

—No, no lo he olvidado.

—Entonces, ¿qué pasa contigo? ¿Qué querías decir con eso de que su familia ya me había hecho suficiente daño?

Baron la estudió con cautela, vaciló como si estuviera sopesando la respuesta.

—Había el rumor de que el fuego fue provocado por un pirómano.

—Lo sé. —Cuando él la miró sorprendido, ella añadió:

—Ron me lo dijo. Está intentando averiguar la verdad sobre lo sucedido. Por eso estaba aquí.

Los labios de él se curvaron burlonamente.

—¿Te dijo que el sospechoso era uno de sus parientes?

Ashley abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿Quién? —¿Por qué Ron no lo había mencionado?

—No lo sé. Nosotros… Chase y yo oímos a nuestros padres hablando de ello. Ellos incluso contrataron a un tipo, un detective privado, para que lo investigase.

—Lo sé. Le pregunté a la tía Estelle al respecto. Me dijo que el hombre no había encontrado nada.

Baron se encogió de hombros.

—Eso no quiere decir que puedas confiar en un Noble. Uno de ellos inició aquel incendio.

—Se rumorea que lo inició —le corrigió—. No puedes basar tu odio en un rumor, Baron. Es decir, ¿crees realmente que Ron vendría a pedirme ayuda si alguien de su familia fuera culpable de iniciar el incendio que mató a mis padres? —Ella negó con la cabeza—. No lo creo. De todas formas, prefiero tratar con hechos. Su padre me salvó la vida. Le debo algo por eso. —Ella rodeó la encimera, abrió la puerta de la nevera y sacó una botella de agua—. Pasaré por la hipnosis y compartiré con él lo que recuerdo.

—Mientras sea eso todo lo que quiere.

La seducción que Ron había desplegado revoloteaba en su mente. Había sido perfecto, maldita sea, también se sentía bien. Ahora no era el momento de pensar en eso.

Ashley plantó una mano en la cadera y apuntó con la botella de agua en dirección a su primo.

—Se la tienes jurada a ese tío, ¿no?

—Él tiene una reputación. Una mujer nueva en su brazo cada semana. Se supone que dirige la sucursal en Los Ángeles de Neumann Security, pero rara vez está en su oficina. —Cuando Ashley arqueó las cejas, él añadió tímidamente:

—Salí con una mujer que trabaja para él. Él siempre está fuera. Probablemente persiguiendo mujeres.

O combatiendo incendios, quiso corregir a Baron. Aunque por qué ella querría defender a Ron iba más allá de su comprensión. El hombre contenía demasiada sensualidad para ser fiel. Solo basándose en su apariencia, ella debería incluirlo en la categoría de mujeriego. Mujeres afortunadas.

No le gustaba la dirección de sus pensamientos. Ashley abrió la botella y tomó un trago de pura agua mineral.

—No me importa lo que Ron hace o con quien. —*Oh, las mentiras que tejemos*—. Pero es mejor que ocultes tus sentimientos porque lo vas a ver de nuevo.

Baron arqueó una ceja.

—¿Y eso qué significa?

Oh, ella y su bocaza. No se atrevía a mencionar la investigación. Se le ocurrió una idea.

—Va a ser el modelo para mi próxima serie —mintió sin pestañear.

Baron se echó a reír.

—¡Me tomas el pelo!

Ashley frunció el ceño, irritada por su reacción. Le gustaba bastante la idea ahora que la había expresado en voz alta.

—¿Por qué iba a tomarte el pelo?

—El hombre es viejo —respondió Baron.

—Maduro.

—Decrépito. —Él no se molestó en ocultar su diversión.

Ashley apretó los labios con irritación.

—Es más o menos de tu edad, Baron. No veo que vayas arrastrando los pies con un bastón. Además, está cachas.

—Sí, podrías pensar eso. No ves hombres a menos que estén en un lienzo o a través de tu cámara. Tienes que salir más.

—Por lo que dijiste antes, don Sabelotodo, no soy la única mujer que piensa que Ron Noble está bueno. Una mujer diferente en su brazo cada semana, ¿recuerdas?

Baron despachó su comentario con un encogimiento de hombros.

—El hombre es el heredero de Neumann Security. Rellena los espacios.

Ashley dejo caer la barbilla sobre la encimera y le dedicó a su primo una mirada condescendiente. Ron podría ser extremadamente pobre y aun así sería un imán para las mujeres. Ojos de ensueño, nalgas de primera categoría, músculos marcados… Ella se calentaba sólo pensando en él. Baron, siendo un hombre, no podía ver esos atributos.

—Yo soy la artista y digo que él es justo lo que necesito. —Ella captó la expresión divertida de Baron y rápidamente añadió:

—Para la serie.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Si crees que es comercializable, entonces quien soy yo para cuestionarte.

Eso es cierto. Ella nunca tuvo que discutir los sujetos para sus cuadros y no iba a empezar ahora. Baron vendía las piezas en su galería y obtenía una suma considerable para los dos.

Ashley tomó otro trago de agua y tapó la botella.

—Ahora que ese asunto está zanjado, ¿qué te trajo realmente al piso de arriba?

—Una taza de café.

Ella notó la forma en que él evitaba el contacto visual. A Baron nunca se le había dado bien mentir.

—Debes de pensar que nací ayer. —Se levantó para servir el café, lo llevó a la encimera y lo puso delante de él.

—Gracias. —Él aceptó la taza y se puso de pie.

—Estoy esperando, primo, o ¿es mi café tan excepcional?

Él se rio.

—Faith estaba preocupada después de que las dos hablarais. Le prometí que me pasaría.

Iba a asfixiar a Faith. Quería muchísimo a su prima, pero los instintos sobre protectores de Faith podían llevar a cualquiera a tramar su muerte.

—Como puedes ver, soy la viva imagen de una salud perfecta.

—Es una buena cosa que subiera —añadió Baron mientras se dirigía a la puerta. —Probablemente evité que Noble consiguiera algo más de ti que la hipnosis—. Él se detuvo cerca de la puerta para estudiarla. —Ash, prométeme que tendrás cuidado. No confíes en él.

La inquietud la invadió ante su tono. ¿Debería tomarse en serio los rumores que apuntaban a un pariente de Ron como un pirómano?

—Puedo cuidarme sola.

—Bien. No quisiera que te hiciera daño un Noble, otra vez. —Baron abrió la puerta y se fue.

Con los ojos en la puerta cerrada, Ashley se pasó los dedos por el pelo y bajó la frente hasta la encimera. El dolor de cabeza que había empezado antes era ahora un huracán que golpeaba repetidamente contra su sien.

¿Podía estar Ron ocultando algo o estaba dejando que las palabras de su primo llegaran a ella? No, Ron no era tan frío e insensible para buscar su ayuda si ya conociese la identidad del pirómano.

Capítulo 6

Traducido por Lililamour

Corregido por Vickyra

Ron agarró el volante y entrecerró los ojos mientras repetía la conversación entre él y Baron Fitzgerald. *¿Cuánto sabía el hombre?* Debido a su *"tu familia ha hecho lo suficiente para hacerle daño",* probablemente bastante.

Los rumores, de nuevo. Sin pruebas y perjudiciales. Durante años, tontamente los ha dejado señalarlo en direcciones equivocadas, dudando del heroísmo de su padre. Lo más probable era que Ashley lo haría también, especialmente cuando la fuente de la información era un pariente. Ron maldijo entre dientes. La última cosa que necesitaba era a ella volviéndose contra él. No ahora.

Nadie ni nada debe interponerse en el camino de esta investigación. Después de la última carta y esas fotos, ahora sabía que no era un plan de chantaje inventado por una persona trastornada. Alguien por ahí quería que él averiguara lo que pasó esa noche. Él no sabía ni le importaban sus motivos. La verdad estaba ahí afuera y estaría condenado si no la descubría.

Puso la señal para cambiar de carril, la mirada en el espejo retrovisor y esperó a que un motociclista pasara pero no lo hizo, sólo desaceleró. Ron cambió de carril y entró en una calle lateral. Frunciendo el ceño, su mirada rebotó entre la calle por delante y su espejo retrovisor. Después de unos cuantos desvíos, sabía que no se había equivocado. Alguien lo estaba siguiendo.

Al principio, pensó que era una coincidencia cuando el motorista se detuvo detrás de él afuera del edificio de Ashley. Con casco, gafas de aviador y una barba, era imposible ver su rostro, pero de nuevo, no importaba en realidad. Los hombres de su tío venían en diferentes formas y tamaños. Nunca se molestaban en hacer contacto, sólo lo observaban y le informaban a su quisquilloso tío.

El buen y viejo tío Gregory había asignado gente para que siguiera a Ron desde que se había vuelto lo suficientemente viejo para beber, y no siempre era porque se preocupara por su bienestar. El anciano vivía y respiraba Neumann Security. Desde que su abuela se retiró y su tío comenzó a dirigir la compañía, se esperaba que todos los ejecutivos siguieran el código de conducta de la compañía. *Arcaico* no podía empezar a describir las reglas. Ron las rompía seguido, en cada encuentro con su tío y cuando su abuela comenzaba una sermoneada.

Ron se estacionó fuera del edificio que albergaba Neumann Security Inc., pero en vez de salir del auto, observó al motociclista meterse en el estacionamiento al otro lado de la calle. Cuando el hombre miró hacia él, supo que no se había equivocado.

Dejó el auto y entró al edificio. Ante el escritorio de seguridad, rápidamente señaló al guardia lo que quería que hiciera antes de dirigirse hacia el ascensor.

Su normalmente tranquila secretaria, Nicole Weber, lo estaba esperando cuando salió del ascensor, su pelo rubio estaba sólo un poco desordenado y sus gafas se deslizaban por su brillante nariz.

—Gracias a Dios que estás aquí —dijo Nicole en forma de saludo, luego empujó sus gafas en su lugar y lo miró.

—Déjame adivinar —dijo Ron con una leve sonrisa—. Has tratado de contactarme todo el día.

—Sí, señor.

—*¿Sí, señor?* —Le lanzó una mirada por el rabillo del ojo. Ella le siguió los pasos, con su impresionante figura en zapatos de quince centímetros. No sabía cómo podía equilibrar su metro ochenta sobre esos estrechos picos— . ¿Qué has hecho con mi verdadera secretaria? Ya sabes, la mujer atrevida que nunca frena su lengua y es alérgica a la palabra *"señor"*.

—Todavía no he terminado… señor. La asistente de tu madre no sabía dónde encontrarte. La despachadora en el Valle de Kern como-sea-que-se-llame…

—Hotshot… los mejores bomberos contra incendios forestales en el estado —concedió él.

—Necesita lecciones de etiqueta al teléfono —terminó como si él no hubiera hablado—. Pensó que seguías en la conferencia en San Diego. Incluso después de que le dije que hablé con algunos de tus amigos.

—Está bien, Nikki, fuera con él. —Dejó de caminar para mirarla. No recordaba haberla visto tan agitada, excepto…

—Él está aquí —susurró.

Sólo una persona tenía ese efecto en ella.

—¿Cuándo llegó?

—Esta mañana. Él y los muchachos están en tu oficina. No supe qué hacer cuando pidió el archivo del McClain Group. Traté de mantenerlo a raya, pero amenazó con despedirme.

—Él no puede despedirte.

—¿No puede? ¿Estás seguro?

Ron sonrió tranquilizadoramente hacia ella.

—Yo dirijo esta rama, no mi tío. ¿Por qué no sólo me llamaste a mi celular?

Ella le lanzó una mirada de disgusto.

—Lo intenté. Seguía yendo al correo de voz, así que yo, uh, le di el archivo y…

—Está bien, Nikki. Y gracias por la advertencia. —Entonces abrió la puerta y entró a su oficina.

Documentos y archivos estaban por toda la mesa del café, los sofás y su escritorio. Al otro lado de la mesa del café frente a su tío estaba Stanley, el hijo menor de su tío. Ocupando el escritorio de Ron estaba el otro hijo, el real dolor-en-el-culo William. Los tres levantaron la mirada cuando entró en la habitación.

El rostro de su tío era inescrutable como siempre. Stanley estaba tan temeroso de su padre adoptivo que tenía una expresión perpetua de cachorro-gimiendo. La desafiante, enojada mirada que William le disparó a Ron duró sólo unos segundos antes de que una máscara de cortesía se pusiera en su lugar, pero no había esperado la alfombra roja. William

resentía no tener sangre Neumann en sus venas. A Stanley, por otro lado, no parecía importarle menos.

—Tío Gregory… muchachos, que sorpresa verlos a todos aquí.

—Buenas tardes, Ronald. Escuché que estabas en una convención de bomberos. —Su tío no se molestó en levantar la mirada mientras hablaba. Su mirada permaneció en las notas frente a él—. Me dijeron que no regresarías hasta el sábado.

¿Cuál de sus empleados era el espía de su tío? Conociendo al viejo, probablemente tenía varios.

—Necesitaba regresar antes. —Desde que a su tío no le importaba una cola de rata nada fuera del trabajo, no se molestó en dar más detalles. En cambio, se volvió para mirar hacia William, quien todavía estaba sentado detrás de su escritorio—. ¿Te importaría?

William era un año mayor que él, Stanley dos años menor. Cuando eran más jóvenes, los dos solían conspirar contra él y vencerlo en todo. Lo metían en problemas tanto con su abuela como con su tío más veces de las que quería contar. Las cosas cambiaron cuando cumplió los trece años y las hormonas le patearon el trasero. Ahora una mirada significativa era todo lo que necesitaba para mantenerlos a raya.

Sin decir una palabra, William se levantó de la silla y empezó a recoger los papeles del escritorio. Cuando Ron vio el contrato del McClain Group, se inclinó por él al mismo tiempo que William. Un pelea garantizada.

—Deja que lo tenga, William. —Su tío miró a Ron por encima de la montura de sus gafas—. Yo le dije que utilizara tu escritorio, Ronald. No hay necesidad de ser infantiles.

Ron ignoró la pulla, esperó hasta que William se unió a su hermano y padre alrededor de la mesa de café antes de decir:

—Nikki me dijo que solicitó ver el archivo del McClain Group, Tío Gregory. ¿Qué está pasando?

—No somos la única empresa de la costa oeste compitiendo por el contrato del McClain Group para esta región, eso es lo que está pasando —dijo su tío con impaciencia—. Necesitamos su cuenta para poner esta empresa en el centro de atención nacional que le corresponde. Sé que tú y el hijo de McClain han fijado una reunión para la próxima semana. —Palmeó la

espalda de William—. Aquí mi hijo convenció a McClain padre para adelantar la reunión.

Ron ignoró la mirada triunfal de William y fijó la mirada en su tío. Era cierto que Neumann Security era una empresa regional, con oficinas en Nevada y California solamente. Trabajar con el McClain Group, con sus cadenas de hoteles y tiendas al por menor, les daría un montón de exposición nacional y una ventaja en el competitivo mundo de la seguridad y vigilancia.

—Ya veo. ¿Dónde y cuándo?

—Mañana a las cinco de la tarde en su sede central en Nueva York. Espero que estés en el aeropuerto mañana por la mañana a las nueve, Ronald. Saldremos a las nueve treinta.

Una reunión a las cinco de la tarde podría continuar hasta bien entrada la noche. Para poder llegar a la casa de Ashley en la mañana del sábado, tendría que tomar el vuelo de media noche, *si tenía suerte*.

—Maldición.

—Si tienes un compromiso previo, Ron, puedo cerrar el trato por ti —ofreció William.

Apuesto que lo harías, capullo santurrón.

—Estaré ahí —dijo a su tío firmemente, ignorando a su primo.

Su tío hizo un gesto con la barbilla hacia la puerta.

—William, Stanley, necesito discutir algo con vuestro primo. Esperen afuera.

Mientras sus primos recogían y dejaban la habitación, Ron se acercó a la ventana y buscó al motociclista. Todavía estaba ahí. Cuando su tío se aclaró la garganta, se dio la vuelta y se resignó para otro sermoneo.

—No me importa qué planes hayas hecho, Ronald —declaró Gregory firmemente—. Te quiero en el avión mañana por la mañana. Debes enfocarte en este acuerdo y nada más. No nos podemos permitir otra cagada.

El músculo palpitando en la mejilla de Ron fue la única señal de que le molestaba la charla. Y qué que haya escogido estar al lado de un amigo después de un accidente de incendio en lugar de hacer una reunión, gran cosa. Se resarció de eso muchas veces, pero su tío estaba decidido a no olvidarlo.

—¿Por qué me está pidiendo que lo acompañe si está tan seguro de que voy a liar las cosas?

—El hijo de McClain insistió que estuvieras allí. William podría fácilmente haber terminado la negociación. Conoce el funcionamiento interno de esta compañía, pero debemos ir con los deseos de nuestro cliente. —Su tío se levantó—. Sólo recuerda lo que te dije. Nada de cagadas. Si crees que no puedes dar lo mejor de ti, hazme un favor y déjame hablar a mí.

No si podía evitarlo. Este era *su* acuerdo.

—Estoy listo.

—Bien. —Su tío se quitó las gafas para fruncir el ceño hacia él—. Ahora, ¿qué es esta tontería que escuché acerca de ti investigando el incendio en la casa Carlyle?

Ron parpadeó, completamente pillado por sorpresa. *¿Cómo se había enterado?* Su madre había prometido mantener todo para sí misma.

—Difícilmente lo llamaría una tontería, señor. Alguien por ahí sospecha que un pirómano inició el fuego y quiero averiguar quién fue.

Una risa desdeñosa escapó de su tío.

—El incendio ocurrió hace diez años. Nadie se preocupa por cómo empezó.

—Yo lo hago. Quiero demostrar que el rumor acerca de mi padre iniciándolo era falso. También lo hace mamá.

Sus ojos se volvieron fríos.

—No sé quién comenzó el rumor. No es cierto. Convence a tu madre de eso y detén esta investigación. —Se puso sus gafas y agarró su maletín como si pensara que el asunto estaba cerrado y luego se dirigió a la puerta.

Con la sangre rugiendo en sus oídos y el corazón palpitante, Ron dio unos pasos hacia adelante y efectivamente bloqueó el camino de su tío. Con su metro ochenta y cinco, el anciano era unos centímetros más bajo que Ron, pero era más amplio de barriga y estaba en gran forma para alguien de su edad. Con todo, era una figura imponente, pero esta era una vez en la que Ron no se dejaría intimidar. Había demasiado en juego.

Su tío se detuvo, lo miró.

—¿Qué estás haciendo? Tengo una reunión importante, en exactamente… —le echó un vistazo a su reloj—, treinta minutos.

—Esto es importante también, señor. —Buscó la expresión furiosa de su tío—. ¿Cómo sabía que estaba investigando el incendio?

—Deja de perder mi tiempo, Ronald. —Su tío frunció el ceño—. Si tienes algo que decirme, dilo —espetó.

—Usted ha estado saboteando mi investigación, y quiero saber por qué.

—¿De qué estás hablando?

Ron no compró su indignación.

—Traté de entrevistar a antiguos colegas de mi padre. Hasta el último de ellos estaba ansioso de hablar de los viejos tiempos hasta que supieron quién era yo y por qué los estaba llamando. Luego o tenían un compromiso previo o amnesia avanzada. Nadie quiere hablar de mi padre o del incendio. Cuando el investigador privado que contraté para investigar trató de seguir adelante, los hombres desaparecieron. ¿Les dijo que no hablaran conmigo?

—No seas ridículo. Me acabo de enterar de que tu madre comenzó a recibir esas cartas otra vez.

—*¿Otra vez?* ¿Está diciendo que alguien le había escrito antes? ¿Cómo es que nunca fui informado?

Su tío no se molestó en contestarle, simplemente se puso las gafas.

—Detén la investigación, Ronald. Me encargaré desde aquí.

Por encima de mi cadáver.

—No puedo. Necesito saber lo que está pasando. ¿Qué había en las cartas que mamá recibió antes? ¿Implican que mi padre empezó el fuego?

Los ojos del anciano se volvieron fríos.

—¿Acaso no he sido claro? Dejarás ir esta investigación o de lo contrario…

—¿O de lo contrario qué, tío Gregory? ¿Retendrás mi paga? ¿Me despedirás? —Ron soltó una carcajada sin humor—. No soy ese joven al que normalmente le escondía las cosas cada vez que no se comportaba. No puede amenazarme, señor. Ya no más. —Su voz se elevó y los ojos del anciano se sobresaltaron de rabia. *¿O era sorpresa porque Ron se atrevió a enfrentarse*

a él?—. ¿Por qué no quieres que investigue el incendio? ¿Qué temes que encuentre?

—Necesitas calmarte. No querrás tener un ataque de pánico.

Ron tomó una calmante respiración profunda y sonrió. *Eso fue bajo*. El que su tío sacara a colación su enfermedad era una señal segura de que se sentía acorralado.

—Eso no era necesario, tío Gregory —dijo en un tono más calmado—. No me puedes ordenar que pare esto y esperar que obedezca. No sin una explicación razonable. Esta es la única oportunidad que tengo para limpiar el nombre de mi padre de algo que todos ustedes han estado susurrando a puerta cerrada durante años. Él no comenzó el incendio hace diez años. Él es un héroe. Nada de lo que diga o haga me detendrá de demostrarlo.

—Eres igual que él. —Se burló tu tío—. Arrogante, irresponsable…

—No te detengas ahora —instó Ron—. Quieres que detenga la investigación, dime más. Dime qué pasó hace diez años. Háblame de mi padre.

Rechazó la petición de Ron con un gesto.

—No tengo intención de discutir o negociar contigo sobre esto, Ronald. Haznos un favor a todos y para esto ahora.

—No puedo. —Ron dio un paso atrás—. Ahora que sabemos dónde estamos parados, ve y dile a tu moto-amigo que deje de ser mi sombra.

Su tío frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—¿El hombre que me has puesto de cola? Dile que retroceda. No toleraré ser espiado.

El ceño fruncido en el rostro de su tío se intensificó.

—Siento decepcionarte, Ronald, pero no tengo nada que ver con tu acosador. —Su tío abrió la puerta, se detuvo para decir:

—Espero que veas la razón y detengas esto. —Dicho esto, se marchó, azotando la puerta tras de sí.

Ron dejó escapar un suspiro. No sabía qué le molestaba más, la sombra de la ansiedad en los ojos de su tío o el motociclista. Se volvió para mirar hacia el hombre. Sacó su teléfono celular de su estuche y marcó a seguridad.

Ashley esparció las fotos en la encimera y masticó su labio inferior mientras las estudiaba. *¿Por qué no podía superar la sensación de que ella de alguna manera estaba involucrada con lo que pasó esa noche en La casa Carlyle?* Sacó un cuaderno de un cajón cercano, rápidamente garabateó la palabra "basura" en él, y lo clavó en el panel de corcho al lado de su refrigerador.

Cualquier memoria recuperada, por insignificante que sea, tiene que ser por escrita. La Dra. Irene Reuben le había dicho eso hace años. No había recordado nada hasta hoy. ¿Por qué había sido *basura* esa noche? Tal vez necesitaba pagar a la buena doctora una visita. Habían sido años.

Sacó el teléfono, buscó en sus contactos el número de la doctora Rubén y marcó. Después de explicar por qué necesitaba ver a la doctora, la asistente le encontró un espacio el miércoles siguiente por la tarde. La siguiente llamada fue a su tío Kirkland, pero vaciló, sus dedos rondaron los botones.

Ron había dicho que su amigo iba a hablar con Kirkland y los otros. *¿Qué si su primo tenía razón sobre el pirómano siendo un miembro de la familia Noble? ¿Le diría Ron la verdad?* Su instinto le decía que debería confiar en él. *Tendría que estar loco para venir a mí en busca de ayuda si su pariente comenzó el incendio que mató a mis padres.*

Tenía que hablar con alguien. Sus primos estaban fuera de la cuestión, ellos le habían dicho que no confiara en él y que contratara su propio detective. La cita con la Dra. Rubén estaba a días de distancia, no lo suficientemente pronto para ella. Eso dejaba a sus padres. Mañana a primera hora, pasaría por el cementerio para una charla de corazón a corazón.

Suspirando, bajó el teléfono, arrastró su cuerpo del taburete y se dirigió hacia las escaleras. El teléfono la sobresaltó cuando sonó justo cuando entraba en la zona de su dormitorio.

Lo levantó, se dejó caer en la cama y murmuró un cansado:

—Sí.

—Ashley. ¿Puedes hablar?

Su cuerpo se sacudió hasta una posición sentada, la energía alcanzando su máxima potencia a través de ella.

—¿Ron?

—Siento llamar tan pronto. ¿Tu primo sigue ahí?

¿Debería confiar en Ron?

—No, se acaba de ir. ¿Qué está pasando?

—¿Ya lo pensaste? ¿Acerca de la hipnosis?

La sola idea la llenaba de miedo, sin embargo sabía que tenía que hacerse. Si los rumores eran ciertos, alguien mató a sus padres. Quería justicia.

—Sí, quiero seguir adelante con ella.

Una risa alegre vino de Ron.

—Eso es genial. Gracias. Sé que fue una decisión difícil, así que realmente lo agradezco mucho.

Ella sonrió, absorbiendo su emoción.

—No necesitas agradecerme. También quiero saber lo que pasó esa noche, especialmente si los rumores son ciertos. —*¿Debería preguntarle acerca de lo que su primo le dijo?* No, volvería a jugar por el oído. Si él no era sociable, ella se alejaría y contrataría su propio detective—. Uh, Ron, ¿realmente quisiste decir lo que dijiste acerca de estar ahí cuando lo hiciera?

—Por supuesto. Te lo dije, puedo no saber mucho acerca de la hipnoterapia, pero estoy dispuesto a aprender. Haré un poco de investigación antes de que nos reunamos el sábado.

El hecho de saber que alguien la respaldaba le dio un poco de alivio, incluso si era alguien que no estaba segura de que debería confiar. Pero para aliviar por completo su mente, necesitaría saber todo lo que el amigo investigador de Ron descubriera mientras la investigación avanzaba. Sólo había una manera de lograr eso, estar unida por la cadera con el magnífico bombero. Imágenes indecentes de los dos aparecieron en su cabeza, imágenes en las que no tenía ningún negocio pensando.

—Ashley, ¿sigues ahí?

Mejor en concentrarse en lo que quiero de él, no en mis necesidades físicas.

—Sí. ¿Puedo preguntarte algo, Ron?

—Claro.

—No quiero que tomes esto a mal, o asumir que está ligada a la cosa de la hipnosis. Le he dado muchas vueltas, y tiene mucho sentido. —Dios, estaba balbuceando. Oh, aquí va—. Me gustaría pintarte.

Se hizo el silencio en la línea, a continuación una breve risa de él.

—¿A mí?

—Sí. Necesito empezar mi serie erótica y parece que no puedo encontrar un modelo adecuado. —*Eso no salió bien*—. No estoy diciendo que seas mi chico por despecho, ya entiendes. Es sólo que tienes un cuerpo y rostro perfectos. —Se dio cuenta de que como lo dijo podría ser mal interpretado y su rostro se calentó—. Perfecto para pintar es decir —corrigió.

Él se rio entre dientes.

—Cuerpo perfecto. Me gusta eso.

Oh, el hombre arrogante. Se dejó caer sobre su espalda, succionó su labio inferior y rogó hacia el techo. *Vamos, di que sí. No me hagas rogar.*

—¿Puedes hacerlo?

—Estás hablando de pinturas de desnudos, ¿cierto?

La imagen de él sin una puntada encima parpadeó en su cabeza. Ashley lamió sus labios, la anticipación corría a través de ella.

Tuvo que tragar saliva antes de decir:

—Semi. Ya sabes, pantalones, shorts, seda doblada sobre tus caderas... de buen gusto pero erótico. Sé que es mucho pedir y que nunca has posado, pero prometo hacerlo sin esfuerzo. Tomaré montones de fotografías y trabajaré principalmente de ellas. Sólo haremos algunas sesiones. No tendrás que posar más de treinta minutos en un determinado momento. —Cuando él no dijo nada, añadió:

—Vamos, Ron. Considéralo como un favor de un amigo a otro. ¿Recuerdas? Dijiste que éramos amigos. Te prometo que te lo compensaré.

—¿Ah, sí? ¿Qué tienes en mente? —Su voz era de un barítono humeante.

Dejarte calentarme a mí y a mi cama. Los ojos de Ashley se abrieron de par en par con sorpresa. *Por Dios, ¿qué estaba pasando con ella?* Reconocía que había pasado un tiempo desde que había tenido una cita o sexo. Pero aun así, no saltaba a la cama con cualquiera, especialmente con alguien en quien no confiaba.

—¿Ashley? ¿Todavía estás ahí?

Su voz sexy la trajo de vuelta al presente.

—Te llevaré a cenar cada vez que te sientes para mí.

—Lo siento, soy chapado a la antigua. Cuando estoy con una mujer, pago la cuenta.

Lindo, pero muy Neanderthal.

—¿Qué tal una comida hecha en casa?

—Eso tiene posibilidades. ¿De cuántas semanas estamos hablando?

—Un par, tres máximo. —Su amigo debería terminar con la investigación para entonces.

—Quieres mi cuerpo desesperadamente, ¿no es así?

Ella negó con la cabeza. *El hombre le da un nuevo significado a la palabra arrogante.*

—Sólo quiero pintarlo, Noble. Si no puedes manejar la situación...

—Puedo manejar cualquier cosa que eches, nena. ¿Qué tal si me dejas decidir lo que vale el quitarme la ropa?

Su suave, sensual tono envió un escalofrío que le recorrió la espalda. *Esto era malo.* Nunca había reaccionado a un hombre tan rápido. Era culpa de él por lanzar ese movimiento seductor sobre ella justo antes de que llegara su primo. Eso le estaba dando ideas.

—Siempre y cuando sea dentro de la razón.

—Me han dicho que soy un hombre razonable. ¿Cuándo quieres que empiece?

—¿El sábado por la mañana está bien? ¿Alrededor de las siete? Todavía planeas pasar a dejar las fotos de tu abuela, ¿verdad?

—Sí. Tengo un compromiso previo la noche anterior, así que no puedo prometer que sea a las siete, pero lo intentaré. Te llamaré si se me está haciendo tarde. Oh, espera un segundo. —Ashley podía oír la voz de una mujer en el fondo, y luego regresó a la línea—. Te veré en dos días, Ashley.

Ashley colgó el teléfono y sonrió mirando al techo. ¡Sí! No podía creer que en realidad había accedido a posar para ella. Ahora lo único que tenía que hacer era controlar sus caprichosas hormonas cuando estuviera a su alrededor. Las palabras de Baron, *una nueva mujer está en su brazo cada semana*, flotó en su cabeza. Esas palabras deberían mantenerla con los pies en la tierra.

Miró el reloj que estaba sobre la cajonera de a un lado y saltó de la cama. Sería mejor que se duchara antes de que sus primas descendieran sobre ella.

—¿Ash? ¿Dónde estás? —La voz de su prima la alcanzó arriba treinta minutos más tarde.

Joder, llegaron temprano.

Ashley asomó la cabeza por la puerta del baño y gritó:

—¡Estoy arriba! ¡Bajaré en un segundo! —Se secó, envolvió la toalla a su alrededor y entró en su dormitorio—. ¿Está Jade con…? —La cabeza de su prima apareció en el tope de las escaleras—, ¿…tigo?

—No. Ha surgido algo. —Faith mordió un pedazo de la punta de un espárrago y apoyó su estructura ósea delgada de modelo contra el barandal de la escalera, su cabello corto estaba teñido de un color rojo indecente—. Trabaja demasiado duro, pero sus vacaciones comienzan este fin de semana. Podríamos reunirnos con ella en la casa de la playa para una salida nocturna de chicas.

Ashley le lanzó una mirada de disgusto.

—Se supone que esto es lo que era eso. Además, no me puedo dar el lujo de tomar un descanso ahora. Tengo que terminar los murales. —Luego estaba Ron y su investigación. Ron y su cuerpo perfecto. Posibilidades y probabilidades—. Me muero de hambre —espetó. Obligando a su mente a concentrarse en la comida, se puso un vestido de flores sobre su camisola, abrazó a su prima y murmuró:

—Vamos a atiborrarnos de comida. —Tal vez entonces dejaría de pensar en él.

—Suena bien —dijo Faith, siguiéndola por las escaleras.

—¿Qué trajiste?

—Un poco de rollos de lenguado todo-limón con hierbas, vieiras Dijon, alcachofas estofadas, ostras hushpuppies, pasteles de cangrejo, espárragos y una botella de Chardonnay. Entonces, ¿qué pasa? —Faith se detuvo junto a ella en la encimera de la cocina—. Te ves como si desearas cometer un asesinato.

—No sabes ni la mitad de eso.

Faith alzó las cejas.

—¿Nina Nobles?

—Por favor —respondió Ashley con sorna. Pero sintió la mirada curiosa de Faith sobre ella mientras sacaba recipientes desechables llenos de comida de la bolsa blanca de papel—. Esa mujer tiene problemas. No desperdiciaría ningún pensamiento en ella. —No estaba mal en la medida que las mentiras avanzaban.

Faith le lanzó una mirada escéptica.

—Sí.

De acuerdo, así que no era convincente, pero eso no significaba que tenían que hablar de sus sentimientos hacia la madre de Ron.

—Por cierto, ¿quién te nombró mi ángel de la guarda? —Señaló con la punta de un espárrago en la dirección de Faith—. ¿Decirle a Baron de todas las personas que me vigilara? Vino aquí actuando como el hermano mayor, ofreciendo consejos no solicitados y…

—A interrumpir algo con el playboy guapo de Ron Noble. —Faith movió las cejas con picardía. Ashley dejó escapar un suspiro explosivo. *Oh, iba a sellar la boca de Baron con súper pegamento*—. Has estado muy ocupada, mujer. ¿Es tan rápido como dicen? —agregó Faith.

—No estaba pasando nada —respondió con los dientes apretados. Agarró comida y la tiró en el plato. *¿Era ella la única con la maldición de parientes*

entrometidos? En momentos como este, quería desconocerlos a todos ellos—. Estábamos teniendo una *conversación de negocios*.

—Eso he oído. Aunque estoy sorprendida de que haya accedido a posar para ti. —Faith tomó dos copas de vino de la alacena por encima de la encimera y se volvió para añadir:

—He oído que el hombre es inaccesible excepto cuando él es el que manda. Que tendría a una mujer en la cama más rápido de lo que ella podría decir su apellido. Nunca se pega demasiado a las sábanas para una segunda vuelta, pero… —Le dio a Ashley una sonrisa felina—. Da los mejores…

—¡No quiero saberlo! —chilló Ashley. *¿Cómo habían pasado de hablar de la comida a lo que Ron hacía con las mujeres? ¿Los mejores qué?* Su temperatura se disparó sólo de pensar en lo que Ron podía hacer con su boca.

—Quise decir regalos de despedida, cariño —dijo Faith secamente, abriendo su frío Chardonnay—. He escuchado que es un hombre muy generoso. Así que, ¿qué tan bueno es?

—¿Cómo lo sabría? —Pero había querido probarlo antes, desesperadamente. Si su primo no hubiera llegado, lo sabría a ciencia cierta.

Faith puso los ojos en blanco, llevando sus copas y la botella de Chardonnay a la mesa de café.

—Él es tu próximo modelo. No puedes utilizarlo a menos que pueda desempeñarse.

—El cómo Ron se desempeñe no tiene nada que ver con por qué está posando para mí. Joder, mujer, deja de pensar en el sexo, ¿quieres?

Faith la miró con los ojos bien abiertos, luego se echó a reír.

—Tengo… que conocer… a este hombre. —Logró decir entre risas—. Estás tropezando con tus hormonas, chica.

Ashley la miró, luego una risita escapó de ella también. Faith tenía razón. La lujuria había secuestrado su mente y la llevó al sur. No podía dejar de pensar en Ron desnudo. Él se estaría quitando la ropa para posar para ella, *no* para hacer el amor. De alguna manera tenía que hacer que su mente… no, que sus hormonas entendieran eso antes del sábado.

—Me refería a cómo se desempeña como modelo, tonta. Siempre pruebas a tus modelos para ver si pueden seguir instrucciones sin quejarse o permanecer quietos durante al menos una hora.

Solita se había puesto la soga en el cuello.

—De acuerdo, me has llevado hasta ahí.

—¿Yo? Creo que alguien más te tiene hecha nudos. —Faith se instaló en el sofá y señaló al sillón frente al de ella—. Siéntate. Quiero detalles. ¿Es tan caliente como dicen?

Ashley frunció el ceño. Estaba empezando a odiar oír hablar de las hazañas de Ron. Aun así…

—¿Dónde exactamente *oíste* acerca de sus hazañas?

—A las modelos que uso para mis espectáculos les encanta contar historias sexuales.

Modelos, debería haber adivinado.

—Olvida que pregunté. Vamos a hablar de otra cosa.

Faith le lanzó una mirada divertida y sirvió vino en las dos copas. Una vez que le pasó a Ashley su vino, se recostó en su asiento.

—Está bien. Vamos a hablar de la casa Carlyle. ¿Por qué estás renunciando a ella sin pelear?

—No lo hago.

—Sí, lo haces —contraatacó Faith—. Lo cual, si prometes no arrancarme la cabeza, es muy típico de ti.

Los ojos de Ashley se abrieron de par en par.

—¿Qué?

Faith le dio una mirada de ya-sabes-de-qué-estoy-hablando.

—Peter.

No su ex-novio.

—No quieres ir ahí. Su loca ex estaba llamando a mi casa, amenazándome y el hombre no tenía las pelotas para controlarla. No tengo tiempo para esas tonterías.

Faith negó con la cabeza.

—No le diste tiempo para tratar con eso. Luego estaba el trato con la galería en San Francisco, la entrevista con el reportero de la revista National Artist's, el…

—Oh, cállate. Tengo hambre y te estás metiendo con mi apetito. —Pinchó un rollo de su plato y le dio un mordisco. Sí, pudo haber sido un poco apresurada en deshacerse de Peter, pero eso no significaba que se alejaba de los conflictos. Tragó saliva y envió a su prima una mirada por el rabillo del ojo—. Escojo mis batallas, no hay delito en eso. Sabes que no puedo soportar demasiado drama.

Faith se rio entre dientes.

—Lo que no puedes soportar, mujer, son los pequeños fallos que añaden sabor a la vida. Contigo, todo tiene que funcionar sin problemas todo el tiempo.

Ashley frunció el ceño. Tal vez había algo de verdad en eso. Pero eso fue en el pasado. Estaba cambiando, lentamente pero sin pausa. Nunca quiso tratar con sus desagradables recuerdos perdidos y había desechado la hipnosis, pero estaba pensando en eso ahora.

—Para tu información, señorita sabelotodo, adquirir la casa Carlyle está todavía muy arraigado en mi agenda.

—Bien. —Su prima le dio un pulgar arriba y Ashley esperó que su confianza no estuviera fuera de lugar.

Capítulo 7

Traducido por Pidge97

Corregido por Leluli

El sábado por la mañana llegó demasiado pronto. Vistiendo sólo un sujetador y una camisola de seda, Ashley tiró para abrir su armario. ¿Vestido, pantalones o pantalones cortos? Retiró un conjunto tras otro. Lo que ella llevara no debería importar, ¿debería? Fotografiar y dibujar a Ron era trabajo, no una cita, algo que hacía con modelos todo el tiempo. Aún así, ninguno de sus modelos protagonizaba sus fantasías.

Sus brazos cargados con ropa, serpenteó descalza a través de la alfombra de la habitación, echó un vistazo de su cara en el espejo y se quedó congelada. Seis treinta de la mañana y su sonrisa podía rivalizar con la de un anuncio de pasta dental. Ni siquiera era una persona mañanera por el amor de dios.

Frunció el ceño a su reflejo.

Borra esa estúpida sonrisa de tu cara y empieza a actuar como una profesional. Así que Ronald Noble es el primer hombre en eones que te hace vibrar como un alambre desplumado, tú puedes manejarle.

Más fácil decirlo que hacerlo. Incluso el sonido de su nombre en sus labios causaba una anticipación que surgía a través de él. Chupándose el diente, Ashley giró en sus tacones, pisoteando de vuelta a su armario y tiró la ropa al suelo. Sacó un par de pantalones de chándal y una camiseta básica blanca, y se las puso.

Después de ponerse los pantalones y hacerse una coleta, se paró para estudiar su reflejo. Bien. Normal. Si sólo hubiera tenido la fórmula para hacer sus pensamientos sobre Ron normales, también. Suspirando, se dio prisa al bajar las escaleras.

Mientras Ashley cruzaba el suelo hacia la cocina para servirse una taza de café, su mirada se clavó en el reloj del microondas. Seis cuarenta. Veinte minutos para salir. Aunque había dicho que a lo mejor llegaba tarde, se

recordó. Jugueteó con las cámaras, las cuales había cargado y estaban dispuestas en la mesa detrás del sofá de la sala de estar, modificada la estancia para una máxima iluminación. Demasiada nerviosa para hacerse el desayuno, alcanzó un plátano. Miró su lista de tareas de hoy mientras pelaba y mordisqueaba la fruta, pero su mente no podía pasar del primer punto de la agenda, fotografiar a Ron Noble el sábado por la mañana. Tenía una gran interrogación al final de esta.

¿Qué pasa si no podía hacerlo? ¿Y si lo había olvidado? ¿Y si…?

Sólo había una cura para esto. Ashley clavó la lista en el corcho, abrió el congelador y sacó su helado favorito. Se instaló en su sofá y escarbó en el helado.

Cuando el timbre de la puerta sonó, estaba más tranquila. Por veinte minutos, se había estado diciendo que era fuerte. Que era capaz de controlar sus emociones y tratar con más de un metro ochenta y tres de pura masculinidad.

Su mirada giró hacia el reloj, mientras guardaba el sobrante helado en la nevera. Siete en punto, impresionante. Se apresuró a abrir la puerta.

Guapo no podía empezar a describir a un bien afeitado Ron en un polo azul oscuro que moldeaba su amplio pecho y mostrando con vigor lo de abajo. El color hizo que sus ojos azul cobalto brillaran. Maldita sea su fuerza, una mujer debía ser ciega para no querer saltar encima de él.

—Hey, preciosa —dijo Ron, su tranquila y oscura voz, su sonrisa lenta y fácil.

Su estómago se inclinó, y su mente proceso lentamente. Tiró de si misma para centrarse.

–Hey a ti, lo conseguiste.

—Te prometí que lo haría. ¿Vas a dejarme entrar? —preguntó.

Ashley se movió a un lado, notas de algunas cosas habían escapado a su primera inspección. Ríos de color rojo descoloraban el blanco de sus ojos.

—Debes de haber tenido un infierno de tarde.

—Pero muy productiva. —Se adelantó dentro de la casa, y antes de que fuera su intención, el inclinó la cabeza y depositó un beso en sus labios—. Hmm.

Ella se echó para atrás.

—Vaya, ¿por qué ha sido eso?

—Un agradecimiento por aceptar la hipnosis.

¿Por eso me tenía que recompensar con un pico? Ella debió coger su camisa y enseñarle lo que realmente era un beso de agradecimiento.

—Por nada. —Se echó un paso hacia atrás y observó su pavoneo en su casa como si él no hubiera enviado su pulso a toda marcha. Su mirada aterrizó en los vaqueros azules acariciando sus nalgas. *Concéntrate en otra cosa.* Probablemente había dejado los brazos de otras mujeres hace unas horas. El pensamiento era como una ducha fría para sus sobrecalentados sentidos.

—¿Entonces?¿Cuándo vas a programar la cita con el hipnotista? —Él miro por encima de su hombro.

—Ya lo he hecho. El Dr Vogel, mi terapeuta, es también un licenciado en hipnotismo. Me verá el miércoles de la semana que viene.

—Eres un encanto. —Observó a su alrededor—. ¿Entonces qué quieres que haga? ¿Quitármelo todo? —Encontró la extravagante sonrisa tan irresistible que levantó los bordes de su labios.

—Sólo la camisa —dijo ella con una voz que era sólo un poco inestable—. ¿Quieres un poco de café?

—El café estaría bien, gracias. —Le dio una sonrisa de disculpa—, y una aspirina si tienes. Oh, y he traído las fotos de mi abuela también. Su cumpleaños no es hasta dentro de seis meses, así que no hay prisa. —Movió el envoltorio de manila que ella no había notado en su mano.

—Sólo déjalo en la mesa. ¿A qué hora llegaste ayer a casa? —preguntó mientras caminaba hacia las escaleras y siguiendo hacia el baño de abajo por aspirinas.

—No he ido a casa hasta esta mañana —admitió Ron.

Agitó su cabeza hacia él y se precipitó al baño. Por un momento, se quedó mirando su reflejo en el espejo. Sus ojos chispearon y sus labios hormiguearon.

Ashley dio un largo respiro y recuperó el bote de aspirinas. *Puedes manejarlo… puedes manejarlo…* se repitió silenciosamente mientras se volvía a reunir con él en la cocina.

—¿No crees que a lo mejor has tenido demasiada fiesta?

Ron se encogió de hombros.

—Trabajo duro y juego duro. Si no coges la oportunidad cuando se presenta, la vida seguirá pasando. —Se metió dos pastillas en la boca y las tragó con un poco de agua que le había dado. Sonrió y miró la sala—. ¿Es ahí donde me pongo cómodo?

Ashley asintió, luego le siguió para servirle un poco de café. Cuando se dio la vuelta se congeló por unos segundos con la taza de café en sus manos. Se estaba quitando la camisa, revelando lo que se había estado imaginando desde que se conocieron, una extensa y bella piel dorada, un pecho musculoso y una tableta de abdominales, vello entre sus pectorales y una intrigante flecha desapareciendo en sus pantalones. El tatuaje de llamas en su hombro izquierdo y en la parte superior del brazo unas letras asiáticas que lo rodeaban. Él era hermoso, esbelto y sólido… suyo.

¿Suyo?

Ella salpicó el café en sus manos. Un ardor la sacudió, y apartó sus ojos. *Toma un largo respiro y cuenta. Un Mississippi… Dos Mississippi… Tres Mississippi…*

Claro que no era suyo, se dijo una vez que podía pensar coherentemente. Ron no podía ser domado o atado por ninguna mujer. Además, él estaba aquí para modelar para sus pinturas. Sería mejor que ella consiguiera que eso entrara en su dura cabeza antes de que empezara a desear lo imposible.

—Listo —dijo Ron.

—Bien. —Pegando una serena sonrisa en su cara, le miró.

Él se estaba reclinando en el diván, sin camisa, ni zapatos ni calcetines, sus manos ahuecando la parte de atrás de su cabeza. Contra su mejor juicio, su mirada acarició su fuerte pecho, su duro vientre, deteniéndose en el bulto de sus pantalones y en sus poderosos muslos. Sus pies eran largos, bellos. Su palma anheló tocarle y acariciarle, cada pulgada de él. Honestamente debería haber una ley en contra de darle a un hombre demasiado de todo.

Cogiendo un largo suspiro, su mirada volvió a su cara y cogiendo su deliberada sonrisa.

Hombre sinvergüenza.

—¿Te dije que ibas a conocer al tío Jerry esta tarde? —espetó ella para cubrir su bochorno.

Sus arqueadas cejas se elevaron.

—¿Quién?

—Jeremy Kirkland, el abogado de mis padres. Nos está esperando esta tarde en la oficina.

—Pensé que acordamos que mi amigo hablaría con él.

Ella le dio lo que esperaba que fuera una sonrisa arrepentida.

—Lo sé. Le llamé para discutir otra cosa y como que salió. —Ostras, Ron hacía tan difícil pensar bien a una chica. Incluso su ombligo era bonito—, pero, uh, esto nos dará una oportunidad para decirle sobre tu amigo… para esperarle. —Su corazón latía sonoramente, caminó hacia su lado y dejó el café a un lado de la mesa, a un brazo de largo de su diván—, no tienes que venir conmigo si no quieres.

Él se sentó recto, sus movimientos eran un poco lentos, y alcanzó el café.

—Gracias por esto, y sí, me gustaría acompañarte. Kenny ha volado a Orcas para quedar con Hogan. Espero una llamada suya a lo largo del día —rodó su cuello como si tuviera un tirón.

Ashley le estudió y pensó que hacer después. El hombre estaba a punto de caer de bruces por la fatiga. ¿Qué era tan importante la noche anterior que no pudo irse a la cama pronto? ¿Y cómo iba a posar para ella si estaba así de cansado?

—¿Ron, estás seguro de que tienes ganas de esto?

Él le dio su extravagante sonrisa.

—Claro, por eso estoy aquí.

—Perdona mi lenguaje, pero luces como una mierda. Tus ojos están inyectados en sangre, no paras de bostezar cada vez que me doy la vuelta y estas tan tenso que podrías romperte si te toco.

Un travieso destello apareció en sus ojos.

—Tócame y lo comprobarás.

No me tientes.

—Muy gracioso. Te estoy ofreciendo a ayudarte a relajarte.

—Exactamente lo que tenía en mente. —Él pasó su dedo hacia abajo por sus pantalones de chándal hasta su cadera.

Ella batió su mano y se echó hacia atrás.

—Aleja tu mente de lo vulgar, Noble. Te voy a dar un masaje.

—No eres graciosa —gruñó. Cuando ella le dirigió una mirada mordaz, el terminó su café, y luego se tumbó sobre su estómago.

Posando una nalga en el diván, justó al lado de su cadera, Ashley posó una mano en su espalda. Dioses benditos, él estaba caliente. Su músculo se contrajo y el brazo de ella se sacudió por el calor. Estaba casi tentada a parar. No, no podía perder la oportunidad de tocarle. Ni hablar. Su corazón repiqueteó, la anticipación desecó su boca. Ella se mojó los labios, corrió sus palmas a través de sus hombros, amando la suave textura, la dureza debajo de ella. Sensaciones deliciosas se extendían a través de su piel.

—¿Estás tratando de volverme loco? —gruñó él, contrayendo el duro músculo de sus hombros.

Ella sonrió, entonces empezó a masajearle los hombros.

—Estás tenso.

—Las últimas veinticuatro horas he estado en tensión.

Por qué, quería preguntar, pero contuvo su lengua. No quería hablar de todas formas. Tocarle era más divertido. Su piel era aterciopelada, su pelo sedoso y grueso. La urgencia de correr sus dedos a través de él la sobrepasaba. Se lo tragó y amasó sus músculos en su lugar, primero con sus dedos y luego con el talón de su palma. Era tan deliciosamente macho que quería envolverse alrededor de él y empaparse. Su dedo trazó el relieve de una marca de nacimiento en su hombro derecho. ¿Qué haría si presionara sus labios en ella?

Deja de fantasear, la advirtió la molesta voz de la conciencia. Su mirada bajo hasta su culo. Hum… delicioso. Un hambre famélica arañó su estómago, y la hizo querer arrancarle los pantalones y alimentarse de su desnudez.

Hablando de tortura auto infligida. Ofrecerle un masaje había sido la cosa más tonta que había hecho nunca. Sus manos picaron por tocar más de su espalda. En cuanto a su aroma boscoso, era envolvente, estimulante. Cuando su cuerpo se estremeció tan ligeramente, ella tragó. El hombre imposible tampoco estaba ayudando. Los hmm que hacía mientras ella trabajaba en sus tirantes músculos la estaban volviendo loca.

—¿Qué es lo que hay escrito alrededor del tatuaje? —Trazó la llama, luego trabajó duramente para aliviar la tensión ahí.

—Forjado por el fuego.

Su piel estaba tan caliente como para haber sido creada por el fuego. Y tocarle la estaba haciendo sentir caliente también. Aún, Ashley se quedó ahí, su cuerpo como una calefacción y zumbando. Ella quería conversar, decir algo ingenioso, pero sabía que su voz le fallaría. Cuando sus brazos empezaron a doler, movió su cuerpo y casi aterriza en el suelo.

—¿Estás bien nena? —preguntó con voz ronca.

Al menos ella no era la única que estaba encontrando su proximidad insoportable.

—Sí, sólo no te quedes dormido.

Él se rio entre dientes.

—Estás equivocada si crees que me puedo quedar dormido con tus manos en mí.

Ella no podía pensar una respuesta para esa afirmación. En vez de eso, trató de imaginar que él era un feo troll que ella tenía que tocar. Buena suerte. Los trolls no olían ni se sentían de esa manera.

—He terminado. —Ashley saltó y dio un paso hacia atrás, casi derramando el café que había en la mesa.

Ron se giró, y sus miradas conectaron. Su cara estaba tensa. La mirada hambrienta en sus ojos no le debería dar miedo, pero lo hizo, haciéndola dar

otro paso hacia atrás. Tragó, le dio a su cuerpo una extensa mirada y se congeló ante la presión del bulto en sus pantalones.

—Sigue mirándome así y no seré responsable de lo que pase después. —Su voz era baja, llena de la promesa de pecados de placer.

Sus ojos se cerraron de golpe, mientras sentía un enrojecimiento.

—Yo, uh, cogeré mi cámara.

Corrió a la mesa y jugueteó con la cámara, su espalda se giró hacia él, pero todavía podía olerle en sus manos. Ofrecerle un masaje había sido una absoluta idiotez. ¿Cómo iba a trabajar cuando su cuerpo provocaba sus sentidos?

Oyó movimientos detrás suyo y se volvió. Ron estaba de pie y acercándose a ella rápidamente. La mirada en sus ojos la hizo dar un paso hacia atrás.

—¿Ron?

—No creo que pueda hacerlo.

Ella parpadeó.

—Pero dijiste…

—Posaré para ti cariño, pero ahora mismo necesito tocarte o me volveré loco.

Sus ojos se ensancharon. *¿Qué se supone que debo decir a eso?* Ella no podía abrir la boca y mentirle, u ordenar a sus piernas moverse. Había deseado saber cómo sentirían, sabrían esos labios perfectos. Demonios, incluso tejió sus fantasías sobre las cosas deliciosa que podrían hacer a su cuerpo. El pico que le había dado antes sólo se sumaba a sus ansias.

Cogió un profundo respiro y lo liberó rápidamente. Su corazón palpitó contras su caja torácica, excitación pulsaba a través de ella. Esto no era ella. Rondar alrededor de un hombre que casi no conocía era de locos, y ella no hacía cosas de locos. Además casi tenia alucinaciones de anticipación mientras Ron se paraba en frente de ella.

Su brazo con valentía rodeó su cintura. La forma arrogante en la que él asumió que ella no se opondría a sus intenciones le debilito las rodillas. Ashley abrió su boca para decir algo pero su expresión congeló las palabras en su garganta. La malvada sensualidad y la cruda lujuria en sus ojos eran

suficientes para hacer que una mujer rompiera un cinturón de castidad de metal. Todavía, parecía que estaba esperando. ¿A qué?

Ella frunció el ceño. ¿Estaría esperando su consentimiento? Ron no parecía del tipo que pedía el permiso de nadie. Su mirada todavía estaba en la suya, sus labios se separaron, invitándolo. Sus ojos se dilataron fieros, calientes. Todavía, él esperaba. Ella levantó su mano y la dejó contra su masculino pecho. El cuerpo de él se sacudió mientras sus pensamientos quemaban. Sus músculos se flexionaron debajo de su palma, su corazón palpitando duro y enviando pulsaciones de excitación a su brazo.

El encajó el cuerpo de ella con el suyo. El íntimo contacto causó que un gemido se escapara de sus labios. Su cabeza bajó, su caliente aliento contra sus labios la hacían temblar. Luego dobló su cabeza y cubrió sus labios.

Sus labios eran calientes y caballerosos. No lo que se había esperado de un hombre tan grande. Su sabor, la aterciopelada textura de sus labios era nueva, excitante. Su aroma, inestable, almizclado y de hombre, la golpeó con la fuerza de un tsunami.

El corazón latiendo en sus oídos, Ashley se rindió y le dejó a cargo de su boca. Ella se movió en sus brazos como si siempre hubiera permanecido ahí. Lenguas, sabores y alientos mezclados. Su aroma probó sus sentidos, haciendo difícil pensar y razonar. Su boca acariciaba y exploraba, tomando y dándola una dulzura que era tan inesperada, tan intoxicante que su cuerpo entero latía con pura necesidad.

Ella no podía permitirse necesitar a este hombre. Ya tenía suficiente locura en su vida sin necesitar a alguien que estaba aquí pero que podría irse mañana para siempre. Se sacudió, empujando su cara fuera e intentando romper el hechizo que la había echado.

—Por favor —lloró dolorosamente, buscando un aliento.

—¿Por favor qué, nena? ¿Por favor no pares? —susurró Ron eróticamente a lo largo de su mejilla—. ¿Por favor tómame? —Dio un pequeño mordisco a su oreja, luego la calmó con su lengua. Su último:

—Por favor dime como complacerte. —Era un *homerun*. Su resistencia decayó.

Ashley giró su cabeza y alcanzó sus labios esta vez. *Olvídate del mañana.* Justo en este momento, él era de ella. Deslizó sus manos hacía arriba,

lentamente amando los músculos agitándose debajo de sus palmas, y ahuecando sus mejillas, tocando el borde su boca antes de desviarse a través de su pelo. No podía tener suficiente de él.

Sus besos se volvieron intensos, calientes, despertando cada anhelo de sus células en su cuerpo. Sus dedos se cavaron en su pecho, obteniendo un gemido por parte de él. Él estaba en toda ella, sus manos, su boca, su aliento, toda su esencia.

Fuegos artificiales explotaron detrás de sus ojos. Se sintió febril, todavía más viva de lo que nunca había estado en toda su vida. Pánico torpedeó en su interior. ¿Dónde estaba el puto control?

Ashley retiró su cabeza hacia atrás y respiró aire.

—¿Ron? Por favor. Necesito… Necesitamos…

—Sí. —Fue su abrupta respuesta—. Demasiado. —Fue dejando besos de mariposa a lo largo de su cuello, e inhaló profundamente—. Hmm, rosas salvajes. Hueles tan bien. —Mordió su mandíbula causando que su cuerpo vibrara—. Oscura, jugosa, exótica.

Estaba apenas colgando de su control. El señor sabía que ella tenía un gran apetito sexual, pero esto estaba muy, muy fuera de eso. Nunca había perdido el control por un beso. Si alguien pudiera definir que lo que él le estaba haciendo era un beso. Estaba saqueándola, cautivándola, marcándola. Un jadeo sorpresa se le escapó cuando el hizo círculos en sus muñeca y la levantó del suelo.

—Envuelve tus piernas a mi alrededor —ordenó con voz ronca, presionándola más íntimamente.

Sus rodillas querían levantarse, pero las ordenó frenarse. No importaba que pudiera sentir su excitación contra ella o que la actitud dominante la encendiera más. Esto había ido demasiado lejos. De algún modo, debía parar, reorganizarse y empezar pensando como una mujer madura y racional.

Su “Por favor” sonó tan gutural, crudo. Llamaba algo dentro de ella.

Sus muslos se abrieron, las rodillas se levantaron, y las piernas le rodearon. El bulto en sus pantalones se apretaba perfectamente contra ella. Sensaciones exquisitas migraron por todo su cuerpo para juntarse entre sus piernas. La boca de él se cerró sobre la de ella, la lengua metiéndose

duramente en su boca, apareándose, danzando. Sus brazos se envolvieron entre sus anchos hombros, revelando su perfección, su boca dando la bienvenida a la de él. Sus dedos silenciosamente le rogaron. Entonces su peso cambió y la siguiente cosa que supo, era que estaba contra el muro, sus caderas moliendo las de ella. Un primitivo gruñido retumbó en el pecho de él.

Se aferró a él, flotando, sufriendo y ansiando. Él dejó que su boca fuera y buscara su cara, su cuello. Sus largos dedos se arrastraron por su espalda, ahuecando su cara mientras él saqueaba su boca. Gimió. ¿O lo hizo él? No importaba. Cuanto más daba, más quería. Sus manos en su desnudo cuerpo… las suyas en su sexy cuerpo…

La mano de Ron rozó el fino algodón de la camiseta y aterrizó en la parte inferior del pecho, pero se detuvo, tímido, al cubrir sus pezones doloridos. Ashley paró de respirar. *Tócame. Por favor.*

Cómo si la hubiera escuchado, buscó el tenso pezón, la camiseta no era barrera para sus dedos inquietos. Una explosión de sensaciones aniquiló lo que le quedaba de control. Con entusiasmo le deseó, amando el tacto contra ella, necesitando tanto una liberación que se movió y se balanceó.

La cordura volvió. Perder el control tan rápido era muy impropio de ella. Pero más con un hombre del que no estaba segura que pudiera confiar. Giró sus labios liberándolos y jadeó.

—Ron… Para. —Su voz era baja y poco convincente, más un gimoteo que una orden. Ella no estaba sorprendida de que no le hiciera ni caso. Se puso rígida—. Por favor. Para. —Su voz salió firme.

Capitulo 8

Traducido por pidge97

Corregido por Liraz

Ron se congeló, su pecho expandiéndose mientras luchaba por el control. Ahora no, él quería gritar. Esto era peor que una lenta, agonizante muerte. Él se quedó mirándola con incredulidad, pero algo en sus ojos de avellana le dijo que ella lo decía en serio. El maldijo silenciosamente, tomó una profunda respiración y descansó su sudorosa frente contra ella, sus ojos cerrándose.

—¿Por qué? —preguntó una voz baja y áspera.

—No puedo… No… —Se pausó—, no puedo hacer el amor con alguien que casi no conozco.

Él podía sentir su dulce aliento rozando su cara, su corazón tronó contra él y el calor entre sus piernas. Sus ropas no eran barrera contra el fuego que había ahí abajo. Despacio, abrió los ojos.

Duda, arrepentimiento y excitación estaban claros en su cara bonita. El podía tener duda y excitación cualquier día. El arrepentimiento era malo, muy malo. ¿Era por besarle o parar o por parar sus intensos preliminares? Tiró del labio inferior entre sus blancos dientes y lo mordió. El ahogó un gemido, lucho contra la urgencia de convencer a ese exuberante labio fuera con su lengua.

¿La había leído mal? ¿Se había acelerado con ella? Él no lo pensaba. Ella había enseñado un crudo entusiasmo que era sorprendente. Incluso ahora, ella le estaba mirando con una mezcla de fascinación e incertidumbre, su cuerpo todavía estaba temblando.

—De acuerdo, nena, juguemos a las veinte preguntas, para conocernos, luego lo dejaremos donde paramos. —Su mirada se deslizó hasta sus labios, el cénit de sus fantasías. Él no podía esperar para perderse en ellos.

Ashley se desplomó contra la pared y agitó su cabeza.

—No puedo.

—Puedes.

—Necesito fotografiarte. —Salió cómo una súplica.

Ah, ella le quería tanto cómo él la quería a ella. La lucha le llenaba con satisfacción.

—Tenemos todo el día. —Envolvió sus brazos firmemente alrededor de sus nalgas y anduvo con ella hasta el sillón que había ocupado previamente. Los brazos de ella fueron a descansar a sus hombros y sus piernas apretadas alrededor de sus caderas. Su cuerpo se agitó en respuesta mientras bajaba, asegurándose de que sentía su excitación todo el camino hacia el suelo.

Ella estaba hecha para él, pero una irritante culpa siguió a ese pensamiento. Él sabía que no debería empezar una relación con ella mientras que el problema del fuego quedara sin resolver, pero no podía parar de pensar en ella.

—Te quiero, Ashley, y no tengo miedo de decirlo.

Sus manos se escurrieron hacía abajo para descansar en sus brazos, sus dedos hundiéndose en su carne.

—Mira Ron. Lo siento si te he dado una impresión equivocada. De verdad lo hago.

Su voz estaba inestable, sus ojos estaban borrosos y nunca la había querido tanto.

—No. —Él miró hacia abajo a su lío de cuerpos—. No hay nada malo con lo que hemos estado haciendo o lo que haremos… —añadió—, tú me quieres, y estoy tan seguro cómo el infierno que parece que no puedo sacar mi mente de tus manos o de tu apetecible cuerpo. Guardémonos la Q y la A para otro día cariño, ¿vale? Dos minutos, máximo.

Ella abrió y cerró la boca sin decir una palabra, y sabía que la tenía. Se calmó a sí mismo en el sofá y la bajó a su regazo, justo encima del hinchado órgano. Ron se dobló y apretó sus brazos alrededor de su cintura para sujetarla hacia abajo cuando podría haber saltado.

Ella se quedó, pero se sentó recta. Luego cómo una fuerza interior, ella subió su barbilla y echó chispas por los ojos.

—Dos minutos es apenas tiempo suficiente para discutir nada, Noble.

—¿Eso piensas? Permíteme. Nacido hace treinta años, crecí en Los Ángeles y Las Vegas, no tengo hermanos, nunca he estado casado, no tengo hijos fuera del matrimonio. No fumo, sólo bebo con gente, me encanta la comida picante y tengo buena salud. —Le dio una sonrisa descarada—. Cambia eso a un sano apetito sexual. —Ella rodó los ojos—. Hice mi graduado en la universidad de Nevada y tuve un master en Administración de Negocios en Columbia.

Ella no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Todo el camino a través del país?

Lo que sea para escapar de los rumores y sus responsabilidades, él pensó.

—Un inspirado contraataque contra una tirante abuela —improvisó—. Ella y yo alcanzamos un punto muerto.

Sus ojos inteligentes brillaron con interés, pero todo lo que dijo fue—: ¿Déjame adivinar? No la podías intimidar viendo las cosas a tu manera. Pobre mujer.

—¿Lo ves? Menos de dos minutos y tú ya me conoces bien. —Cuando el trazó un camino con su dedo alrededor de su delgada piel por su cintura, ella golpeó su mano.

—De acuerdo, así que no estaba preparada para jugar, pero al menos estaba relajada.

—Y para que conste, nadie intimida a Penélope Darden, y ella no merece tu simpatía. Yo soy el necesitado.

—¿De qué? —Se rio de su expresión—. No, no respondas a eso.

—Estoy siendo serio aquí. Luchando contra fuegos está en toda la sangre Noble. Cuatro generaciones de bomberos, y ella me quería en un traje, detrás de un escritorio. —Ella intentó bajarse de su regazo otra vez, pero sus brazos se apretaron, empujándola más cerca de él. Pero su contoneó envió sangre fluía hacia su ingle. Ella pronto se dio cuenta de su error y se congeló.

—Podemos, uh, ¿continuar esta conversación mientras te fotografío? —preguntó con un poco de inseguridad en su voz.

Él prefería su proximidad. Su culo perfecto encajaba en su regazo tan bien, y no costaría mucho quitarle los pantalones y deslizarse dentro de ella. Oh, sí, su posición tenía posibilidades.

—Me gusta esto.

Ella frunció sus labios.

—Tú eres perverso.

El besó su nariz.

—Dime si no encuentras esto excitante.

—No lo hago.

Sí, ya. Ella podría no darse cuenta de eso, pero su cuerpo se enroscó naturalmente a su alrededor cuando se relajaba.

—Eres una mentirosa, Ashley Fitzgerald. Pero te lo perdonaré por esta vez. —Dejó caer sus brazos para liberarla, pero no podía pararse a sí mismo por correr una posesiva mano hacia abajo por su espalda mientras se levantaba.

Ella le mandó una mirada acusatoria.

—No juegas de forma justa, Ronald Noble.

No cuando se trataba del sexo opuesto.

—¿Yo? No soy yo el que para las cosas cuando se están poniendo interesantes. Eso, cariño, definitivamente cae por debajo de lo injusto.

Se recostó contra el sofá y la miró mientras cruzaba la habitación para coger la cámara. Le gustaba la forma en la que sus viejas prendas insinuaban lujuria, las curvas femeninas por debajo. Pero nada comparado con sus besos, sus respuestas. Eran estimulantes, crudas y honestas.

Ella le echó una mirada, le cogió comiéndosela con los ojos y arrugó su nariz. Él le guiñó. Levantó la cámara encontrándole cómo objetivo y apretó.

—Un bombero con un master en Administración de Negocios. Muy interesante —continuó cogiendo fotos de él desde diferentes ángulos—. Cuéntame más.

—Bombero a tiempo parcial, a tiempo parcial, uh, no estoy seguro del título que poseo. Director o chico de los recados, todo depende de los deseos de

mi abuela y de mi tío. Podrías decir que hemos llegado a un compromiso. Me pongo un traje y me siento en aburridas reuniones y comidas, y consigo poner en práctica mis habilidades contra la estación del fuego.

Ella se seguía moviendo, su cámara en la mano constantemente haciendo clic.

—Leí en algún sitio que ella sola se manejó para comenzar la compañía, asegurando contratos con grandes casinos y hoteles de Las Vegas antes de irse a Los Ángeles.

Astuta, demandante e invencible, esa era su abuela. Se rumoreaba que había usado medios cuestionables para conseguir los contratos de Las Vegas. Probablemente cierto. Su familia tenía demasiados secretos oscuros.

—Ella es una extraordinaria mujer.

—Eso lo explica todo.

Levantó una ceja.

—¿Explica qué?

—Cómo te las has arreglado para pasar a Jeffrey abajo. La semana pasada y hoy, él no se molestó en comprobarlo conmigo antes de dejarte venir arriba. —Bajó la cámara y caminó hacia él.

Se rio entre dientes.

—El hombre sabe quién paga el cheque cada mes.

—Yo no tendría que intimidarle sólo porque eres su jefe —le amonestó y se arrodilló al lado del sofá.

—No dejes que su mujer Mariana te escuche. Ella reclamaba ese título… o lo hacía. Creo que el bebé Justin la ha remplazado ahora. Que chico tan mono.

Una expresión de arrepentimiento cruzó por su cara mientras le contemplaba.

—Estás lleno de sorpresas. —Su voz era casi triste.

Él no sabía que sacar de ello.

—Buenas, espero.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, no necesito coger más fotos de diferentes poses. Échate un poco hacia la derecha por favor. Sí, eso está bien. Brazo izquierdo tras tu cabeza. Dobla un poco tu rodilla izquierda. —Le tocó y su músculo se contrajo—. Mucho mejor. Pierna izquierda extendida, un poco más. —Él dejó escapar un crudo respiro y ella sonrió. La pequeña provocación lo estaba volviendo loco—. Brazo derecho a través de tu estómago… no, no, justo encima de tu ombligo.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar haciendo esto? —gruñó.

Ashley sonrió.

—Sólo unos minutos más ¿por qué?

—Creo que mis dos minutos han terminado. Estaba esperando que pudieras de dejar tu estatus y tu fotografiado para más tarde, y continuáramos donde lo dejamos.

Ella se rio.

—Un bombero, director, mensajero y cómico. Caray. Eres una buena pieza de trabajo, Noble.

A él le gustaba la forma en la que encontraba humor en los peores momentos.

—Tú también eres bastante especial.

—La adulación no te llevará a ningún sitio. ¿Quieres algo de música?

—Nah, prefiero esta vista —murmuró, su vista pegada en ella.

Levantó la cámara y apuntó hacia él.

—Me gusta la vista también. —Cuando él sonrió, ella dejó escapar una foto, luego otra. Ella le seguía instruyéndolo y moviéndose a su alrededor, los sonidos del obturador no paraban. Cuando lo acercó para una toma más cercana, captó la mirada hambrienta en sus ojos, su boca sensual, sus abdominales, su besable ombligo. Cielos, incluso sus pies eran perfectos. *Click*. Crujido.

A través de las lentes, sus inhibiciones se marcharon. Ella era la amante atrevida que le seducía con sus ojos y sus palabras, haciendo que ella hiciera lo que quisiese. ¿Sería tan complaciente en la cama? ¿Debería ella

tomar el primer paso? Hmm mm, las cosas que le haría. Los pensamientos la tenían sonriendo cómo un gato alimentado con nata. Sucia, sucia Ashley.

Bajó la cámara para decir.

—Cuéntame más sobre ti Ron. —Con su mente ocupada no le importaría la sesión. Además, ella quería captar sus expresiones faciales. Devolvió la cámara hacia la mesa y cogió otra, luego se giró hacia él.

—Yo creía que era tu turno de decirme cosas sobre ti.

Lo es para mí.

—De acuerdo, uh, empecé a pintar cuando era una niña. Mis padres reconocieron mis talentos y contrataron a un tutor que trabajara conmigo. Jonathan era excéntrico, pero divertido. Aprendí un montón de él. Por un tiempo tras que murieran mis padres, no toqué ningún pincel. —Había estado tan enfadada con ellos, con todos, con todo el mundo. La costó un tiempo y un montón de terapia seguir adelante—. Finalmente, algo, no sé qué, me trajo de vuelta y volví a tomar lecciones. Más tarde, estudié artes teatrales en la Universidad de California. Después de graduarme, empecé con piezas y murales por encargo. Ahora intento tener un show una vez al año.

—¿Por qué artes teatrales? ¿Por qué en la Universidad de California?

Se encogió de hombros.

—Creí que metería mis manos en la actuación, pero no tenía el temperamento para ello. Lo hacía mejor detrás de la cámara.

—Tiene sentido. Disfrutas de dar órdenes a los demás.

Sabía que se refería a su actuación actual.

—Gracias —ella dijo con poca sinceridad—, y tú eres sorprendentemente bueno siguiendo órdenes.

El meneó sus cejas.

—Tengo un motivo superior.

No estaba bromeando. Subió la cámara y lo capturó riendo.

—De todos modos, después de andarme de las ramas con mis padres, quería estar cerca de mi familia, y la Universidad de California parecía una sabia decisión. —Su dedo dudó en apretar el botón—. No puedo hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Hablar y fotografiarte al mismo tiempo. ¿Te importa qué…?

Él se encogió de hombros.

—No. ¿Qué quieres saber?

—Sobre tus días de universidad… familia… por que la organización Hotshot. Quiero decir los fuegos incontrolables son un poco impredecibles.

—Eso es el porqué de que contratan empleados a tiempo parcial. Cuando mi padre murió, me pase un mes entero con mi abuela Deanne y mis tíos en Kern Valley. Escuchar de los fuegos salvajes, los retos de trabajar con ellos, y estaba pillado. Cuando empecé la universidad, me inscribí en Servicios Forestales para una posición a tiempo parcial. Aprendí como salir a delante y hacerlo en el exterior rápido. Me hizo desear que se me hubiera quedado algo de los Boys Scouts.

Una expresión reflexiva se quedó en su cara mientras hablaba. Su dedo en el botón se crispó mientras tomaba una captura.

—Eso debe haber sido duro.

—Al principio. Mis tíos y primos no me dieron rienda suelta tampoco, sólo que ellos no eran mi padre. Él había trabajado con ellos antes de conocer a mi madre. Luego se mudó a la empresa de Seguridad Neumann en Los Ángeles, trabajó a tiempo parcial con los bomberos locales. De todos modos, se aseguraron de que pudiera cortar una cadena con una sierra, conducir un tractor, y obtuve la licencia de conducir autos más pesados antes de que me fuera. Armar una tienda de campaña, cocinar con fuego, atar media docena de nudos era tan fácil cómo respirar.

Era increíble que quisiera ser un bombero después de que su padre muriera en la línea de su deber. Su madre debería haberse puesto furiosa.

—¿Cómo se lo tomó tu familia?

Hizo una mueca.

—Mi madre se negó a hablar conmigo por semanas. No podía entender porque tenía que hacerlo.

Ashley paró de tomar fotografías y le estudió.

—¿Por qué lo hacías?

—Era algo que tenía que hacer —dijo con expresión cerrada—. Todavía lo es.

—Sí, cierto. Trabajar en Seguridad Neumann debería haberte complacido si sólo buscabas algo que hacer. —Lo estudió, deseando poder darle voz a sus pensamientos—. Te hace estar más cerca de él… tu padre, ¿no es así?

Él le disparó una mirada ilegible.

—¿Qué te hace decir eso?

—Porque todos hacemos cosas para sentirnos más cerca de los que hemos perdido. Yo escucho la música de mis padres, sigo con el abogado que tenían cuando podría tener a uno más joven. Incluso abriendo una comuna de artistas era su sueño, es perfectamente normal tener esos sentimientos.

Hubo un silencio, sabiendo que se estaba debatiendo en cuanto admitir. Finalmente, dijo:

—Sí. Mi familia no pensaba eso. —Una larga mirada entró en sus ojos—. Mi abuela me amenazó con repudiarme, y el tío Gregory culpó a los genes de mi padre de todos los errores que cometí.

De su expresión, ella no podría decir si su reacción le había herido.

—Realmente no importa lo que cualquiera piense, lo sabes. Mientras te traiga paz, felicidad, o lo que sea que estés buscando, nada más importa.

Él sonrió.

—No sé todo sobre eso. Me gusta el reto físico de luchar contra fuegos salvajes, andar millas hasta el final del camino, terreno desconocido, viviendo sólo de una mochila, durmiendo en el suelo y quedándome en campamentos remotos.

Remplazando el sitio de su padre o al menos intentándolo.

—Y yo aquí que te creía un chico de ciudad.

—Entonces supongo que conoces mi más profundo y oscuro secreto.

Y mucho más.

—¿Quieres tomarte un descanso?

—Creí que nunca lo preguntarías. —Fue su respuesta. Se puso de pie, paseó hacia donde ella estaba rebobinando la cinta. Él puso sus brazos alrededor de su cintura, presionó su mejilla contra el lado de su cabeza y miró lo que estaba haciendo—. Tengo un nuevo respeto por los modelos. O puede que sólo tú seas una fotógrafa muy demandante. Brazo derecho allí… izquierdo allí… barbilla alzada así… piernas apartadas… juntas… estaba empezando a ignorar tus órdenes.

—Nunca hubiera pensado. —Ella mintió con suavidad y forzó su cuerpo a comportarse. No era fácil. Su masculino pecho desnudo y delicioso—. Si quieres cambiar profesiones, tengo el número de Dee.

—Ni hablar, soy demasiado viejo para ser probado y que me digan cómo sentarme. —Besó un lado de su cuello y la dejó para ponerse su camiseta—. ¿Qué es lo siguiente?

—Voy a cocinar el desayuno, luego afortunadamente tendrás la fuerza para posar para mí, otra vez, sin pantalones. —Él gruñó y sonrió—. Uh, olvidé antes de preguntar. ¿Has desayunado ya?

—No. Ya era demasiado tarde para comer lo que sea cuando la azafata me lo preparó.

¿Azafata? ¿De dónde había venido cómo para volar?

—¿Te gustaría algo ahora? Hago una tortilla decente. —Fue hacia la cocina.

—Entonces definitivamente me gustaría una. —Él la siguió a la cocina, sacó un taburete y se sentó—. ¿Cómo es que no utilizas cámaras digitales?

—Lo hago cuando es conveniente, pero veo los resultados mejor cuando uso una película. —Sacó un pan de la estantería y lo puso en la cocina—. Los objetos destacados y con mucha luz suelen salir llamativos en las cámaras digitales mientras que una cámara de película depende de la persona que toma la fotografía.

—¿Haces tu propio procesamiento?

Un escalofrío atravesó a Ashley por sus palabras. El pensamiento de estar en una habitación oscura era suficiente para hacerla sudar.

—Se las doy a un amigo. No me gustan los sitios pequeños. —Removió la mantequilla y los huevos marrones del frigorífico. Cuando no habló, le mandó una mirada por el rabillo del ojo.

Estaba estudiando su apartamento cómo si la viera por primera vez. Ella apostaría que carecer de cortinas en las ventanas cobraba sentido para él. La mayoría de sus visitantes normalmente asumían la artista en ella le gustaba la luz extra. Pocos sabían que los espacios oscuros, espacios confinados la llenaban con un terror irracional.

—Tiene algo que ver con aquella noche ¿verdad? —Su voz la tenía mirando el bol de huevos que estaba removiendo. Él sonaba enfadado.

—A lo mejor. No lo sé. Eso piensa mi terapeuta, pero cómo no recuerdo mucho, no lo puedo decir con seguridad.

—¿Y estas notas de tu frigorífico y del corcho?

Esta vez, ella se sintió el calor trepar por su cara. Ahí estaba compartiendo información y había sólo una simple alma. No estaba preparada para ir ahí con él. Pero si alguna vez perdía la memoria otra vez, esas notas les dirían exactamente lo que se había perdido.

—¿Quieres más café?

—Claro, gracias. Pero lo cogeré yo. Tú continúa cocinando.

Ashley le dijo dónde estaba todo y observó cómo el recuperó su taza junto a la sala de estar. Ella estaba ocupada, cortando pimientos rojos, amarillos y verdes cuando se unió a ella en la cocina. Él recortó el espacio y no parecía tener mucha prisa en devolver la taza al otro lado del mostrador. Ella lo miró nerviosamente, pero su mirada estaba en los post-its amarillos que había en la puerta de la nevera.

—Espero que no te importe que haya pimiento en tu tortilla —dijo, intentando obtener su atención.

—No, no me importa. —Su mirada seguía pegada en las notas.

—Hey.

Él la miró y elevó una ceja.

—¿Sabes que está considerado cómo maleducado leer los mensajes de otras personas?

—Lo sé. —Se apoyó en el mostrador, movió su cabeza hacia un lado y la contempló con expresión atenta—. Me podría disculpar y decirte que lo siento, pero estaría mintiendo. Tú me fascinas.

Ashley terminó cortando los vegetales y los añadió al pan.

—¿Por qué?

—¿La verdad?

—Absolutamente.

—Te quiero en mi cama. —Ella pestañeó ante su descaro, su mano moviéndose más rápido y rápido mientras giraba la tortilla. —O en la tuya. No tengo preferencia, de verdad. Podría ser incluso en el suelo o en el sofá, de pie, sentados o tumbados. No importa mientras nos haga felices. Te quiero besar entera. Quiero escuchar mi nombre en tus labios cuando te corras, cuando yo…

El teléfono lo interrumpió. Ashley dejó el teléfono y fue hacia él cómo alguien que se está ahogando. Sus manos temblaban mientras pasaban imágenes de clasificadas X por su mente, y su galopante corazón hacía que su discurso fuera difícil.

—¿Sí? —Su voz fue casi un susurro. Totalmente patético.

—¿Ashley? ¿Eres tú?

Era Jeremy Kirkland. Tuvo que aclararse la voz antes de decir en alto.

—Sí, tío Jerry.

—Quiero que quedemos en mi casa en vez de mi oficina —dijo Kirkland rápidamente.

Algo en su voz empujó las palabras seductivas de Ron en lo más profundo de su mente y trajo de vuelta la sanidad.

—Claro, tío Jerry. ¿Está todo bien? Suenas asustado.

—Todo está bien. —Luego hubo silencio.— Nada que no pueda manejar.

Había un fuerte sonido por detrás luego le oyó jurar.

—¿Tío Jerry? ¿Estás bien? —Hubo silencio—. Hola. ¿Estás todavía ahí? ¿Tío Jerry?

—Sí. —Su voz no tenía aliento—. No sé lo que está pasando, pero alguien en una moto me ha estado siguiendo un par de días. Creí que le vi fuera del edificio pero le perdí.

¿Por qué habría alguien persiguiéndole? Kirkland estaba medio retirado de la firma de abogados que había cofundado. Él sólo tenía unos pocos clientes, incluyéndola a ella.

—¿Estás sólo en la oficina?

—Por el momento estoy en un garaje, alcanzando los ascensores —dijo Kirkland—. No quiero que te preocupes por mí. No debería haber mencionado al motorista, excepto porque quería que supieras porque nos íbamos a reunir en casa. Dame una hora más o menos. Pretendo parar en la comisaría y darles una descripción. Sólo un segundo.

El silencio le siguió.

—Hola —dijo Ashley en el teléfono tras un rato—. ¿Tío Jerry? —Cuando su teléfono le dijo que la llamada había terminado, Ashley bajó el teléfono—. Eso ha sido raro.

—¿Qué pasa? —preguntó Ron. Se había acercado donde ella se había parado, terminó de cocinar los huevos y los sirvió en dos platos.

—Ese era Jeremy Kirkland. Él quiere quedar con nosotros en su casa. Gracias —añadió cuando deslizó el plato en frente de ella.

Ron frunció el ceño, devorando su comida.

—¿Qué es lo extraño de eso?

—Él piensa que alguien lo está siguiendo. Sonaba asustado, era tan impropio de él. Ha dicho que iba a la policía, me dijo que esperara un segundo y colgó. ¿Por qué alguien querría seguir al tío Jerry? Él es inofensivo, un hombre viejo. ¿Qué pasa si está en peligro?

—Tranquila, cariño. —Ron cogió su mano, sus ojos buscando su cara—. ¿Por qué no lo volviste a llamar?

Ella debería haber pensado en eso. ¿Por qué siempre tenía que elegir el peor escenario posible? Rápidamente marcó su número, pero el teléfono no contestó. No pudo controlar el miedo que la asolaba.

—No está respondiendo. ¿Crees qué…? —Ella meneó su cabeza. Era estúpido preguntar a Ron si estaba preocupado sobre nada sobre su viejo abogado podría estar en un verdadero problema. Ese viejo hombre había sido cómo un padre para ella. Si él estuviera en peligro, ella tenía que ayudarle.

Ashley cogió un post-it y escribió cómo loca, luego lo pegó en la puerta de la nevera. Sólo entonces miró a Ron.

—Tengo que volver a su oficina y asegurarme de que esté bien. Termina tu desayuno. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

—Voy contigo —dijo Ron. Empujó su plato a medio terminar y fue a coger sus calcetines y sus zapatos.

—Gracias. Llamaré a los policías también, sólo por si acaso. —Cogió su teléfono y marco el 911.

Capitulo 9

Traducido por Lililamour

Corregido por Yanii

Ron le dio a Ashley una mirada de preocupación. Ella había estado tirando de su labio inferior desde que dejaron su casa. Estaba convencida de que algo le había sucedido a Kirkland.

—Cálmate, cariño. —Se acercó y brevemente apretó su mano—. Estoy seguro de que no hay nada de qué preocuparse.

—Tú no escuchaste el miedo en su voz, Ron. ¿Quién seguiría al tío Jerry? Es tan buen tipo.

Incluso los abogados agradables podrían rozar con un cliente de la manera equivocada, pensó, pero estaba seguro de que ella no querría oír eso.

—Tienes que dejar de pensar en el peor escenario. Probablemente hay una buena explicación para su comportamiento.

Ella puso los ojos en blanco, claramente exasperada.

—Como dije, tú no lo escuchaste. El tío Jerry no se asusta fácilmente. Alguien está... estaba tras él. ¿Podemos ir un poco más rápido, por favor? —Instó. Si fueran más rápido, iban a terminar sobre el techo del auto frente a ellos.

—¿Con qué tipo de clientes trabaja Kirkland?

—No con el tipo que quisiera hacerle daño. Ya ni siquiera acepta nuevos clientes. Los que tiene son gente mayor que ha estado con él por años. La mayoría de ellos son realmente sus amigos más cercanos.

—Ahí lo tienes. Los amigos no se hacen daño unos a otros.

—¿Qué hay de sus hijos? —Añadió ella con el ceño fruncido—. Tal vez alguien quiere su fondo fiduciario, y el tío Jerry está en el camino.

Una sonrisa se dibujó en los labios de él. Ashley, lo estaba descubriendo rápidamente, era terca una vez que se decidía por algo. Discutir con ella no tenía sentido.

—Sí, probablemente tienes razón.

Por un tiempo manejaron en tenso silencio. En el siguiente semáforo, Ron estudió el perfil de Ashley por el rabillo del ojo. Ella ató su cabello castaño en una cola de caballo, pero algunos mechones se escaparon y ahora acariciaban sus suaves mejillas. Sus ojos estaban entrecerrados por la angustia, tenía el ceño fruncido y las manos apretadas. Deseaba poder aliviar sus preocupaciones. Si la gente le hubiera dicho hace una semana que estaría más preocupado por consolar a una mujer por la que se sentía atraído que queriendo acostarse con ella, él habría dicho que estaban locos. Antes, cuando ella lo miró con preocupación, casi le explicó por qué estaba cansado y con sueño, lo que habría llevado a porqué ganar el contrato McClain era importante para él. Todavía no estaba listo para compartir la ropa sucia de su familia disfuncional. *Entonces, ¿qué quería de Ashley?* Como regla general, no tenía relaciones. Las mujeres que se llevaba a la cama sabían la puntuación desde el primer momento. Si había algo que había aprendido desde que era un niño, era a no quedarse nunca vulnerable. La gente era despiadada. Como depredadores, sabían cuándo una persona estaba en su punto más débil, sabían cuándo abalanzarse para hacer más daño. La única manera de sobrevivir era estar atento, permanecer fuerte.

—¿Ron? —Ashley tocó su brazo luego dejó caer la mano, y accidentalmente le rozó el muslo.

Sus músculos se tensaron.

—¿Qué pasa?

—Estabas tan sumido en tus pensamientos. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Bien. ¿Podrías girar a la derecha en el siguiente semáforo? Eso nos llevará a la parte trasera del edificio del tío Jerry y cerca de la entrada de su estacionamiento subterráneo.

Ron asintió y murmuró una maldición pocos minutos después cuando entró en la calle y vio una multitud de gente y autos patrulla cerca de Valley

Towers. La parte de arriba de una ambulancia era visible desde donde estaban.

—Oh, no —murmuró Ashley—. Detén el auto.

—Ashley, no saltes a ninguna conclusión por el momento.

—Sólo detén el auto, Ron. Por favor. —Se quitó el cinturón de seguridad, y se preparó para salir en cualquier momento.

Él la miró de arriba abajo, pero los autos estaban alineados a ambos lados de la calle. No había dónde estacionarse. Se detuvo en medio de la avenida.

—Ashley…

—Encuentra un lugar para estacionar y alcánzame —gritó ella, mientras saltaba y corría hacia la multitud.

Él la siguió con la mirada y negó con la cabeza. Un auto tocó la bocina detrás de él y pisó el acelerador. Cinco minutos después, encontró un lugar para aparcar. Para cuando se reunió con Ashley, un joven oficial le estaba preguntando:

—¿Es usted pariente del Sr. Kirkland, señora?

—Una amiga de la familia —respondió, estirando el cuello para ver lo que estaban haciendo los paramédicos—. ¿Cuánto de lastimado está? ¿Va a estar bien? ¿Puedo ir con él en la ambulancia?

—Sólo la familia inmediata —explicó el oficial con impaciencia—. Aléjese de la cinta amarilla, señorita.

—Pero soy su sobrina —interrumpió Ashley—. Bueno, ya sabe, no sobrina de sangre, pero casi. Soy prácticamente de la familia. —Cuando el oficial le frunció el ceño, ella dio un paso atrás—. Al menos podría decirme a qué hospital lo llevan. —El oficial la ignoró.

Ron jaló el brazo de Ashley.

—Vamos.

—¿Puedes creerlo? —Jaló con brusquedad su cabeza hacia el oficial de policía—. No me dirá qué está pasando ni me dejará pasar. Si yo no los hubiera llamado, no habrían sabido sobre el accidente.

—Lo sé. Volvamos al auto. Podemos seguir a la ambulancia.

—¿Qué dijo? —Interrumpió el oficial su intercambio—. ¿Es usted la mujer que denunció el ataque? —Cuando Ashley asintió, dijo:

—Espere sólo un minuto. Usted huyó de la escena del crimen. —Antes de que Ashley pudiera decir algo, el oficial bajó su barbilla para hablar por el radio—. Señor, he aprehendido a la sospechosa... sí, señor... está aquí conmigo.

—¿Sospechosa? —chilló Ashley.

—Oficial, hay un malentendido —interrumpió Ron—. La señorita Fitzgerald no es una sospechosa.

El fornido oficial de policía se volvió para mirarlos con penetrantes ojos.

—Ella informó haber hablado con Kirkland antes del ataque, llamó al 911, luego desapareció. ¿Estuvo usted con ella todo ese tiempo, señor?

Esto era ridículo. Los ojos de Ron se estrecharon.

—Está cometiendo un grave error, ¿Oficial...?

—Rudolf. Y no hay ningún error.

—Escuche —espetó Ron—. El Sr. Kirkland llamó a la Srta. Fitzgerald a su teléfono. Él colgó bruscamente, pero cuando ella lo llamó de nuevo, él no contestó el teléfono. Fue entonces cuando ella llamó al 911. No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Sólo estaba preocupada.

—¿Está diciendo que ella no presenció el incidente? —preguntó el oficial Rudolf.

—Sí —dijeron Ashley y Ron al unísono.

—Tenemos que arreglar esto —El oficial masculló una maldición—. Por lo menos diez oficiales están pasando por este edificio interrogando a la gente y tratando de encontrarla Srta. Fitzgerald. Habíamos asumido que usted o estaba involucrada o había presenciado el ataque del Sr. Kirkland. Discúlpeme. —El oficial llamó por radio a alguien por su radio y explicó la situación. Cuando la ambulancia comenzó a subir la rampa, los mirones entraban y salían del camino.

Ron se volvió hacia Ashley.

—Tenemos que irnos.

—No tan rápido, señor —ordenó el oficial Rudolf—. Necesitamos primero una declaración de la dama.

—Ahora no, por favor. —Ashley señaló a la ambulancia—. Debemos seguirlos.

—¿Ashley? —dijo Ron al mismo tiempo que el oficial replicó:

—¿Señora?

Ella frunció el ceño.

—Usted no me va a detener aquí, oficial Rudolf. No cuando mi tío me necesita. Tengo que estar en el hospital cuando lo lleven o tía Sonya… oh, Sonya. —Se cubrió la boca, con los ojos abiertos como platos—. Ron —susurró—. Tenemos que decirle lo que pasó.

Ron se volvió hacia el oficial Rudolf.

—¿Alguien le ha informado a la Sra. Kirkland lo que pasó, señor?

—Un auto patrulla fue enviado a su casa, si eso es lo que está preguntando —contestó el oficial—. Sobre esa declaración, ¿señorita Fitzgerald?

Ashley suspiró.

—Escuche, tengo que estar en el hospital para mi tía —agregó Ashley—. Me necesitará. Es muy frágil, y la impresión de ver a su marido podría ser demasiado para ella. Por favor. —El oficial se mantuvo impasible—. Si necesita a alguien para dar fe de que no voy a desaparecer de usted, llame a mis primos o tíos. Están en la armada, sólo que en diferentes recintos.

La mirada del oficial se estrechó.

—Está usted hablando del Capitán Lou Fitzgerald y su hijo Eddie y su sobrino…

—Sí —dijo Ashley, con los ojos puestos en la ambulancia mientras desaparecía por la calle—. ¿A dónde lo llevan?

—Al Buen Samaritano —dijo el oficial Rudolf—. Pero tengo que tener su nombre completo y dirección.

Ashley se quedó inmóvil, con los ojos fijos en la línea de autos patrulla que salían del estacionamiento. Entonces se le apretó la garganta y comenzó a toser.

—¿Ashley? —Ron la alcanzó—. ¿Estás bien?

—Humo —susurró.

—¿Qué? —preguntó Ron.

Ella se tambaleó, con los ojos llenos de confusión.

—Me acordé de algo.

—¿Está ella bien? —preguntó el oficial Rudolf detrás de ellos.

—No, no lo está. Necesita sentarse. —Ron puso sus brazos protectoramente su alrededor. Él le dio al oficial el número de teléfono de Ashley y su dirección, su propio nombre y su teléfono, antes de llevarla a su camioneta. Mientras caminaban, sus brazos se apretaron alrededor de ella cuando tropezó.

—Recordé algo, Ron. La imagen era tan real. Estaba en una habitación, una habitación oscura, y olía un poco raro. Estaba viendo a través de una abertura en esa habitación.

—¿Qué habitación?

—La de las fotos que me mostraste. Había humo por todas partes. —Frunció el ceño y se frotó la sien—. Estaba más asustada por algo más, no estoy segura de qué, que de lo que estaba del fuego. ¿Tiene eso sentido?

Ron asintió. Lo tenía si alguien o algo la había asustado antes de que comenzara el fuego.

—Por supuesto. Vamos. Métete en el auto. —La ayudó y empezó a abrochar su cinturón de seguridad.

—Oye, no soy una inválida —protestó ella con una leve sonrisa y soltó el cinturón. Pero la sonrisa desapareció de sus labios para cuando Ron se sentó en el asiento del conductor—. Esta no es la primera vez que recuerdo algo de esa noche.

—¿Qué has recordado? —Salió del estacionamiento—. ¿Y qué lo desencadenó?

—Creo que el ver la ambulancia o el pelotón de autos podrían haber desencadenado éste, pero el primero se produjo cuando estábamos hablando de las fotos. Recordé que esa noche yo estaba sucia. —Se masajeó

las sienes—. No tenía ningún sentido. La casa Carlyle era un club de primera clase. ¿Por qué iba yo a estar sucia?

Por qué, de hecho. Cuando él había visto las fotos del caos de fuera de la casa en la noche del incendio, Ashley tenía una manta alrededor de ella. La expresión valiente en su rostro había mantenido su interés más que cualquier otra cosa. Trató de recordar el bosquejo. La última vez que había ido ahí fue hace ocho años, después de que su familia la arregló y antes de que las monjas se mudaran. Él nunca había realmente visto cada habitación y no podía decir si había polvorientos armarios ocultos o sucias habitaciones con olor raro.

—¿Has regresado a la casa Carlyle desde el incendio? —preguntó él.

—No.

—¿Te gustaría? —Cuando ella vaciló, él agregó:

—Podría ayudar a refrescar tu memoria.

Fruncidas líneas aparecieron en la frente de ella.

—Sí. Creo que me gustaría visitarla. No me atreví a hacerlo antes, incluso después de leer que estaba en el mercado. Pero ahora estoy lista.

Fuera de emergencias del Buen Samaritano, Ron utilizó el servicio de aparca autos que el hospital ofrecía a sus pacientes. Sus entrañas se tensaron con cada paso. Odiaba los hospitales. Odiaba la forma en que olían, el ambiente estéril, las paredes blancas y los suelos grises. Cada maldita vez que entraba en uno, alguien que le importaba terminaba muriendo.

Ella deslizó su mano a través de la suya mientras se acercaban a las puertas. La mano de ella se apretó y sus pies vacilaron antes de que pudieran entrar en el edificio. Le lanzó una mirada desde debajo de sus pestañas.

—No tienes que entrar conmigo, Ron. Estaré bien. Puedo manejarlo desde aquí.

Acepta su oferta y corre, hombre. Cómo desearía poder hacerlo, pero no podía simplemente abandonarla. Tal vez no estaba lista para admitirlo, pero lo necesitaba.

—No importa. —Mintió. Respiró hondo y se armó de valor mientras caminaban hacia el edificio. El olor asaltó su nariz, los sonidos de bebés

gritando y los gruñidos de los pacientes golpearon sus oídos. Su pecho se apretó y un frío nudo se formó en sus entrañas. Las personas con sus seres queridos enfermos los veían y luego apartaban la mirada. Las enfermeras y los enfermeros pasaban apresurados, sin prestarles atención.

De repente, tenía veinte años otra vez. En ese entonces, había acompañado a su madre a ver a su padre. El viejo no había durado más de un par de días. Seis meses más tarde, su abuela Deanne había caído enferma. De nuevo, interminables viajes al hospital fueron seguidos por la muerte. Para cuando llegaron al mostrador de información de Urgencias, Ron estaba sudando, con el corazón palpitante.

—Disculpe. ¿Señora? —clamó Ashley a una de las personas de detrás del mostrador—. La ambulancia dejó a un Sr. Kirkland aquí hace unos minutos. ¿Podría decirnos su condición?

—¿Es usted familia? —Preguntó la mujer, su mirada moviéndose de Ashley a Ron, y luego de nuevo a Ashley.

—Amigos cercanos de la familia —respondió Ashley—. Estamos esperando que la Sra. Kirkland, su esposa, se una a nosotros y... oh, ahí está. —Su voz terminó en un susurro.

Ron miró a Ashley dirigirse de prisa hacia una rechoncha mujer de pantalones beige y blusa de flores. Los ojos de la Sra. Kirkland estaban hinchados y rojos, como si hubiera llorado todo el camino desde su casa. Cuando vio a Ashley, el alivio brilló en sus ojos, luego una fresca inundación de lágrimas comenzó. Él hizo una mueca, protegiéndose a sí mismo contra el dolor en sus ojos. Más razones por las que odiaba los hospitales eran por estar viendo la desesperanza, la frustración y la devastadora aceptación en los ojos de los familiares. Ron se cruzó de brazos y deseaba poder estar en cualquier lugar menos aquí. Cuando eso no alivió su malestar, se volvió hacia la enfermera más cercana.

—¿Es posible conocer la condición del Sr. Kirkland? —Cuanto más pronto se enterara de lo que estaba pasando, más rápido saldría de aquí.

—Lo siento, señor, pero eso no es posible.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Por qué no? Este es el mostrador de información, ¿no es cierto?

—Sí, lo es, pero no puedo decirle la extensión de las lesiones del Sr. Kirkland hasta que el equipo de trauma termine con su diagnóstico —explicó la enfermera.

—No me diga que no lo puede hacer, señorita —espetó Ron—. Sólo dígame de alguien que me dará respuestas. —La miró fijamente, hasta que la enfermera se fue. Las dos enfermeras restantes lo miraron.

—¿Ron? ¿Qué está pasando? —preguntó Ashley detrás de él.

Él pegó una sonrisa en sus labios y rezó para ella no notara el sudor de su frente y luego se volvió para enfrentarla. Las lágrimas temblaban en las pestañas de ella y su labio inferior se estremeció. Quería jalarla a sus brazos y quitarle su dolor. La impotencia se apoderó de él y no le cayó bien. Su mirada pasó a la Sra. Kirkland, quien sostenía el brazo de Ashley. *Deseó no haberlo hecho*. Su mirada esperanzadora se cerró con la de él, como si creyera que él tenía las respuestas que buscaba. El dolor que sentía en sus entrañas se intensificó. Su madre había usado la misma expresión justo antes de que los médicos le dieran la noticia.

Ashley tocó la manga.

—¿Ron?

Él soltó una irregular respiración.

—Estoy tratando de averiguar el estado de tu tío.

—Gracias. —Ashley palmeó el brazo de la Sra. Kirkland—. Ella es Sonya Kirkland. Sonya, mi amigo, Ron Noble.

—Señora, siento que nos conozcamos bajo circunstancias tan desagradables —dijo él con un leve asentimiento—. Espero que su marido esté bien.

—Gracias. Mi Jerry es demasiado terco como para permitir que esto le derrumbe —contestó la Sra. Kirkland con voz temblorosa, luego presionó un pañuelo contra su boca. Echó una mirada a las enfermeras, y luego a Ron—. ¿No saben cómo está?

Ron le dio al atestado cuarto una mirada arrebatadora.

—Han ido a buscar un médico. Él explicará lo que está pasando. —Acompañó a Ashley y a la Sra. Kirkland hacia unas apartadas sillas lejos del mostrador de información.

Mientras Ashley consolaba a la anciana, Ron se sentó frente a ellas. Su pecho se sentía oprimido. La respiración era difícil. No era claustrofóbico, pero las paredes empezaron a cerrarse sobre él. Cuanto más esperaba, más agitado que ponía. Tomo respiraciones profundas, se dijo a sí mismo que se relajara, que respirara y pensara en algo tranquilo. Nada funcionó. Malditos ataques de pánico. Pensó que había aprendido a controlarlos hace años, sin embargo, aquí estaba, a punto de perder el conocimiento. *No puedo. No cuando Ashley me necesita.* Deben haber sido tan sólo cinco minutos, diez máximo, pero pareció una eternidad antes de que pudo ponerse de pie. No podía soportarlo más.

—Iré a ver qué está reteniendo al médico —explicó cuando Ashley y la Sra. Kirkland lo miraron con los ojos muy abiertos.

Marchó hacia el mostrador de información. La enfermera con la que habló antes lo vio venir y le susurró algo a sus colegas. Las mujeres tomaron dos direcciones diferentes. Se acercó a la enfermera que quedaba, quien estaba escribiendo algo en el teclado.

—Disculpe. Tengo dos damas muy preocupadas… —Hizo una seña en la dirección de donde había venido—. A quienes le gustaría conocer la condición de su ser querido. Una de las enfermeras fue a buscar al médico… —Miró el reloj—, hace diez minutos. ¿Hay algún problema?

Una enfermera de más edad se acercó a él.

—No, señor. No hay ningún problema. Soy la Sra. Kimball, jefa de enfermería de urgencias. Le prometo que el médico a cargo del Sr. Kirkland estará aquí en cualquier momento. Debido a la gravedad de las lesiones del Sr. Kirkland, primero tuvimos que asegurarnos de que estuviera cómodo. —Luego frunció el ceño—. ¿Se siente bien, señor?

—Estoy bien. —Fue su respuesta cortante, aunque no estaba nada bien. Por el rabillo el ojo, notó regresar a una de las enfermeras que se había ido.

—El doctor está en camino —dijo.

—Gracias, Josephine. —Entonces la Sra. Kimball sonrió a Ron—. ¿Necesita algo más, señor?

—No, gracias. —No se movió lejos del mostrador. La Sra. Kimball desapareció, y las otras enfermeras continuaron con su trabajo, pero de vez en cuando le lanzaban una mirada. Estaba seguro de que trataban con disgustados familiares todo el tiempo, pero uno que lucía y actuaba un poco trastornado, como estaba seguro él lo hacía, no podía ser tan común. Tomó un profundo respiro, luego otro y otro. Su corazón aún latía con fuerza, pero al menos podía respirar libremente.

—Ron. —Ashley apareció a su lado—. ¿Estás bien? Pudimos escucharte desde el otro lado de la habitación.

—Odio los hospitales —dijo antes de que pudiera detenerse.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

—Oh.

No había tiempo para explicaciones.

—¿Dónde diablos está ese médico?

—Está con Sonya. Es malo, Ron. Tío Jerry tenía fuertes golpes en la cabeza. Hay hemorragia interna e inflamación, y no conocen el alcance de las lesiones. Un neurocirujano está en camino. Tienen que operarlo en este momento.

Ron miró por encima de la cabeza de ella a donde la Sra. Kirkland estaba parada hablando con un hombre alto y pelirrojo.

—¿Cómo lo está tomando la Sra. Kirkland?

—Muy duro. Son muy cercanos. —Ella le tocó el brazo—. Yo, uhm… —Tragó saliva y presionó una mano en su boca—, me voy a quedar aquí con ella hasta que su hijo llegue desde San Diego. Sonya ya lo llamó. —Su voz se quebró. Él estudió su cara vuelta hacia arriba, las lágrimas en sus ojos estaban listas para caer. Quería tocarla, jalarla hacia sus brazos y consolarla, pero ella sentiría los temblores que pasaban a través de él y pediría una explicación. No estaba de humor para explicar nada.

—¿Qué más dijo el médico? —En lugar de responderle, Ashley miró hacia otro lado. Él le volvió la cara hacia él con el dedo índice y levantó su barbilla—. Dime.

—El doctor dijo que se desliza entre la conciencia y la inconsciencia —susurró—. También tiene costillas rotas y miembros fracturados. La persona que lo atacó tenía la intención de matarlo.

—Ven aquí. —La jaló hacia sus brazos y trató de absorber los temblores surgiendo a través de su cuerpo. ¿Y qué si ella sabía de su debilidad? Compartieron tanto ya. Fue después de un rato que él se retiró y limpió una caprichosa lágrima de su mejilla. Curiosamente, tenerla en sus brazos, concentrándose en aliviar su incomodidad, lo calmó—. De acuerdo, cariño. Vayamos a hacerle compañía a la Sra. Kirkland hasta que su hijo llegue.

—No. —Ella salió de sus brazos—. Ve a casa y descansa. Lo necesitas. —Cuando él negó con la cabeza, ella añadió:

—Ron, tía Sonya es una persona muy privada, y a pesar de tu ayuda de hoy, eres un extraño para ella.

Él entendió lo que estaba diciendo pero sabía que no estaba bien. Tenía que estar aquí para ella. Sabía que se estaba agarrando de un clavo ardiendo cuando dijo:

—¿Qué pasa con la policía? Querrán hablar contigo.

Ella se encogió de hombros.

—Puedo manejarlos por mi cuenta, Ron, y lo sabes. Deja de venir con excusas. Ve a casa y duerme un poco. Además… —Se inclinó hacia él para susurrar:

—Tu mal humor asusta a las enfermeras.

Ron atrapó las miradas de las enfermeras, se encogió de hombros y se volvió hacia Ashley.

—¿Me llamarás cuando haya terminado la operación? Necesitarás que te lleven a casa.

Ella ladeó la cabeza y le dedicó una dulce sonrisa.

—Por supuesto.

Él estudió su cara y frunció el ceño.

—No vas a llamar, ¿verdad?

—No. Necesitas dormir, Ron, y no sé por cuánto tiempo Sonya me va a necesitar. Pero gracias por estar aquí. Probablemente no habríamos hablado con los médicos tan rápido de no ser por ti. —Se acercó y lo besó en la mejilla, luego puso más espacio entre ellos—. Por lo menos el tío Jerry me dio la descripción del motorista. Eso es lo primero que le diré a la policía cuando lleguen.

Le tomó cinco segundos para registrar lo que Ashley dijo.

—¿Kirkland estaba siendo perseguido por un hombre en una moto?

—Sí. —Un fruncimiento corrió por su frente—. ¿No lo mencioné antes de salir de la casa?

—No, no lo hiciste. —¿Podría ser el mismo hombre que lo había seguido a él?— ¿Qué dijo sobre el motociclista?

—Dijo que el hombre llevaba grandes gafas de aviador y tenía barba.

Sonaba como la misma persona. *Pero ¿por qué alguien que lo había estado siguiendo a él iría por Kirkland?* Debería llamar a la oficina de Kenny y averiguar lo que han encontrado. Se suponía que la gente de Kenny estaría investigando al motociclista mientras el investigador privado estaba fuera de la ciudad.

Ron tomó las manos de Ashley en la suyas y la miró a los ojos.

—Escúchame, nena. Quiero que me llames antes de que te vayas del hospital, ¿de acuerdo?

—Ya te lo dije, Ron, eso no es necesario. Puedo conseguir quien me lleve.

Su agarre se apretó.

—Esto es importante. Tengo que ver a la gente de Kenny acerca de algo, entonces tú y yo tendremos que hablar. —Iba por una corazonada, pero necesitaba verificarlo antes de discutir cualquier cosa con ella—. Prométeme que no dejarás el hospital sin mí. —La urgencia en su voz debió de haberle llegado porque asintió—. Bien. Te veré más tarde. —Ron se giró sobre sus talones y fue hacia la puerta. Después de algunos pasos, se detuvo y regresó a ella. Metió las caprichosas hebras detrás de sus orejas, acunó sus mejillas y le dio un breve y posesivo beso—. Hasta más tarde.

Esta vez, llegó hasta la puerta sin mirar atrás. Tan pronto como alcanzó el exterior, tomó una profunda y aclaradora respiración, luego marcó rápidamente un número.

—Kenny, Ron aquí.

—Hola. ¿Cuándo regresas? —respondió su amigo con seriedad—. Tengo algunas noticias para ti.

Siempre podía contar con el viejo Kenny, pero su tono indicó que sus noticias no eran buenas.

—Estoy de regreso, amigo, desde las cinco de la mañana. ¿Dónde estás?

—Mi oficina. Volví hace unas horas.

—¿Qué tienes para mí?

—No tuve la oportunidad de hablar con el ex abogado de tu madre. Está desaparecido. Su esposa se fue a visitar a su hija en Sandpoint, Idaho, hace una semana. Él condujo hasta ahí unos días más tarde pero no se presentó. Ha estado perdido por cerca de cuarenta y ocho horas. Hay una búsqueda en marcha, y la policía local lo ha enlistado como desaparecido.

Ron negó con la cabeza.

—¿No crees que está simplemente perdido, verdad?

—No. Creció en el norte de Idaho, no hay razón para que se perdiera en una vuelta y no encontrara la salida.

—Esperemos que nada grave le haya pasado.

Kenny dejó escapar una risita.

—Sí. Además, uno de mis hombres siguió al motociclista hasta el aparcamiento subterráneo del Valley Towers.

Ese era el edificio de la oficina de Kirkland. Un pensamiento se le ocurrió a Ron. Si hubiera sabido esto antes de hoy, Kirkland no estaría en el hospital luchando por su vida. El sólo pensar en ello le dejó un sabor acre en la boca.

—Parecía estar cubriendo el lugar —añadió Kenny, interrumpiendo los pensamientos de Ron.

—Lo estaba. —Rápidamente le explicó lo del atentado contra el abogado.

—Maldición. Espero que esté bien. —Hubo una pausa, luego dijo:

—Después de que el motociclista dejara las torres, mi chico lo siguió hasta el hotel Sunset Marquis.

Ron frunció el ceño. Su tío siempre se quedaba en el Sunset Marquis cada vez que estaba en Los Ángeles, y su última visita no había sido diferente. ¿Podría su tío haber mentido sobre que el tipo de la moto no trabajaba para él o sobre sabotear su investigación? Su tío era un cascarrabias duro, ¿pero podría contratar a un matón para dañar físicamente a las personas? Ron negó con la cabeza. Después de su última reunión, estaba convencido de que el viejo era capaz de hacer cualquier cosa para evitar que conociera la verdad sobre su padre.

—¿Tu hombre vio a la persona con la que el motociclista se encontró en el hotel? —preguntó al detective mientras un aparca autos llegaba con su camioneta.

—No, pero estoy a punto de salir de mi oficina para encontrarme con la persona que podría saber esa respuesta, un cuidador en el hotel.

—Bien. —Ron le dio una propina al chico y entró en su camioneta. Quería esa información también, sólo en caso de que este motociclista resultara ser su tío—. ¿Te importa si te acompaño, hombre?

—No, para nada. Siempre y cuando entiendas que éste es mi espectáculo.

—Trato. Estaré en tu oficina en diez minutos. —Echó un vistazo a la entrada del hospital por última vez, luego se fue.

Capitulo 10

Traducido por Rihano

Corregido por francatemartu

—¿Estás segura de que no necesitas que te lleve? —le preguntó Matt Kirkland a Ashley por última vez. Ellos estaban de pie en el estacionamiento de urgencias del hospital, a pocos metros de su auto alquilado.

Ashley asintió.

—Un amigo mío estará aquí en breve a recogerme. —De la forma en que lo vio, el pobre Matt tenía su plato lleno, la condición inestable de su padre y el estado emocional de su madre, sin actuar como su chofer también.

Ella hizo un gesto con la barbilla hacia el auto, donde su madre estaba sentada con los ojos cerrados.

—Llévala a casa, Matt. Necesita descansar. Pero si tú necesitas ayuda con cualquier cosa, no dudes en llamarme, ¿de acuerdo? Yo estaría encantada de ayudar.

Una sonrisa de agradecimiento tocó la boca de Matt.

—No sé cómo darte las gracias, Ash. Si no hubieras estado allí para ella —él miró a su madre con los ojos llenos de dolor—, o llamado a la policía cuando lo hiciste, el hijo de puta lo habría matado. —Él entrecerró los ojos, luchando contra las lágrimas—. Él va a superar esto, sabes —le espetó—. Papá es un luchador.

Su garganta se cerró mientras ella también luchaba con las lágrimas. Matt aún no estaba preparado para encarar la realidad de la condición de su padre. A pesar de su éxito en drenar la sangre de la superficie del cerebro, la eliminación de los coágulos y la reparación de los vasos, el cirujano fue brutalmente honesto sobre el pronóstico del tío Jerry. Sus otras heridas eran demasiado extensas, y estaba el factor de la edad. Las posibilidades de una recuperación completa eran escasas.

—Estoy segura de que va a salir adelante de esto —murmuró Ashley, sin saber qué más decir para aliviar su dolor. Ella había conocido a Matt la mayor parte de su vida e incluso se lo había presentado a su mujer, Lorraine. Con 1, 87 y ciento treinta y seis kilos, él era más un oso que un hombre, pero por dentro era un blandengue, un verdadero dulce. La pérdida de su padre lo devastaría.

Ashley tiró de su manga para llamar su atención.

—Recuerda lo que te dije, Matt. Llámame si necesitas algo.

Matt se frotó la gruesa nuca y asintió.

—Tengo que volar de regreso a San Diego el lunes, pero Lorraine viene mañana. Ella será capaz de mantener un ojo en mamá.

—Eso es maravilloso. —Su esposa era una enfermera titulada—. Dile que me llame cuando llegue.

—Lo haré. —Él miró a su madre por última vez—. Será mejor que la lleve a casa.

Se abrazaron brevemente, luego Ashley observó al hombre más joven dar la vuelta al auto hasta el asiento del conductor. Ella los saludó con la mano, esperó hasta que el auto desapareció de vista antes de que ella marcara el número de Ron.

—Hola, soy yo. ¿Me puede recoger ahora?

—Nena, no puedo —dijo Ron bruscamente—. ¿Puedes esperar, ah, treinta minutos… una hora máximo?

¿Una hora? Él estaba loco. ¿Por qué estaba respirando con dificultad?

—Ron, he estado levantada desde las cinco de la mañana. Son ahora —ella miró su reloj—, las cuatro de la tarde. Estoy cansada y sólo quiero ir a casa.

—Lo siento pero esto… no puede ser evadido. Estamos… —Hubo gruñidos apagados y maldiciones—. ¿Puedo llamarte luego?

Ashley frunció el ceño.

—¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

—Persiguiendo a una basura que se niega a hablar con nosotros…—El resto de sus palabras fueron cortadas por los altos ladridos de un perro.

—Ron, si estás demasiado ocupado…

Esta vez, ella fue interrumpida por lo que sonó como un grito, seguido de golpes y maldiciones ahogadas.

—¿Ron? —Hubo un silencio—. ¿Estás ahí, Ron? —Silencio de nuevo.

Su estómago cayó cuando el pánico se estrelló contra ella como una tormenta de viento levanta techos. Estaba la conversación telefónica con Kirkland terminada.

—¿Ron? ¡Respóndeme, maldita sea!

Todo lo que ella escuchó fue el salvaje golpeteo de su corazón. Sus rodillas amenazaron con hundirse bajo ella, y su cuerpo se sacudió con la fuerza de su miedo.

—Ron. —Que esté bien—. ¿Ron?

—Estoy aquí, cariño —dijo él respirando con dificultad—. Lo tenemos —añadió con una risa triunfante.

—Bien —dijo Ashley con alivio, aunque no tenía idea de lo que estaba pasando. Gracias a Dios, que él estaba bien—. Suena como que estás ocupado. Puedo coger un taxi y encontrarme contigo en mi casa más tarde.

—No. —Su voz era firme—. Espérame dentro hasta que llegue allí, Ashley. Hay cosas que tenemos que discutir.

Ella tenía necesidades también, como analizar exhaustivamente lo que le estaba sucediéndole. Por qué la idea de Ron saliendo lastimado casi detuvo su corazón.

—Podemos discutirlas más tarde. En este momento debo…

—Maldita sea, Ashley. Hay cosas que debes tener en cuenta antes de poner un pie fuera de ese hospital.

—No te atrevas a malde…

—Sí, sí, está bien —le interrumpió—. Simplemente no dejes el hospital sin mí.

—Ronald Noble, si me interrumpes una vez más… —le advirtió ella, con los ojos entrecerrados. De todos los hombres arrogantes e imposibles que alguna vez había conocido, él se ganaba el premio. Sus ojos se abrieron

cuando la comprensión la golpeó. Dios mío, se estaba enamorando de Ronald Noble. Esa era la cosa más temerosa y tonta que posiblemente podría hacer. Ashley frunció el ceño. El corazón, por desgracia, no tenía ningún sentido en absoluto.

—¿Cariño? ¿Sigues ahí? —La preocupación unida a sus palabras.

Un suspiro escapó de Ashley. Él también era el único que alguna vez la llamó cariño y sonaba como si lo dijera en serio.

—Quiero ir a casa, Ron. —Ella sabía que estaba siendo irrazonable e infantil, pero no era de todos los días que se enterara de que se estaba enamorando de un hombre, del que no tenía la más mínima posibilidad de que le respondiera igual—. Si no estás aquí dentro de media hora, me voy.

—De todas las tercas, equivocadas, de mal genio…

Cerró su teléfono justo en el medio de su diatriba y lo arrojó en su enorme bolso. Sus dientes se hundieron en el labio inferior. ¿Cómo había dejado que esto pasara? Ella se golpeó la frente con la palma de la mano y se llamó a sí misma todo nombre tonto que se le pudo ocurrir. Entonces un sonido la hizo levantar la mirada.

Una larga limusina rodó hacia ella, luego se detuvo exactamente en el mismo lugar que el auto de Matt había ocupado unos minutos antes.

Ella reconoció la matrícula de inmediato. Vaughn “Ricks” Doyle era la última persona que quería ver en estos momentos. Como si fuera una señal, su teléfono celular sonó.

Ashley sacó el teléfono de su bolso, vio que era el número de Ron, luego pulsó el botón para apagar el timbre.

Lo llamaría más tarde. Su mirada se dirigió al conductor de Vaughn, cuando salió de la limusina. Éste era mayor, más alto y más delgado que el de Vaughn de hace unos días, notó ella. En sus oídos había pendientes de diamantes. Un recuerdo tocó su mente y rápidamente desapareció. Luego él levantó la vista y sus miradas se conectaron.

Conozco esos ojos. Penetrantes. Grises. Sin vida. El pensamiento cruzó por su mente mientras el aire salía de los pulmones de Ashley. Algo frío se instaló en sus entrañas, y los latidos de su corazón tomaron un ritmo extraño. Ella no podía recordar donde había conocido al hombre antes o explicar el repentino impulso de huir.

El conductor sonrió y Ashley parpadeó confundida. Algo estaba mal con su rostro. Tal vez era el artista en ella, pero las sombras y los planos en ambos lados de su cara estaban en conflicto entre sí. Una breve e incierta sonrisa cruzó sus labios. Cuando el hombre caminó rígidamente hasta la parte posterior de la limusina para abrir la puerta, suspiró con alivio. Un corto tiempo porque Vaughn salió, globos y flores en su mano.

—Ashley Fitzgerald —dijo Vaughn, mostrando una sonrisa—. Qué sorpresa encontrarte aquí.

—Sí, lo es —respondió cortésmente, luego le dio a sus globos y flores una mirada fugaz. Podía sentir la mirada de su conductor en ella, poniéndole los pelos de punta. El impulso de huir se intensificó.

—¿Está alguien enfermo? —La pregunta era superficial. A ella realmente no le importaba.

—Un amigo de la familia. —Pasó los globos y las flores que llevaba a su chofer y luego tomó su mano entre las suyas. Su mirada pasó por encima de su ropa informal y luego se instaló en su rostro—. ¿Qué hay de ti?

—Mi tío tuvo un accidente. —La intensidad de su mirada la hizo sentir inquieta. Cuando él rozó la yema de su pulgar sobre sus nudillos, apenas se contuvo de arrebatarle la mano.

—Oh, tengo el pañuelo que me prestaste. —Ella tiró de su mano, lo que le obligó a soltarla. Su teléfono celular vibró mientras ella metió la mano dentro de su bolso por el pañuelo. Ella no tuvo que mirarlo para saber que era Ron. Hizo caso omiso de este, abrió la cremallera de una bolsa y sacó el pañuelo lavado y planchado. Se lo ofreció a Vaughn—. Gracias por prestármelo.

La mirada de Vaughn se movió entre la pieza de tela y su cara.

—Estás enojada conmigo.

No, sólo que no confío en ti. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras se acercaba más e invadía su espacio. Su colonia, fuerte y almizclada, arañó sus sentidos. Por un breve momento, casi no pudo respirar. Si sólo ella pudiera parpadear y hacer que él y su chofer desaparecieran. Dio un paso atrás y soltó una breve risa para cubrir su reacción.

—¿Por qué debería estarlo? Fuiste lo suficientemente amable para detenerte y ofrecerme ayuda cuando pensaste que yo lo necesitaba. Cuando aceptó el trozo de tela, ella sonrió.

—Fue bueno verte de nuevo, Vaughn. Cuídate.

Ashley giró sobre sus talones y se dirigió hacia un grupo de árboles a la izquierda de la playa de estacionamiento. Podía sentir los ojos de Vaughn cavando hoyos en su espalda. No fue fácil hacer caso omiso de su presencia o de su conductor. Había un aura de peligro emanando de los dos hombres, ella no estaba segura de poder confiar el estar en su compañía sin mostrar su miedo. Era curioso cómo no se había sentido amenazada durante su primera reunión. Tal vez la alarmante mirada hambrienta en sus ojos ahora tenía algo que ver con eso, o tal vez era la presencia del conductor.

—Ashley, espera.

Corre. ¿Se vería ridícula si lo hacía? ¿Importaría? El orgullo la hizo vacilar y detenerse.

—¿Puedo acompañarte hasta tu auto? —preguntó Vaughn cuando llegó a su lado—. Eso me dará la oportunidad de explicar este malentendido entre nosotros. Creo que ya sabes que mi apellido es Doyle.

No me importa, quiso decir.

—Sí, lo sé.

Él tomó su mano entre las suyas, de nuevo, miró por encima de su hombro como asegurándose de que su conductor todavía estaba allí. El viejo los miró con los ojos entrecerrados. Vaughn dirigió su atención a Ashley.

—Yo no estaba tratando de inducirte al error utilizando el nombre Ricks —explicó, su voz baja—. Ricks es el nombre que usé la mayor parte de mi vida hasta que mi padre decidió reconocerme como su hijo y me pidió que lo cambiara. —Él se encogió de hombros—. No estoy diciendo esto para que puedas sentir pena por mí. Sólo necesito hacerte entender que no quise engañarte. —Él sonrió, sus dedos rozando sobre la piel sensible debajo de su muñeca—. Todavía tiendo a pensar en mí mismo como Vaughn Ricks, y no Vaughn Doyle.

Genial, ¿pero ese fue el por qué mintió? De alguna manera, ella no podía ver a este joven con exceso de confianza y mimado como un hijo no deseado. ¿Y por qué no podía dejar de manosearla? Ella trató de sacar su mano de la suya, pero su agarre se afirmó. El pánico se deslizó a través de ella.

Deja de actuar como una tonta, Ashley. ¿Qué podría Vaughn posiblemente hacerte, a plena luz del día? Echó un vistazo alrededor por las comisuras de

sus ojos. Su conductor puede estar a sólo unos pocos metros de ellos, pero no habían suficientes personas en todo el estacionamiento para oírla si gritaba pidiendo ayuda. Además, ella había tomado suficientes clases de defensa personal para arañar y patear su manera de salir de cualquier situación.

Con el corazón tronando a pesar de sus silenciosas palabras de ánimo, su barbilla se alzó.

—Gracias por la explicación, Vaughn, pero no era necesaria. Realmente debo irme.

Sus dedos se apretaron brevemente alrededor de los suyos.

Ella tiró.

—Yo siempre insisto en acompañar a una dama a su auto —respondió él, su agarre cambiando a su codo.

Molestia la recorrió. Ella apartó el brazo de su mano y dio un paso atrás.

—Entonces estás de suerte hoy, Vaughn. No soy una dama.

Por un breve momento, él pareció no estar seguro de si mismo, viéndose mucho como un niño jugando a ser adulto. Ashley tuvo la oportunidad de añadir:

—Además, yo no conduje hasta aquí. Un amigo me dejó y está viniendo a recogerme en unos pocos minutos.

Sus labios se apretaron.

—No voy a estar mucho tiempo en el hospital. Te podría dar un paseo si gustas, tal vez parar en algún lugar para tomar una taza de café.

¿Tenía que explicarle que ella no estaba interesada en ir a ningún lado con él? Ella quería que se fuera.

—Mi amigo y yo vamos a ir a un lugar especial. —Ella le dio una sonrisa íntima, como si divulgara un secreto, pero inquietud la llenó—. Gracias por la oferta, sin embargo. Ya nos veremos.

—¿Qué hay de cenar? Tú comes.

Ashley suspiró. Ella debía decir algo para deshacerse de él.

—Eso estaría bien, sólo que no esta noche.

—Bueno. —Entonces él la cogió totalmente por sorpresa cuando se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla—. Te veré pronto, Ashley. Cuídate.

Ashley asintió, giró sobre sus talones y se alejó a toda prisa. Ella ansiaba estirar la mano y limpiar la sensación de sus labios en su mejilla, pero sabía que Vaughn y su chofer la observaban. Cuando su teléfono vibró, lo abrió con el entusiasmo de un cachorro que quiere una chuchería.

—Ron, ¿cuándo dijiste que llegarías aquí? —preguntó ella.

—Tú me colgaste —dijo él con una voz molesta.

—Lo siento por eso. No fue mi intención. Sólo dime cuándo te espero.

—Es por eso que estaba llamando. Estoy echándole una mano a Kenny y no voy a ser capaz de llegar por un rato, pero te prometo explicar todo cuando nos veamos. ¿Matt llegó de San Diego?

—Sí. ¿Por qué? —Ella se asomó por encima de su hombro, y vio que la limusina todavía estaba allí. Vaughn se había ido, pero el espeluznante conductor tenía su mirada en ella. Se apuró a rodear el edificio.

—¿Él puede dejarte en casa?

—Ah-hum, claro. —Ella se dio cuenta de que estaba en otra entrada—. ¿Te veo más tarde, entonces?

—Por supuesto. Siento no haber podido hacer más.

—Está bien. —Tan pronto como colgó, se limpió con vigor su mejilla donde Vaughn la había besado. Probablemente tendría que fregar su cara para deshacerse de su toque. Haciendo una mueca, ella llamó a un taxi, le dio su ubicación, entonces se instaló bajo un árbol cercano para esperar.

Era una buena cosa que ella siempre llevaba un cuaderno de dibujo y lápices en su bolso. En cuestión de minutos, sacó la libreta y estaba ocupada esbozando. Desde el escondrijo interior de su mente, surgió una imagen. Su mano voló sobre el papel, plasmándola. Un bosquejo de la cara de un hombre se hizo evidente. Añadió detalles. Ella no tenía que cerrar los ojos para recordar los vidriosos y fríos ojos, las cejas gruesas, la saliente cicatriz que iba desde la ceja izquierda hasta el lóbulo de la oreja izquierda. Ashley

se detuvo y se echó hacia atrás para estudiar su obra. Un estremecimiento pasó por su cuerpo.

—¿Quién eres tú? —susurró. ¿Cómo podía recordar todos los detalles de la cara y, sin embargo, no recordar dónde la había visto?

Con el ceño fruncido, ella se volcó sobre la página, la aseguró con sus dedos y luego comenzó otro boceto. En menos de un minuto, ella tenía un dibujo aproximado del conductor de Vaughn. Comparó las dos imágenes y se quedó sin aliento. O su cerebro tenía una mala conexión o el chofer de Vaughn era de su pasado olvidado. Cogió el móvil y marcó el número del doctor Vogel. El psicólogo querría ver esto.

—¿Señora?

Ashley dio un grito fuerte y se sacudió. Su mirada se conectó con los del hombre cerniéndose sobre ella.

Ron no llegó a la casa de Ashley hasta las siete y media de la noche. Él estaba estacionando su automóvil cuando se dio cuenta de los autos patrulla en la entrada de su edificio. Nada para preocuparse, fue su primer pensamiento. Pero entonces vio a dos oficiales hablando con el guardia de seguridad e hielo se deslizó por su espalda.

—¿Qué está pasando, Jeffrey? —preguntó cuando él estaba a unos metros de distancia de ellos.

El guardia levantó la vista y dijo con evidente alivio:

—Ah, Sr. Noble. Estos agentes acaban de abandonar el apartamento de la Srta. Fitzgerald.

Su corazón se detuvo, luego cogió un ritmo desigual.

—¿Por qué? —Su mirada saltó entre los dos oficiales y Jeffrey.

—¿Qué pasó? ¿Está bien?

Jeffrey asintió.

—Sí, pero ella llamó al 911 porque un hombre buscado por la policía la había seguido a su casa.

Ron sintió el suelo moverse bajo él.

—¿Qué hombre? ¿Dónde está ella?

—Arriba, pero estos oficiales…

Ron no esperó a que Jeffrey terminara de explicar. Él corrió hacia la escalera, sus pensamientos corriendo de un escenario a otro.

¿Fue el motorista? ¿Había tratado de lastimarla? ¿Cómo podía haber sido tan estúpido y descuidado? La necesidad de conocer la identidad de la persona que el ciclista conoció en el Hotel Sunset Marquis había sido lo primero en su mente, pero aun así no debería haber dejado a Ashley sola en el hospital.

Para el momento en que Ron alcanzó el sexto piso, estaba sudando e hiperventilando, y no era de subir las escaleras. El miedo le revolvió el estómago en forma de hielo, apretó su pecho hasta que era difícil respirar. Se dio un momento para tranquilizarse, controlar su respiración y secarse la frente antes de pulsar el timbre de Ashley.

Cuando se abrió la puerta, fue por un hombre alto, con la mirada dura de un policía. Ron no le hizo caso, su mirada hambrienta buscando a Ashley, quien estaba asomándose en el fondo hasta que lo vio. Ella había cambiado sus pantalones de chándal y una camiseta por un sencillo vestido fucsia, el cual ponía de manifiesto la riqueza de su cabello, observó mientras ella se apresuraba hacia la puerta. Pero sus ojos se veían cansados, su sonrisa tensa. Sin embargo, la visión de ella, su dulce sonrisa, envió oleadas de alivio a través de él.

—Hola. —Se las arregló para decir con una voz tranquila que desmentía el golpeteo salvaje de su corazón. El policía se movió y bloqueó su línea de visión, haciendo que Ron volviera la mirada hacia él. Ellos eran casi de la misma altura y tamaño.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre con voz dura.

—Ron… un amigo —respondió Ashley antes de que él pudiera, entonces sus ojos se abrieron redondos al ver la mandíbula de Ron—. ¿Qué te pasó? Déjalo pasar, Eddie.

Eddie no se movió.

—¿Ron viene con un apellido? —La pregunta iba dirigida a nadie, aunque su mirada fría se mantuvo en Ron.

—Noble —respondió Ron esta vez. En un día diferente, se habría sentido insultado por la previsión del oficial, ahora lo agradecía—. ¿Y usted es?

—Eddie Fitzgerald, Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Mi primo —aclaró Ashley. Ella le dio un codazo a su primo hasta que él dio un paso adelante—. Es un amigo, Eddie, así que deja de tratar de intimidarlo. Voy a llamar si surge algo más, como lo prometí.

—Si haz eso. —La mirada de Eddie finalmente pasó a Ashley—. Ten cuidado, Ash.

—Palabra de explorador.

Eddie sonrió, luego asintió brevemente a Ron y desapareció por el pasillo. Ashley cerró la puerta y se apoyó en ella con un profundo suspiro.

Ron apretó el talón de su mano en algún lugar por encima de su cabeza y estudió su rostro.

—¿Qué pasó?

Ella esbozó una sonrisa tímida.

—Pensé que el motorista que hirió al tío Jerry me había seguido a casa. Extraño, ¿no?

Sólo el ligero apretón de su mano le indicó que a él no le gustó lo que escuchó.

—No, no lo es. ¿Qué hizo?

—Sólo me siguió hacia y desde la oficina de la Dra. Reuben, aparcó al otro lado de la calle cuando salí del taxi, luego desapareció en el momento en que llegué al mostrador de seguridad. Llamé a la policía de todos modos. —Ella extendió la mano y tocó suavemente su mandíbula—. ¿Qué te pasó? —preguntó con suavidad.

—Corrí hacia una puerta de acero chapado. —El tacto de sus dedos fríos contra su piel caliente era divino, le hizo olvidar brevemente por qué había corrido por seis tramos de escaleras como un hombre poseído. Él tomó su mano entre las suyas, besó su palma y terminó el beso. No dejó ir su mano,

sin embargo. Por tonto que pueda parecer, se sentía mucho mejor ahora que estaban solos—. ¿Fuiste a ver al psiquiatra? ¿Por qué?

—Tenía que hablar de algo con ella. —Tiró de su mano—. Ven conmigo. Debes poner algo en ese moretón.

Ella lo llevó a la habitación.

—Mi rostro estará bien. —Pero aún le permitido que lo llevara a una silla junto a la mesa, donde ella había puesto sus cámaras antes.

Le gustaba bastante la forma en que estaba preocupándose por sus contusiones menores, incluso la sensación de su mano más pequeña enroscada alrededor de la suya, para ser honesto.

—¿Qué dijo la policía?

Ella le dedicó una sonrisa irónica.

—Ellos no me tomaron en serio hasta que llamé a mi primo. Aunque debo admitir, que yo podría haber sonado un poco loca gritándoles de la manera que lo hice. Estaba muy asustada. —Ashley bajó la mirada hacia sus manos unidas y trató de liberar las suyas—. Cuidado con los dedos, por favor. Han tenido su parte de abusos hoy.

—¿Qué? —Ron se dio cuenta de que estaba sosteniendo la suya con demasiada fuerza—. Oh, lo siento.

—Siéntate —le ordenó. Luego estudió su rostro—. Debe haber sido una gran puerta sobre la que te estrellaste.

—Sí, pesaba casi ciento treinta y seis kilos —añadió él, sabiendo que no la había engañado.

—Apuesto a que tenía dos piernas y dos brazos también —dijo ella en broma, luego fue a buscar una bolsa de hielo en el congelador.

—Y un gancho de izquierda término medio. —Su mirada se quedó en la suya mientras ella envolvía la bolsa de hielo con un paño de cocina, luego regresó hacia él para presionarlo contra su mandíbula. Él movió los brazos de encima de la mesa y palmeó su cintura.

¿Cómo habían pasado de hablar de ella a él? No es que le importara. De hecho, había muchas cosas sobre Ashley Fitzgerald que le agradaban muchísimo. Sus pechos estaban justo en frente de su cara. Su aroma,

femenino y cautivador, asaltó sus sentidos. Quería enterrar su cara en su pecho y darse banquete con ella, tirarla en su regazo y hacerla olvidar el último par de horas.

Como si estuviera consciente de sus pensamientos amorosos, Ashley le lanzó una mirada desde la cubierta de sus pestañas, una sonrisa lenta asentándose en sus labios. Trasladó su mano de su cintura a la bolsa de hielo.

—Mantenlo en esa posición. Voy a buscar el botiquín de primeros auxilios.

Ron la observó mientras ella se movilizaba hacia el baño de la planta baja. Él respiró una respiración profunda, luego sonrió. La pequeña bruja sabe exactamente lo que estaba haciendo con él.

—¿Qué dijeron los policías? —preguntó lo suficientemente alto como para llegar a ella.

—Ellos querían saber si tenía enemigos, tal vez un ex novio que quisiera hacerme daño —respondió ella desde el baño, luego salió de la habitación con una caja de primeros auxilios de color rojo y blanco—. Yo no tengo. Incluso después de que les dije que no conocía al motorista, siguieron haciendo alusión a una posible conexión entre el motorista, el tío Jerry y yo. Les hablé acerca del teléfono celular del tío Jerry. El oficial Rudolf me dijo cuando hablamos en el hospital que no pudieron encontrarlo. Lo más probable es que el motorista lo tomó cuando vio que el tío Jerry estaba utilizándolo en el momento del ataque. Yo les dije que podría explicar por qué vino detrás de mí. —Apretó ungüento en su dedo, luego lo extendió en su corte antes de añadir un vendaje—. Probablemente él pensó que yo había oído algo que pudiera señalarlo. Los oficiales no lo creyeron.

Ashley se apoyó contra la mesa y asintió a su obra.

—Mucho mejor. De todos modos, ellos me molestaron a fondo, así que les dije que se fueran de mi casa. Entonces llamé a Eddie. Eddie tiende a hacer que las cosas sucedan. No me imaginé a ese hombre, Ron —agregó ella—. Tenía barba y llevaba gafas de aviador, como el tío Jerry había descrito.

Ron asintió.

—Yo te creo.

—Gracias.

—En cualquier momento. Ahora, quiero que me escuches. —Él levantó las manos, y fijó su mirada con la de él—. El mismo motorista también me siguió.

Sus ojos se abrieron.

—¿Cuándo?

—Hace dos días. Al principio, pensé que era uno de los hombres de mi tío. —Ella parpadeó confundida—. Me metí en unas pocas situaciones difíciles durante mis años rebeldes y necesitaba de mi tío para pagar mi fianza. Él me tenía bajo vigilancia después de eso. Cuando vi a un motociclista tras de mí, yo naturalmente asumí que mi tío Gregory estaba con sus viejos trucos.

El silencio se extendió después de sus palabras. Sus ojos, grandes y aprensivos, lo estudiaron.

—¿Estás seguro de que no es uno de los hombres de tu tío?

—Sí. Hablé con mi tío y lo confirmó. También contacté a Kenny cuando vi por primera vez al motociclista. Su hombre siguió al motorista a Valley Towers.

—¿El edificio del tío Jerry?

—Lo siento, cariño. —Él besó sus nudillos—. Acabo de saber esa pieza de información de Kenny. Él no tenía idea de que la oficina de tu tío estaba allí o razones para sospechar porque el motociclista estaba cubriendo el lugar. —Pero eso no hizo su culpabilidad menor. Si hubiera hablado con Kenny o con su gente antes de hoy, habría hecho la conexión y advertido a su tío. Empujó el sentimiento a un lado, y se centró en su discusión—. Más tarde, el motociclista fue al Hotel Sunset Marquis. Quería saber la identidad de la persona que conoció allí, así que fui con Kenny para ver a un hombre sobre esto. Cuando llamaste, estábamos tratando de… ah… convencerlo para que hablara con nosotros.

Él frunció el ceño. Qué desperdicio de esfuerzo que resultó ser.

—Cuando finalmente hablamos con él, la información que nos dio era muy mediocre. No entiendo español y el de Kenny es bastante básico, así que tal vez algo se perdió en la traducción, pero el quid de la cuestión es el contacto del motociclista en el hotel era un anciano con una cojera y ojos malvados, sea lo que sea que signifique. Él pagó por la habitación en efectivo y se quedó

sólo por tres días a pesar de pagar por cinco. —Había estado tan aliviado de que su tío no estuviera detrás del ataque a Kirkland.

—Estamos tratando con un hombre meticuloso, uno lo suficientemente inteligente como para no dejar un rastro de papel.

Ashley frunció los labios ante sus pensamientos.

—Pero ¿por qué vienen detrás de nosotros y el tío Jerry? —Entonces sus ojos se estrecharon—. ¿Podría esto tener algo que ver con tu investigación?

Mujer inteligente.

—Yo creo que sí. Kenny averiguó que Hogan está desaparecido. —Sus ojos se abrieron como platos mientras explicaba.

—Tenías razón, Ron. Algo pasó esa noche y alguien lo quiere enterrado.

—Mientras que otro, el emisor de esas cartas, lo quiere fuera. —El conocimiento de la identidad de uno de ellos podría darle una ventaja, y ahí era donde Ashley y lo que vio esa noche entraban.

Ashley tendió la mano para acariciar el vendaje en su mandíbula, pero tenía una mirada lejana en sus ojos.

—¿Crees que Ryan Doyle podría estar haciendo esto, Ron? Ya sabes, ¿sacar el desagradable pasado para que tu madre pueda venderle la casa Carlyle en lugar de a mí?

Doyle era despiadado, pero ¿era el tipo de jugar juegos?

—No puedo verlo recortando palabras de un periódico para hacer una lista de nombres, pero poner el temor de Dios en las personas es definitivamente su sistema. Voy a exponerle tu teoría a Kenny y ver lo que piensa.

Hablar de Ryan le recordó a Ron a su padre y los rumores sobre el incendio en la casa Carlyle, algo que él no quería pensar ahora. O compartir con Ashley, la persistente voz en la parte posterior de su cabeza añadió. Él tenía una agenda, y esta no incluía a Ashley echándolo porque a ella no le gustaba la razón detrás de su investigación. Planeaba explicar todo a su debido tiempo, cuando fuera el momento adecuado, preferiblemente después de que lo conociera mejor. Ella debe ser capaz de entender su razonamiento. Ya era hora de cambiar de tema.

—¿Y? ¿Dónde estaba Matt Kirkland mientras estabas visitando al psiquiatra y siendo seguida por el motociclista?

—Cuidando de su madre… pobre Sonya. —Ella explicó rápidamente la condición de Jeremy Kirkland—. Yo tomé un taxi a casa.

—Así que mentiste cuando me dijiste que Matt te traería.

Ella rodó los ojos.

—No empieces conmigo, señor yo-topé-con-una-puerta.

Él sonrió. Una de las cosas que amaba en ella era la forma en que no tenía miedo de ponerlo en su lugar. ¿Amor? Vaya, ¿de dónde vino eso? Lo que ellos tenían era un lazo forjado por un terrible accidente hace diez años y fuerte atracción física.

Bajó la mirada a sus labios.

—¿Has comido, nena?

—No, acabo de llegar a casa. No tenía mucho para comer, excepto por la máquina expendedora de bocadillos y… —Ella se detuvo y sonrió, como si hubiera leído sus pensamientos—. ¿Estás muerto de hambre?

—Desde hace semanas —contestó él.

—¿Qué tienes en mente? ¿Chino? ¿Italiano?

Ron se rió entre dientes, la levantó para colocarla en la mesa, luego se deslizó entre sus piernas. Él acunó sus mejillas, se inclinó para mordisquear sus labios.

—Irlandesa —susurró. Luego se trasladó a su oído y le dio un pequeño y sensual mordisco—. Una guarnición de artista. —Sus manos acunaron su trasero y la atrajo hasta que estuvo a ras contra él. Ella se sentía bien, cálida, suave pero firme—. Un plato principal de una deliciosa pintora muralista con doble bola de decadente —su mirada cayó a su escote—, postre de fresa.

Ella se rio, le echó los brazos al cuello, y le susurró:

—Hum, creo que voy a disfrutar a fondo esta comida.

Entonces ella trabó los labios con los suyos.

Capítulo 11

Traducido por Lady_Eithne

Corregido por Vickyra

Ron le permitió ser la agresora durante unos cinco segundos. Luego tomó control de su boca, sus sentidos, de cada aliento que tomaba. Vibrante, fuerte, doblando su espalda y sin esconderse de sus necesidades, su beso le sacó cada anhelo que estaba enterrado dentro de su corazón. La respiración se volvió dificultosa. Pero, por otro lado, ¿quién necesitaba oxígeno?

Con la sangre rugiendo en sus oídos y la calidez desplegándose en su vientre, Ashley dejó a su paladar saborear su sabor, una mezcla de menta y café. Su boca danzaba y se apareaba con la de él, su cuerpo daba la bienvenida al ardiente calor que estaban generando. Era su primer beso otra vez. La sensación de desmoronarse, la indefensión y la necesidad eran tan grandes que sentía ganas de gritar.

Cuando él finalmente se movió alejándose de sus labios hacia el lateral de su rostro, ella tomó dolorosas inspiraciones. El nítido y limpio olor de su loción de afeitado almizclada la golpeó, debilitándola más. Se apretó más cerca, necesitada de su solidez.

—¿Ron? Me siento… Estoy… uh…

Él se rio, el sonido retumbando a través de su pecho, latiendo a través de ella.

—Yo también lo siento, nena —susurró él contra su piel sensibilizada.

Su mano se movió hacia su pelo, que caía por su espalda. Él agarró los mechones, tiró de su cabeza hacia atrás y trazó con sus calientes labios la sensible piel hasta la base de su cuello. Los brazos de Ashley cayeron desde su cuello para agarrarse contra la parte superior de la mesa, pero el brazo de él la acunó, tirando de ella más cerca.

Sus manos hábiles eran suaves aunque firmes, su cuerpo duro y caliente. Ella se retorció, queriendo acercarse más, sentir su piel contra la suya.

Agarró con un puño su camiseta y tiró de ella sacándosela de los pantalones. Se movió hacia abajo, encontrando la zona donde terminaba la camiseta y comenzaba la piel, palpó sobre la suave y aterciopelada piel que cubría los magros músculos. A él se le escapó un gruñido, luego se quedó quieto.

Por favor, no te detengas ahora. No creo que sea capaz de soportarlo. Sus ojos con parpados pesados se abrieron y luego se entrecerraron en confusión. ¿Había hecho ella algo mal?

—¿Ron?

—Quítamela. —Su mirada, caliente y feroz, se desvió hacia los botones delanteros de su vestido, y luego conectó de nuevo con la suya. Sus dedos continuaron acariciándole los brazos, pero algo travieso bailaba en la profundidad de sus ojos negros—. Despacio, Ashley. Un botón, uno a uno.

¿Qué quería de ella? ¿Rendición total? Eso era algo que ella nunca había contemplado hacer con ningún otro hombre. Desde su conversación telefónica, cuando se dio cuenta de sus crecientes sentimientos por él, no pensaba en nada más que en hacer el amor con él, en rendirse a su pasión. Una relación caliente, sin ataduras y divertida era lo que necesitaba tener con este hombre. Cuando se terminara, y no había duda de que lo haría, no iba a tener ni un ápice de remordimiento.

Se relamió los labios.

—¿Por qué no lo haces tú mis…?

Él interrumpió su protesta con un beso depredador hasta que ella estuvo colgando de él, jadeando sin aliento.

—Quiero que te ofrezcas a mí —susurró con voz ronca—. Libremente.

Sus palabras, algo en el timbre de su voz, le decían que la petición era importante para él. Su deseo de complacer se hizo notar.

Exhaló a través de sus labios separados y lo miró desde debajo del dosel de sus pestañas mientras que lentamente desabrochaba un botón y luego otro y otro. Los botones llegaban hasta la mitad de sus muslos, pero no tenía intención de ir tan lejos. Sólo hasta su ombligo. Era lo suficientemente experimentada como para tentar a un hombre.

Mientras que más piel aparecía a la vista, la respiración de él se aceleraba. Era bueno que ella, deliberadamente, no llevara puesto un sostén. Sus

dedos rozaron de forma perezosa sobre la expuesta piel de su cuello, pecho, siguiendo la solapa de su vestido hasta la parte superior de sus pechos. Ella se detuvo, luego empujó el vestido a un lado de forma que sus pechos se desparramaron. Una palabra de cinco letras escapó de los labios de Ron[1]. La ferocidad en su tono provocó que la excitación recorriera su cuerpo.

—Dios, eres preciosa. —Su voz era baja e irregular. Abarcó la parte inferior de sus pechos y enterró su cara en su pecho.

Su lengua caliente y exigente y sus manos inquisitivas estaban en todas partes. Sus pezones se endurecieron antes de que él pudiera tocarlos, rogando por atención. Cuando los tomó entre su pulgar y su dedo índice y los provocó suavemente, su cuerpo se sacudió y tembló. Su boca reemplazó a sus dedos y ella se desplomó, sus sentidos latiendo, calor líquido dirigiéndose directamente entre sus piernas. Durante un rato no hizo otra que colgarse de él.

Una de sus manos siguió las curvas de su cuerpo y aterrizó en su rodilla. Sus muslos temblaban por la anticipación. Él tiró del vestido hacia arriba, acarició el interior de su muslo y murmuró:

—Seda, tan suave. —Y se dirigió más arriba. Sus ojos, que eran pozos sin fondo de deseo y picardía, buscaron los suyos—. Abre, cariño —ordenó bruscamente—. Quiero tocarte, sentirte.

Ashley dejó escapar un aliento trémulo. A este ritmo, iba a empujarla hacia el límite en breve. Sus dedos se clavaron en su carne. No para detenerlo. No osaría hacerlo. Sus piernas se separaron, acomodándolo voluntariamente.

Él apartó fuera de su camino el empapado encaje de las bragas tanga y la tocó. Instintivamente, Ashley cerró sus muslos temblorosos alrededor de su mano. Gruñendo una orden ininteligible en voz baja, él agarró el dorso de una rodilla y tiró de su pierna hacia arriba hasta que su tacón descansó sobre la mesa. Antes de que ella pudiera protestar él la estaba abarcando, acariciando, deslizando un dedo dentro de ella.

—¿Ron? —jadeó ella.

—Déjame complacerte —murmuró él y luego su boca reclamó la suya, con urgencia, posesivamente.

---

[1] **N. de Tr:** En el original dice que es una palabra de cuatro letras (fuck), que en español tendría cinco letras (joder).

Sus inhibiciones se disiparon. Ashley se retorció y se balanceó contra su mano. Cada uno de los músculos y huesos de su cuerpo estaba sincronizado con el movimiento de sus dedos. El exquisito doble asalto en sus sentidos—su lengua en su boca, sus dedos en sus labios inferiores, acariciando, tentando, dando, era demasiado. Colores brillantes explotaron tras sus ojos cerrados y un sollozo emergió desde muy dentro de ella mientras que su cuerpo se desmoronaba.

La boca de él absorbió su sollozo, su lengua acariciando el interior de sus mejillas. Sus dedos salieron lentamente de su interior, agarrando sus bragas y tirando de ellas. El delgado material se rasgó.

—Ron —protestó ella débilmente.

—Nunca me gustó que mis regalos estuvieran envueltos. —Fue su gruñida excusa.

Sus piernas de deslizaron desde lo alto de la mesa mientras que ella hacia un montón con su camiseta e intentaba despegársela del cuerpo.

—Quítatela —susurró ella, repitiendo sus palabras de antes.

Él soltó una breve carcajada y la ayudó con la camiseta y luego se bajó los pantalones y ropa interior y se desnudó para ella.

Ashley parpadeó, intentando no mirar fijamente, pero no podía apartar la mirada de su magnífica forma. Era gruesa, larga, dura... perfecta. Un extraño salvajismo emergió de su interior. Estiró el brazo, envainándolo con su mano, y apretó.

—Sí —jadeó Ron con placer, los temblores barriendo su poderosa figura—. Más fuerte.

Ella se volvió más atrevida, acariciándolo, adorando su caliente y dura longitud. Se preguntó a qué sabría. Sentir toda su larga y gruesa longitud en su boca. Sería un gran logro hacer que se retorciera bajo su provocadora boca. Quizás más tarde.

No quizás, definitivamente más tarde.

Se apresuró a mover su trasero hacia delante, inclinándose hacia atrás y descansando su tacón en lo alto de la mesa, donde él lo había colocado antes, y se ofreció a él. Abierta y libremente, justo como él había pedido.

Por un momento, él la miró fijamente, justo ahí entre sus piernas y se lamió los labios.

—Ooh, precioso. —Tiró de la billetera del bolsillo de sus pantalones y sacó un condón. Lo rasgó abriéndolo y se envainó con él. Besándola profunda y rudamente, la rodeó con sus manos para agarrar sus nalgas. Fijó la mirada de ella con la suya y luego embistió dentro de ella. Ella jadeó por la exquisita intrusión, agarrando sus brazos en busca de apoyo. Un gruñido ronco se escapó de los labios de él.

La llenaba tan perfectamente, que las lágrimas se acumularon en sus ojos. También se sentía bien. Él comenzó a bombear dentro de ella, lentamente, con pereza. Retirándose y hundiéndose hasta la empuñadura. Las caderas de ella se elevaron, encontrando su ritmo y acompasándolo. Cuando más daba él, más quería y daba ella. Ella presionó su rostro contra su pecho, inhalando su esencia almizclada y saboreando el gusto salado de su piel. Sus manos acariciaban su espalda sudorosa y sus hombros. Cuando eso no fue suficiente, hundió las uñas en los músculos, clavándose a él y urgiéndolo a seguir.

Los movimientos de él se hicieron más urgentes, profundos y rudos. La sensación, exquisita y abrumadora, golpeó dentro de ella, volviéndola un poco loca. Hundió los dientes en su hombro. Penetró lo suficientemente fuerte como para que él dejara salir un grito gutural.

Él se volvió frenético, apoyando las piernas de ella contra sus hombros y forzándola a inclinarse hacia atrás y elevar su cuerpo con sus codos contra la mesa. Casi doblándola completamente sobre sí misma, le hizo el amor como si la poseyese. Un hombre necesitado de su dosis. Fue salvaje, excitante. El culmen, cuando llegó, la barrió y le sonsacó otro gemido desde muy adentro. Sus músculos inferiores se contrajeron alrededor de él, y su grito triunfante se unió al de ella.

La sangre dejó de rugir en sus oídos y su cuerpo tembloroso volvió a ser algo similar a lo normal, pero Ron todavía no quería moverse. No podía moverse. Le dolía la barriga y sus piernas apenas lo sostenían.

Giró su cabeza para estudiar el rostro de Ashley, sus ojos cerrados, las pestañas negras contra su piel rosada, sus labios suaves e inflamados. Su cuerpo tembloroso, exuberante, delicado, curvado perfecta y naturalmente

contra el suyo. Una sensación que sólo podía identificar como pánico lo atravesó. No intentó mortificarse por ello, pero sabía que tenía que ver con la forma en que ella lo había hecho perderse a sí mismo. Tan rápido, de forma tan explosiva, tan exquisita. Había sabido que el sexo sería diferente con ella, pero esto... no podía compararse con nada que hubiera experimentado.

Echó una breve ojeada a la marca de mordisco en su hombro y sonrió. Qué cosita más enérgica era ella, la perfecta rival para él. La sonrisa desapareció de sus labios. Él, por el contrario, era el maniaco bruto. Tan excitado que no se había molestado en esperar a que estuvieran totalmente desnudos antes de bombear dentro de ella.

Sus pechos exuberantes todavía se desparramaban por encima del vestido desabotonado, con los pezones tensos y rosados. Como fresas diminutas. Sus bragas estaban destrozadas y sus pantalones todavía atrapados alrededor de sus tobillos. Se había comportado como un adolescente ante su primera relación sexual. No era de extrañar que ella no quisiera abrir los ojos y mirarlo.

Besó sus párpados cerrados, moviéndose a lo largo de su mejilla hasta que alcanzó su boca. Ella la abrió y lo dejó entrar. Tan generosa, como unos minutos atrás. Profundizó el beso, el deseo atravesándolo, su cuerpo necesitando el de ella otra vez.

Se separó lentamente del beso.

—Cariño —susurró—. Finalmente tendrás que abrir los ojos y mirarme.

Ella no dijo nada, sólo suspiró. Ron frunció el ceño. Nunca había tenido que cuestionar la forma en que había manejado a una mujer durante el sexo, y sin embargo la forma en que ella estaba cerrándose a él era desconcertante. ¿Había sido demasiado rudo con ella? No lo creía. Ambos lo habían ansiado y ansiado de forma rápida y furiosa. Las marcas en su espalda eran prueba suficiente.

—Ashley, mírame —pretendía ordenárselo, pero salió sonando más como un ruego.

Una sonrisa tocó los labios de ella y luego sus ojos se abrieron. Ella estiró el brazo y le tocó la mejilla, los labios y se movió más abajo para apretarla contra su corazón.

—Hola —suspiró.

La mirada en sus ojos y la suave caricia estuvieron condenadamente cerca de matarlo. Por un breve momento tenía de nuevo diecisiete años, vulnerable, buscando amor y aceptación.

—Hola a ti también. ¿Estás bien? Estás extremadamente callada.

—Sólo estoy pensando.

Estudió su expresión; vio que ella estaba evitando el contacto visual. Él nunca había sido el que iniciaba conversación después de hacer el amor. Nunca se quedaba el tiempo suficiente como para que eso fuera un problema, pero con Ashley le molestaba no poder decir lo que pasaba por su cabeza.

—¿Acerca de qué? —preguntó.

Ella lo besó en el hombro.

—De lastimarte. No lo pretendía.

Algo cambió dentro de él. Estudió su cara. Sus ojos almendrados y dilatados devolviéndole la mirada, su labio inferior inflamado por sus besos. Había demasiado amor allí, demasiada ternura. La idea envió un ansia urgente a través de su corazón.

—No te disculpes. La llevaré con orgullo. —Contoneó sus cejas—. ¿Quieres ver más?

Ella estiró la mano y le acarició la barbilla, alrededor de su boca, y luego pasó un dedo cruzando su boca.

—Deja de provocar.

Él besó su dedo.

—Creo que cada herida de mi cuerpo merece un beso, pero antes... —Se separó de ella, se quitó los zapatos y calcetines y dio un paso fuera de sus pantalones y ropa interior. Las piernas de ella envolvieron su cintura y sus brazos fueron hacia sus hombros en busca de apoyo mientras que él apartaba su billetera y la levantaba de la mesa. Caminó con ella hasta el diván de cuero, justo como habían hecho antes, y se sentó con las piernas de ella cabalgando sus caderas—. Empezaremos contigo.

Ella aspiró una gran bocanada de aire, sus ojos abriéndose de par en par.

—¿Conmigo?

—Oh, sí. —Él pretendía amarla despacio, prestando atención a sus bonitos pechos, saboreando cada centímetro de ella. Le despegó el vestido del cuerpo y se detuvo para fruncir el ceño ante el encaje rojo que una vez fueron sus bragas—. Creo que fui un poco bruto antes.

Ella miró hacia abajo y luego mostró una sonrisa.

—Eso es discutible.

Su humor poco convencional le complació. Acunó los laterales de sus pechos y movió sus pulgares por encima de sus pezones.

—Lo siento por eso. Te compraré docenas. —Le lanzó una mirada con los ojos entrecerrados—, pero no puedo prometer que no te las arrancaré para quitártelas.

Ella sonrió.

—No me ves quejándome, ¿verdad?

Él se rio.

—Me gustas, Ashley Fitzgerald. —Ella le hacía reír, lo volvía totalmente loco con su obstinación y de alguna forma había traspasado sus defensas y lo había tocado como ninguna otra mujer lo había hecho. No sabía si se estaba enamorando de ella, sólo sabía que era especial.

La empujó hacia atrás hasta que estuvo de espaldas sobre el diván, su cuerpo situado entre sus piernas. Cambió su peso hacia un codo y luego estudió su cuerpo exuberante. Tenía el tipo de curvas en las que un hombre podría deleitarse durante horas o días. Pasó un dedo bajando por su costado.

—Tienes un cuerpo bonito.

—Tú también. —Ella pasó su palma por encima del tatuaje en la parte superior de su brazo, por encima de su hombro, bajando por su pecho y continuando más abajo.

—Eh-ah, no quieres hacer eso —advirtió.

—¿Qué se supone que debo hacer con mis manos?

—Nada. O mejor aún, agárrate a mi cabeza mientras lamo tu sedosa piel, me deleito con tus jugos y hago que te corras una y otra vez. —Quería que ella olvidara su propio nombre, que gimiera de él.

—Oh —fue todo lo que ella dijo.

Él inclinó su cabeza y le dio un beso lento. Luego su boca deambuló hacia abajo para cerrarse sobre un pezón endurecido. Ella arqueó su espalda y gimió sin aliento mientras él succionaba.

—Sabes tan bien.

Ella abrió la boca, pero no le salieron palabras. Su cuerpo temblaba, sus manos rozaban por encima de sus amplios hombros y luego por su pelo. Se agarró a su cabeza, ofreciéndole su otro pezón. Él se tomó su tiempo, derramando todos sus deseos, sentimientos y experiencia para complacerla.

Cuando bajó hacia su tembloroso vientre, su esencia, femenina y embriagadora, lo golpeó. Saboreó sus exuberantes curvas, su suculenta piel. Lo estaba matando no reclamarla de nuevo, pero se contuvo, decidido a prolongar los juegos preliminares. Para cuando se desplazó subiendo por el interior de sus muslos, ella ya estaba entonando su nombre.

Ella dejó salir otro grito de placer cuando su boca finalmente se aferró al húmedo centro entre sus muslos. Su cuerpo se elevó del diván para encontrarse con él. El sabor de ella, la perfección de su carne sedosa, casi le hace perder la cabeza. Cuando ella se desplomó, retorciéndose y gritando de camino a un vibrante clímax, él no dejó de lamer y chupar, dándole más.

Él no pudo controlar su fervor mientras cambiaba de posición e impulsaba su rígido pene dentro de su suave y húmeda carne. Ella tiró de él más cerca, ansiosa por acomodarlo. Sus labios se unieron mientras él la montaba en oleadas, más y más rápido hasta que un agonizante placer succionaba su tembloroso cuerpo hacia el olvido.

No queriendo aplastarla, cambió su peso hasta que estuvo tumbado en el diván. Tiró de ella hacia su pecho. Sus ojos estaban cerrados y su cabello empapado se extendía por su mejilla. Él se lo apartó con una caricia y luego cerró sus ojos. Tenía que pensar.

Fue un poco más tarde que besó su frente y le susurró en el oído:

—Estoy hambriento, cariño.

—Otra vez no —dijo ella con una risita ahogada. Entonces el estómago de él escogió ese momento para rugir—. Oh, de comida de verdad.

Él se rio por lo bajo.

—Y yo que pensaba que era el único con mente sucia.

—Tienes ese efecto en mí. —Ella levantó su cabeza, apoyó la barbilla sobre su pecho y miró hacia la zona de la cocina—. En el segundo cajón a la izquierda de los fogones hay menús de varios restaurantes cercanos. Elige el que quieras. Los tengo memorizados en la marcación rápida de mi teléfono.

Él pasó sus nudillos a lo largo de su brazo.

—Entiendo que vives a base de comida a domicilio.

—Alguien tiene que mantener a los restaurantes en funcionamiento.

Él se rio, le apartó los mechones sueltos de alrededor de su cara y aterrizó un beso tierno sobre sus labios.

—Eres graciosísima. —Se movió saliendo de debajo de ella, se levantó y caminó hacia la cocina. Podía sentir la mirada de ella sobre él—. ¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa.

Encontró los menús y se decidió por un restaurante italiano. Estaba leyendo una lista de entrantes cuando giró la cabeza y echo un vistazo hacia Ashley. Estaba tumbada sobre su estómago, una almohada sobre sus nalgas y sus ojos sobre él. Le guiñó un ojo y tomó tanto el menú como el teléfono y caminó de vuelta hacia el diván.

—Estás muy cómodo caminando alrededor. —Ella apuntó un dedo en su dirección—, me gusta eso.

Él le quitó la almohada.

—Tú también deberías estarlo, mi modesta artista. —Levantó la almohada lejos de la mano que ella extendía y le entregó el teléfono en su lugar—. Dejaré que pidas por los dos mientras yo picoteo mi aperitivo.

Ella le lanzó una mirada perpleja, pero aun así tomó el teléfono y el menú. Mientras ella hacía el pedido, él se sentó entre sus piernas en el diván y

estudió su cuerpo. Se había acostado con una buena cantidad de mujeres, pero ninguna había mantenido tal fascinación para él. Abarcó su nalga y la apretó.

Ella colocó el teléfono abajo y le lanzó una mirada por encima de su hombro.

—La comida está en camino. ¿Quieres ducharte conmigo?

—No, quiero que te corras conmigo, otra vez. He deseado hacer esto desde que te conocí. —Se inclinó hacia abajo y dio un mordisco en su culo, lo suficientemente fuerte como para sacarle un jadeo. Luego lamió y acarició el punto que acababa de morder, disfrutando la forma en que los músculos de su glúteo se contraían—. Hmm, me encanta tocar a una mujer. —Agarró sus caderas—. Ponte de rodillas, nena.

Ella se rio nerviosa.

—Ron, dame un momento para recuperar el aliento.

—Guarda eso para cuando estés durmiendo. Apenas he empezado. —Pasó sus manos a lo largo del interior de su muslo, sintiendo sus músculos temblar con la anticipación. Su piel era suave, sus extremidades flexibles—. Abre, cariño, y deja que te haga sentir bien.

—Eres insaciable.

—Y tú estás a mi nivel en cada sentido. —Ella elevó la cadera del diván de forma que su desnudo trasero estaba apuntando hacia arriba en el aire. Él lo acarició, estudiándola, adorando la postura provocativa y tentadora. Ello lo observaba por encima del hombro, sus ojos vulnerables e inseguros.

—Eres preciosa. Sexy. —Su mano subió por su muslo para encontrar el sedoso calor desde atrás, deslizando suavemente un dedo dentro de ella—. No tienes ni idea de cómo he fantaseado sobre esto, volverte loca desde atrás.

Otro dedo se unió al primero mientras su otra mano se deslizaba a través de su vientre para acariciar sus pezones. Ella vibraba y se balanceaba contra su mano, su espalda arqueándose a la vez que sus músculos pulsaban alrededor de su dedo y un sollozo de desamparado placer se escapaba de sus labios.

Ron sabía que la estaba presionando mucho, pero su apetito famélico por su cuerpo estaba más allá de su comprensión. Era nuevo, sorprendente y un poco desconcertante.

—Quiero más, Ashley.

Ella asintió y se hundió más abajo, invitándole a satisfacerse a sí mismo. Su dulce aceptación lo puso más duro que una roca. Quería su rendición a él, a su pasión y aun así era él quien era seducido por su naturaleza generosa. Cuanto más daba ella, más quería él. Conocía a esta mujer desde hacía poco tiempo, pero rápidamente se estaba volviendo más importante que el aire que respiraba. Observarla mientras se desmoronaba bajo sus manos provocaba algo a tus entrañas.

Se colocó un condón, entró lentamente en su resbaladiza entrada, saboreando su sensación. Ella se balanceó para encontrarse con él, dando la bienvenida a su invasión. Él luchó contra las sensaciones que surgían a través de su cuerpo y se tomó su tiempo, yendo en lentas y oscilantes embestidas.

—¿Cómo se siente?

—Bien.

No estaba satisfecho con su respuesta.

—Dime cómo te gusta, nena.

—Más rápido… más fuerte —jadeó ella.

Incrementó el ritmo. Con cada embestida deslizándose, un gruñido de placer se le escapaba. Ella era tan estrecha, se ajustaba a él perfectamente. La mano de ella de escabulló alrededor para agarrarle la nalga. Su control se disparó, sus embestidas se hicieron más rápidas, más fuertes y profundas. El ritmo sensual la llevó al límite, y él gritó con voz ronca mientras la tormenta de sensaciones lo catapultaba hacia la nada.

Ashley se desplomó sobre el diván y él la siguió, moviendo su peso fuera de ella y rodando al lado.

—La comida está aquí —gritó Ashley cuando el timbre de la puerta sonó una hora más tarde. Ya estaba vestida. Ron, por otro lado, se había quedado atrás en la ducha para recuperar el aliento.

Ron salió del baño, con una toalla alrededor de su cintura.

—Eres una mujer malvada, Ashley Fitzgerald.

—Te encantó cada momento. —También a ella. Había sido divertido verle perder el control, echar abajo sus barreras y dejarle indefenso y tembloroso en sus brazos, justo como él le había hecho a ella cada vez que habían hecho el amor—. Yo iré a por la comida. —Corrió escaleras abajo, agarró su bolso y se apresuró hacia la puerta.

Si hubiera usado la mirilla antes de abrir la puerta, habría estado preparada. Tal como fue, abrió la puerta de un tirón, vio la cara del repartidor y se paralizó. ¿Se estaba volviendo paranoica después de lo que había pasado antes y todos los hombres con barba empezaban a parecerse?

—¿Señorita Ashley Fitzgerald? —preguntó el barbudo repartidor sonriendo.

A pesar de las bolsas con el logo de La Trattoria el hombre parecía demasiado mayor para ser un repartidor. Tenía un bronceado que le debía mucho al sol y no a una pigmentación natural. Su pelo era rizado, un tono de castaño que era difícil de describir, sus ojos azul claro y sus rasgos no particularmente destacables. Tenía una cara que uno podría ver en una multitud y no recordar nunca.

—¿Señorita? ¿Hizo usted un pedido a La Trattoria? —preguntó él.

—¿Dónde está Nguyen? —balbuceó Ashley al mismo tiempo, un poco incómoda por la forma decidida en que él la miraba fijamente.

—¿Disculpe?

—El joven que normalmente reparte mi comida… Nguyen, ¿dónde está?

—Oh. Estaba fuera cuando llegó su pedido. Usted es la señorita Ashley Fitzgerald, ¿verdad?

—Así es. —Sacó su billetera, levantó la vista y lo atrapó echando un vistazo al interior de la casa. Se movió y le bloqueó la vista—. Ron, la comida está aquí —gritó por encima de su hombro, sólo por si acaso el hombre pensaba que estaba sola en casa. Le dedicó una sonrisa angelical—. ¿Cuánto le debo?

—Cincuenta y dos dólares y sesenta centavos.

—Debéis estar ocupados esta noche. —Escribió un cheque que incluía la propina—. El tiempo de entrega de vuestro restaurante suele ser de treinta minutos.

El hombre se encogió de hombros, sus ojos disparándose hacia los ascensores como si tuviera prisa por irse.

—Estaba muy lleno. Hay una conferencia por aquí cerca y el lugar ha estado abarrotado estas últimas noches. Gracias —añadió cuando ella le dio el cheque y luego se volvió y se alejó.

En un impulso Ashley preguntó:

—¿Cuál es su nombre? —Él se detuvo para mirarla con el ceño fruncido y añadió:

—Me gusta usar los nombres de la gente cuando me dirijo a ellos.

—Lester Dunn. —Una extraña mirada que no pudo identificar cruzó por su cara, pero luego bajó la cabeza antes de que ella pudiera descifrarla—. Discúlpeme, señorita.

—Encantada de conocerle, Lester. Nos veremos la próxima vez.

El hombre se apresuró a irse, sin molestarse en mirar atrás. Ashley lo miró fijamente, la incomodidad entretejiendo sus entrañas. Si tan sólo hubiera visto los rasgos del motorista que la había seguido a casa antes. Ponerle una cara al diablo era mejor que estar en la oscuridad. Y el repartidor era un poco inquieto y entrometido para su gusto.

Estaba cerrando la puerta cuando un Ron descamisado apareció tras ella.

—Había algo realmente raro acerca de ese repartidor.

—¿En qué sentido? —Ron tomó las bolsas de comida de sus manos y la siguió hasta la cocina.

—Lo atrapé echando un vistazo al interior de mi apartamento y luego tan pronto mencioné tu nombre no podía esperar para salir corriendo de aquí. —Levantó el teléfono y pulsó en la marcación rápida el número del restaurante—. Llámame paranoica, pero tengo que confirmar que realmente es un empleado de La Trattoria. Lester tenía una barba completa como el motorista y era un poco mayor para ser repartidor... ¿qué pasa? —Ron se había quedado petrificado a mitad de su explicación.

—¿Lester? ¿Has dicho Lester?

—Sí. Lester Dunn. —Pulsó el botón de colgar, terminando la llamada sin hablar—. ¿Qué? ¿Quién es?

Con expresión tensa, la observó con detenimiento.

—No hizo o te dijo nada amenazante, ¿verdad?

La reacción de Ron estaba empezando a asustarla.

—Como dije, lo atrapé echando un vistazo al interior de mi casa. ¿Qué pasa, Ron? ¿Quién es Lester Dunn?

—Un nombre en una lista. —Sacó su teléfono móvil y pulso botones con la mandíbula apretada—. Recuerda las cartas en mi parabrisas; Lester Dunn estaba en la segunda lista. —Su atención se desvió a la persona al otro lado de la línea—. Kenny, encontré a Lester Dunn. Sí. Fingió ser un repartidor de un restaurante cercano. ¿Puedes creer esta mierda? Fue tan condenadamente arrogante que le dio a Ashley su verdadero nombre. —Escuchó durante unos pocos segundos y luego dijo:

—¿En cuando tiempo puedes llegar aquí? Puedes apostar a que quiero un barrido completo del lugar. No, no hicimos el pedido por Internet. Usamos el teléfono. De acuerdo, nos vemos. —Finalizó la llamada—. Tengo que hablar con el guarda de abajo.

Ella bloqueó su camino.

—No tan rápido. ¿De qué va esto?

—La empresa de Kenny trabaja con medidas contra las técnicas de vigilancia, limpiando lugares. Lo que quiera que Dunn colocara aquí, un barrido completo lo encontrará.

Seguro que lo debía de haber malinterpretado.

—¿Limpiado? ¿Cómo en retirar dispositivos de escucha? ¿Por qué creerías que…?

—Es la única forma en que Dunn pudo haber sabido lo de nuestro pedido —la interrumpió impacientemente—. Tenía que estar escuchando.

Ashley abrió la boca para protestar, pero las palabras se perdieron en su garganta. La idea de que alguien se hubiera escabullido dentro de su hogar la dejó vacilando por el asombro.

—¿Cómo? Los guardas no dejan entrar a nadie aquí sin permiso.

—¿Ah, sí? Dunn acaba de entregar nuestra comida. El guarda no lo detuvo o lo interrogó. —Su tono era duro, su expresión furiosa.

—Deja de gritarme, Ron.

—¿Quién dice que no ha repartido algo más antes a alguien más en el edificio y se coló aquí? —continuó como si ella no hubiera hablado.

—Si lo hizo, yo no soy la que lo dejó pasar. ¿De acuerdo? Y ya está bien con ese tono.

—No estoy gritando. —Bajó su tono pero todavía sonaba molesto—. Tú aprobaste las entregas de comida de cómo-se-llame cuando nadie debería subir aquí sin tu autorización.

—¿Ah, sí? Tú lo hiciste.

—Eso es diferente.

—Ya, claro. Diferentes reglas para ti. ¿Por qué no estoy sorprendida? —Ella vio la preocupación grabada en su rostro y se dio cuenta de la bruja que había dentro de ella. Sí, las cosas estaban saliéndose de control en espiral, pero no debería pagar sus frustraciones con Ron—. De acuerdo, Ron. Entiendo a dónde vas con esto. Nadie sube sin que yo lo diga desde ahora en adelante.

Él asintió.

—Bien. Voy a hablar con los guardas de abajo. Estaré de vuelta en breve.

Mientras salía, se llevó el teléfono móvil a la oreja y dijo:

—Mamá, tenemos que hablar.

Ashley cerró con llave la puerta tras él, revisó todas sus ventanas para asegurarse de que estaban cerradas y puso su sistema de alarma en el modo “en casa.” Luego empezó a buscar dispositivos de escucha. Para ser honesta, no tenía ni idea de qué estaba buscando. Aun así tomó un destornillador y abrió sus teléfonos, revisó detrás de su televisor, en cada rincón y ranura donde alguien podría esconder algo. No había nada.

¿Realmente ese asqueroso se había colado en su apartamento y había puesto micros? La idea le daba pánico. La hacía sentir expuesta y vulnerable, invadida. ¿Había escuchado las conversaciones que había tenido por toda la casa y al teléfono durante las últimas semanas?

¿Escuchado como hacían el amor antes? No, estaba precipitándose. Probablemente no había nada, sólo era Ron siendo excesivamente cauto. Pero, ¿y si no lo era?

Hizo un cambio de idea y empezó a pensar en algo más aparte de sí misma, en la gente que estaba en la Casa Carlyle la noche del incendio. Con Kirkland en el hospital y Hogan desaparecido, eso dejaba a la madre de Ron. La madre de Ron podría estar en peligro y debía ser advertida. Esperaba que Ron hablara con ella y... oh, Dios, se estaba olvidando de Nguyen. Si Dunn era realmente esa escoria de motorista turbio, el repartidor podría estar yaciendo en alguna parte lastimado y en necesidad de ayuda.

Ashley pescó su teléfono móvil y marcó el número del restaurante.

—Su amigo nos llamó hace unos minutos, Srta. Fitzgerald —le dijo la gerente—. El Sr. Ron Noble. Le dijimos que Nguyen se fue con su pedido hace casi una hora.

Eso era malo.

—¿Han llamado a la policía?

—Sí. Sé que querrán hablar con usted también. Su amigo dijo que ambos estarán en casa.

—Sí, estaremos. —Nguyen había estado repartiendo comida en su zona desde hacía casi seis meses y los dos habían charlado a menudo cuando él dejaba su pedido. Le gustaba pensar que tenían alguna clase de relación—. Espero que Nguyen esté bien.

—También nosotros —dijo la mujer y luego colgó.

Ashley bajó el teléfono, cruzó sus brazos y se abrazó a sí misma, un escalofrío deslizándose bajo su piel. Deseaba poder llamar a Eddie, de nuevo, pero eso no sería justo para él. Había estado bien llamarlo cuando necesitaba confirmación, pero una investigación en toda regla debía ser manejada por la comisaría local. ¿Por qué la idea no la llenaba de consuelo?

Capitulo 12

Traducido por C_KARY

Corregido por francatemartu

Ashley se sentó en un banquillo de la mesada, sus dedos rapeaban una melodía sobre el mostrador de granito, abrió un libro de bocetos a pocos centímetros de distancia. Por una vez, no podía usar su arte para librarse de la tensión nerviosa. La espera la estaba agobiando. El oficial que la interrogó había sido muy cortés. La teniente Sánchez la escuchó, pregunto cuándo correspondía e incluso soportó la actitud prepotente de Ron.

Las intenciones de Ron eran buenas, ella sabía eso, y comprendía de donde provenían. Si la policía lo hubiese tomado en serio cuando él se aproximó por primera vez con las cartas y hubiese reabierto la investigación por el incendio de la casa Carlyle, Dunn y quienquiera fuese para quien hubiera trabajado no estarían dando vueltas lastimando gente.

Para cuando Sánchez dejó su apartamento, la oficial estaba más que dispuesta a cooperar con ellos. Ashley no se sorprendió al recibir una llamada luego sobre Nguyen. Encontraron al repartidor magullado y maltrecho, y abandonado en el baúl de su auto, apenas con vida. Desafortunadamente, Sánchez estaba regresando para discutir algo que ella se negó a divulgar a través del teléfono.

Ashley no tenía ni idea de qué se trataba, lo cual sólo se añadía a su frustración. Ron se ofreció como voluntario para bajar y abordar a la oficial y mantenerla fuera del camino hasta que su amigo Kenny Lambert limpiase de micrófonos su casa. Ashley giró su cabeza para poder así estudiar abiertamente al detective privado mientras se movía por la habitación, revisando debajo y alrededor de un objeto tras otro.

¿Cómo lo había llamado él? Una búsqueda física y visual. Ya había terminado una electrónica-radiofrecuencia, cableado y conductores de energía.

Por el modo en que Ron habló de Kenny Lambert, ella había esperado que el hombre fuera de trato fácil, común y corriente de rasgos fácilmente olvidables, el típico Investigador Privado.

Pero todo acerca de Kenny era llamativo-penetrantes ojos verdes, duros, cara y cuerpo cincelados. Sus ojos rasgados y cabello negro insinuaban una herencia asiática, y el modo en que se deslizaba al caminar, uno no lo oía moverse hasta que estaba justo al lado tuyo. Vestido totalmente de negro, le recordaba a una pantera, en gran forma física, duro, nervioso, mortal.

Como si él fuese consciente de su escrutinio, la miró y sonrió. La sonrisa suavizaba los duros rasgos de su cara y le guiño un ojo formándose hoyuelos en sus mejillas.

—Casi terminado —dijo y luego se acercó a las estanterías de libros en la esquina de la planta principal de su apartamento.

Demasiado agitada emocionalmente para ser apaciguada por su expresión serena y sonrisa tranquilizadora, ella mantuvo su vigilancia sobre él.

No había lugar en su casa que él no hubiera revisado, incluyendo los cajones de su dormitorio y roperos. Su cara se había calentado con vergüenza.

Qué diablos, su cuello estaba calentándose sólo de pensar en ello. Ella se levantó de un salto y rodeó el mostrador de la cocina, extendiendo su mano para llegar a la cafetera. Ella se había estado ahogando en cerveza oscura en el último par de horas.

Qué lástima que no se hubiese dejado llevar por la fuerza del alcohol, pero café era todo lo que ella se había prometido a tocar hasta que hablase con la oficial Sánchez. Ashley estaba ocupada sorbiendo la bebida y esforzándose por no pensar en su difícil situación actual, cuando Kenny apareció a su lado. La sonrisa que le dio fue incierta.

—¿Terminado?

Él asintió.

—Sí. —Colocó la maleta más pequeña en la encimera y dejó la más grande en el suelo junto a sus pies.

—¿Quieres un café? —Él había declinado la oferta al principio cuando había llegado.

—Si no es mucha molestia —dijo con una expresión solemne.

—Lo tomo negro. —El servirle la bebida le daba a ella algo que hacer mientras mentalmente se armaba de valor contra las respuestas que él tenía para ella. Sabía que él había encontrado unos pocos micrófonos, algunos justo debajo de donde ella había mirado antes.

Ashley colocó la taza en frente de él antes de hablar.

—¿Cuántos encontraste?

Vaciló y dio un vistazo hacia la puerta.

Ashley se frotó los ojos con la palma de la mano y respiró hondo. Con la situación de Dunn, su tío en UCI y la petición de la oficial Sánchez de tener una charla con ella, no estaba de humor de ser puesta nerviosa por nadie.

—Por favor. Sea lo que sea, a pesar de ser perjudicial, puedo manejarlo, Kenny. Créeme. No necesito a Ron sosteniendo mi mano.

Una sonrisa cruzó su cara.

—No creo que lo necesites. He encontrado cinco transmisores de Radio Frecuencia en el teléfono de arriba, tu cómoda, el teléfono de abajo, el gabinete de pintura y en la base del busto de Nefertiti.

Señaló hacia el librero en la esquina de la habitación.

—Había un spyware en tu computadora para monitorear y registrar actividades de Internet. Utilizaron algún sistema muy veloz, pero no fue difícil de detectar. —Abrió el maletín en el mostrador y sacó una bolsa de plástico del mismo. En él había seis gadgets de diferentes formas y un disco, el cual él recogió—. He copiado todo lo que pude. Voy a tratar de obtener más información sobre él una vez que vuelva a mi oficina.

Ashley cerró los ojos y se estremeció. Ella era una artista, no un genio techno.

Software espía, transmisores de frecuencia de radio, ella estaba tan fuera de su elemento no era gracioso.

—¿Estás bien? —Ashley abrió los ojos e intentó una sonrisa casual. Sabía que falló cuando Kenny se detuvo en el proceso de beber su café y sus ojos se estrecharon.

—Todo esto es un poco abrumador, pero voy a estar bien. Gracias por preguntar. ¿Me llamarás una vez que sepas más sobre ello?

Ella señaló el disco en su mano.

—Por supuesto. —Dejó caer el disco en el maletín—. Pero necesitaré pedir prestada tu computadora.

Se quedó mirando la máquina y combatió su repulsión.

Él malinterpreto su duda.

—Voy a tratar de devolvértela tan pronto como…

—Tómala, y cualquier otra cosa más que puedas necesitar. Y una vez que hayas terminado, sólo… sólo deshazte de ella. No podía soportar mirarla ahora, y mucho menos usarla. Además, no había nada en ella que no hubiese respaldado. La próxima vez ella compraría un ordenador portátil.

Ya no más dejar su equipo alrededor para que algún psicópata colocase micrófonos.

—¿Es, uh, es posible saber cuánto tiempo estos micrófonos han estado en mi casa?

Kenny apuró su café, luego puso la taza en la mesa.

—Sólo el spyware. Alrededor de tres semanas.

—¿Qué? Lo acabo de comprar.

—¿Cuándo?

—Dos meses atrás. —Su corazón cayó a sus pies ante la implicación. Ron vino a verla una semana y media atrás. Si Dunn ocultó micrófonos en su casa, sucedió mucho antes de que Ron vino a verla, justo después de que su agente contacto a Nina sobre la casa Carlyle, lo cual sólo significaba una cosa. El pedazo de escoria del motociclista estaba tras ella no Ron—. Cómo sabes… es decir, ¿cómo puedes saberlo?

— El programa almacena todas las claves que tú pulsas cada vez que utilizas el teclado y todas tus actividades en la red en un archivo de texto que se envía a un sitio FTP. Quienquiera que lo plantó accede a dicho sitio desde una ubicación remota. Revisé las fechas en que la información fue transmitida.

Ella luchó para detener la evocación de imágenes desagradables de un extraño entrando a hurtadillas en su apartamento.

—Gracias, Kenny.

Su voz salió un poco insegura y tuvo que tragar antes de continuar:

—¿Cuánto te debo…?

Descartó su pregunta con un ademán y el ceño fruncido.

—No te preocupes por eso, Ashley. Estoy feliz de poder ayudar.

—Gracias. —Ella lo acompañó hasta la puerta, le dio las gracias, una vez más, y cerró con llave. Ella envolvió sus brazos alrededor de sí misma y miró furtivamente alrededor de su casa, sintiéndose insegura, incluso con la alarma.

Alguien andaba tras ella.

¿Cómo diablos se suponía que tenía que lidiar con eso?

Cuando luego sonó el timbre, Ashley se sacudió nerviosamente. Señor, sabía que ella estaba hecha un desastre, emocional y mentalmente. Necesitaba controlarse rápido y elaborar un plan. Se apresuró a comprobar por la mirilla, confirmando que eran Ron y la teniente Sánchez.

Abrió la puerta y retrocedió, su mirada fija en Ron. Tenerlo a su alrededor la hacía sentir mucho más segura, pero en lo profundo de su mente sabía que debía dejarlo ir. Quienquiera que estuviese tras ella podría llegar a herirlo para llegar a ella. La idea de que cualquier cosa pudiese sucederle a él, como a Kirkland o Hogan, la dejó aturdida por el miedo. Él le tomó la mano, interrumpiendo sus pensamientos y haciendo que ella se preguntase si sus sentimientos estaban escritos en su rostro. Ella miró a Sánchez.

—¿De qué quería hablar?

—Vamos a sentarnos primero —dijo Ron cerrando la puerta con el pie y guiándolos hacia el mostrador. Él les había sentado alrededor del mostrador en cosa de segundos—. Hablé con mi capitán acerca de su situación Srta. Fitzgerald —comenzó la oficial.

—¿Mi situación?

—Dunn está tras usted, Srta. Fitzgerald. Eso es un hecho. Después de herir gravemente a ese repartidor y a su tío y de ser el principal sospechoso de la muerte del Sr. Hogan en Idaho, estamos tomando dicha amenaza en serio.

Los ojos de Ashley se ensancharon, luego su mirada se desplazó a Ron.

—¿Hogan está muerto? —Su voz salió en un chillido.

Ron asintió, agarrando su mano.

—La oficial Sánchez acaba de recibir la noticia a través de su comisaría.

—Encontraron su auto en un lago —agregó la oficial—. Los policías de allí piensan que perdió el control de su auto, se estrelló contra un terraplén y cayó hacia el lago, pero después de hablar con el Sr. Noble, creo que esto no fue un accidente. La teoría del Sr. Noble sobre el incendio en la casa Carlyle vale la pena analizar.

—Es el único incidente que la conectan a usted, Hogan y Kirkland. Tenemos la intención de reabrir el caso tan pronto como atrapemos a Dunn.

—¿Por qué después que lo atrapen? —preguntó Ron tal como dijo Ashley—. ¿Por qué esperar?

—Mi capitán necesita más evidencia —dijo Sánchez—. En este momento, todo parece circunstancial. Además, en verdad es prudente respaldar el caso.

Ron maldijo en voz baja, con los ojos llenos de rabia.

—¿Será otro cadáver suficiente evidencia? —Soltó la mano de Ashley y se puso de pie. Caminaba, frotando su cara y deteniéndose ocasionalmente para mirar a la oficial.

—Esto es mierda, ¿me oye? —gruñó.

La oficial le dio una mirada de simpatía.

—Entiendo cómo se siente, Sr. Noble. Se lo prometo, no vamos a dejar que le pase nada a la Srta. Fitzgerald.

—Tenemos la intención de mantenerla vigilada.

Ashley se sentó.

—¿Perdón?

—Al menos es algo —dijo Ron, como si ella no hubiera hablado—. ¿Cuándo va a empezar?

—Esta noche. Tenemos un equipo de vigilancia afuera mientras hablamos.

Ashley no podía creer lo que estaba escuchando, o que estaban planeando cosas sin consultarla.

—Hey.

Los dos se volvieron para mirarla. Hizo caso omiso de Ron y fijando su mirada en Sánchez.

—¿Vigilancia? ¿A mí?

—Esto es lo que quería hablar con usted, señorita Fitzgerald. Como un posible blanco, debemos hacer lo que sea necesario para mantenerla a salvo. Mañana a primera hora, planeo tener a nuestra gente de tecnología instalando transmisores de audio y vídeo que se activan con el movimiento.

—No. Ni gismos ni gadgets en cualquier lugar cerca mí o de mi casa.

Su voz se alzó hacia el final de la frase.

Ashley negó con la cabeza tan fuerte que sentía un zumbido en sus oídos.

De ningún modo iba a permitir que se invadiese su intimidad, de nuevo.

—Ningún vehículo sin identificación siguiéndome, no…

Ron tomó su brazo.

—Ashley.

Ella se encogió y se puso de pie, alejándose de él. Ella pendía de un hilo, apenas funcionando por lo que Kenny había encontrado. ¿Y ahora ellos quieren su consentimiento para más cámaras ocultas y demás?

—No, Ron. No lo puedo hacer.

— Maldición, Ashley.

—Srta. Fitzgerald…

—No. —Ella se cruzó de brazos y los miró desafiante. Obviamente Ron había discutido este asunto de vigilancia con Sánchez sin consultarla. Tal arrogancia. Su cólera se disparó—. No puedo permitirlo. —Su tono

implicaba no, pero no le importaba. Ella no iba a ser empujada a hacer algo mientras se sentía tan indefensa y vulnerable.

Necesitaba tiempo para pensar las cosas, una estrategia. En este momento le dolía demasiado el respirar, por no hablar de elaborar un pensamiento coherente. Como si ella entendiese sus dudas, la oficial Sánchez dijo:

—Por lo menos permita que un oficial se quede con usted. Le prometo que no va a ser intrusivo. Usted apenas sabrá que está allí.

Sí claro. Ella estaba dando la nota, como pez fuera del agua. Podía sentir la intensa mirada de Ron sobre ella, pero no le hizo caso. La frustración de Sánchez era evidente, también. Ella probablemente pensaba Ashley era una idiota. Mejor una tonta con un cierto control de su vida, que un manojo de nervios saltando ante cada sombra.

—Necesito tiempo para pensarlo —dijo Ashley.

La policía suspiró.

—No podemos predecir cuándo va a atacar otra vez por lo que…

—Dije que voy a pensarlo. —Ella se sintió mal por hablarle bruscamente al oficial que sólo estaba haciendo su trabajo—. Se lo haré saber en la mañana. No ahora.

—Por favor —le rogó con los ojos.

Nuevamente, la intuitiva oficial entendió rápido. Ella asintió.

—Haga eso Srta. Fitzgerald. Por ahora, tengo un equipo afuera si necesita algo.

—Gracias. —Ashley observó a Ron escoltar al oficial a la puerta, luego reacciono con enfado cuando empujó la puerta cerrando suavemente y quedándose allí, sus duros ojos sobre ella.

Ella quería decir *¿qué?,* pero algo en sus ojos le hizo mantener la boca cerrada. Avanzó hacia ella en pasos medidos.

—¿Estás bien?

El tono de él era suave, pero le recordó un volcán a punto de estallar.

Ella se encogió de hombros y trató de igualar su tono.

—Viviré.

—No, no lo harás —le espetó, lo que la hizo estremecerse. Entonces, como si se arrepintiese, él tomó una inspiración profunda tranquilizadora.

Cuando llegó a su lado, sus brazos se deslizaron alrededor de su cintura y él la abrazó con fuerza. Ella apoyó contra él, recurriendo a su calor, su presencia constante y sólida.

—Dime ¿por qué? —Ron la hizo volverse y escudriñó su cara. Frotó sus brazos, con expresión sombría. Quería retroceder físicamente, pero estaba tan cansada. A decir verdad, ella quería meterse en la cama y olvidar que hoy hubiera sucedido. No la parte de hacer el amor. Eso ella lo atesoraba.

Pero lo demás, ella quería enterrarlo.

—Dije que lo voy a pensar, Ron.

—No tenemos tiempo para eso —dijo con desdeñosamente—. No cuando ese hijo de puta sabe dónde vives. —Escudriñó su rostro—. Si estás inquieta por tener protección policial, entonces deberías considerar quedarte conmigo.

¿Y ponerlo en peligro? Ella negó con la cabeza.

—No. —Ella realmente no quería pensar sobre policías y protección o por qué Dunn y la gente que trabajaba para el tenían su casa intervenida. En estos momentos ella quería arrastrarse debajo las mantas y sólo aullar.

—Nena, por favor, ven a mi casa hasta que esto termine.

Ella se quitó de encima la autocompasión.

—No voy a dejar que ese hombre me eche de mi casa. —O poner a Ron en peligro por mudarse con él. Ella no sabía cómo sucedió, en realidad no le importaba, para ser honestos, pero ella estaba enamorada de Ron. Y no estaba dispuesta a dejar que Dunn se acercase a él.

Ella había perdido a demasiada gente que amaba para agregarlo a la lista.

—No estoy huyendo, ya no.

Sus ojos se entrecerraron confusos.

—¿Quién ha dicho nada de huir?

—Tú viniste a verme hace una semana y media, el material de espionaje fue plantado antes de eso. Dunn está tras de mí debido… —Se tocó la cabeza—, lo que sea que haya visto diez años atrás. Es por eso que él tenía mi casa intervenida. Claro, alguien allá afuera quiere sacar a la luz lo que pasó. Pero Dunn y quienquiera para el que él trabaja quiere enterrarlo. —Un sonido horrorizado se le escapó. Kirkland. ¿Qué pasa si la primera conversación de ella con Kirkland le condujo a Dunn hasta él?

Ella era responsable por que le había sucedido.

—No saquemos conclusiones precipitadas. Recibí la primera carta hace unas tres semanas, también. Tal vez el hecho de que di unas vueltas y hablé con viejos amigos bomberos de mi padre trajo a Dunn a tu puerta.

Ron agarró sus brazos.

Su afirmación le dio qué pensar. Cómo quería creerle, pero no, no podía engañarse a sí misma.

—Gracias, pero yo no puedo descartar nada.

—Si la Dra. Reuben no estuviera volando al Este para una conferencia, yo le pediría hipnotizarme a primera hora de la mañana. Quiero saber todo ahora. El miércoles parece tan lejano.

—Si insistes en permanecer aquí, me quedaré también. Podemos encontrar una manera de mantenernos ocupados hasta que el buen doctor regrese. —Él le pasó un brazo alrededor de su hombro y comenzó a guiarla hacia las escaleras—. No. —Ashley se mantuvo firme en sus tacones y con suavidad empujó el brazo de su hombro.

—Tengo un mural para terminar y…

—¿Qué? ¿No estás pensando en ir a trabajar con esto pendiente sobre nuestras cabezas? —Se cruzó de brazos y fijó su mirada inflexible en ella.

—Yo no voy a dejar de vivir…

—Está bien. Te llevaré dondequiera que necesites ir.

Un hombre te da orgasmos múltiples y piensa que te posee. ¿No podía él comprender a través de su cabeza de alcornoque que ella estaba tratando de proteger su pellejo? Si ella era el blanco, lo deseaba lo más alejado posible

de ella. De hecho, ella planeaba llamar a la Oficial Sánchez tan pronto como Ron se fuera.

—¿Sabes qué, Sr. bombero Ardiente? Yo no recuerdo haber pedido que seas mi guardaespaldas. Puedo cuidar de mí misma. —Terminó mordiéndose la lengua.

—¿Te gustaría un resumen de lo que Dunn hizo a tu chico de los recados? —le preguntó en voz engañosamente suave—. Un chico, el cual podría añadir, es más alto, grande y fuerte que tú.

Escalofríos se propagaron por sobre su piel. No, ella no necesitaba una reseña de la última acción de Dunn. Localizar el Ford Escort de Nguyen, automóvil que utilizaba para hacer las entregas, no le tomo demasiado tiempo a la policía. Lo descubrieron en un callejón no lejos del edificio de apartamentos de Ashley, el hombre sangrando y agachado amordazado en el maletero. Sólo de pensar en lo asustado que el pobre hombre había estado se sentía mareada.

—Yo no voy a dejar de vivir a causa de ese hombre, Ron.

Ella pasó junto a él y se dirigió hacia la cocina, pero él esquivó sus pasos.

—Y no voy mudarme contigo.

—Si la idea de estar en mi casa es tan poco atractiva y no me quieres aquí, entonces ve con tus primos por un tiempo.

Unos dedos helados se deslizaron por su espalda ante sus palabras. La idea de que cualquier cosa suceda a uno de sus primos, porque ella no podía cuidar de sí misma era francamente aterradora. Por diez años había dejado que el miedo a lo desconocido dictase cómo trataba los eventos de su pasado.

Qué diablos, ella jamás quiso indagar en él, hasta el día que Ron entró en su vida.

Incluso después de que ella llamó a la Dra. Reuben y discutió la hipnosis, todavía tenía sus reservas.

Ahora sabía que para vencer a Dunn en este juego del gato y el ratón, tendría que desbloquear los portones y dejar salir cualquier demonio oscuro que estuviese oculto en su subconsciente. En su memoria perdida estaba la clave de esta pesadilla. Traer a sus primos a esto sería una estupidez.

—No puedo, Ron —susurró Ashley se detuvo ante la encimera.

—¿Por qué no? —Ron la hizo volverse para que ella lo encarase, sus ojos brillaban con frustración.

La ira crecía lentamente dentro de Ashley. Él se estaba volviendo fastidiosamente insistente. Ella tenía que hacerle irse ahora mismo o ella diría algo que ambos lamentarían.

—Porque yo no puedo pintar en cualquier parte sino aquí. Tengo planeado empezar tan pronto como termine de revelar las tomas que hice hoy o… —Su voz se quebró. Ashley respiró hondo y se aclaró la garganta—. O no habrá espectáculo. De hecho, no voy a necesitar de ti cuidándome por un tiempo.

Ron masculló una maldición en voz baja y se metió las manos en los bolsillos, como deteniéndose de agarrarla y sacudirla para hacerle entrar en razón.

—Ashley, no habrá espectáculo si estás yaciendo en el hospital con un cuerpo roto.

Las imágenes que sus palabras estaban creando eran espantosas. Para impedirle de ver cuán emocionalmente sacudida estaba, se volvió, abrió la puerta del refrigerador y sacó una caja de su helado favorito. Rodeó alrededor de él, su rostro apartado, abrió un cajón y sacó una cuchara.

—Demonios, Ashley. —Él tiró de su brazo y la giró para mirarlo—. ¿Por qué estás actuando así? —Si tan sólo pudiera decirle la verdad. La idea de Dunn haciéndole daño volvió su interior frío.

—Sé que piensas que estoy siendo testaruda pero…

—Testaruda no empieza a describirlo. Estás tomando riesgos con tu vida y no voy a permitirlo.

—¿Tú? —Ella se echó hacia atrás con los ojos redondeados—. ¿Cuándo fue que esto se convirtió acerca de ti? —Su tono era mordaz.

—Cuando te convertiste en mi amante, nena, ahí es cuando. —Sus palabras eran deliberadas, como si estuviese explicándole el mismo al idiota del pueblo.

Con ojos llameantes, se inclinó hacia ella.

—Cambió la dinámica de nuestra relación.

En un día diferente, sus palabras la habrían estremecido. Ahora mismo ella no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por ellas. Ella tiraba del brazo liberándolo de su mano y puso un poco de distancia entre ellos.

—No estés tan seguro sobre eso —murmuró.

—¿Qué se supone que significa eso?

La sonrisa que ella le dio se suponía era casual, pero se quebró cuando vio su expresión. Él era intimidante cuando se enojaba, pero ella soportaba su enojo para protegerlo. Ella iba arriesgarse con esto. Si él lo creía, se iría y ella no tendría que preocuparse por él por encima de todo lo demás.

—Mis primos me hablaron de tu reputación, Ron. Es por eso que me acosté contigo. Yo, eh, sólo quería ver si era cierto. —Ella casi se atragantó con la mentira.

La incredulidad brilló en sus ojos y dolor hacia ella retorciéndole sus entrañas. *¿Por qué siempre tenemos que lastimar a los que amamos?*

El corazón le golpeteo duro, Ashley se obligó a sostenerle la mirada cuando lo único que quería hacer era correr a sus brazos, retirar sus palabras y amarlo con locura.

Ella tragó saliva y continuó:

—De hecho estas a la altura de tu reputación. Esta noche tal vez sea sólo otra muesca en el poste de tu cama, pero fue el mejor sexo que había tenido en mucho tiempo. Eres muy bueno, excepto… —Hizo una pausa, cobarde como ella era, desplazo su mirada al pulso que latía de manera irregular en la base de su cuello—, te olvidaste una cosa. Se supone que te irías antes de que las sabanas se enfriasen.

Ella esperó a que él la maldijese, agarrase la chaqueta y saliera hecho una furia de su apartamento. Eso era lo que ella haría si la situación fuese al revés. A nadie le gustaba ser utilizado, luego echado. Ella parpadeó confundida cuando vio las comisuras de sus labios elevarse. Su mirada se precipitó hacia arriba y se conectó con una divertida. Sorpresa seguida de irritación le atravesaron cuando él se echó a reír. Difícil.

Ashley quería pegarle duro, o arrojarle la caja de helado. ¿Por qué no podía el hombre actuar normalmente? ¿Por qué tenía que ser tan impredecible?

Estaba tan enfadada que no podía ni siquiera preguntarle qué era tan gracioso.

En cambio, ella estrelló la caja de helado en la encimera y lo fulminó con la mirada.

—Cariño —dijo Ron entre risas—, eres la mujer más increíble que jamás haya conocido.

—Y deberías haber definitivamente mantenido la actuación. Si lo hubiésemos hecho una vez, habría comprado tu pequeño acto. Cuatro veces, nena, y eso no incluye el baño.

—Oh, cierra el pico tú, hombre imposible. —Ella agarró el helado y lo apretó contra su pecho, ni siquiera sintiendo su frialdad—. Estoy tratando de decirte educadamente que esto era una aventura de una noche y es hora de que te escabullas a tu casa.

La risa desapareció de su rostro. Sus ojos se pusieron serios, duros.

—Esto, nena, no fue una noche. Estamos empezando.

— No…nosotros… no lo estamos. Y no hay 'nosotros' aquí, Ron.

Él continuó mirándola, con los ojos ardiendo, su postura inflexible.

Ella se volvió hacia la sala de estar.

—Adiós, Ro… ¡mmph!

El veloz y posesivo beso fue inesperado, la rápida respuesta de su cuerpo inevitable. Él no le dio una oportunidad de entrar en razón y protestar por su prepotencia. Él asaltó sus sentidos, tocándola como un maldito instrumento.

Ella estaba apenas recobrando la compostura cuando él alzo la cabeza. Ashley parpadeó, completamente aturdida. Ambos respiraban con dificultad, sus cuerpos vibrando al unísono.

—¿Qué fue eso? —le espetó estúpidamente.

—Un modo seguro de hacerte callar. No me gustaba lo que estabas diciendo.

No le gustaba…

El enfado empezó a drenar desde ella, y Ashley comenzó a reír. Su mano se movió desde la parte posterior de su cabeza, recorrió sobre su espalda y detuvo en la cintura.

Cuando él le sonrió, ella le empujó en el pecho. Sorprendentemente, su mano bajó de su cintura y dio un paso atrás.

—Vete a casa, Ron. Ha sido un día largo y estoy agotada. Yo quiero ir a la cama. —Cuando él abrió la boca, se apresuró a añadir:

—Sola.

Algo brilló en sus ojos. ¿Dolor? Ella no podía estar segura.

—Lo siento. Yo realmente necesito estar sola esta noche.

—Está bien. Entiendo tu necesidad de privacidad, entonces me voy. Pero… —Se detuvo hasta que ella estuvo de nuevo mirándolo—, voy a estar aquí mañana a primera hora.

—No lo hagas. Por favor. No necesito la complicación de una relación en este momento.

—Demasiado tarde, nena, porque estamos teniendo una. —Recogió su chaqueta, se encogió de hombros, entonces se volvió y le dirigió una sonrisa a ella. Su ardiente mirada rastrilló su cuerpo.

Ashley cerró los ojos, como si ese simple acto pudiera detener a su propio cuerpo de la voraz respuesta a la promesa en su mirada.

Ella debía estar maldecida o algo así. Cuando abrió los ojos, Ron la miraba con una sonrisa triunfal en el rostro.

—No vuelvas, Ron. No quiero que lo hagas.

—Tú no puedes deshacerte de mí tan fácilmente, nena. No voy a desaparecer sólo porque tú me lo ordenes, entonces no. —Él cerró la distancia entre ellos, la sonrisa desapareciendo de su rostro. Cuando se detuvo frente a ella, él estaba tan cerca que su aliento le alborotó los mechones de cabello sobre la frente. Él levantó la barbilla hasta que sus miradas se cruzaron. Un zumbido ardiente de calor sexual parpadeaba, entonces el aire se calentó.

—No me presiones, Ron. —Su voz sonó temblorosa. Ella odiaba eso.

—Lo haré hasta que aceptes lo inevitable. —Su voz era suave, pero implacable.

—Tú puedes decir que no me quieres, pero ambos sabemos que es mentira. Tu cuerpo sabe lo que quiere, lo que anhela. No luches contra mí, Ashley, porque cuando se trata de esto… —Bajó la cabeza y posó un beso posesivo en sus labios:

—Yo siempre gano.

Ashley no podía hablar. Dado que su razonamiento había desaparecido hace mucho, ella lo vio alejarse hacia la puerta sin pronunciar una sola palabra.

—Te veré mañana. —Él se detuvo por última vez y la miró. La puerta se cerró suavemente detrás de él.

Ella se tambaleó hasta el sofá, abrió el helado ya derretido y lo engulló.

Durante lo que pareció una eternidad, ella se obligó a pasar el frío convite por su garganta sin llegar a saborearlo. Se había comido mitad de la caja cuando se calmó lo suficiente para tener pensamientos racionales.

Ella necesitaba reevaluar sus opciones rápidamente. Ron era como un tren descarrilado. Sin importar lo que ella dijo o hizo, él estaba resuelto a estar a su lado atravesando esta terrible experiencia.

Toda persona que había amado le había sido arrebatada, primero sus padres, a continuación, su tío, el padre de Jade, y ahora Jerry Kirkland, quien pendía su vida de un hilo. Ella prefería que Ron la odiase a verlo lastimado.

Se levantó, tomó su móvil y marcó el número que la detective Sánchez le había dejado.

—Acepto su oferta de protección, detective Sánchez, pero bajo una condición. Ronald Noble, no debe acercarse a mi casa o cualquier sitio cerca mío hasta que Dunn este tras las rejas.

Dormir fue difícil para Ashley. Los eventos del día seguían corriendo por su cabeza, y en el fondo estaba la preocupación acerca de cómo Ron iba a reaccionar cuando se enterase de lo que había hecho. Ella hizo lo correcto,

maldita sea. Fue por su propio bien. ¿Por qué entonces ella no podía dejar de sentirse culpable por eso?

Cuando finalmente sucumbió al sueño, los duros susurros de voces masculinas discutiendo la despertaron.

Ashley trató de localizar su paradero, pero estaba completamente a oscuras.

Ni siquiera sus manos se veían. Tenía frío y le dolía todo el cuerpo.

Sus mandíbulas se apretaron, su cuerpo estaba tembloroso.

Buscó una manta, pero lo único que encontró fue un piso de cemento frío. ¿Por qué estaba tendida en el suelo en posición fetal?

Con cuidado, dio unas palmaditas en el suelo a su alrededor, desviando su cabeza a la izquierda y luego a la derecha. Los susurros se hicieron más fuertes, compitiendo con el golpeteo de su corazón, a un ritmo staccato, entrecortado. Exhalando bruscamente, se incorporó.

Cuando se puso de rodillas, extendió su mano delante de ella como una persona ciega hasta que sus dedos encontraron algo sólido. Sintió a su alrededor, se dio cuenta de que era una pared y murmuró una breve oración de gratitud.

Donde había una pared, había probablemente una puerta o una ventana. Apoyándose, Ashley se levantó arrastrando a continuación los pies hacia adelante hasta que su cara estaba completamente contra la pared. Las voces sonaban más fuerte, pero las palabras eran todavía ininteligibles. Un estremecimiento pasó su cuerpo. ¿Dunn la había secuestrado? ¿Estaba ahora planeando su desaparición? *Sal de ello, Ashley.* No era el momento para la auto-compasión. Tenía que encontrar una manera de escapar. Poniendo un pie hacia adelante, lentamente se escabulló lejos de las voces. Era un proceso lento, con total oscuridad y el miedo pisándole los talones.

Su pie tocó algo. Por el sonido hueco, metálico, se dio cuenta de que era un cubo de metal.

Ella se tambaleó hacia abajo para agarrarlo antes de que pudiera volcarse.

Por algunos segundos, Ashley contuvo la respiración, esperando a que alguien se abalanzase sobre ella. Cuando nada sucedió, dejó escapar un suspiro tembloroso, luego volvió a seguir la pared. Ella llegó a una esquina,

donde la pared daba la vuelta y vio una luz tenue. Ella se arrastró hacia la luz, por primera vez, la esperanza dominando el miedo.

Era un panel de vidrio sobre una puerta, con cortinas de color burdeos cubriéndolo. Ella podía ver una pequeña parte de la habitación a través de una abertura. Una pareja sentada sobre un sofá de cuero, pero lo único que podía ver era la parte de atrás de sus cabezas, los rizados cabellos castaños de la mujer y el hombre una mata de pelo azabache muy corto.

El modo en que sus cabezas seguían moviéndose, y la aparición ocasional de mano de la mujer mientras gesticulaba, indicaban que estaban conversando, pero Ashley no podía oír un sonido. Buscó a tientas el pomo de la puerta que no estaba allí.

—Oye —gritó Ashley, levantó un puño y golpeó la puerta—. Por aquí. —La pareja actuó como si no pudieran oírla—. Por favor, ayúdenme. —Siguió golpeando y gritando. ¿Qué estaba mal con ellos? ¿Por qué no podían oírla?

Justo en ese momento, aparecieron dos hombres desde el lado izquierdo de la habitación y bloquearon su vista. Desde su ropa oscura y talla, podrían ser gemelos idénticos. Ashley se deslizó fuera de la vista. Cuando se asomó por la abertura de nuevo, los dos hombres se acercaban a la pareja en el sofá. Cada hombre sostenía una toalla blanca en su mano. No exactamente como lo haría un camarero. Una alerta se disparó en su cabeza. Esos hombres no estaban allí para cócteles.

En ese momento, uno de los hombres volvió la cabeza para dar una señal al otro y Ashley lo contempló atónita.

Ella reconoció esos ojos muertos, la cara, los pendientes de oro en cada oreja. Era el hombre de su dibujo, el conductor de Vaughn.

—Miren detrás suyo —le gritó a la pareja en el sofá y golpeó la puerta con ambos puños.

Su frustración subía.

—Dense la vuelta, maldición.

Unos pocos segundos antes de que los hombres llegasen hasta ellos, la mujer se volvió y Ashley vio su rostro. Un shock sacudió su cuerpo.

—Madre —susurró.

Entonces el hombre de su boceto agarró a su madre por la espalda y golpeó con la toalla blanca en su cara. El otro hombre luchó con su padre.

—No —gritó Ashley.

Ella se tambaleó hacia atrás, comenzó a caer mientras su madre alcanzó la cara de su atacante, con el borde dentado de una copa de champán rota apretada en su mano. A medida que el cuerpo de su madre se retorcía, el cristal se deslizaba por el rostro de su atacante, dejando atrás una sangrienta, herida abierta.

Ashley aún seguía gritando cuando ella cayó al suelo con un golpe seco.

El dolor la sacudió atravesándola, y por un momento, se quedó allí, desorientada, atrapada entre el sueño y el presente. Un sonido de gemidos hacía eco misteriosamente a su alrededor.

No se daba cuenta que ella era la que gemía.

—Los mataron… los mataron…

La realidad se asentó lentamente. Ya no estaba en un piso duro, sino en la alfombra de felpa del suelo de su dormitorio.

¿Podría haber presenciado el asesinato de sus padres hace diez años? ¿Era por eso que ella bloqueaba los recuerdos de esa noche?

Ella se sentó y rodeó con sus brazos alrededor de las rodillas, un estremecimiento sacudió su cuerpo.

Capitulo 13

Traducido por Dark Juliet

Corregido por Leluli

Ron yacía en su cama bien hecha y frunció el ceño al techo abovedado. Su habitación, decorada en tonos de azul con una enorme chimenea y una vista panorámica de Los Ángeles, por lo general le traía la paz. Hoy, bien podría estar enterrado hasta el cuello en el desierto del Sahara con un enjambre de escorpiones apuntando a sus ojos.

Había conducido sin rumbo después de salir de casa de Ashley, se detuvo en una cafetería para tomar un café y pastel, y luego condujo un poco más, pensando en qué diablos estaba haciendo. No es que eso le hiciera ningún bien. En el momento en que había llegado a su casa, había estado despierto, inquieto. Saltar en la caminadora no había ayudado. Ponerse al día con el papeleo en su oficina en casa sólo había puesto más al borde. Incluso nadar vuelta tras vuelta en la piscina no había agotado sus demonios.

La última semana y media había estado actuando el tonto, pretendiendo ser Joe medio cachondo deseando a una mujer promedio.

El problema era que no había nada promedio alrededor de Ashley o de sus necesidades, que por desgracia nunca antes había ido más allá de un buen revolcón en la cama. Pero a partir de su primera reunión, había sentido una conexión entre él y la artista exquisita que iba más allá de la atracción sexual. Quizás era su pasado común. Todo lo que sabía era que la atracción física entre ellos florecía rápidamente en algo más, lo que asustaba el infierno de él.

Sólo estamos empezando. Las palabras que él había pronunciado anoche volvieron para atormentarlo.

Todavía no podía entender lo que había sucedido la noche anterior. En un momento, él y Ashley estaban trabajando juntos, ayudando al pedazo de policía reunir los movimientos del bastardo de Dunn. Al siguiente, ella afirmaba que se había acostado con él debido a su reputación. Ron hizo una

mueca y luego sonrió. ¿Cómo había volteado su diálogo contra él? Por lo general, era al revés, él explicaba su posición en las relaciones, es decir, nada a largo plazo, y las mujeres arrasaban enojadas.

Era muy bueno complaciendo a una mujer dentro y fuera de la cama, y si, ser encantador y generoso le había conseguido un montón de molduras. Pero ser contundente sobre su apatía a menudo mató la mayoría de sus enlaces antes de que siquiera se iniciaran, lo que significaba que él pasaba de las mujeres rápidamente. Pero Ashley no era más que otra muesca a añadir en su poste de la cama.

¿Qué era si no otra conquista? Una foto de ella flotaba en su cabeza. Dulce y sensual, vulnerable pero fuerte.

Junto con la imagen vino un hambre persistente que no tenía nada que ver con las conquistas sexuales. Trató de imaginársela durante la sesión de fotos, la seductora audaz en su elemento, dándole instrucciones sobre qué hacer, volviéndolo loco con su toque. Pero las imágenes continuaron transformándose en la mujer sin aliento, temblorosa que lo había hecho arder con un toque. La confusión lo golpeó, y lo puso ansioso. ¿Qué quería realmente?

Se sentó y frunció el ceño. Olvídalo. Si supiera las respuestas, no estaría haciéndose a sí mismo esas malditas preguntas. Le molestaba que la primera mujer en hacerle querer una relación monógama no lo hubiera querido a su alrededor y negara su fuerte atracción física. Así como le había dicho, él no iba a escabullirse y dejarla sola. Y no tenía nada que ver con el hecho de que fue la primera mujer con la que no hubiera jugado. Los dos eran geniales juntos.

Ron se rascó el pecho desnudo y frunció el ceño. Todo eso significaría nada de nada si los rumores acerca de su padre eran ciertos. Ashley pediría su cabeza en una bandeja, echándolo fuera de su vida para siempre. La idea le hizo romper a sudar. Dios, esperaba que ella comprendiera una vez que le explicara. Las mujeres eran difíciles de entender de esa manera.

Una vez había pensado que había conocido a una mujer muy bien, creía que estaba enamorado. Sharon, una de las protegidas de su madre, le mostró lo limitado de su conocimiento acerca de las mujeres. Pero Ashley no iba detrás de un papel destacado en la obra de su madre o lo usó de ninguna manera. Esta vez, él era el que tenía una agenda oculta, el que se negaba a ser completamente honesto. Tal vez debería sincerarse y decirle la verdad.

El ding-dong rotundo de su timbre profundizó su ceño. Se puso una bata, su mirada yendo al reloj junto a su cama mientras salía de la habitación. Era demasiado pronto para que su madre invadiera su privacidad. Eso dejaba a Kenny.

Ron entró en la cocina y entrecerró los ojos contra la luz vertiente en la sala a través de los tragaluces. Tiró de la puerta trasera, ignoró la alegre sonrisa del investigador privado y retrocedió dentro de su casa, pero dejó la puerta abierta para que Kenny entrara.

—¿Cómo estuvo tu noche con la hermosa artista? —le preguntó a su amigo, siguiéndolo.

Ron se sirvió una taza de café caliente directamente de la cafetera y bebió un largo sorbo.

—Maravillosa —ofreció Ron tranquilamente.

—Pero estoy seguro de que no es la razón por la que te inclinas en mi timbre a una hora tan intempestiva.

Kenny miró su reloj.

—Son más de las nueve. ¿Cuándo llegaste?

—En algún momento de esta mañana.

—Uh, todavía amándolas y dejándolas antes del amanecer.

Ron frunció el ceño. ¿Realmente tenía una reputación de no quedarse cerca?

—O tal vez no obtuviste ninguna acción.

Dio a Kenny una mirada de *púdrete* entonces comenzó a rodear la mesa de la cocina.

—Estaré en la ducha. Si todavía estás alrededor cuando salga, voy a suponer que estás aquí para hablar de negocios y no para beber mi café. —Ambos preferían café hecho a la antigua usanza, con un filtro de goteo de la máquina eléctrica. Ashley tenía una de esas fabricantes de expreso/cappuccino estado-del-art. Sonrió, saboreando la idea de hacerle una taza de su mezcla especial de Etiopía Arábiga. La sonrisa murió en sus labios cuando las imágenes de la noche anterior se apresuraron a regresar a burlarse de él.

Ron hizo una pausa en el arco principal a su dormitorio y miró a Kenny, que ya estaba sirviéndose una taza del brebaje oscuro.

—No amo y dejo a las mujeres antes del amanecer. Recuerdo un par de ocasiones en las que me quedé para el desayuno.

—Los días de la universidad no significan nada —respondió Kenny y tomó un sorbo de café.

—¿Viniendo de un hombre que no ha tenido sexo en qué? ¿Esta década? ¿Están tu madre y tu hermana aún digitando tu vida amorosa? No, se me olvidaba, la abuela todavía está tratando de conseguirte una chica agradable del viejo país.

Kenny se apagó.

Ron sonrió y apuró su trago.

—Saldré en un segundo. Ponte cómodo.

—Siempre lo hago —respondió Kenny. Ya había recuperado un bol y estaba abriendo la nevera.

Sí, habían estudiado duro y jugaron incluso más duro, un juego que Kenny había superado. Kenny afirmaba que estaba en una relación monógama ahora, *con su trabajo*. Tal vez era hora que Ron superara el jugar rápido y libre con las mujeres también. No quería terminar sólo como su tío. Incluso su abuela y su madre no tenían a nadie especial en sus vidas.

Ron desapareció en el dormitorio, se quitó la bata y los pantalones. Mientras se enjabonaba el cuerpo, recordó la ducha que él y Ashley había tomado juntos anoche. La forma en que ella lo había amado con esa linda boca, lo marcó. La noche no se merecía una etiqueta de una sola noche como ella había reclamado. Algo más estaba pasando en su mente, y tenía la intención de averiguar qué.

El olor de huevos y tocino se coló en el cuarto de baño, interrumpiendo sus cavilaciones. Una sonrisa se dibujó en sus labios. La única cosa importante que la señora Nichols le había enseñado a su único hijo era cómo cuidar de sí mismo. Kenny allanaba su cocina cada vez que se detenía por ahí, y a Ron no le importaba ni un poquito. Cocinar no era lo suyo. Ambos iban de regreso cuando se conocieron en la universidad como estudiantes de primer año. Él y Kenny se mantuvieron en contacto, incluso después de que su amigo se dirigió a Quantico y al este en la escuela de posgrado. Antes de que

comenzara a recibir cartas anónimas, se reunían dos veces al mes para un partido de baloncesto. Ahora se veían un par de veces a la semana.

El teléfono de Ron sonó justo mientras salía de las duchas. Ashley, el nombre escapó de sus labios mientras se apresuraba para conseguirlo. Sí, como si le estuviera llamando después de anoche.

—¿Sí? —soltó en el teléfono, tirando ropa interior.

—¿Señor Noble? Soy Jeffrey Stone, señor.

¿Jeffrey Stone? Quién demonios… ah, el guardia de seguridad de la mañana en el edificio de apartamento de Ashley. Le había dado una lista de instrucciones a las seis de esta mañana, cuando comenzó su turno.

—¿Qué pasa, Jeffrey?

—La oficial Sánchez está aquí con su equipo. Están poniendo cámaras de vigilancia en todo el vestíbulo, las escaleras y en el interior del ascensor y la casa de la Srta. Fitzgerald.

El alivio se deslizó en Ron. Gracias a Dios Ashley cedió sobre la protección de la policía. La mujer podría ser terca, pero no era estúpida.

—Bueno. ¿Has conocido a los oficiales que van a trabajar con ella?

—Sí, señor. Hay dos fuera del edificio en una camioneta, y dos más, entre ellos una mujer, que se quedarán aquí en el vestíbulo.

Por lo menos ahora no tendría a los guardias de seguridad y la gente de Kenny protegiéndola a escondidas.

—Gracias por avisarme, Jeffrey.

Colgó y trató el número de Ashley. Tanto su línea de casa y el teléfono móvil estaban ocupados. Dejó un mensaje de voz, terminó de vestirse y salió de la habitación. Kenny estaba en el sofá de la sala, comiendo el desayuno mientras veía ESPN. Ron se sirvió un plato de huevos y tocino que su amigo le había dejado, se sirvió otra taza de café y se sentó en un sillón. Por un momento, comieron y observaron deportes.

Ron esperó hasta que Kenny terminó antes de decir:

—¿Y? ¿Cuál es la última?

El investigador dejó a un lado su plato vacío y apoyó los codos en las rodillas,

su penetrante mirada estudiaba a Ron.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Ron le lanzó una mirada perpleja.

—¿De qué estás hablando?

—Después de anoche, creo que deberíamos revisar nuestra manera de pensar. Los hechos están, y quien está detrás de este lío está dispuesto a eliminar a Hogan, Kirkland y Ashley. Él o ella está ignorando deliberadamente tu participación. Y tampoco nadie ha ido detrás de tu madre.

Ron hizo una mueca. Se había preguntado cuando su amigo regresaría hacia su supuesto original. Antes de que él y Kenny fueran a Sunset Marquis Hotel, habían discutido la posibilidad de que su tío descarrilara su investigación. Lo eliminaron cuando la descripción que el ayudante de camarero les dio no encajaba con Gregory.

Ron se apoyó en la silla y se frotó la cara. Era difícil imaginar a su tío haciendo nada criminal o dañando a la gente. Gregory era despiadado cuando se trataba de negocios, ¿pero en realidad deshacerse de alguien? Simplemente no encajaba con el hombre que Ron conocía y amaba. La sola idea de que su tío pudiera ser el cerebro detrás de lo que estaba sucediendo a su alrededor dejó un sabor desagradable en la boca de Ron.

—Voy a tener otra charla con el tío Gregory.

Kenny no respondió, su mirada inquebrantable.

—Hombre, esto está en aumento.

—No vamos a llegar a ninguna conclusión todavía —dijo Ron con voz firme. Se negaba a creer que su tío era culpable. Kenny se encogió de hombros—. Lo que tú quieras. Recuerda, tengo tu respaldo. Acerca de los errores, gracias por darnos acceso al inventario de los pedidos adquiridos de tu empresa. Has tenido un poco de ventas de equipos de vigilancia técnica, como los que encontramos donde Ashley. Tengo un chico de tecnología que puede romper dentro y fuera de cualquier sistema sin dejar rastro. Él ha de comprobar el inventario de los otros distribuidores en la costa oeste, cotejando con la IP local de las empresas que han comprado recientemente cualquier cosa. Hasta el momento, no hay investigador privado de la empresa propia o dirigida por Dunn. Con suerte, buscando en la base de

datos de empleados cualquiera que encaje con la descripción de Dunn nos dará cierto liderazgo.

A menos que su tío estuviera detrás de todo esto y se hubiera servido de los artilugios de TS. No habría OPI o rastro de papel. Ron empujó a un lado sus sospechas, pero una sensación de vacío se instaló en su estómago. Tenía que dejar de pensar que su tío era culpable.

—Dunn probablemente usó un nombre falso.

Los ojos de Kenny se entrecerraron con sus pensamientos y luego asintió.

—Esa es una posibilidad. No tengo más malas noticias. Jackson, McKinney y el municipio están desaparecidos.

¿Ex compañeros bomberos de su padre? Apoyó los codos en las rodillas y cubrió a Kenny con una mirada baja.

—¿Qué quiere decir con desaparecidos? Hablé con ellos hace dos semanas.

—Pasé por su negocio de alquiler de embarcaciones para una charla privada y me informaron que se habían ido de pesca. Algo que hacen todos los años me dijo un empleado. Fui a su casa y nos dieron la misma historia sus esposas. No me lo tragué, así que me pasé por sus oficinas para una nueva visita después de horas.

—¿Y?

—Revisé su registro de datos. Un barco faltaba en el puerto deportivo.

Ron se frotó la nuca, la frustración frunciendo su intestino.

—Tal vez deberíamos detener la investigación.

—No va a hacer diferencia, hombre. Quien está haciendo esto tiene algo que ocultar, y desde mi experiencia, no se detendrá hasta que se han atado todos los cabos sueltos, lo que me temo, incluye a tu amiga artista.

Eso era lo que Ron temía. Tenía que hablar con su familia, empezando por su madre. Ayer, le advirtió acerca de Dunn, pero ella no se lo había tomado en serio. Ron se puso de pie, caminó hasta el teléfono de la cocina y rápidamente marcó el número de su casa.

Mientras esperaba a que el teléfono fuera recogido, dijo:

—Ashley tenía una teoría muy interesante de todo esto. Piensa que Ryan

Doyle podría estar tratando de asustarla.

—Él podría lograr eso sin sacar a Hogan y golpear a Kirkland. Luego están las cartas, no es exactamente el estilo de Doyle. Aun así, es una teoría interesante. ¿Sabes si Doyle intentó comprar la casa antes? ¿Ya sabes, sobre el momento del incendio?

—No, pero puedo preguntarle a mi madre.

Una expresión pensativa se instaló en el rostro de Kenny.

—Si haz eso. Mientras tanto, voy a indagar en los antecedentes del hombre, a ver si hay una conexión entre él y los bomberos. Tengo a mi mago computacional en marcación rápida. Debe ser capaz de olfatear un rastro del dinero, no importa que tan viejo sea. Los tres hombres se retiraron inmediatamente después del fuego y abrieron el negocio de alquiler en el puerto deportivo juntos. No sé lo que el paquete de jubilación de los bomberos era en aquellos días, pero dudo que fuera suficiente para comprar varias de las embarcaciones.

—Podrían haber conseguido un préstamo de un banco.

—Entonces lo encontraremos. Si no, tu mujer podría estar en algo.

Su mujer. A él le gustaba eso. Ron asintió.

—Sí, ella es muy afilada. Sólo un segundo. —Alguien había cogido el teléfono en el otro lado—. ¿Mamá?

—¿Sabe qué hora es? —Nina se quejó.

Sonaba somnolienta lo que no era sorprendente. Nunca se levantaba los domingos hasta bien pasado el mediodía. Miró el reloj.

—Las diez. Quiero que me escuches con mucha atención, madre. —Rápidamente explicó sobre los bomberos desaparecidos y destacó lo que pasó con Hogan y Kirkland—. Quédate dentro y ten al menos dos guardias contigo en todo momento.

—Pobre Hogan —murmuró.

—¿Mamá? ¿Entendiste todo lo que dije?

—Por supuesto, Ronald. No voy a ir a ninguna parte. ¿Quién podría estar detrás de esto?

—Cualquiera. —Se aclaró la garganta—. ¿Fue Ryan Doyle tras la casa Carlyle hace diez años?

—¿Cómo lo sabes? Lo rechacé. Incluso se ofreció a pagar más que los Fitzgerald. Nunca tendría a ese hombre viviendo en una casa que mi abuelo construyó con su sudor y sangre. Le dije entonces lo que le dijo hace unas semanas mi agente de bienes raíces, no. ¿Por qué preguntas por él? ¿Crees que él es el que está detrás de este lío? —Su voz se convirtió en estricta—. Si es así, entonces deberás parar esta investigación, Ronald. Ese hombre es capaz de cualquier cosa.

—No estoy seguro de si es él, mamá. Sólo estoy tratando de eliminar a los posibles sospechosos. —Algo que Ashley le había dicho revoloteaba en sus pensamientos—. ¿Hubo una habitación secreta en la casa Carlyle hace diez años? ¿Una habitación escondida, sucia?

Se hizo el silencio.

—¿Mamá?

—¿Qué quieres decir con un cuarto secreto? —Su voz era vacilante.

—Ashley estaba sucia la noche del incendio. Me pregunté cómo llegó a estar así.

—No creas nada de lo que esa chica tonta te dice.

Desdén goteaba en cada palabra, pero algo en su voz le hizo sonar una advertencia en su cabeza.

—¿Madre? ¿Qué no me estás diciendo?

Un silencio más siguió, luego un suspiro.

—Ven a casa y hablaremos.

Su familia y más secretos, él debería haberlo sabido. Ron apretó el botón de apagado y marcó el número del móvil de Ashley primero. Echó un vistazo a Kenny. Su amigo estaba de vuelta en el sofá, navegando por los canales.

—Doyle ofreció comprar la casa hace diez años, al igual que está haciendo ahora.

Kenny sonrió.

—Eso es bueno saberlo.

—Ten cuidado, amigo mío. No me gustaría tener tu desaparición en mí, también.

—La discreción es mi segundo nombre. —Kenny se jactó—. ¿Cómo está tu madre tomando todo esto?

—Ahora en serio. Ayer se negó a aceptar que la muerte de Hogan y el ataque a Kirkland estaba conectado a nuestra investigación. —Ahora quería revelar algunos esqueletos familiares. Ron suspiró. Su cabeza latía en serio y la tensión anudó sus entrañas. ¿Cuándo iba a terminar esta locura? Colgó el teléfono de vuelta con frustración apenas contenida. La línea de Ashley estaba ocupada, de nuevo. Tendría que detenerse en su casa de camino a casa de su madre.

—Tengo que largarme de aquí —murmuró Ron.

Kenny se puso en pie.

—Lo mismo digo.

Ron tomó su chaqueta, le dio unas palmaditas al bolsillo para asegurarse de que sus llaves estaban allí y se dirigió hacia la puerta.

—Espero que los tres hombres fueran a pescar, como dijeron sus esposas.

—Te entiendo, amigo mío —dijo Kenny cuando salieron de la casa.

—¿Podrías comprobar alguien más por mí? Un doctor Vogel. Ashley le llamó cuando había micrófonos ocultos en su casa, lo que significa que todo el que estaba escuchando en el otro extremo sabe que ella hizo una cita para someterse a hipnosis. Dunn también la siguió hasta el lugar del doctor. Con la gente desapareciendo a izquierda y derecha, no quiero añadir otra mujer a la lista.

Kenny asintió.

—Me ocuparé de él. Y si necesitas un poco de mano de obra para mantener un ojo en ella o tu madre, sólo di la palabra. Me sobran unas cuantas personas.

—Entonces haz que suceda.

Juntaron sus manos derechas, chocaron los hombros en un abrazo masculino, luego se separaron y se dirigieron a sus respectivos autos.

Ashley se detuvo en lo alto de la escalera e hizo una mueca. Tenía que aceptar lo inevitable, su intimidad había desaparecido. Le había dado un besó de adiós cuando accedió a colaborar con la policía. Según la Oficial Marissa Kilpatrick, de metro sesenta y dos manojo de normas y reglamentos, las cámaras activadas de luz y movimiento que entrarían en juego tan pronto como Ashley diera un paso en la escalera.

Cada movimiento que hacía se mostraría en las pantallas en el vestíbulo. Tuvo la tentación de correr de regreso al cuarto de baño y esconderse por un tiempo. Los baños eran los únicos lugares sin sus pequeños artilugios.

Puedo hacer esto. Me ofrecí a hacerlo, así que mejor que vaya con el programa.

Respirando hondo, Ashley dio ese primer paso, luego otro. En la parte inferior de la escalera, miró a las esquinas de la habitación, donde habían plantado sus cámaras, y le dio una sonrisa y un saludo.

¿Podrían decir que ella era autoconsciente? Trató de fingir que estaba sola mientras iba a tomar una taza de café. Se sentó en un taburete y tomó un largo sorbo. El brebaje sabía a jarabe para la tos. Tenía que salir de aquí. El reloj decía que eran las diez y media, hora de ir al cementerio para charlar con sus padres. Ya había hablado con el oficial Kilpatrick al respecto. Por la expresión de la policía cuando le había dicho sobre el deseo de visitar las tumbas de sus padres, la mujer probablemente pensó que Ashley estaba loca para visitar el cementerio cuando un asesino estaba tras ella.

Pensamientos de sus padres trajeron las imágenes de la última noche de pesadilla al frente. Un estremecimiento sacudió a Ashley. El sueño parecía tan real. ¿Podría haber sido testigo del asesinato de sus padres hace diez años? ¿Fue por eso que ella bloqueaba los recuerdos de esa noche?

La posibilidad de que el sueño era una recapitulación de su memoria perdida, que los dos hombres tenían algo que ver con el asesinato de sus padres era aterradora. A menos que se estuviera volviendo loca, el conductor de Vaughn y el hombre que mató a sus padres en su sueño era la misma persona en la fotografía desenfocada que Ron le había mostrado. Sin embargo, no podía recordarse tomando su foto.

Ashley sacudió la cabeza. No tenía sentido rebuscar sobre lo que podría haber sucedido. Conseguiría sus respuestas muy pronto bajo hipnosis.

Descolgando el teléfono, Ashley marcó el número del vestíbulo. Kilpatrick le dijo que esperara por una escolta.

Acogedor, Sánchez le había dicho. Alguien se olvidó de agregar la palabra en el vocabulario de Kilpatrick.

Cinco minutos más tarde, su timbre sonó.

Ashley abrió la puerta y sonrió a la Oficial Kilpatrick. De ninguna manera iba a creer cualquier persona que los viera juntos que eran amigas. A pesar de sus pantalones negros y chaqueta informal, la morena tenía la disciplina de la Academia de Policía escrito en su adusto rostro, vigilante. Los gestos amistosos de Ashley se encontraron con respuestas monosilábicas. Suspirando, Ashley la siguió a lo largo del pasillo.

—Vamos a tomar las escaleras. Yo, eh, no me gusta los ascensores —dijo Ashley cuando la oficial presionó el botón del ascensor.

Esta vez, la policía mantuvo su expresión neutral, sólo asintió y comenzó a bajar las escaleras. Eran siete pisos de altura.

Kilpatrick con su cuerpo tonificado probablemente podría correr escaleras abajo y regresar sin romper a sudar. Antes de llegar a la última serie de escaleras, unas voces desde el vestíbulo llegaron Ashley y ella, se congeló, causando que la Oficial Kilpatrick se detuviera, también.

—¿Estás diciendo que no puedo ir arriba? —preguntaba Ron, y parecía enojado. Desde la dirección de su voz, él estaba en algún lugar cerca del ascensor.

Ashley se imaginó lo que habría pasado si lo hubiera usado y no las escaleras. Enfrentar a Ron después de saber que no quería verlo nunca más habría sido rematadamente casi imposible.

—Lo siento, señor, sólo sigo órdenes. —El tono del guardia de seguridad indicaba que odiaba ser el portador de malas noticias—. Voy a dejar que el policía explique, señor.

—Tenemos órdenes estrictas de no permitir a la Srta. Fitzgerald cualquier visitante, Sr. Noble —dijo el socio de la Oficial Kilpatrick con voz firme.

—¿Órdenes de quién? —espetó Ron.

—Mis superiores, señor.

—¿Quieres que me encargue de esto, señora? —susurró la Oficial Kilpatrick junto a Ashley.

Ashley sacudió la cabeza.

—Él, uh, saldrá pronto. —Ella esperaba que así fuera.

Un ceño fruncido cruzó la cara seria de la mujer.

—Es el que Sánchez dijo que no debía acercarse a usted, ¿verdad?

Dicho así, hizo que Ron sonara como un miembro indeseable de la sociedad.

—Sí. No lo quiero, ya sabes, involucrado en este lío. —Le hizo un gesto hacia el vestíbulo—. Tu compañero sabe que no hay que decirle sobre el trato que hice con el oficial Sánchez, ¿verdad?

La oficial Kilpatrick abrió la boca para responder, pero las palabras de enojo de Ron la cortaron.

—Escucha, estuve con la Srta. Fitzgerald cuando Dunn le hizo una visita anoche. Conozco a la Oficial Sánchez. Consulte con ella. Ella le dirá que tengo la autorización para subir las escaleras.

Hubo pocos murmullos intercambiados que Ashley no entendió, entonces se escuchó una maldición ahogada y el sonido de unos pasos alejándose rumbo a la salida. Alivio se apoderó de ella y se apoyó contra la pared para apoyar sus rodillas débiles. Tal vez debería ir tras él y explicarle. No, eso era una mala idea. No iba a soportar la mirada en su rostro. A medida que los segundos pasaban, Ashley se preguntó lo que el oficial le había dicho a Ron.

La Oficial Kilpatrick se apresuró a bajar las escaleras, miró brevemente hacia la salida y luego miró a donde Ashley se quedó esperando en la parte superior de las escaleras.

—Todo está libre.

Cuando llegó a la parte inferior de las escaleras, la mirada de Ashley pasó automáticamente a la salida, también. Ron no estaba por ningún lado.

Los dos oficiales se encontraban en una acalorada conversación cuando se acercó a ellos.

—¿Qué le dijo al Sr. Noble? —preguntó Ashley.

La Oficial Kilpatrick la tomó del brazo y trató de llevarla hacia la entrada,

pero Ashley se detuvo en sus talones.

—Es un novato, Srta. Fitzgerald. Me aseguraré de que sea reemplazado a la brevedad posible.

Su corazón dejó caer.

—¿Qué dijo?

Hubo una ligera vacilación.

—Que fue usted quien dispuso que el señor Noble no tiene permitido verla, señora.

Ashley agarró su bolso, su corazón apretando con auto-odio. ¿Cómo podía haber hecho esto? Cuan humillado debió sentirse Ron. Su tiempo juntos brilló en su cabeza, rondándola y recordándole que había elegido el camino del cobarde.

Tendría que haber hablado con él y explicado sus temores, en lugar de dejar que el guardia y la policía hicieran su trabajo sucio. *Lo siento, cariño. Me comprometo a compensarte.*

—¿Srta. Fitzgerald?

—Creo que no visitaré el cementerio, después de todo. Voy a subir las escaleras. Perdón. —Se volvió y corrió hacia las escaleras. Una vez dentro de su apartamento, Ashley se instaló en el sofá con un bloc de dibujo y comenzó a bosquejar los destellos de su pesadilla, caras de los agresores de sus padres, sus padres, la habitación, las cosas que había sentido y tocado. Cuando terminó, se sentía mucho más tranquila.

Capitulo 14

Traducido por Dark Juliet

Corregido por Liraz

—Eso es todo —murmuró Ashley y tiró el lápiz sobre la mesa. Había estado trabajando en la maldita pintura toda la noche. Tarde y noche. Los resultados eran aún lamentables. Estar atrapada en el interior del desván estaba jugando con sus jugos creativos, o algo faltaba.

Su mirada se dirigió al lienzo terminado a su derecha. Detallado y vibrante, había cogido la sonrisa peculiar de Ron y sus ojos ardientes. Musculosos brazos curvados detrás de la cabeza, la piel dorada cubría los ondulantes músculos del pecho y los abdominales rogaban por la caricia de una amante. Los pantalones vaqueros de baja altura estaban garantizados para ir abriendo el apetito de cualquier mujer. El suyo incluido. Cómo lo echaba de menos. No había oído un sonido de él por tres, días largos y tortuosos autoimpuestos.

Era culpa de ella. Podría haber levantado el teléfono y llamarlo para disculparse, para rogarle que regrese a ella.

Pero no lo había hecho. En lugar de ello, se había escondido dentro de su apartamento, sin ver a nadie, incluyendo a su familia. La idea de ser utilizada como cebo para Dunn no le cayó bien a su tía y primos. Siguieron llamando. Incluso su tío y primos del Departamento de Policía de Los Angeles habían tratado de convencerla de que dejara a un policía femenino tomar su lugar. Alegando que tenía un plazo para su rescate.

Ashley tomó su teléfono celular, velozmente marcó un número y llevó el instrumento a su oído.

—Hey —contestó la voz profunda de su primo—. ¿Cómo lo llevas?

—Está bien. —Había algo muy reconfortante tener a Eddie trabajando con ella. Él podría ser el más exaltado de sus primos, pero cuando llegó al trabajo policial, era el mejor.

—Sé que me estoy convirtiendo en una plaga, pero…

—No lo eres. Deseas a estos hijos de puta fuera de tu espalda tanto cómo yo lo hago. Noble está sobre algo aquí. Sólo deseo que no estés involucrada.

No tiene sentido hacer leña del árbol caído.

—¿Encontraste algo?

—Todavía estoy corriendo el reconocimiento facial, pero hasta ahora ni el dibujo ni el conductor de Vaughn encajan con cualquier criminal conocido en nuestra base de datos. Pero sé que el nombre del hombre es Francis «Frankie» Higgins. Ha trabajado para los Doyles durante años, incluyendo el momento del incendio. Su formación es inexistente. No paga impuestos y no tiene cuenta bancaria en este país. Es como si hubiera aparecido de la nada, lo que levantó una bandera roja en mi cabeza. Entonces cavé más profundo. Me golpeó la suciedad de pago el día de hoy cuando su nombre apareció en el puesto de control de inmigración en Tijuana. Entró en el país hace tres semanas con un pasaporte hondureño, pero de acuerdo a los federales, reside en un pequeño pueblo de pescadores cerca de Guadalajara.

—Vaya, Eddie. Eso es increíble.

—Sólo hago mi trabajo. Tengo la intención de prestar al amiguito detective de Noble una visita para ver lo que ha descubierto también.

Su corazón se movió. Tal vez Ron estaría con Kenny. Eddie podía decirle cómo se veía.

—¿Me puedes llamar después de hablar con él?

—Claro, Ashley. Espera lo justo. Vamos a llegar a Dunn y el que está detrás de esto.

Su confianza era tranquilizadora. Sintiéndose un poco mejor, Ashley colgó el teléfono y suspiró. Su móvil se puso a cantar de nuevo. Ron.

—Por favor, que sea él —susurró en voz baja. La I.D. del interlocutor dijo que era su colega del proyecto del museo de los niños. Ashley suspiró con decepción.

—¿Hey, chicos? —dijo más fuerte, tratando de no sonar decepcionada.

—Tenemos noticias para ti —dijo Micah con emoción.

—En primer lugar pregunta cómo se siente, estúpido —añadió Josh en el fondo—. Hey, jefa. ¿Cómo te sientes?

Ashley cerró los ojos y se pellizcó el puente de su nariz. Ambos estaban hablando con ella por un altavoz en una fiesta, a juzgar por el ruido de fondo, y eso era demasiado para tomar ahora. Ella había llamado la noche del domingo y les dijo que ella se habría ido la mayor parte de la semana, porque no se sentía bien, una buena excusa en aquel momento. Ahora podía jurar que estaba bajando con algo. Sí, un caso importante de la autocompasión. El psicópata de Dunn no había aparecido, Ron se había rendido de verla sin luchar y la fiebre estaba pateándola. No sabía si necesitaba un descanso o una patada en el trasero.

Cortar con Ron perdiéndolo era la cosa más tonta que había hecho este año.

—Colgando ahí. —Mintió sin problemas, se levantó de su silla y se dirigió a la cocina. Un vaso de vino tendría que ser suficiente por ahora.

—Entonces tenemos algo que es seguro para acelerar tu recuperación — dijo Micah, interrumpiendo sus pensamientos.

—El museo encontró un nuevo benefactor —añadió Josh.

—Ahora quieren que nosotros hagamos el resto del edificio —terminaron al unísono.

—Caray. ¿Cuándo sucedió esto? —preguntó Ashley, su espíritu ya elevándose. Hace seis meses, los funcionarios del museo le habían dado un contrato menor, y citó la escasez de fondos.

—Un tipo pasó esta mañana —explicó Micah—. Realmente no sé por qué en ese momento y sólo respondí a sus preguntas. Resultó que vino a revisar nuestro trabajo.

—Regresó esta tarde con el presidente del museo y… —Josh hizo una pausa para el efecto.

—Una oferta que no podemos rechazar —terminó Micah—. Riendas gratis en las paredes interiores y exteriores, Ashley. Imagina las posibilidades.

Ashley estaba amándolo. Sacó una botella de Merlot de la nevera, le dio un codazo a la puerta cerrada con el codo y cogió un vaso. Tal vez ahora podrían incorporar más de las ilustraciones de los niños locales en algunos de los murales. A la presidenta del museo le había gustado la idea cuando Ashley

se la presentó por primera vez, pero no lo había aprobado debido a la falta de fondos. El pequeño concurso que estaba corriendo ahora estaba coordinado con los profesores de arte locales.

—Eso es una gran noticia, chicos. —Se sirvió una generosa cantidad de vino en la copa, bebió un sorbo y apoyó los codos en el mostrador—. Así que, ¿cuál es el truco?

—¿Por qué debería haber uno? —dijo Josh—. Estamos bien.

—Inesperadamente increíble —replicó Micah.

—Quieren reunirse y firmar el contrato esta semana —continuó Josh—. Lo único que el chico mencionó fue que a él le gustaría ver más artistas locales involucrados. De todos modos, la reunión está programada para el jueves. ¿Crees que lo lograrás?

Ashley bebió más vino y frunció el ceño. Nadie nunca firmaba nada hasta que el cliente aprobaba los diseños. ¿Por qué la prisa?

—No sé chicos. Voy a tener que hablar de ello con... —Estuvo a punto de dicho Oficial Kilpatrick—, «mi primo». Se supone que debo tener un show en su galería en seis meses.

—No puedes dejar pasar esta oportunidad, Ashley —instó Micah—. Es un no-va sin ti. El tipo ni siquiera mencionó el uso que hagamos de un club de su compañía que está abriendo en Culver City.

Ahí era donde estaba la casa Carlyle. ¿Podría Ron estar detrás de esto? No lo pondría por delante de él.

—¿Cuál es el nombre de este generoso benefactor?

—Doyle. Es el hijo de aquel multimillonario tipo *real estate*, Ryan Doyle. —Entonces oyó Micah preguntar a Josh:

—¿Cuál era su nombre de pila... Vince?

El estómago de Ashley había caído ante la mención de Doyle. ¿Estaba Vaughn Doyle planeando convertir la casa Carlyle en un club?

—Chicos —dijo ella, tratando de llamar su atención, pero Josh y Micah todavía estaban discutiendo acerca del nombre de Vaughn—. Hey. Su nombre de pila es Vaughn.

—Sí, Vaughn Doyle —dijo Micah—. ¿Así que, qué vas a hacer el jueves? La reunión es arriba en el tercer piso.

Sería muy bueno para trabajar con más artistas locales y destacar las obras de los niños, pero la firma de un acuerdo que incluía a Vaughn Doyle estaba fuera de la cuestión. No confiaba en él. ¿Qué estaba esperando conseguir con esta dotación de arte?

—Déjame pensar en ello.

—Vamos, Ash —instó Josh—. El hombre está tirando dinero en nuestro camino. Seríamos tontos en rechazarlo.

—¿Tiene alguna idea de lo difícil que es para arrancar a los artistas cómo nosotros para encontrar un trabajo estable, bien remunerado? —agregó Micah.

—O nuestro trabajo en exhibición para que todos lo vean —añadió Josh el clavo en el ataúd.

Ashley se quejó. Estaban haciendo un maldito buen trabajo haciéndola sentir culpable, los pequeños demonios. Aunque tenían mucho talento, eran demasiado inexpertos cómo hombres de negocios.

—Hay un montón de cosas que hay que discutir y acordar antes de comprometerse a nada. —Levantó su copa a sus labios, su enojo humeante. ¿Estaba Vaughn tratando de comprar su salida? ¿Ron le vendió la casa Carlyle a sus espaldas? No, Ron no podía hacer eso, no importa que tan enojado con ella estuviera. Por otra parte, le había dicho que no quería la casa nunca más.

—Escuchen, chicos, no creo que…

Se quedó sin aliento ante la figura amenazante fuera de su ventana de la cocina. ¡Dunn! ¿Cómo había llegado hasta aquí? El vaso resbaló de su mano, golpeó el mostrador de granito y estalló. Ashley dio un paso atrás y levantó los brazos para proteger su rostro mientras el vino y los trozos de cristal roto salieron volando por todas partes.

Dio unos golpecitos en la ventanilla justo cuando Ashley abrió la boca para gritar. Se quedó inmóvil, observando el casco de bombero y las bandas reflectantes de color amarillo y de plata en el forro del intruso. Entonces la figura se quitó el casco, se acercó a la ventana y pronunció:

—Abre la ventana.

¿Ron? El loco no se limitó a subir a su ventana. Un estallido de emoción se apoderó de ella. Estaba aquí. Ashley puso el teléfono en la oreja.

—Chicos…

—¿Qué está pasando? —Josh y Micah hablaban al mismo tiempo.

Por supuesto, ella no podía decirles la verdad, pero los quería fuera del teléfono.

—Algo se arrastró hasta mi ventana. —Algo delicioso—. Hablemos mañana, chicos, ¿de acuerdo? Me tengo que ir. Adiós.

Colgó el teléfono, hizo todo lo posible para evitar los fragmentos de vidrio roto mientras abría la ventana.

La luz que entraba por la ventana bañaba su hermoso rostro y ojos brillantes. Parecía que no se había afeitado en días y la barba en su mandíbula le daba un aspecto como un pirata merodeando. En lugar de sentirse intimidada, una sensación se extendió al vapor bajo su piel.

—¿Qué estás haciendo ahí fuera, Ron? —preguntó ella, tratando de sonar irritada pero fallando—. Me has acojonado.

—Bueno. —Señaló la cubierta de la ventana de malla—. Tira hacia fuera del bastidor porque voy a entrar.

Los policías estaban probablemente camino arriba, pero no le importó. Empezó a tirar de las pestañas en el borde del marco.

—¿Por qué no llamaste?

—¿Para qué filtraras mis llamadas? No lo creo. —Su voz era baja e intensa.

¿Por qué no salía el maldito marco fuera?

—No creo que esa sea una buena idea —dijo Ashley con cada tirón.

—Aléjate. —De la mirada determinada en sus ojos azules, tiró toda la ventana abajo y no le importó.

—No lo creo. —El marco se desprendió justo cuando ella oyó una pelea fuera de su puerta. *Oh mierda, la policía*—. Ya voy —gritó y se volvió a correr hacia

la puerta. Un fuerte golpe resonó alrededor del palomar cuando uno de los oficiales le dio una patada libre.

La alarma se disparó. La Oficial Kilpatrick y su nueva pareja masculina entraron en la habitación, sus armas desenfundadas.

—Un paso atrás, Srta. Fitzgerald —ordenaron los oficiales.

—No. No es Dunn —gritó Ashley, con las manos en alto, su cuerpo entre los oficiales y la ventana—. Es mi amigo… Ron Noble. —Miró sobre su hombro para encontrar a Ron todavía fuera de su ventana, su mirada en la policía—. ¿Se acuerda de él en el vestíbulo el domingo, Oficial Kilpatrick?

—Oh, tú. —La mujer miró a Ashley, su arma todavía fuera—. ¿Quiere que le acompañemos abajo, señora?

No si podía evitarlo.

—No, eso no será necesario. Gracias. —Ashley se apresuró a desarmar su sistema de seguridad. El silencio que siguió fue ensordecedor. Esbozó los oficiales una sonrisa de disculpa—. Siento que pensara que era Dunn.

Kilpatrick bajó el arma y se lo metió en la funda.

—Si quieres cambiar el arreglo que hiciste con la oficial Sánchez, por favor acláralo conmigo primero. No queremos lastimar a un inocente.

Los oídos de Ashley se tornaron calientes de vergüenza. Se sentía cómo un niño atrapado con su mano en un tarro de galletas, que era ridículo. Esta era *su* casa.

—Por supuesto, tiene razón. —Indicó la puerta y añadió con una sonrisa suave sus siguientes palabras—. Si nos disculpan…

—¿Quieres que montemos la puerta? —preguntó Kilpatrick.

—Puedo ocuparme de ello. —No sabía cómo, pero quería que se fueran.

Los dos oficiales asintieron y se fueron. Ashley suspiró cuando cerró la puerta detrás de ellos y ésta se abrió. Agarró el taburete que usaba cuando trabajaba y apoyó la puerta con él. Durante todo el tiempo, estuvo al tanto de los ojos de Ron sobre ella. Cuando por fin levantó la mirada, fue para encontrarlo dentro de su apartamento, quitándose su parafernalia de bombero. Llevaba todo negro debajo… pantalones, camisa y botas. Y aún

estaba enojado, a juzgar por la forma en que se cruzó de brazos y le dirigió una mirada helada.

Una astilla de aprehensión se disparó por su espalda. No es que le temiera. Ron nunca le haría daño. Sólo no sabía si podía engañar su manera de salir de lo que había hecho. Ashley le dio una sonrisa vacilante, que rápidamente se murió cuando sus ojos se estrecharon.

—Estás enojado.

—¿Eso crees?

Chico, estaba de mal humor.

—Tuve que hacerlo, Ron.

Sus cejas arqueadas se dispararon.

—¿Tuviste qué? Interesante elección de palabras.

Estaba demasiado tranquilo, recordándole a una nube oscura inminente ante el trueno y el relámpago llegando.

—Quieres saber por qué les dije que no te dejaran pasar.

—Maldita sea que sí.

Estaba ceñudo hacia ella tan fuerte que sabía que solo la verdad iba a funcionar ahora, lo que significaba dejarse a sí misma abierta y vulnerable. Llámala una cobarde, pero era más fácil tenderse en las vías y esperar el tren que decirle a un chico que te preocupabas por él.

Una vez dicho, no había vuelta atrás.

Cuando las cejas de Ron se alzaron, le espetó:

—Estaba tratando de protegerte.

Él parpadeó cómo si hubiera dado un tirón a la alfombra de debajo de él.

—Pasa por mí, de nuevo.

—Pensé que si te quedabas a mi alrededor, Dunn podría hacerte daño. No podría soportarlo. —Cuando él siguió mirándola, cambió su peso de un pie y gritó:

—Ouch.

El dolor se disparó de su pierna. Levantó el pie y vio la sangre en su calcetín. Maldición, debió pisar una pieza del vaso roto. Mientras se quitaba el calcetín para ver la magnitud de los daños, oyó a Ron maldecir y miró hacia arriba.

—Estás herida. —Corrió hacia ella.

—Debería haberme acordado de que había vidrios rotos en el suelo. —Su rostro se arrugó al ver supurar sangre de la herida. Odiaba la sangre. La visión de la suya la mareaba un poco.

—No pongas tu peso sobre él. —Ron advirtió cuando soltó su pie. No le advirtió antes de que la levantara en brazos—. Es posible que haya vidrios rotos incrustados en él.

Ashley buscó su cara con el ceño fruncido.

—Déjame explicarte.

—Olvídalo. No importa ahora.

—Pero sí importa.

Se detuvo frente a la puerta del cuarto de baño de la planta baja.

—Ashley, déjalo ir.

—No puedo.

Suspirando, entró en el cuarto de baño, la dejó en el asiento del inodoro y apoyó la pierna en el borde de la bañera. Cuando él se movió para enderezar su cuerpo, ella extendió la mano y le tocó la mejilla. Se quedó paralizado, pero no se apartó. En cambio, giró la cabeza para mirarla, con una expresión indescifrable.

¿Por dónde habría de empezar? Haciendo caso omiso de su pie escociendo, estudió su rostro, las cejas arqueadas y los pómulos, la mandíbula fuerte y los labios esculpidos. Le acarició con sus dedos, donde su mirada había estado, pasó sus nudillos sobre su barba. Se dio cuenta de que su mano estaba temblando y la dejó caer en su regazo.

—Quiero pedir disculpas y explicar. Por lo menos, permíteme hacer eso.

Se sentó en el borde de la bañera, justo al lado de sus pies.

—Está bien.

Ashley tragó. Aquí va todo o nada.

—Durante años, me había negado a enfrentar lo sucedido hace diez años. Cuando Dunn hirió a Kirkland y luego vino por mí, sabía que había una posibilidad de que alguien más que me importaba podría ser el próximo. Tuve que tomar algunas decisiones difíciles. —Le buscó su cara, pero no pudo decir cómo estaba tomando su confesión—. Cuando me negué a quedarme en tu casa o que te quedaras conmigo, era porque no podía soportar que te ocurriera algo. Siento que tomé el camino cobarde y dije a la policía lo de no dejarte pasar. Simplemente no podía correr el riesgo.

Esperó a que él dijera algo, cualquier cosa, pero no dijo nada.

Su mirada se hizo tan intensa su rostro calienta con vergüenza.

—Di algo. Por favor.

Se aclaró la garganta y luego señaló a su pie.

—Tengo que encargarme de eso. —Su voz era ronca.

Ella suspiró y dejó caer su pierna lesionada en el interior de la bañera. Debería haber mantenido la boca cerrada. Los hombres escuchaban las palabras «me importas» y simplemente asumían una mujer queriendo compromiso, el camino seguro para mandarlos también corriendo. Su corazón se apretó ante la idea de Ron dejándola. Los tres días sin él se habían sentido cómo una eternidad.

—El botiquín de primeros auxilios se encuentra en el armario detrás del espejo.

Ron sacó la caja de color rojo y blanco y lo puso en la parte superior del tanque del inodoro. Ninguno de los dos habló mientras se sentaba de nuevo, abría el grifo de la bañera y la pasó por encima de su pie sangrado. Se estremeció ante la sensación de escozor, pero su mirada seguía el contorno de su cara, sus brazos musculosos y hacia abajo a sus largos dedos. Sostuvo su pie en su gran parte, su tacto suave y relajante. Debió realmente de hacerle daño. Ron nunca fue uno de los callados.

Puso su pie limpiado en su regazo y luego metió la mano al equipo de primeros auxilios por el peróxido y un hisopo de algodón. Vertió el desinfectante en el hisopo y limpió su corte. Ella hizo una mueca, sacudiéndose la pierna.

Ron le lanzó una mirada de disculpa.

—Esto va a terminar pronto. No sangra más, y no creo que necesites puntos. ¿Te han puesto la vacuna contra el tétano recientemente?

Ella negó con la cabeza.

—¿Quieres que hable con Sánchez?

Su asentimiento fue cortante.

—Sí. Porque yo no voy a ninguna parte. Tengo la intención de llevarte al hipnotista mañana cómo lo prometí. —Extendió una generosa cantidad de pomada de primeros auxilios en el corte, después envolvió el pie con una gasa limpia—. ¿Cómo está eso?

—Bien, gracias.

Observó su rostro.

—¿Te duele? La herida no era profunda, pero nunca se sabe.

—Estoy bien, de verdad. Gracias. —Y añadió:

—Lo siento mucho por todo, Ron. —Cuando él seguía sin decir nada, la ira se deslizó en ella. Pero le faltaba la fuerza para aferrarse a ella, y rápidamente se apagó. A decir verdad, prefería más bien amarlo que pelear con él—. Puede que no pienses así ahora, pero pensé que estaba haciendo lo que era mejor—. Su voz temblaba y ella tropezó con las palabras, pero no le importó—. No fue mi intención hacerte daño.

Ron parecía que estaba a punto de decir algo, pero pareció cambiar de opinión. En cambio, puso su pie en el suelo, la levantó y cambió lugar con ella en el asiento del inodoro. Entonces tiró de ella en su regazo. Por un momento, no habló, sólo la abrazó con fuerza, con la cabeza en la curva de su cuello. Podía sentir su corazón latiendo con fuerza en su pecho. El calor de su cuerpo propagándose, calentándola hasta que su temblor se calmó. Lo dejó abrazarla, ofreciendo su consuelo cuando ella era la que lo había herido. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Este hombre no tenía precio.

Volvió la cabeza y dejó caer besos de mariposa sobre la piel caliente de su cuello, se apoderó de su rostro y la inclinó para que pudiera besar a lo largo de su mandíbula, las comisuras de la boca. Supo exactamente cuándo se relajó.

—¿Me perdonas? —susurró.

—Sólo si me prometes una cosa.

Se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos. Eran vigilantes, insondable piscinas azules ilegibles.

—Lo que sea.

—No te quedes jamás entre mí y una pistola amartillada de nuevo.

Parpadeó. ¿Por eso había estado tan silencioso desde que los policías fueron?

—No podía dejar que te hicieran daño.

Sopló aire y sacudió la cabeza.

—Lo sé. Pero no se te ocurra volver a hacerlo. Además, nunca le pidas a otra persona entregarme un mensaje.

—Está bien. Estoy realmente tan…

—No lo hagas. No más disculpas. Simplemente plena honestidad a la antigua. No importa lo malo o feo, dámelo. Odio tener que ser tomado por tonto.

Ella asintió.

—Entiendo.

Él frunció el ceño.

—Bueno. ¿Ahora cuánto tiempo durará esta actitud sumisa tuya?

A pesar de la mordedura en su voz, sus ojos brillaron. Ashley se rió. Lento para la ira y rápido para reír, le encantaba eso de él.

—¿Alguna vez actúas normal, Ron Noble?

—¿Te enciende la normalidad? —Le disparó de vuelta.

—No.

—Entonces nunca. —Él le dio un breve beso en los labios—. Vamos. Arriba. Tengo que limpiar el desastre que hiciste en la cocina.

—¿No querrás decir el desastre que causaste cuando me mataste del susto? Y no hay nada malo con la normalidad de vez en cuando.

—Puedo hacer lo normal con bastante facilidad. Desafortunadamente, sacas algo primario en mí. —Él inclinó la cabeza y la besó de nuevo, profundamente, posesivamente—. Pon tus brazos alrededor de mi cuello —ordenó cuando finalmente aflojó—. Tengo que sacarte de aquí.

Cómo el infierno que era. Habían pasado tres largos días desde que él la tocó. La cocina podía esperar. Ella no podía.

—No tan rápido, fanfarrón. —Tiró de su cabeza y derramó toda su hambre y necesidad en un solo beso. En cuestión de segundos, la atmósfera en la sala cambió.

Su corazón estalló en su pecho, cuerpo ardiendo, Ron se sentó y tiró de Ashley con él. Oírla admitir que se preocupaba por él era más embriagador que el mejor aguardiente que jamás había probado. Pero cuando se plantó entre él y esas armas amartilladas, con su corazón casi se detuvo. No sabía qué pensar ni qué decir. Pero en este momento no era el tiempo para analizarlo. Lo mantendría hasta más tarde.

Le palmeó sus mejillas para mantener la cabeza en su lugar y tomó posesión de su boca. Durante tres días, había soñado con esto. Ron se había empujado a sí mismo mentalmente y físicamente en el trabajo en el gimnasio hasta el punto del agotamiento, sólo para que sus invadiera sus sueños. Si había pensado que todo lo que necesitaba para sacarla de su sistema era un buen polvo, habría encontrado liberación en otro lugar. Desde el principio, había sabido que era algo más que sexo con Ashley. Conoció y luchó porque había tomado de su madre y su tío su manera de vivir cómo la norma, sin dejar que nadie se acercara. Fue liberador dejarse ir.

Agarró su cabeza y saqueó su boca mientras él intentaba hacerse con su cuerpo. Su respiración pesada, suspiros y gemidos llenaban la habitación con sus necesidades en espiral fuera de control. El deseo de valorar y favor se enfrentaron con el impulso salvaje de conquistar y reclamar. Las antiguas manos ganaron abajo y se desaceleró a un ritmo lánguido. Mordisqueando, provocando y saboreando. Tenía la intención de compensar por los últimos tres días.

Finalmente, levantó la cabeza, y le susurró:

—¿Hay cámaras de vigilancia en esta habitación?

—¿Es una broma? —Exhaló—. Tampoco hay sonido. Ni aquí ni en la de arriba.

Se echó hacia atrás y miró a su alrededor. Era grande para los estándares de cuarto de baño, pero no de la misma clase que la de arriba. Lo no quería que se volviera loca debido a su claustrofobia.

—Quiero hacer el amor contigo, aquí y ahora.

—Yo también.

—Más tarde, podemos pasar a la de arriba. —Una sonrisa radiante dulce curvó sus labios mientras ella pasó un dedo por su nariz, y luego en sus labios. Sacó su dedo en la boca y le puso una mano sobre su suave muslo. Sus músculos temblaban bajo sus palmas.

Se movió bajo su vestido, acariciando su cadera cubierta de encajes, el estómago, la pequeña de su espalda. Sus respuestas, los pequeños gemidos, los arqueo de su espalda, eran fascinantes.

—Tu piel es tan suave. Cómo nada que haya sentido.

—Dices las cosas más agradables. —Le inmovilizó su mano se levantó y se sentó a horcajadas sobre él, entonces tiró de su camiseta negra y se la quitó. Su aliento creció robusto cuando ella pasó sus palmas a lo largo de sus brazos, sus hombros y abajo de su espalda desnuda de su pantalón ceñido—. Estás bellamente construido. Caliente. Todo en ti es caliente.

Su erección latía y latía, la necesitaba tanto que era un dolor físico. La suavidad de su piel suplicaba por su toque. Deslizó una mano bajo su vestido, de nuevo, acariciando, arrastrándolo más alto. Sacándola de su vestido y sujetador le dio exactamente lo que quería, ella desnuda.

La perfección de su cuerpo lo tenía fascinado, pero sólo por un momento. Continuó acariciando su piel, provocando sus pezones mientras ella jadeaba y temblaba. Él nunca podría cansarse de ver su respuesta a su toque.

Se inclinó hacia delante para acariciar la suave curva de su estómago, que estaba justo en frente de su cara. Le olía bien. Lo respiró hondo, saboreando el aroma embriagador de su excitación. Sus manos bajaron y se apoderaron de su tanga de encaje. Esta vez, se deslizó hacia abajo, más allá de sus piernas largas y flexibles. Lo levantó su pierna y la apoyó en el borde de la bañera mientras besaba el interior suave de su muslo. Se deslizó sobre sus

rodillas y apoyó su pierna levantada en el hombro. Entonces agarró su culo desnudo y la encontró, atrayendo su botón hinchado de placer en su boca.

Ashley gemía, o tal vez protestó, no estaba seguro. Pero la forma en que sus dedos bifurcaban por su pelo, agarraron su cabeza y presionaba su rostro contra su pubis, sumamente lo dudaba. Sus uñas se clavaron en su cuero cabelludo, sus caderas se retorcían mientras lamía y lamía, empujaban y engatusaba hasta que su cuerpo se convulsionó. Absorbió su placer, sin ceder, amando su aliento problemático, los temblores que sacudían su cuerpo. Finalmente, levantó la cabeza y miró hacia arriba, pero tenía sus ojos cerrados en éxtasis. Manteniendo un brazo firme alrededor de su cintura, se levantó y le dio un beso, largo y duro, haciéndola probar sus jugos en sus labios.

Lo aflojó buscando a tientas con sus pantalones, pero su ansia temblorosa hizo difícil la tarea.

—Tengo que dejar este hábito de hacer el amor contigo parcialmente vestido —gruñó.

—No te atrevas. Me encanta tu estilo. Lento o rápido, siempre sabes lo que necesito. —Le empujó su mano a un lado y desató el cinturón. Luego empujó todo, pantalones y ropa interior, todo el camino hasta su tobillo y los quitó, sus zapatos, también. Todavía inclinada, su mano se cerró en torno a él, su pulgar frotando delicadamente la punta de su miembro—. Tan delicado pero firme y poderoso.

Cerró su gran mano sobre la de ella mientras le bombeaba, agarró con fuerza por un breve momento antes de bajar la mano de él y la atrajo.

—Ahora no. Necesito estar dentro de ti, nena. Ahora mismo.

Él consiguió la protección de sus pantalones, pero ella lo tomó de su mano, arrancó el paquete abierto y lo hizo rodar sobre él. Luego lo movió suavemente y se dejó caer de nuevo en la tapa del inodoro. Una vez más, tomó su miembro palpitante en la mano. Poco a poco, se sentó y lo guió dentro de sus pliegues calientes, húmedos y rendidos. Un siseo escapó de su boca mientras su apretada funda lo abrazó.

—¿Estás bien? —susurró.

—Oh, sí, nena. Te sientes bien. Perfecta.

—No. Tú eres el perfecto. —Puso sus manos sobre sus hombros y comenzó a montarlo, sus movimientos lentos y profundos. Él ahuecó sus pechos, arrastró su lengua por sus pezones uno a la vez, succionando con ternura. Luego sus movimientos cambiaron, volviéndose rápidos mientras se mecía, se levantaba y caía sobre él. Casi se perdió cuando ella arqueó su espalda, se recostó para agarrar sus muslos detrás de ella y bailaba círculos sobre su eje, sus ojos medio cerrados bloqueados con los suyos.

Por primera vez en su vida Ron se sintió expuesto, vulnerable. No conocía este poder loco que ella tenía sobre su mente y cuerpo, pero él no iba a luchar contra ello. En realidad, era una especie de liberación estar a su merced-seducido por los sonidos sexy procedentes de su boca y sus caderas espasmódicas, totalmente tripulados por los pequeños músculos en su interior masajeándolo. Le tenía mal, le tenía animado y retorciéndose, sudando y gimiendo su nombre mientras corrían hasta la meta.

Ella se tensó y se sacudió violentamente, casi lo desenfunda. Lo la atrajo hacia sí y gritó con una voz que apenas reconoció cómo propia. Placer intenso disparó a través de su cuerpo en una rápida sucesión, dejándolo indefenso.

La abrazó con fuerza, por cuánto tiempo no lo sabía. No quería dejarla ir. O dejar de amarla. O compartirla con nadie.

Ahora sabía lo que quería, y era mucho más que un sexo ocasional. Tenía que tener derechos exclusivos sobre ella.

Mientras los pensamientos se formaban, Ron sabía que no era justo para Ashley. Todavía no había llegado limpio sobre los rumores acerca de su padre y el fuego. Había querido hacerlo hace tres días, pero había abandonado la idea después de hablar con su madre y haciendo algo de profundo examen de conciencia. Si Ashley sabía la verdad, podría poner fin a su asociación. No estaba tomando ese riesgo. La verdad debía esperar hasta más tarde. Debía tener tiempo para demostrarle que lo que tenían era especial.

Su corazón tronó en su pecho, excepto que no era de emoción este momento. Era puro, sin adulterar pavor.

Las relaciones más allá de la habitación eran un misterio para él. Nunca había tenido una ni se encontró con una mujer que le inspirara a pedir una. Sin embargo, con esta mujer, quería mucho más. De alguna manera, había

asaltado sus defensas y encajado a sí misma en su esencia misma. Todo lo que tenía que hacer era aceptarlo, tratar con él.

Se alisó el pelo húmedo de la cara y respiró profundo, no estaba seguro de cómo abordar el tema.

—Me encanta el sexo de reconciliación.

Mierda, eso no era lo que había querido decir. Pero Ashley lo rescató de llegar a una mejor apertura al reírse y sus músculos inferiores apretaron a su alrededor. No se sorprendió cuando la sangre corrió a su ingle, otra vez. Esperaba que siempre fuera así con ellos.

Besó su pecho y se recostó para mirarlo a la cara, sus ojos luminosos.

—No sé nada de eso, pero ya que te gusta tanto, deberíamos pelear más a menudo. Y debería estar encima cada vez que nos reconciliemos.

—Arriba, ¿no? Amas controlar el ritmo, ¿no es así?

Ella se rio.

—Me da más libertad.

—Y deja mis manos libres para estos bebés. —Él ahuecó sus pechos y rindió homenaje a sus tensos pezones sensibles con los dientes y la lengua y sonrió cuando ella se quedó sin aliento—. Por otro lado, no has visto todos mis trucos todavía.

—Hmm, suena prometedor. ¿Quieres mostrarme más? —Le contoneó sus cejas cuando miró hacia arriba—. Me han dicho que aprendo rápido.

Le encantaba la forma en que ella no tenía miedo de mostrar lo que lo deseaba. Ron rio y la atrajo más cerca para acariciar el lado de su cara.

Una hora más tarde, dejaron el baño. Los ojos de Ashley se lanzaron a las áreas en el cuarto con cámaras de vigilancia. Gracias a Dios que su sistema no tenía ningún componente de audio. Ellos nunca frenaban su entusiasmo cuando hacían el amor.

—Si ese idiota viene cualquier lugar cerca de nuevo, házmelo saber —dijo Ron a su espalda—. ¿Dónde están los bocetos?

Ron estaba marcando que ella no le había contado sobre el incidente con Vaughn fuera del hospital. La forma en que estaba pasando, deseaba que no lo hubiera mencionado. Ella cojeó hasta la mesa donde había guardado los bocetos y les dio una palmada en la mano.

—Estás exagerando. Vaughn no me haría daño físicamente. Ese no es su estilo.

—¿Qué sabes tú de su estilo? Sólo lo viste dos veces.

Bueno, ella trajo eso en sí misma.

—No importa. De todos modos, sólo estoy adivinando que el hombre de mis sueños y el conductor de Vaughn son la misma persona. Podría equivocarme.

Su atención se centró en los bocetos. Lentamente, estudió cada página.

—Pero recordaste su rostro lleno de cicatrices, y en tu sueño, tu madre era responsable de sus cicatrices. Me gustaría escuchar lo que el Dr. Vogel tiene que decir sobre eso. ¿Puedo tomar prestado esto?

Indicó el boceto con el perfil sin cicatrices del conductor de Vaughn.

—¿Por qué? Eddie ya está comprobando los antecedentes del hombre.

La frente de Ron se levantó.

—¿Tu primo?

Ashley asintió y le contó lo que Eddie había descubierto.

—¿Crees que él estará de acuerdo de compartir su información con Kenny?

—No lo sé. Eddie es una ley en sí mismo, así que no puedo prometer nada. Cuando hablamos, estaba planeando en prestar a Kenny una visita.

—Eso es aún mejor. Kenny prefiere trabajar con la policía local en lugar de sus antiguos colegas en la oficina. También puede ser que desee mostrar este bosquejo al hombre que trabaja en el Sunset Marquis Hotel para ver si Frankie Higgins era el hombre que vio hablando con Dunn. Entonces tendremos algo tangible para vincular a los Doyles a este lío. —Explicó lo que su madre le dijo sobre el intento de Doyle para comprar la casa hace diez años.

Ashley sacudió la cabeza.

—Eso haría lo que Vaughn hizo tan raro.

—¿Qué? ¿Ofreciéndote un paseo?

—No, cariño. Vaughn ha decidido apoyar el arte local. Es el nuevo benefactor del Museo César Chávez para la Infancia.

Sus ojos se oscurecieron progresivamente mientras explicaba lo que Josh y Micah le habían dicho.

—¿Cuánto está prometiendo? —preguntó cuando terminó.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Nada. —Se acercó a donde había dejado su ropa de bombero y se deslizó el boceto en el bolsillo de su chaqueta.

Sin gustarle su actitud, su mirada se quedó en él.

—No estás pensando en hacer frente a Vaughn, ¿verdad? No tenemos ninguna prueba hasta ahora de que él y su padre son los chicos malos de aquí.

Él le lanzó una mirada penetrante.

—Ya veremos. —Luego se volvió para inspeccionar las piezas rotas de vidrio—. ¿Dónde están la escoba y el recogedor?

Ashley se levantó.

—Yo lo haré.

—No, quédate quieta. De hecho, no deberías poner tu peso sobre ese pie. ¿Dónde están tus cosas de limpieza?

Se acomodó en el taburete.

—En el armario junto a la puerta del baño. —Ella lo vio alejarse, admirando la confianza que irradiaba. ¿Jamás se cansaría de mirarlo? Era un hombre tan hermoso.

Una idea comenzó a formarse en su cabeza, trayendo una sonrisa en sus labios. Sí, por qué no. Ella cojeó hasta la mesa donde sus cámaras estaban y recogió una. La levantó y apuntó a Ron mientras caminaba de regreso a la zona de la cocina, una escoba y un recogedor en la mano.

Ron arqueó una ceja.

—¿Qué estás haciendo?

—Capturando el momento. —Su dedo se torció y el obturador abierto y cerrado—. ¿No sabes que un hombre jugueteando alrededor de la cocina se considera muy sexy?

Se detuvo, movió las cejas.

—¿Quieres que me quite la camisa?

Ella sonrió y se hizo clic.

—¿Lo harías?

—Por supuesto que no.

—Por favor. —Ella movió hasta que ella tuvo una visión clara de él barriendo los escombros del mostrador y en la sartén. *Click, click,* iba su cámara. Las fotos irían a su colección personal. No sabía cuánto tiempo iba a durar su relación, pero no estaría de más tener algunos recuerdos en el camino. Algo a que aferrarse una vez que él se hubiera ido—. Las mujeres morirán a causa de poseerlas.

—Es una lástima. Soy un hombre de una sola mujer, y ya estoy tomado. —Se apoyó en la escoba, su expresión poniéndose seria—. ¿Recuerdas lo que me dijiste acerca de estar sucia la noche del incendio?

Ashley notó el cambio en su voz y poner la cámara hacia abajo.

—Sí. No tenía sentido.

—Deberías una vez oír esto. Mi bisabuelo tenía un bar clandestino bajo la casa Carlyle durante la prohibición.

Sus ojos se abrieron.

—De ninguna manera. Investigué la casa, y eso no estaba en los artículos de prensa archivados.

—Es un secreto de familia, lo que explica por qué mi familia luchó vendiendo la casa de todos estos años y donde mi abuela consiguió el dinero para iniciar Neumann Security. Quiero decir, mi bisabuelo era médico, pero en aquellos días, los médicos no tenían tanto dinero. —Barrió el pedazo de vidrio roto en el recogedor y los arrojó a la basura mientras hablaba—.

Después de que mi madre confesara, Kenny y yo fuimos fisgoneando. Nos tomó un poco encontrar la puerta oculta en el sótano. Es imposible saber que está ahí. Sólo un segundo. —Fue a devolver la escoba y el recogedor de polvo en el armario de almacenamiento.

Ashley trató de recordar nada de la casa y subió en blanco. ¿Cómo había hecho a esa habitación hace diez años?

—¿Hay otras puertas que conducen a él?

—Probablemente. Me sorprende que no te lastimes en esa habitación lúgubre. Es enorme y está llena de cajas y cajas de almacenamiento, desglosado mesas y sillas. Alguien en mi familia construyó un muro para ocultar la entrada subterránea secreta que lo conecta con el sistema de drenaje, pero la humedad se ha filtrado en el hormigón y se está desmoronando. Me hubiera gustado saber acerca de todo el asunto clandestino cuando era más joven.

Por su expresión emocionada, habría disfrutado explorando esas habitaciones subterráneas. Tal vez visitando el lugar podría refrescar su memoria. Antes de que pudiera preguntar a Ron, sonó el timbre.

Ron alzó una mano para que dejara de responder y se dirigió hacia la puerta. Cuando se quitó el taburete y la abrió, la Oficial Kilpatrick dijo:

—Siento molestar, pero tengo que hablar con la Srta. Fitzgerald de inmediato.

Algo en la voz de Kilpatrick tuvo a Ashley corriendo hacia la puerta. Ella deslizó su mano a través de Ron. Tocarlo le dio un poco de confort mientras se preparaba para cualquier noticia que la oficial haya traído.

—¿Qué es? —preguntó Ashley.

—Acabamos de recibir una llamada de Sánchez con algunas buenas, o malas, noticias. Dependiendo de cómo se mire.

—¿Qué noticias hay? —dijo Ron.

—Un cuerpo de un hombre con la descripción de Dunn varado en Corona del Mar Beach State el día de hoy. Metieron las huellas digitales en la base de datos AFIS y el nombre que surgió fue Evan Ironside, un investigador privado local. Un par de nuestro pueblo prestó a su despacho una visita y descubrió que él usa varios alias, entre ellos Dunn.

—¿Fue su muerte…? —Ashley no terminó la frase, pero la Oficial Kilpatrick entendió lo que le estaba pidiendo.

—¿Natural? No tienen nada concluyente todavía, pero no están descartando el juego sucio. Sin embargo, hemos recibido la orden de poner fin a la operación de vigilancia. Con Dunn muerto, el capitán dijo que no hay razón para estar aquí, Srta. Fitzgerald. Lo siento.

Ashley no podía creer lo que estaba oyendo. Ron se había ido tensando a su lado también.

—¿Qué pasa si el que lo contrató aún está por ahí? —espetó.

—Entiendo cómo se siente, pero no tomo las decisiones, Sr. Noble. Sólo sigo órdenes.

—¿Podemos hablar con la oficial Sánchez? —preguntó Ashley.

Kilpatrick negó con la cabeza.

—No lo sé. Usted podría tratar de llamarla. Pero sé que está ocupada en este momento. Estará aquí mañana para hablar con ustedes dos.

—Vamos a estar aquí —dijo Ashley.

—Hasta las cuatro, después tenemos centrada una cita. —Ron sacó una tarjeta de su cartera y se lo pasó a la mujer.

—Ella puede contactarme por el teléfono.

—O el mío —agregó Ashley.

—Un equipo de nuestro distrito estará aquí por la mañana para desmantelar el sistema de vigilancia. Siento que no tuvimos a Dunn en primer lugar. —Ella asintió y se fue.

Ron apoyó la puerta cerrada y se volvió para mirar a la cara de Ashley. Preocupado y confundido, se preguntó si sus ojos le habían alejado.

—Hey. —Él frotó sus brazos.

El suave calor de sus manos la estabilizó.

—Todo esto es muy extraño.

—¿Qué?

—¿Recuerdas que mencioné un detective que mi tía contrató hace diez años para investigar el incendio?

—Sí. Dijiste que no encontró nada.

—Eso es lo que le dijo. Pero debía tenerlo. Se llamaba Evan Ironside.

Capitulo 15

Traducido por Lililamour

Corregido por Yanii

Ashley seguía pensando en Evan "Dunn" Ironside el día siguiente mientras ella y Ron subían las escaleras hacia la oficina de la Dra. Reuben. Obviamente la afirmación de Dunn de que no había encontrado nada durante su investigación del incendio era falsa. Alguien debió de haberlo convencido de que mintiera. Más que nunca, Ashley quería saber lo que pasó esa noche.

—Por aquí, por favor. —La asistente de la Dra. Reuben, una estilizada morena de cuarenta y tantos con una sonrisa radiante, abrió una puerta y les indicó que entraran—. La doctora estará con ustedes en breve. Si necesitan algo, no duden en llamarme. El teléfono está en la mesa auxiliar. —Con otro destello de una sonrisa, se había ido.

Ashley se abrazó y se dio la vuelta para inspeccionar la sala de psicoterapia de la Dra. Reuben. Las pocas veces que había consultado con la doctora, habían utilizado una oficina diferente. Esta habitación era sorprendentemente acogedora. Un sofá, un sillón de dos plazas y una mesita de café estaban colocados en medio de la habitación con dos sillas de cuero, y un diván cerca de una ventana. Lámparas enchapadas estaban puestas en las mesas laterales, y al lado de ellas, un jarrón con flores. Algunas piezas de colección compartían espacio con libros de psicología en las repisas. Con el ventilador de techo girando a una velocidad baja, la habitación estaba fría, sin ser incómoda.

A pesar de la atmósfera relajante, el estómago de Ashley se tejió con la tensión. Se acercó a la ventana y miró sin ver a las personas que caminaban por la calle.

—Nena, ¿por qué no te sientas y tratas de relajarte? —dijo Ron detrás de ella, con las manos apoyadas en su cintura. *¿Relajarse? ¿Cómo podría cuando estaba a punto de repasar el momento más traumático de su vida?* Se volteó hacia él y le dio una pequeña sonrisa, luego caminó al sillón de

dos plazas y se sentó. Él se reunió con ella, le llegó por detrás para frotar su espalda—. Podría ayudar si hablaras de tus miedos —agregó.

—Quiero mis recuerdos de vuelta, pero tengo este temor de que hay una razón por la cual decidí bloquearlos. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Tal vez el sueño que tuve la otra noche es realmente lo que sucedió hace diez años y no algo que mi subconsciente creó para llenar el vacío en mi memoria. Sigo preguntándome si estoy lista para hacerle frente a la verdad. —Le lanzó una mirada por el rabillo del ojo—. Pero estoy feliz de que estés aquí conmigo.

—Yo también. Sin embargo… —Él acunó su mejilla y giró su cabeza hasta que sus miradas se conectaron—. Si no crees que estás lista, entonces no sigas adelante con esto.

Ashley negó con la cabeza. Teniendo en cuenta lo mucho que él quería saber lo que pasó esa noche, era muy noble por su parte sugerir que no continuara. Realmente no tenía opción. Ya habían decidido trabajar con la Dra. Reuben primero antes de tratar de refrescar su memoria mediante un recorrido por la casa Carlyle.

—Estaré bien.

Cuando Ron continuó con el ceño fruncido, ella le dio un suave beso en los labios.

—Sólo si estás segura —agregó.

Sonrió, pensando en lo linda que era la forma en que él se preocupaba por ella.

—Lo estoy.

La realidad de lo que estaba a punto de hacer la había golpeado hace aproximadamente una hora. *¿Quién sabía que estaría cayéndose a pedazos en el último minuto?* Ron la había mantenido demasiado ocupada anoche como para preocuparse por nada más, arreglando su puerta, discutiendo su caso, haciendo el amor. Esa mañana, tratando con los policías, no es que la conversación con la oficial Sánchez hubiera arrojado nueva luz sobre el caso de la muerte de Dunn, después de dejar el boceto de Frankie Higgins en las oficinas de Kenny, había mantenido los pensamientos de la hipnosis pendiente en la bahía. Ahora sus rodillas golpeaban entre sí e hielo se propagaba debajo de su piel. La espera la estaba volviendo loca.

Lanzó una impaciente mirada a la puerta al mismo tiempo que se abrió y una menuda mujer de unos cincuenta años entró. Era la Dra. Reuben. Su canoso pelo de rastas estaba sujeto hacia atrás y sus gafas estaban posadas en la punta de su pecosa nariz.

Sonrió y asintió a Ron, luego volvió su atención a Ashley.

—Mi querida. —Se acercó a su lado, se sentó y tomó su mano—. ¿Cómo te sientes?

—Nerviosa. Asustada. —Había aprendido hace mucho tiempo a nunca mentirle a la Dra. Reuben. Su barbilla se levantó, la determinación cortaba su miedo—. Pero todavía quiero hacer esto.

La terapeuta negó con la cabeza y suspiró. No era exactamente la reacción que Ashley había esperado. Antes de que pudiera preguntar si todo estaba bien, la mujer miró a Ron y le tendió la mano.

—No nos hemos conocido. Irene Reuben.

—Ron Noble.

Sus ojos se agudizaron a medida que reconocía su nombre, pero no dijo nada. En lugar de invitar a Ron a sentarse, se volvió para enfrentar a Ashley.

—Lo siento mucho, querida. Pero no haré la hipnosis hoy, ni cualquier otro día. Déjame terminar, por favor —añadió cuando Ashley abrió la boca para responder—. Estoy tomando una excedencia de mi práctica y estaré refiriendo todos mis pacientes a varios de mis colegas. Tratamos de llamarte más temprano para cancelar la cita, pero no contestaste tu teléfono.

No. Por favor, no. Le tomó demasiado reunir el valor suficiente para acceder a la hipnosis. Ashley negó con la cabeza.

—No quiero otro terapeuta, Dra. Reuben. Sólo accedí a hacerlo porque sabía que iba a trabajar con usted. Me llevará toda la vida confiar en otro terapeuta.

—Entiendo eso, querida. Pero estoy en una situación que no se puede evitar. —La Dra. Reuben apretó con fuerza la mano de Ashley—. Veras, alguien intervenía mis oficinas. Como terapeuta, mis pacientes confían en mí para mantener nuestras sesiones privadas, así que cualquier cosa que me dicen es confidencial. Alguien por ahí ha tenido acceso a mi oficina por no sé cuánto tiempo. No tengo idea de quién es esa persona o cuántas de mis

sesiones han sido comprometidas. No puedo tratar a nadie hasta saber la magnitud de los daños.

Ashley no sabía qué pensar, qué sentir. La sensación de vacío en su estómago se intensificó. Esta era la última paja en una cuerda de muchas extrañas coincidencias. Tal vez recuperar su memoria perdida no estaba destinado a ser. Miró a Ron, sabiendo lo mucho que este último acontecimiento debía de ser devastador para él.

—Lo siento mucho —susurró.

La mano de él se cerró sobre su hombro y apretó.

—No es tu culpa. Espero que atrape a la persona responsable de esto —añadió, mirando a la terapeuta.

—También lo espero —agregó la doctora.

Ashley estudió a la mujer. Las líneas de su rostro parecían más pronunciadas y sus ojos color avellana estaban ensombrecidos.

—No sé si quiero pasar por esto con otro doctor, Dra. Reuben.

—Ashley…

—Lo sé, lo sé. Necesito enfrentar mi miedo y ver a través de esto. —Tomó una profunda respiración y exhaló lentamente—. Está bien. Si me recomienda a alguien, prometo que lo pensaré.

—Ese es el espíritu. —Palmeó la mano de Ashley luego se levantó, fue a su escritorio y sacó un sobre de papel manila—. Esto tiene una lista de colegas que son terapeutas excepcionales. Ya he explicado mi situación, y están dispuestos a absorber a mis pacientes.

—Gracias. —En un impulso, Ashley abrazó a la Dra. Reuben después de aceptar el sobre. La doctora le devolvió el abrazo, luego dio un paso atrás y rompió el contacto. Siguieron un silencio incómodo y apresuradas despedidas.

Ashley y Ron salieron de la oficina y se dirigieron a las escaleras. Eran más de las cinco y la gente se apresuraba por el vestíbulo del edificio de oficinas, la mayoría dirigiéndose hacia afuera, pero unos pocos se dirigían a los ascensores.

Ashley miró a Ron por el rabillo del ojo. Su expresión era tranquila, lo cual era exactamente lo que ella necesitaba en ese momento. Cualquier signo de frustración por el giro de los acontecimientos y ella sólo se habría sentido peor. No era así como había planeado que éste día terminara.

La vuelta hasta su casa fue acompañada de silencio. Ya dentro de su departamento Ashley lanzó el sobre que la Dra. Reuben le había dado sobre la encimera y encendió la cafetera.

Ron la miraba como un halcón.

—Cariño, ¿por qué no abres el sobre?

—No. Me tomó años confiar en ella, Ron. No estoy a punto de empezar todo de nuevo con otro psiquiatra. —Se apoyó contra el mostrador, pellizcó el puente de sus ojos y suspiró—. Iremos con el plan B, dar un paseo por La casa Carlyle hasta que algo sacuda mi memoria. ¿Tienes las llaves, verdad? —Él rodeó el mostrador hacia ella, asintiendo. Ella respiró hondo y lo soltó lentamente—. Es hora. Mi memoria está volviendo a pedazos, pero más rápido que antes. Incluso puedes mostrarme la habitación secreta.

Ron se detuvo frente a ella y la miró a los ojos.

—Esa es una maravillosa idea, pero todavía necesito que abras el sobre. Por favor.

La expresión de él era solemne, su comportamiento más allá de lo raro. Si quería que estudiara los nombres de los psiquiatras a los cuales no tenía intención de ver, lo complacería. Jaló el sobre manila del mostrador, agarró un abrecartas de una bandeja cerca de su desconectado teléfono y lo abrió. Una sola hoja de papel con la escritura inclinada de la Dra. Reuben estaba enclavada dentro. Leyó la oración única, sacudió la cabeza y lo leyó de nuevo.

Levantó la mirada hacia Ron y frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con que me verá en *tu* casa a las siete para realizar la hipnosis? ¿Qué está pasando?

Ron se cruzó de brazos y se apoyó contra la encimera, con una expresión sombría colocada en su rostro.

—El domingo antes de saber que me habías golpeado con una orden de alejamiento, le pedí a Kenny que le echara un ojo a tu psiquiatra.

—¿Qué? ¿Por qué harías eso?

—Escúchame, por favor. ¿De acuerdo? Supuse que quien hubiera intervenido tu casa debió de haber sabido que hiciste una cita para ver a Reuben. Y ya que concluimos que están detrás de lo que recuerdas de hace diez años, supe que habían intervenido también su oficina. Kenny contactó a la Dra. Reuben anoche cuando volvió a la ciudad, le explicó lo que estaba pasando y lo dejó buscar en sus oficinas. Cuando nos detuvimos en su oficina antes, él me dijo que encontró transmisores en todas las habitaciones y en los teléfonos, y un grabador de video en la toma del ventilador en la habitación en la que estábamos.

La mano de Ashley se arrastró hasta su pecho, su corazón latía muy fuerte. Nunca pasó por su cabeza que la Dra. Reuben podría estar en peligro. Pero Ron había pensado en ella y se había ocuparon de las cosas.

Ella se acercó y le tocó la mejilla.

—Gracias. ¿Cómo conseguiste que accediera a la búsqueda? Reuben es demasiado quisquillosa con su espacio personal.

—Yo no estaba ahí, pero Kenny puede ser encantador cuando una situación lo exige. Tiendo a no preguntar detalles. Tiene a alguien siguiendo a la terapeuta y coordinará las cosas con ella y su marido para meterla en mi casa esta noche en caso de que esté siendo seguida.

Ashley cogió dos tazas, las llenó de café y le entregó a Ron su café negro. Le añadió crema de avellana a la suya, su mente daba vueltas. Después de tomar un gran sorbo, dejó su taza sobre el mostrador y estudió a su hombre. Ella lo amaba y haría cualquier cosa por él, pero odiaba cuando la gente le ocultaba cosas.

—¿Por qué no me dijiste lo que estaba pasando de camino a su casa? ¿Por qué estoy escuchando sobre eso hasta ahora? —Su voz salió uniforme y sin polémica.

—El plan era que actuáramos de manera natural en el consultorio de la doctora cuando cancelara la hipnosis. Pasaste con gran éxito.

Sus ojos se abrieron cuando la realización penetró.

—¿Quieres decir que los micrófonos todavía siguen en su oficina?

Ron asintió.

—De esta manera, quien sea que esté escuchando creerá que Reuben no te hipnotizará y esperamos que las dejen a ti y a ella en paz. Recuerda lo que dijo Kilpatrick, la oficina de Dunn fue barrida. Alguien todavía está escuchando.

Ashley frunció el ceño cuando la conversación con la terapeuta se reprodujo en su cabeza.

—¿Eso quiere decir que en realidad no está cerrando su consulta?

—No lo sé. Puedes preguntarle esta noche. Kenny me puso al corriente y mantuvo los detalles para sí mismo. Una cosa que sí dijo fue que la buena doctora tiene una debilidad por ti. Una vez que Kenny le explicó lo que ha estado sucediendo, quería ayudar, de ahí la cita en mi casa. ¿Por qué estamos susurrando?

—Toda esta investigación parece tan surrealista, como si deberíamos de usar disfraces y merodear en la oscuridad. Entonces, ¿cuál es el plan?

Ron puso su brazo alrededor de los hombros de ella y besó su sien.

—Pasamos por algo de comida, nos vamos a mi casa y esperamos.

Horas más tarde, habían recogido comida china en algún lugar de West Hollywood y estaban de camino a la casa de Ron. Ashley no había pensado mucho en dónde vivía, pero miró a su alrededor con interés mientras se detenían en el camino de una hermosa villa Mediterránea en la colina en Beachwood Canyon.

Él estacionó el auto y la guio a lo largo de un patio empedrado a una arqueada puerta de roble y forjada con hierro. La puerta de aspecto antiguo, de un exterior blanco liso con altas y pequeñas ventanas ovaladas, no la preparó para el esplendor interior.

La mandíbula de Ashley cayó cuando él abrió la puerta y apagó su sistema de seguridad de última generación. Ella había muerto e ido al cielo. El departamento estilo sala, comedor y cocina de planta abierta era su diseño ideal de una casa de ensueño. El piso de roble y las paredes acentuadas de madera, plantas en nichos y muebles marrones creaban un aura al aire libre. Estrellas brillaron a través de los tragaluces y ventanales de vidrio claro que dominaban la longitud de la casa, mostrando la vista panorámica

de la ciudad de Los Ángeles. Las luces de seguridad le dieron un vistazo de árboles maduros y una cerca de madera con hiedra entrelazada. Divisó una madriguera a través de una puerta arqueada a su derecha mientras Ron llevaba la bolsa con su comida a una mesa de cocina de granito color marrón.

—Tienes una hermosa casa —dijo ella.

—Gracias.

Se fijó en la madera, las lámparas colgantes que pendían del techo y los apliques en las paredes.

—¿Cuántos años tiene?

—Aproximadamente ochenta, pero la arreglé un poco. —Sacó platos de un armario y utensilios, y alcanzó los contenedores.

Ella atrapó su muñeca.

—Primero muéstrame alrededor.

—No hay mucho que ver en realidad.

Ella jaló su brazo.

—Entonces no deberá tomar mucho tiempo, ¿no es así?

Sonrió ate su manifiesta curiosidad, acomodó su brazo alrededor de su hombro y la abrazó más cerca.

—Si un recorrido es lo que quieres, nena…

No la apresuró mientras caminaban a través de las arqueadas puertas de cuarto en cuarto, una sala, una sala de prensa, gimnasio en casa y una habitación de invitados. Dos puertas francesas a ambos lados de la chimenea en el dormitorio principal abrían hacia un balcón. Por un momento, se quedaron allí, con los brazos alrededor el uno del otro, y disfrutaron la vista del centro de Los Ángeles al atardecer. Las cristalinas aguas de su piscina reflejaban la infinidad de colores del cielo. Para cuando regresaron a la cocina, Ashley quería que cambiaran de casa.

Ron la entretuvo con historias de la mierda por la que había ido a través de la renovación de la casa mientras se acomodaban en las sillas acolchadas en la mesa del comedor en la que cabían seis. Sacó una botella de

Chardonnay para acompañar sus platillos de pollo y colmó los platos con comida. Comenzaron a escarbar, manteniendo la conversación fácil.

Cuando un golpe vino de la puerta, faltaba un cuarto de hora para las siete. Estaba tan absorta en Ron, que Ashley se había olvidado por completo de la razón por la cual estaba en su casa. La realidad cambió y un estremecimiento atormentó su cuerpo. Era de nuevo la oficina de la terapeuta.

Vestida con un abrigo y una bufanda alrededor de su cabeza, la menuda forma de la Dra. Reuben fue eclipsada por Kenny y otro hombre tipo militar con recortado cabello marrón. Todo sucedió rápido después de eso. Cumplidos fueron intercambiados, las cortinas cerradas y las luces se encendieron. Kenny y su hombre desaparecieron en alguna parte. Ashley se sentó en una silla del comedor, con los brazos abrazando su cuerpo. El intercambio verbal entre Ron y la terapeuta finalmente penetró su confusa mente.

—Ron… ¿puedo llamarte Ron? —Cuando él asintió, la terapeuta sonrió—. Por favor, mueva esa silla al otro lado de la sala. Puedes sentarte ahí, pero no debes interferir.

Ron asintió.

—Entiendo. Gracias por permitirme quedarme.

—Puedo tergiversar mis propias reglas de vez en cuando. —Caminó al lado de Ashley, le tocó el brazo—. Ven conmigo, querida.

La guio al salón junto a una mesa con una sola vela y luego se sentó en una silla frente a ella. Ashley respiró hondo y exhaló lentamente. La presencia de Ron detrás de ella se sentía muy tranquilizadora.

—Necesito saber si has tenido algún recuerdo desde que hablamos —preguntó la terapeuta.

Ashley le dio una tímida sonrisa.

—No estoy segura de si un sueño cuenta. ¿Recuerda el boceto que le mostré la semana pasada? —La hipnotizadora asintió—. Vi al mismo hombre en mis sueños. —Sacó los bocetos de su bolso y se los entregó a la terapeuta luego rápidamente explicó lo que vio—. ¿Cree que esto era parte de mi memoria o algo que inventé?

La Dra. Reuben se quedó callada por un momento mientras estudiaba cada dibujo, con la frente arrugada. Le entregó los bocetos a Ron y se volvió hacia Ashley.

—Hay muchas teorías en cuanto a lo que causa los sueños. La creencia básica es que un poco de nuestra memoria e imaginación se combinan para formar la imagen de los sueños, una malla de nuestros pensamientos subconscientes y nuestros deseos. —Se inclinó hacia delante—. En tus sueños, podría ser que era más fácil para ti poner una cara en el villano lastimando a tu madre y el de tu dibujo era muy útil. O podría ser exactamente lo que sucedió hace diez años. —Estudió la expresión de Ashley, su sonrisa amable—. Pero es ahí donde entra la hipnosis. Dado que proporciona acceso a la mente subconsciente, puede ayudar a revivir esos particulares eventos.

Ashley asintió. Tal vez todo era de su imaginación. Tal vez nadie mató a sus padres. Ella podría esperarlo a pesar de lo que Ron le había dicho, ¿podría?

—Quiero que recuerdes lo que hablamos la semana pasada, Ashley. Serás capaz de escucharme durante todo el tiempo que estés bajo la hipnosis. Nos dirás todo lo que veas, sientas, toques y huelas. Si te asustas o necesitas un descanso, presionaré tu rodilla derecha. Inmediatamente, regresarás a una época más feliz o un lugar seguro donde nada pueda hacerte daño. Cuando estés lista para volver y hacer frente a la situación, tocaré tu rodilla izquierda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —*Rodilla derecha significa tiempos felices. Rodilla izquierda significaba regresar a la mezcla de las cosas*. Ashley tomó otra respiración profunda y exhaló lentamente.

—Bien. Ahora, recuéstate en el diván. Ponte cómoda. Recuerda, no tienes nada que temer. Nadie va a hacerte daño. —La doctora miró a Ron—. Tienes personas que se preocupan por ti aquí. Todo lo que verás ya ha sucedido.

Ashley miró a Ron, sonrió, luego asintió hacia la doctora.

—Creo que estoy lista ahora.

—Bien. Permíteme alistar todo.

La Dra. Reuben encendió la vela en la mesita. Como si se hubieran puesto de acuerdo, Ron apretó un botón de un control remoto y las luces de la sala se apagaron. El resplandor de la vela proyectaba sombras inquietantes en

torno a la habitación. Con el silencio que ahora llenaba la casa, podría haber llevado a cabo una sesión de espiritismo.

La terapeuta rápidamente explicó el método básico de guiar a alguien a la hipnosis por el bien de Ron, pero su voz suave calmó los nervios de Ashley. La decisión de ser un participante y no un observador durante el proceso había sido de ella. Ella quería revivir hasta el último momento de esa noche así no se perdería nada.

—Voy a ayudarte a relajarte, Ashley —dijo finalmente la Dra. Reuben—. Concéntrate en mi voz y sigue mis instrucciones. No importa qué otros sonidos pudieras escuchar, concéntrate sólo en mi voz. Cada vez que la escuchas, sabes que estás a salvo.

Ella asintió.

—Quiero que tomes un largo y profundo respiro por la nariz y lo sostengas. Cuenta hasta ocho, luego exhala lenta y completamente a través de la boca. Eso es muy bueno. Ahora tensa todos los músculos desde los dedos de los pies hasta la mandíbula. Ponlos muy apretados. Cuenta hacia atrás desde el diez al uno y relájalos.

Ashley sonrió mientras una sorprendentemente cálida sensación se disparó por su cuerpo.

—Quiero que mires a la vela —instruyó la Dra. Reuben—. Mantén tus ojos en ella y respira lenta y libremente. Con cada respiración y movimiento tranquilo, te estás volviendo más pacífica, más relajada. Eso es bueno. —Después de unos segundos de silencio, añadió:

—Ahora voy a contar atrás desde cien. Cuando llegue a ochenta, encontrarás que tus ojos se ponen más y más cansados. Cuando llegue a sesenta, tus ojos se cerrarán.

Ashley se concentró en ambos, tanto en la vacilante llama y la voz de la Dra. Reuben. Sus ojos se pusieron más pesados hasta que los cerró. Una sensación de cosquilleo comenzó desde los dedos de los pies, se movió hacia sus pies y sus piernas. Puso sus extremidades calientes, pesadas y relajadas. Se movió hasta el pecho, los hombros y los brazos, y finalmente, su cuello, mandíbula y músculos faciales. Se sentía como si estuviera flotando. Era dichosa.

—Estás en un barco, flotando en un río apacible. —La monótona voz de la doctora le llegó, fuerte y claro—. El cielo es azul. El aroma de las flores y el canto de los pájaros llenan el aire. Todo es hermoso, tranquilo. El barco se detiene y sales del mismo. Hay un edificio frente a ti. Camina hacia la puerta y ábrela. Es tu decimoquinto cumpleaños. Acabas de terminar de celebrar con tus primos y tuvieron un tiempo maravilloso. Ahora estás despidiéndote, siguiendo a tus padres al auto...

Ashley era completamente consciente de la presencia del terapeuta mientras las escenas y sonidos de su pasado se desplegaron lentamente.

Ashley se inclinó hacia adelante desde el asiento trasero del auto, sus manos aferraban los bordes del asiento de su madre. Estaba demasiado emocionada para quedarse quieta o preocuparse por el cinturón de seguridad.

—¿Ya llegamos, papá?

Su padre se echó a reír.

—Casi, cielo.

—Te va a encantar, nena —agregó su madre, su voz resonando por la emoción.

Su padre marcó vuelta y dejó la calle. Conducía por una estrecha carretera bordeada con árboles hacia una puerta de entrada. Ashley estiró el cuello para ver la casa, pero los árboles bloqueaban su vista. Su padre bajó la ventanilla para hablar con el guardia, luego pasaron.

Apretó la cara contra la ventana para ver mejor mientras la casa quedaba a la vista. Tenía tres pisos, grandes ventanas de diferentes formas y niveles de techos. Había luces en la planta baja, estaban derramándose a través de las ventanas hacia el jardín y el estacionamiento. Una melodía de jazz se filtraba al exterior a través de las ventanas abiertas y llenaba el aire de la noche. El auto se detuvo en el estacionamiento y su papá salió y abrió la puerta de Ashley.

—Es hermoso. —Ashley agarró su nueva cámara fuertemente, saltó del auto y corrió al lado de su madre—. ¿Vamos a vivir aquí?

Su padre intercambió una mirada con su madre.

—Bueno, cariño, estamos comprando la casa para algo muy especial. Tu madre y yo pensamos que deberíamos convertirla en una escuela para todos

los niños superdotados que no tienen un lugar a donde ir. Tendremos cantantes, bailarines y artistas de todas las edades aprendiendo en diferentes aulas, y también actuando localmente en eventos. Tú también incluso podrías ayudar si quisieras.

—¿Por qué no podemos vivir aquí también? Es una casa grande. Podríamos vivir arriba y hacer abajo la escuela. —No esperó su respuesta. En cambio, subió corriendo las escaleras para tener una mejor vista a través de las ventanas. Arañas de cristal en forma de cascada colgaban de los altos techos y hermosas pinturas adornaban las paredes. A su derecha, vio lo que parecía ser la parte inferior de una escalera majestuosa. Sus padres llegaron a su lado.

—Quédense aquí. Quiero fotos para mi colección. —Ashley fue al final de la escalera, se volvió y levantó la cámara—. Sonrían y saluden.

Su papá puso su brazo alrededor de la cintura de su madre. Sonrieron y saludaron. Ashley apretó el botón y el flash iluminó sus caras. Estaba a punto de tomar otra fotografía cuando la puerta se abrió detrás de sus padres. La melodía de jazz se hizo más fuerte. Una bonita mujer de tez moca con un peinado de lujo habló brevemente con sus padres, entonces su madre le hizo señas Ashley para que subiera.

—Ella es Sherry McKinney, la gerente. Dice que puedes ver la televisión en su oficina, mientras papi y yo firmamos los papeles abajo.

Ashley apenas les prestó atención. Su mirada estaba en el vestíbulo, con su suelo de baldosas relucientes. Un enorme espejo dominaba la pared opuesta a una gran escalera de caracol de madera serpenteando a la segunda planta. De ninguna manera se iba a sentar en una vieja oficina para ver la televisión cuando podía explorar. ¿De dónde venía la música?

La Srta. McKinney desapareció escaleras abajo con sus padres y dejó a Ashley en una pequeña oficina con el televisor en algún programa de adolescente, pero la música seguía llamándola. Además, era difícil oír nada por encima del ritmo pulsante. Alguien había reemplazado al jazz con una canción de hip-hop, y parecía venir de una habitación en el otro lado del vestíbulo. Podría escabullirse, revisar el lugar y regresar antes de que vinieran por ella.

Justo cuando se levantó para investigar, los faros de un auto recorrieron las ventanas y llamaron su atención. Se asomó afuera justo cuando una mujer

salía de detrás de las llantas de un auto oscuro y se deslizó hacia la entrada de la casa. Llevaba un abrigo de piel gris y una bufanda de lujo cubriendo su cabeza y entrecruzada bajo la barbilla. La mandíbula de Ashley cayó cuando la luz cayó sobre su rostro.

¿Nina Noble? ¿Aquí? Chase y Baron no creerían que vio a Nina esta noche. Ella era su actriz favorita. A menos que... Ashley titubeó con su cámara y la levantó mientras la actriz se apresuraba hacia la entrada. Su abrigo gris se abrió para revelar un brillante vestido dorado. Antes de que pudiera tomar la fotografía, otro automóvil se detuvo y un hombre alto saltó desde el asiento del conductor. Se apresuró hacia Nina, su boca abriéndose y cerrándose.

Ashley no podía oír lo que estaba diciendo hasta que se encontró con Nina en la parte inferior de las escaleras.

—No hagas esto. Entiendo que estés enojada con nuestra madre, pero vender la casa es ir demasiado lejos. Romperás su corazón.

—¿Corazón? —espetó Nina—. Nuestra madre es el hombre de hojalata de El Mago de Oz, Gregory. Es fría y rencorosa, totalmente incapaz de amar a nadie ni a nada. No, retiro lo dicho. Ella tiene una debilidad por una persona… tú. El abuelo me dejó la casa. A mí. No a ella. No a ti. Y puedo hacer lo que quiera con ella. Ahora, discúlpame, hermano mayor. Tengo papeles que firmar. — Empezó a subir las escaleras, sus tacones golpeaban los escalones de cemento.

Gregory corrió tras ella y la agarró del brazo.

—Nuestro abuelo construyó esta casa con sus propias manos. ¿No significa eso nada para ti? Yo puedo prestarte el dinero.

—No quiero tu dinero, Gregory.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿La atención de nuestra madre? Ella no se va a dejar chantajear para hacer algo que no quiere hacer. Ustedes dos necesitan resolver sus diferencias sin recurrir a la venta de nuestro legado.

La risa de Nina resonó a través de la noche.

—¿Legado? ¿Por qué debería querer mantener una casa llena de terribles recuerdos y dolor? Ella hizo que la vida de nuestro padre fuera miserable en esta casa, y si él no hubiera muerto joven, la habría vendido a pesar de ella. Regresa y dile que fallaste, Gregory. Ese será un principio, pero la bruja te

perdonará. Siempre lo hace. —La voz de Nina estaba temblando para cuando terminó de hablar.

—Te arrepentirás de esto, Nina —gruñó Gregory—. Haces a un lado a todo el mundo con tus rabietas y egoísmo. Incluso Noble se está cansando de tu insensatez. Un día, despertarás y te encontrarás sola.

—Soy una actriz, Gregory. Nunca estoy sola. —La puerta principal se abrió y se cerró de golpe. Ashley dejó escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo. Sus ojos siguieron a Nina a través de la ventana de cristal entre la oficina y el vestíbulo, hasta que la actriz desapareció a través de las puertas que conducían al sótano.

Un sonido atrajo su atención de nuevo a Gregory, quien se había girado en sus talones y ahora corría hacia su auto. Un hombre salió de entre las sombras, obligándolo a detenerse. Ashley no podía ver su cara, sólo su espalda. Iba vestido todo de negro. Perdió interés en ellos. Se volvió para colarse a través del vestíbulo y la planta baja, pero una limusina se detuvo al lado de Gregory y el auto de Nina. La ventana trasera bajó y una mano hizo un gesto a los dos hombres, un anillo en uno de los dedos capturó la luz amarilla del estacionamiento.

Gregory y el hombre de negro se movieron hacia la limusina, pero la conversación que siguió no podría haber sido agradable. El hombre de negro se tambaleó hacia adelante como si fuera a golpear al ocupante de la limusina. Gregory lo apartó y lo empujó hacia la casa. Ashley se agachó para evitar ser vista, pero unos segundos después, la puerta principal se abrió y se cerró. Cuando miró hacia afuera otra vez, la limusina se alejaba. Gregory se quedó cerca de su auto, con la cabeza inclinada, luego también se fué.

De puntillas, fué a la puerta de la oficina y se asomó por el vestíbulo. El hombre de negro se había ido, y la Srita. McKinney no estaba cerca para detenerla de salir.

Con la cámara apretada contra su pecho, Ashley corrió a través de la habitación, abrió la puerta y la cerró antes de que la resonante música pudiera alertar a la gente de la planta baja de su presencia. Lo único que quería era una sola foto de Nina.

Voces flotaban hacia arriba desde abajo mientras ella iba de puntillas a lo largo de un corto pasillo con un conjunto de escalones al medio y una puerta al final. Miró alrededor con interés. Fotos de cantantes legendarios y estrellas

de cine, incluso algunas de Nina, cubrían las paredes. Tuvo cuidado de no hacer ruidos fuertes en los escalones de madera dura mientras las bajaba.

A mitad de la escalera, Ashley se detuvo y miró hacia la habitación. El suelo era más claro que los paneles de la pared, pero las sillas de terciopelo burdeos hacían juego con las cortinas.

Sus padres y su tío Kirkland, otros dos hombres y Nina estaban cerca de un bar, hablando. Nina se había quitado el abrigo de piel para revelar el hermoso vestido dorado recubierto de lentejuelas. Riendo, con un vaso en la mano, era el centro de atención. Uno de los hombres con ellos era el hombre que estaba todo de negro. Ashley colocó su cámara e hizo clic. Dio clic de nuevo, y otra vez.

Una mano aterrizó en su hombro y apretó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Con el corazón desbocado, Ashley miró hacia una cara desconocida. Su dedo se torció y la cámara hizo clic, capturando la imagen del hombre.

—¿Acabas de tomarme una foto?

—No —chilló y trató de liberar su brazo del doloroso agarre del hombre.

—Arriba... ahora —gruñó él, señalando hacia la puerta y cuidadosamente bloqueando su camino para que no pudiera correr a sus padres.

Ashley se puso de pie y corrió escaleras arriba. Cuando pasó por la puerta, chocó con Sherry McKinney, dio un paso atrás y golpeó su codo con la pared. El dolor le subió por el brazo y sus ojos se humedecieron.

—¿Qué está pasando, Frankie? —preguntó Sherry, su mirada moviéndose de Ashley al hombre.

—Ella estaba tomando fotos de las personas en la planta baja, al igual que hizo afuera cuando llegaron —dijo el hombre.

—Oh, deja a la chica en paz —dijo Sherry, se dio la vuelta y se dirigió hacia la oficina—. Acompáñame, Ashley.

—Me tomó una a mí —gruñó el hombre detrás de ellas.

Sherry dejó de caminar. Cuando volteó, Ashley dio un paso atrás. La mujer mayor no se vía agradable ya. Sus ojos se estrecharon.

—Dame la cámara, niña.

—No.

—Dámela —ordenó Sherry.

El pánico golpeó duro a Ashley. De ninguna manera iban a tomar su cámara. Se dio la vuelta y se desplazó hacia atrás. Sus padres y la libertad estaban detrás de la puerta del sótano. Desafortunadamente, Frankie se paró frente a esta. Eso la dejó con dos opciones; darles su nueva cámara o gritar para pedir ayuda. Ashley abrió la boca.

—No. —La voz de un hombre cortó a través de la palpitante música.

Ashley miró alrededor, tratando de encontrar a su dueño. Siguió la expresión horrorizada de Sherry a la entrada principal.

Un hombre bajo y corpulento estaba en la puerta abierta, un sombrero de ala baja colgaba de su cabeza. Ashley no podía ver la mitad de su cara, sin embargo él emanaba un aura que le puso la piel de gallina. Llevaba un bastón y un destello de algo atrajo sus ojos a su mano.

El anillo que ella había visto antes tintineaba bajo los brillantes candelabros. Era el de la parte de atrás de la limusina. Él dio un paso hacia la habitación y levantó su barbilla para señalar con su bastón a Ashley. La luz cayó sobre su rostro.

—Dale la cámara —dijo, su voz resonó en todo el vestíbulo y se mezcló con la música.

Un temor se apoderó de Ashley. Estaba acorralada, sin vía de escape, excepto... Dejó escapar un grito mientras se agachaba a través del vestíbulo y subió las escaleras. No miró hacia atrás para ver quién estaba detrás de ella hasta que llegó a la planta alta. Frankie subió a paso tranquilo las escaleras con una sonrisa en su rostro, como si supiera que la había acorralado.

Ashley entró en el oscuro pasillo. Entrecerró los ojos y trató de recuperar el porte. Su mano revoloteó por la pared, mientras se apresuraba hacia adelante. Encontró una puerta y giró el pomo. Estaba cerrada con llave. Corrió a lo largo del pasillo, su corazón martilleaba en sus oídos, su respiración era complicada. Sus ojos finalmente se acostumbraron a la penumbra. Pero lo único que encontró fueron más puertas cerradas.

Por fin vio una abertura de algún tipo cerca del final del pasillo. Era demasiado pequeña para una puerta o una ventana. Probablemente era un conducto de lavandería. Corrió hacia él. No había pomo, por lo que empujó el borde hasta que fue lo suficientemente amplio para deslizarse dentro. Con la intención de escapar de su perseguidor, se arrastró dentro, las piernas primero, y dejó escapar otro grito mientras se deslizaba hacia la nada.

Ashley sintió presión en su rodilla derecha, luego la voz de la hipnotizadora la alcanzó desde lejos.

—Estás a salvo. Estás de vuelta en la orilla del río. —Siguió hablando hasta que Ashley se calmó—. El barco se está moviendo lentamente río arriba. Mira las hermosas flores, árboles y arbustos, escucha los pájaros cantar. Te estás sintiendo más despierta, más viva. Cuando despiertes… —continuó la Dra. Reuben—, estarás mental y físicamente alerta. Recordarás todo, pero también te sentirás fortalecida.

Ashley abrió los ojos, tocó sus mejillas y sintió humedad. A pesar de lo que acababa de recordar, se sentía eufórica. Sonrió a la Dra. Reuben, quien palmeó su rodilla. Pero la expresión en la cara de Ron la impactó. Estaba furioso.

—¿Ron?

Él se sacudió con brusquedad como si lo hubieran pinchado y trató de sonreír.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. El hombre de la puerta era Ryan Doyle. Y el otro hombre, del cual tomé una foto, era Frankie Higgins. —En lugar de responder, el ceño fruncido de su cara se profundizó. Ashley chasqueó los dedos delante de su rostro—. ¿Oye? ¿Escuchaste lo que acabo de decir?

Él asintió.

—Frankie y Doyle estaban ahí. Mi madre dijo que Doyle no estaba ahí esa noche.

—Tal vez no lo vio. —Cuando él se puso de pie, Ashley volvió su atención hacia la terapeuta—. ¿Me puede regresar? Tengo que saber lo que pasó después.

La Dra. Reuben miró a Ron, quien ahora estaba caminando de lado a lado.

—Esta noche no, querida. Mañana por la mañana. Lo hiciste muy bien, dinos todo lo que viste, escuchaste y sentiste con tanta claridad. Desearía que todos mis pacientes fueran tan cooperativos como tú.

¿Entonces por qué Ron estaba actuando raro? ¿Había dicho algo que lo molestaba?

—Entonces, ¿por qué me trajo de vuelta? No estaba tan asustada.

En lugar de responder, la Dra. Reuben le dijo a Ron:

—Por favor díselo. Iré a buscar al joven que me trajo aquí y a decirle que estoy lista para ir a casa. —Encendió las luces y apagó la vela. Apretó el brazo de Ashley—. Hasta mañana, querida.

Ashley asintió y esperó a que la doctora saliera de la habitación. Se puso de pie y se acercó a Ron. Él todavía caminaba como un animal enjaulado muriendo por liberarse.

—¿Estás bien?

—Sí. —Se detuvo y se frotó la cara, sus ojos azules se ensombrecieron.

—No lo pareces. ¿Recordé algo que no supieras ya?

—Un par de cosas aquí y allá. Mi madre olvidó mencionar que ella y mi tío pelearon esa noche. —Ron entrecerró los ojos hacia ella y parecía meditar algo—. ¿Crees que puedas venir conmigo a Las Vegas mañana?

Ashley negó con cabeza.

—¿Mañana? ¿Qué hay de la cita con la Dra. Reuben? Yo quiero saber *todo* lo que pasó esa noche, Ron.

—Yo también. Nos podemos ir después de que termine. Debo hablar con mi tío. Quiero saber lo que él y mi padre discutieron con Ryan esa noche.

—¿Tu padre?

—El hombre vestido de negro. ¿Recuerdas las fotos que te mostré?

Parecía que fue hace años cuando Ron le enseñó esas fotos.

—¿Por qué estaba Frankie ahí esa noche?

—Probablemente para iniciar el fuego. Y por lo que recordaste, él conocía a Sherry Wilkins bastante bien. Tal vez la muerte de ella no fue un accidente después de todo.

Ashley se estremeció. Estaban tan cerca de poner las piezas juntas y de terminar esta investigación. *¿Su relación con Ron terminaría también?* Miró hacia él para encontrarlo viéndola con una expresión expectante, probablemente esperando su respuesta. *¿Estaba dispuesta a conocer al resto de su familia? ¿Incluso en las circunstancias actuales?*

—No sé si este es el momento adecuado para ir a Las Vegas contigo, cariño.

—Créeme, lo es. —Acunó su rostro, sus ojos estaban serios—. No quiero dejarte aquí en Los Ángeles, no con todo lo que está pasando. Tengo que saber qué otros secretos mi familia me ha ocultado. Te necesito conmigo, nena.

¿Cómo podría negarse?

—De acuerdo. ¿Ahora puedes decirme lo que la Dra. Reuben quiso decir con "por favor díselo"? ¿Decirme qué?

Él le frotó los brazos como si estuviera tratando de consolarla.

—Tu teléfono seguía vibrando mientras estabas hipnotizada. Lo contesté después de la tercera vez. Era del hospital. Tu tío volvió en sí y está preguntando por ti.

El corazón de Ashley se aceleró.

—Vamos. —Corrió hacia la puerta, Ron detrás de ella.

Capitulo 16

Traducido por Lore

Corregido por francatemartu

Llegaron al Hospital del Buen Samaritano en un tiempo récord. Por una vez, Ashley luchó contra su miedo a los lugares cerrados. En lugar de las escaleras, tomaron el ascensor a la UCI en el cuarto piso. Matt y su esposa Lorraine estaban en un sofá de esquina en la sala de espera, conversando en voz baja.

Lorraine los vio primero, apretó la mano de su marido y le susurró:

—Ella está aquí.

Ashley se encontró con ella cruzando la habitación y se abrazaron.

—No me llamaste —susurró, luego se inclinó hacia atrás para estudiar a su amiga desde hace mucho tiempo—. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor ahora. —Lorraine retrocedió y tomó la mano de su marido— . Sabemos que va a superarlo.

Ashley volvió su atención a Matt. El blanco de sus ojos tenía vetas rojas, como si no hubiera dormido en días. Sus ropas colgaban sueltas en su cuerpo pesado y sólo el Señor sabía cuándo se había afeitado por última vez.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó después de un rápido abrazo.

Matt hizo un gesto hacia el pasillo.

—Con papá. —Su mirada se trasladó a Ron—. ¿Quién es él?

Ashley realizó rápidamente las presentaciones y explicó que Ron era un amigo. Sin embargo, Matt lanzó a Ron una mirada sospechosa.

—Los policías nos dijeron que el hombre que hirió a papá estaba muerto, pero no antes de que tratara de llegar hasta ti también. ¿Por qué iría tras vosotros dos, Ash?

Ashley esperaba que su expresión no mostrara que iba a mentir.

—Debió haber pensado que le oí cuando atacó tu padre. ¿Te acuerdas? Te dije que él y yo estábamos hablando en ese momento.

—¿Qué era exactamente lo que los dos estabais discutiendo?

—Mi herencia. La recibí en mi cumpleaños este año. —La culpa le retorció las entrañas. Las mentiras estaban empezando a reconcomerla, pero no podía hablarle a Matt sobre la cadena de acontecimientos que llevó al ataque de su padre, o que un hombre muy poderoso podría estar detrás ellos. Matt era demasiado impetuoso y podía querer ir él mismo tras los Doyle.

—¿Puedes llevarnos a verlo ahora?

—Sólo tú. Él se queda aquí.

—Te veo en un rato —le susurró Ashley a Ron, luego siguió a Matt y Lorraine. No había más policías fuera de la habitación del tío Jerry. Sonya estaba sentada junto a la cama cuando entraron, con una mano en el brazo de su marido y la otra sobre una Biblia abierta. Saludó a Ashley con una sonrisa tibia.

—Hola, tía Sonya —susurró Ashley, y luego se acercó a su lado. Su mirada se trasladó a tío Jerry cuando se agachó para abrazar a Sonya. Parecía estar mucho mejor de lo que estaba la última vez que lo vio. Las hinchazones en su rostro habían bajado, dejando atrás manchas oscuras. Tenía un ojo hinchado y cerrado, el otro apenas abierto. Todavía estaba enganchado a todas las máquinas imaginables, y su cabeza estaba vendada.

—¿Cómo le va?

—Mucho mejor ahora, alabado sea Dios. No puede hablar todavía, pero puede mover los dedos y garabatear un poco. —Indicó el pedazo de papel y lápiz al lado del teléfono—. Así es cómo me preguntó por ti.

—Mamá, ¿por qué no te vas con Lorraine a la cafetería para tomar una taza de café? Te llamaré cuando papá haya terminado con Ashley.

—No, no, hijo, tengo que estar aquí. Tu padre me necesita. —Ella se retorció las manos, su mirada dirigiéndose a las máquinas de monitoreo de los signos vitales de su marido.

—Lo sé, mamá. —Matt se movió para estar junto a su madre y le frotó los hombros—. Pero en este momento, papá tiene que decirle algo a Ashley.

Su madre cogió una de las manos de su esposo y se apoderó de ella.

—¿Qué pasa si algo va mal mientras no estoy? Odiaría que Jerry pensara que yo no estaba.

—Va a estar bien —interrumpió Matt suavemente. Le lanzó una mirada de Ashley—. Ashley estará aquí con él y yo voy a estar fuera de la puerta. No va a suceder nada.

Sonya se quedó mirando a su marido por un instante, luego se inclinó hacia adelante y le tocó la mejilla vendada.

—Estaré de vuelta pronto, querido.

Las lágrimas llenaron los ojos de Ashley. La fuente de amor en los ojos de Sonya era tan bonita de ver. Tan pronto como se fue con Lorraine, Ashley envió a Matt una débil sonrisa. Esta vez, Matt no le devolvió la sonrisa. Su mirada estaba investigando.

—Ashley, si supieras algo sobre este tipo, Dunn, o por qué fue detrás de papá, me lo dirías, ¿no?

Él sabía que había mentido. Su culpa se disparó. Estaba cansada de mentir a la gente que amaba. Pero al igual que un robot, su boca se abrió y ella se mantuvo en ello.

—Por supuesto, Matt. Como dije, Dunn debió pensar que yo escuché la conversación entre él y tu padre.

Buscó su rostro.

—¿Lo hiciste?

—No.

Su expresión decía que no creía en ella.

—¿Y el tipo de ahí fuera? ¿Estaba contigo en ese momento?

—Su nombre es Ron. —Ella se estaba cansado de su actitud—. Y sí, lo estaba.

Matt negó con la cabeza.

—Estaré esperando fuera. —Miró a su padre, y luego giró sobre sus talones, pero no antes de que Ashley viera el dolor cruzar sus ojos y el brillo de determinación que siguió. Estadísticas sobre Ryan Doyle corrían por su cabeza. El hombre era despiadado. Si contrató a Dunn y luego se deshizo de él, era imposible saber lo que haría a cualquiera que se acercase a la verdad.

—Matt —dijo en voz alta. Él se detuvo, pero no se volvió hacia ella—. Dunn está muerto. Déjalo correr.

—No antes de saber por qué fue después de mi padre —dijo Matt, abriendo la puerta.

Un sonido suave desde la cama atrajo su mirada hacia el tío Jerry. Un suspiro se le escapó cuando la puerta se cerró detrás de Matt. Ella tomó el asiento que Sonya había ocupado y tomó la mano de su tío.

—Lo siento, tío Jerry. —Parecía estar tratando de comunicar algo con su ojo—. Es sólo que no quiero ver a Matt herido.

Cerró y luego abrió los ojos.

¿Fue eso un sí? Ashley miró a su ojo funcional y dijo:

—Si estás de acuerdo conmigo, parpadea una vez. —Él cerró y luego abrió su ojo. Ashley sonrió—. Si es que no, parpadea dos veces. —Él parpadeó dos veces. Eufórica, sonrió. Podían comunicarse.

—¿De qué querías hablar conmigo, tío Jerry? —Sus dedos se crisparon en los suyos—. ¿Quieres una pluma? —Él parpadeó una vez.

Ashley recuperó el panel de escritura y el lápiz de al lado del teléfono. Durante los próximos minutos, trabajó con él.

El lápiz se deslizaba entre sus dedos y necesitaba un descanso de vez en cuando, pero se las arregló para escribir las letras D y O[1].

—Hacer… ¿Hacer qué?

Trató de escribir la siguiente letra, pero no pudo agarrar el lápiz muy bien. O bien la fatiga estaba tirando de él o los sedantes estaban empezando hacer efecto.

[1] **Do:** en inglés significa hacer.

—Necesitas un descanso, tío Jerry.

Él parpadeó dos veces, pero con mucha dificultad. La ira se apoderó de su corazón al verlo, un hombre tan brillante, reducido a comunicarse con los ojos, e incluso eso estaba demostrando ser difícil. Luchando contra las lágrimas, Ashley puso sus dedos alrededor de la pluma y sujetó su mano mientras escribía las siguientes dos letras: Y y L. Cuando su mano de repente se dejó caer contra la de ella, supo que no podía permitir que continuara más. Le quitó el lápiz entre sus dedos.

—Está bien, tío Jerry. No voy a irme a ninguna parte. Me quedaré aquí hasta que estés listo para intentarlo de nuevo. —Cuando él cerró el ojo, Ashley se sentó y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Cuando estuvo en control de sus emociones, le prestó atención a las letras garabateadas.

La mayoría eran torcidas y desarticuladas, pero al seguir el orden en que las escribió… ¿Podría estar intentando escribir Doyle? Su mirada se trasladó a la cara de Kirkland. ¿Debería preguntarle? Se mordió el labio inferior mientras debatía consigo misma.

Sintiéndose terriblemente culpable por lo que estaba a punto de hacer, Ashley se inclinó tentativamente cerca de él.

—¿Tío Jerry? —susurró—. ¿Me oyes? —No hubo respuesta. Con su mirada pegada en su cara, tomó su mano entre las suyas y la apretó suavemente—. ¿Tío Jerry?

Sus dedos se movieron, y luego su ojo se abrió. Ella se acercó más.

—Tío Jerry, ¿estabas tratando de escribir el nombre de Doyle?

Él parpadeó una vez.

—¿Ryan Doyle?

Su cuerpo empezó a temblar y los sonidos que emitían furtivamente de las máquinas llenaron la habitación. El pánico corrió sobre ella, alcanzó el botón de la enfermera y lo presionó.

—Que alguien me ayude —gritó, bombeando varias veces el botón de llamada hasta que dos enfermeras corrieron a la habitación con Matt en sus talones.

—¿Qué pasó? —Una de las enfermeras le preguntó Ashley mientras ella y su colega trabajaba en reanimar al tío Jerry. La mirada enojada de Matt estaba en su padre, también.

Ashley salió de su camino y se apoyó contra la pared para ayudarse, con las rodillas de goma.

—No lo sé. En un momento, su ojo estaba abierto, el siguiente se cerró y empezó a convulsionar. —Demasiado tarde, recordó el nombre parcialmente escrito en la almohadilla. Un nuevo brote de pánico se lanzó a través de ella. Movió sus manos detrás de ella y arrugó la página, la arrancó de la libreta y se la guardó en el bolsillo trasero de sus pantalones.

Tomando una respiración temblorosa, Ashley se inclinó hacia delante para ver al tío Jerry. Estaba quieto y las máquinas se había detenido.

—¿Va a estar bien?

Una de las enfermeras la miró.

—Ha vuelto a caer en estado de coma.

Su garganta se cerró, atrapando el aire en sus pulmones. Era culpa de ella. No debería haberle presionado por una respuesta. Cuando ella vio la mirada horrorizada de Matt, él volvió la cabeza hacia la puerta y salió de la habitación. Ashley corrió tras él.

—Lo juro, Matt. Yo no he hecho nada. —Se llevó la mano al pecho—. Sólo necesitaba…

—Ven conmigo. —Él la agarró del brazo y la llevó lejos de la puerta. Cuando estaban a una distancia considerable, dijo—: Por supuesto que no causaste que entrara en coma. Estás aquí porque quería decirte algo. —Él buscó su mirada—. ¿Qué era?

Ashley suspiró, aliviada de que él no la culpara.

—Matt.

—No me tomes el pelo, Ashley. Sé que escribió algo porque el papel y la pluma no estaban donde los dejé antes. Si te dio una pista de lo que Dunn quería, entonces necesito saber lo que es.

Ashley sacudió la cabeza. Lo último que quería era que Matt se involucrara en este lío. Un miembro herido en su familia era suficiente.

—No escribió nada, Matt. Lo intentó, pero la pluma se deslizaba entre sus dedos.

Matt dio un paso hacia ella, y en un hombre de su envergadura, el movimiento podría ser francamente aterrador. Pero ella sabía que nunca le haría daño.

Él frunció el ceño.

—Lo mismo pasó cuando escribió tu nombre, pero eso no lo detuvo. Estaba decidido a verte por una razón, Ashley. ¿Por qué? —Cuando Ashley se limitó a sacudir la cabeza, Matt apretó sus manos contra la pared a ambos lados de ella, bloqueando limpiamente su salida—. ¿Olvidas quién soy? Soy su hijo, maldita sea. Tengo derecho a saber lo que está pasando.

Ashley lanzó un suspiro tembloroso. Esto podría ponerse feo. Para empeorar las cosas, las enfermeras eligieron ese momento para dejar la habitación del tío Jerry. Una fue a la estación de enfermeras, mientras que la otra se dirigió hacia ellos.

—No puedo, Matt. Tu padre no querría que…

—*Tú* no sabes lo que *mi* padre querría de mí —espetó.

—¿Hay algún problema? —la enfermera les preguntó cuando los alcanzó.

Matt miró a Ashley y luego dejó caer los brazos.

—No, señora. Mi prima y yo estamos teniendo una pequeña charla.

—Entonces manténganla en un tono bajo o salgan afuera. Esta es la unidad de cuidados intensivos, ya lo saben.

Tan pronto como la enfermera desapareció, Matt miró a Ashley. Ella hizo una mueca ante la ira que ardía en sus ojos. Se sentía como una traidora.

—Lo siento.

—Deberías sentirlo. No puedo creer que escondas algo de mí, Ashley. Eres como una hermana para mí, un miembro de mi familia. —Golpeó el aire delante de su rostro con el dedo índice y gruñó entre dientes—. Cualquiera que sea la información que te dio, es mejor que le des buen uso, o a Dios pongo por testigo, te pediré cuentas de este lío. De todo.

Siguió un silencio. El corazón de Ashley amenazaba con saltar por su garganta. Suspiró con alivio cuando Ron apareció en torno a una esquina. Matt también lo vio y dejó caer el brazo.

—¿Ya terminasteis? —preguntó Ron.

Ashley asintió.

Matt se alejó de ella. Hizo caso omiso de Ron y gruñó entre dientes:

—Recuerda lo que dije.

—¿Qué está pasando? —La mirada de Ron rebotó entre Ashley y Matt.

Ella no le respondió. Sus ojos se quedaron en Matt, quien lanzó a Ron una media sonrisa.

—Ashley y yo simplemente estábamos hablando de sus opciones. A partir de ahora, no podrá estar en cualquier lugar cerca de mi padre. Y no debe llamar al hospital tampoco. Les diré a los enfermeros que no es un miembro de mi familia y por lo tanto no se le debe administrar ninguna actualización sobre el estado de mi padre.

Ashley no podía creer lo que oía. ¿Cómo podía Matt ser tan cruel? Cuando él se alejó pesadamente, el pesar la recorrió.

—¿Cariño? ¿Qué está pasando?

La urgencia en la voz de Ron llegó hasta ella, como si viniera de lejos y la razón regresó. No era culpa de Matt. Estaba actuando por la frustración, porque no podía castigar a la persona que había herido a su padre. Y no había manera de que ella le diera el nombre de la hoja de papel.

Ron agarró sus brazos.

—¿Qué ha pasado?

Ashley parpadeó. Respiró hondo e intentó mostrar una sonrisa despreocupada. Por el ceño fruncido en el rostro de Ron, supo que no lo había logrado. Comenzó a explicar, pero su respiración se detuvo.

Él la atrajo entre sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Shh. Está bien. Sea lo que sea, lidiaremos con ello.

Ella cerró los ojos y lo apretó con fuerza. La calidez de su abrazo y el latido constante de su corazón le dio el apoyo que anhelaba.

—Vamos a casa —le susurró cuando ella tenía sus emociones bajo control—. Tenemos que hablar de Ryan Doyle.

—¿Qué pasó con Hogan? —preguntó Doyle en un tono neutral. El único indicativo de su ira era la contracción en la derecha mano.

Frankie cambió su cuerpo.

—Ironside se descuidó.

—No. —La voz de Doyle sonó como un rayo—. *Tú* te has vuelto descuidado, Frankie. ¿Cómo pudiste usar a un aficionado? No se suponía que nadie resultara lastimado.

—Ahí es donde te equivocas —replicó Frankie—. En nuestra línea de negocios, la gente se lastima. Sólo porque *tú* escogieras no hacer frente a algunos de nuestros socios de negocios no los hace ser un coro de niños.

Doyle frunció el ceño, odiando admitir que Frankie tuviera razón. Después de su paso por la cárcel, se comprometió a no volver a tratar directamente con delincuentes. Las muertes en la Casa Carlyle diez años atrás nunca deberían haber ocurrido, pero había aceptado el incidente como lo que fue, un accidente, y había seguido adelante.

—La muerte de Hogan fue un error —continuó Frankie—. Se desvió demasiado bruscamente y se fue por el terraplén. En cuanto a Kirkland, las cosas se fueron un poco de las manos.

Doyle estudió al hombre. Un maestro en la lectura del lenguaje corporal, sabía que los verdaderos sentimientos de una persona pueden ser determinadas a partir de gestos sutiles. ¿Estaba Frankie siendo deliberadamente descuidado? ¿Podría estar detrás de las cartas que había recibido Ron Noble o estaba Doyle cayendo en la paranoia?

—¿Ironside consiguió algo de Kirkland? —preguntó Doyle.

Frankie sacudió tenido.

—Al igual que Hogan, que no tenía nada que ver con las cartas. Eso deja a Nina y la chica Fitzgerald.

Doyle intentó contener su enojo. A Frankie nunca le había gustado Nina Noble por la forma en que la actriz había tratado a Doyle lo largo de los años. Si fuera por él, se habría deshecho de ella hace años. A pesar de su historia en común, Doyle destruiría a Frankie si alguna vez hería a Nina. Nadie tocaba lo que le pertenecía.

—¿Por qué iba la chica a enviar cartas a Ron Noble y poner su nombre en ellas? —se preguntó.

—Porque las mujeres hacen locuras. —Los ojos de Frankie brillaron con odio—. Con los micrófonos eliminados de su apartamento, no puedo monitorear a la chica. El problema es el hijo de Nina. Sigue interponiéndose en el camino y hace mi trabajo más difícil.

Doyle se acarició la barbilla, su mirada sin moverse de la cara de Frankie.

—¿Estás seguro de que los ex bomberos son inocentes?

Frankie suspiró.

—Yo mismo los interrogué.

—¿Dónde están ahora?

—En un viaje de pesca, pero no van a hablar con nadie cuando regresen. Me aseguré de ello.

Los ojos de Doyle se estrecharon.

—¿Cómo?

—Les expliqué cómo van a perder todo si no cooperan conmigo. Si queremos terminar esto ahora, debemos deshacernos de la chica Fitzgerald y del muchacho de Nina —insistió Frankie, inclinándose hacia adelante—. Están durmiendo juntos, así que si conseguimos deshacernos de uno, el otro puede continuar con la investigación. La única solución es deshacerse de los dos.

Doyle odiaba la idea de lastimar al hijo de Nina, pero creía en la auto-preservación. Alguien estaba usando al chico para destruirlo. Si uno de ellos tenía que desaparecer, preferiría que no fuera él. Por otra parte, Ron ya

estaba alborotando sus planes al financiar la obra de Nina, y matarlo sólo podría empujar a Nina a sus brazos.

Doyle se aclaró la garganta.

—Está bien. Encárgate de ellos. —Su mirada se fue a los cuatro paneles en uno de los equipos de seguridad en las paredes. Su pecho se hinchó de orgullo cuando Vaughn salió de la limusina, con un maletín en la mano, y se dirigió a la casa.

—Mi hijo está en casa —añadió.

—¿Le preguntaste sobre el incidente con la chica Fitzgerald fuera del hospital? —preguntó Frankie, su mirada también en la pantalla.

—Fue un encuentro casual, Frankie. Nada más. —La primera vez que Doyle oyó a Vaughn hablando con la chica fuera de su casa, se había convertido en sospechoso y le pidió a Frankie que fuera el conductor de su hijo. Pero después de interrogar al conductor anterior, Doyle se dio cuenta de que no había razón para sospechar que su hijo estuviera involucrado con la chica Fitzgerald. No entendía por qué Frankie desconfiaba de Vaughn. Tal vez era la envidia. Frankie solía ser su confidente, pero ya no. Pronto, Nina tendría ese privilegio.

Doyle se levantó y se acercó a la ventana. Hizo caso omiso de las mansiones aisladas y el alumbrado público que salpicaba el camino entre su casa y la de Nina. La visión clara de su hogar era la razón que había comprado esta casa. A menudo ella se encontraba en el balcón, sin saber que él la estaba viendo. A veces, como esta noche, la luz se encendía en el interior de su habitación, dándole un atisbo ocasional de su silueta, mientras se preparaba para la cama. Debería empezar a cortejarla de nuevo.

—Será mejor que me vaya —dijo Frankie detrás de él.

Doyle se volvió.

—Por supuesto. ¿Cómo están las cosas en México?

Frankie se movió.

—Bajo control.

Algo en su expresión lo tuvo a Doyle entrecerrando los ojos.

—¿Pero?

—Hubo un episodio, pero está estable ahora.

—¿Un episodio?

—Un ataque al corazón. La resucitaron.

Cubrió a Frankie con una mirada dura, en busca de cualquier señal que advirtiera engaño. Cuando la mirada de Frankie no vaciló, el alivio se apoderó de él. Incluso eso lo hacía enojar. Se estaba volviendo paranoico. Frankie nunca lo traicionaría.

En cuanto a esa perra, dejaría que se pudriera en el infierno de su propia creación. Después de dos fracasos matrimoniales y dos hijas, Doyle había estado encantado de saber que tenía un hijo, un joven cuya brillantez sólo era igualada por su buena apariencia. La excusa de la madre para mantenerlos separados, que Doyle era un jefe del crimen y no apto para criar a su hijo, la hizo aterrizar en ese sanatorio en México. Obtuvo lo que se merecía. Nadie le negaba lo que era suyo por derecho. Ella ni siquiera trató de obtener dinero de él para criar al niño, sin embargo, él sabía que ella no estaba ganando mucho como contable. El orgullo la había hecho a mantener a su único hijo lejos de él. Esperaba que ese mismo orgullo la hubiera mantenido acompañada estos últimos cinco años, mientras que bombeaban dentro de ella una completa gama de medicamentos.

Doyle apretó el cinturón de su bata y se alejó de la ventana.

—Al volver, asegúrate de que firma una orden de no reanimación, de forma que si tiene otro ataque al corazón, quiero que la dejen morir. Es hora de borrón y cuenta nueva.

—¿Qué pasa con Nina y la Casa Carlyle?

—Tengo una última carta para jugar. —Doyle sonrió con anticipación.

Capitulo 17

Traducido por pidge97

Corregido por Vickyra

Ryan Doyle. El nombre seguía repitiéndose en la cabeza de Ashley mientras estaba tirada en la cama. ¿Por qué el tío Jerry estaba tratando de escribir el nombre de Doyle? Sólo tenía sentido si Dunn hubiera mencionado el nombre mientras estaba atacando al tío Jerry. Desafortunadamente, no había forma de verificar eso. Matt era terco, y una vez que hubo dicho que no iba a ir a ningún lugar cerca de su padre, no iba a cambiar su forma de pensar. Pero por lo menos sabían que los Doyle estaban involucrados en este lío. ¿Pero cuál de ellos?

Un suspiro se le escapó. Cuando Ron aseguró su brazo en su cintura, ella susurró.

—¿Ron?

—Hmm, mm —murmuró y puso una pierna por encima de su muslo.

—¿Estás despierto?

Esta vez, no obtuvo respuesta. Se quedó asombrada como podía dormir tan profundamente después de todo lo que había pasado. Cuando su mente no estaba preocupada con lo que Kirkland escribió, y continuó recordando lo que había recordado durante la hipnosis.

Su mirada fue al reloj de la mesilla. Tres en punto. Ella estaba demasiado conectada para irse a dormir y no podía discutir con Ron. Ashley quitó el brazo de su cintura. Pero cuando intentó apartar la pierna de la suya, el masculló algo incomprensible y puso su brazo de nuevo en su cintura. Luego él se giró, aterrizando prácticamente con la mitad de su peso en ella y atrapándola efectivamente.

—Tú, gran zoquete —murmuró entre dientes y empujó su brazo—, estoy tratando de levantarme.

—¿Hmm, mm?

—¿Podrías quitarte de encima de mí? —intentó ser educada cuando lo que quería hacer era gritarle. Era inaceptable desquitarse con él, pero le molestaba que se hubiera quedado dormido justo después de que habían hecho el amor, mientras que a ella el sueño se le escapaba.

El levantó la cabeza y la miró de cerca.

—¿A dónde vas?

—Abajo a tomar una bebida o agua o algo —susurró, no molestándose en ocultar su irritación.

El deslizó una mano a lo largo de su mejilla, luego a través de su pelo, y gentilmente masajeó su cuero cabelludo.

—Pobre, cariño. ¿No puedes dormir?

Justo así, la zorra en ella murió en una muerte rápida.

—Estoy bien, sólo necesito una bebida. ¿Por qué no vuelves a dormirte? Estaré de vuelta en seguida.

El levantó su pierna de ella y se sentó, el edredón de estampado indio se deslizó hasta su cintura. Su mano alivió su cabeza y bajó su brazo hasta el de ella.

—¿Quieres hablar?

—Cubrimos la mayoría la noche anterior. Creo que trabajaré en una pintura hasta que la fatiga me pueda.

Su mirada fue al reloj.

—¿Sabes que son las tres de la mañana? —dijo, no enmascarando su shock.

—Lo sé. Estoy acostumbrada a trabajar a estas horas. —Se bajó de la cama, se agachó para darle un breve beso luego empujó su pecho—. Vuelve a dormir.

Ashley podía sentir sus ojos en ella mientras alcanzaba una bata para cubrir su cuerpo desnudo. Una mirada hacia él y sonrió, luego fue escaleras abajo.

—Ashley.

La forma silenciosa en la que él dijo su nombre causó que se parara y que girara su cabeza para mirarla.

—¿Sí?

—Estoy contento de que vengas conmigo a las Vegas mañana.

Lo había olvidado completamente sobre todo después de toda la locura en el hospital.

—Yo también, una vez que sepa que ponerme.

Él se rio entre dientes.

—Unos vaqueros y una camisa deberían bastar.

Justo como un hombre al que no le importan las primeras impresiones. Por lo que me había contado de su abuela, ella podría necesitar un traje de diseñador solo para romper el hielo. Aunque porque era importante impresionar al viejo pájaro golpeaba el infierno fuera de ella.

—Déjame preocuparme, cariño. Vuelve a dormir.

Abajo, se hizo un chocolate caliente y luego cogió su diario y rápidamente escribió lo que había pasado en las últimas doce horas y sus planes para mañana. Desde su amnesia, documentaba todo lo que le pasaba y cada paso que iba a tomar. Si tenía prisa, usaba post-its y luego los transfería al libro. Una vez que tuvo toda su memoria de vuelta, este hábito podría ser una cosa del pasado. Satisfecha de lo que había escrito, Ashley cogió su cuaderno de esbozos y fue a trabajar. Todo lo que había recordado durante la hipnosis estaba inmortalizado en papel. Entre los bocetos y los post-its de recordatorio, ella nunca olvidaría un solo momento. Después de una hora, se dirigió al atril, se puso la bata y continuó donde lo había dejado el día anterior.

—Hey, cabeza adormilada.

El aroma fresco de café recién hecho vagó hasta su nariz. Cuando trató de abrir los ojos, y se negaron a cooperar, ella se movió y giró la cabeza. Su mejilla tocó un cojín suave, fresco. Sonriendo, enterró su cabeza en la suavidad.

—¿Qué quieres de desayuno?

Metiéndose más profundamente debajo de la sábana, ignoró la voz. De repente la sábana fue quitada de un tirón de ella. Aire fresco silbó sobre su cálido, desnudo cuerpo.

Ashley se sentó, arrebató una almohada de plumas de detrás de su cabeza y la arrojó sobre su pecho desnudo. Luego miró a su torturador, quien ya estaba duchado, por el pelo mojado, la cara recién afeitada y ropas limpias.

—Si alguna vez vuelves a hacer esa maniobra… —bostezó. ¿Cómo había llegado escaleras arriba? Ella recordó descansar su mentón y sus manos, y luego nada. Su bata y su blusón estaban al pie de la cama. Sus ojos fueron a Ron otra vez—. ¿Me trajiste aquí arriba y me desvestiste?

—Ajá. —Sus orejas se volvieron rojas cuando el guapo granuja sonrió sin una pizca de vergüenza—. Amé cada minuto de eso… excepto la parte de llevarte. Tú no eres precisamente un peso ligero.

Sus ojos se estrecharon. Un guapo granuja o no, estaba cerca de ser aporreado hasta la muerte si no se cuidaba.

—Yo no estoy gorda.

—Dile eso a mi espalda. Debes pesar al menos… hey, hey no me tires eso. —Empujó la taza de café en frente de ella, su mirada rebotó entre su cabeza y la almohada que estaba blandiendo como una lanza—. Tú no quieres quemar este delicioso cuerpo. Y lo que pasa es que me gusta este cuerpo tal y como es.

Agitó la almohada ante él.

—Sólo vigila lo que me dices por la mañana, tío.

—¿No eres una persona mañanera, verdad? —dijo con entretenimiento.

—Eres asquerosamente feliz. —Ella utilizó las axilas para asegurar la almohada a través de su pecho y aceptó su oferta de la mañana—. Gracias.

Él se apoyó contra el pasamanos y la estudió mientras ella daba sorbos al café, una pequeña sonrisa en sus labios.

—Además aprietas el tubo de pasta de dientes de la forma incorrecta.

Ella giró los ojos.

—La próxima vez tráete el tuyo propio. Resulta que me gusta apretado desde el medio, muchas gracias. Y si usas mi cepillo de dientes, lo vas a lamentar.

Él se rio entre dientes.

—Tú realmente no eres una persona mañanera. Y no, he cogido uno que encontré en un cajón. ¿Entonces no recuerdas nada de lo que ha pasado esta mañana?

La sonrisa diabólica que utilizó disparó todas sus alarmas. Dio un sorbo del café y siguió mirándole.

—¿Qué?

—Hablas mucho cuando estas adormecida. No dejaste de repetir en mi oreja mientras te subía escaleras arriba, mientras te desvestía y te metía en la cama. ¿Quieres saber lo que era?

Oh, Señor, probablemente abrió su gran boca y le dijo que le amaba. Su cara se acaloró con vergüenza. Dejando su mirada en su humeante café, pronunció suavemente.

—No.

—¿Por qué? Esas pequeñas palabras me hicieron sentirme invencible, el hombre con más suerte del mundo.

—Lo que sea que dije, no lo decía en serio. —Puso su café no terminado en la mesilla de noche, luego se movió al borde de la cama y alcanzó su ropa—. Estaba cansada, adormilada y vulnerable. —Luego empujó sus brazos en sus mangas, tiró de la bata a su alrededor y miró a Ron—. No era yo misma. —Él ni si quiera se molestó en ocultar su sonrisa de satisfacción, el engreído patán—. ¿Dijiste algo sobre el desayuno? —Sus ojos le retaron a burlarse de ella una vez más, sólo una vez más.

Mientras él se diera cuenta de que era capaz de infligir algún daño corporal importante, se enderezó y se alejó de ella.

—Estoy planeando hacer algo mientras estás en la ducha y te cambias.

Era adorable. Aun así, le molestó no saber lo que le había dicho. Su mirada se quedó en él, mientras bajaba las escaleras. Cuando se paró y la miró, se agarró a sí misma.

—Olvidé preguntarte que quieres de desayuno —dijo.

Ashley estudió su cara de póker.

—Cualquier cosa. —Cuando la siguió mirando, ella empezó a ponerse nerviosa. Cuanto más largo es el silencio, más incómodo se volvía—. De acuerdo, ¿que dije?

Se encogió de hombros.

—No te preocupes por eso. No lo decías en serio. —Él continuó bajando las escaleras.

Estaba cubriéndose, lo que no era muy propio de él. Aunque considerando como se había comportado desde que se había levantado, quien podría culparle. Ahora, más que nunca, quería saber que le había dicho.

Dos rápidos pasos hacia delante la llevaron a la barandilla.

—Ronald Noble —dijo en voz alta. Cuando se paró al final de las escaleras y la miró, añadió—. La pasada noche me dijiste que odiabas que te tomaran por tonto. Yo también. Dime que dije.

Él la estudió, su expresión era seria.

—Dijiste que estás loca por mí, y que fue maravilloso, la mejor cosa que te ha pasado. —Estudió su expresión un momento—. ¿Lo soy?

Ashley sonrió con alivio. Claro que era maravilloso. Ella no podría haberse enamorado de él si no lo fuera.

—Sí, Ronald Noble. Creo que eres eso y mucho más, una persona muy especial.

Ashley reprimió una sonrisa cuando él frunció el ceño. Un hombre normal habría sonreído triunfalmente o vuelto escaleras arriba para besarla, pero no Ron. Su hombre era todo menos predecible. Era una de las muchas cosas que amaba de él.

—Yo también creo que eres especial, Ashley Fitzgerald. Eso es por lo que estoy loco por ti… —Su móvil empezó a sonar—, terminaremos esta conversación más tarde. —Cogió el teléfono y se lo llevó a la oreja.

Ashley se giró y fue hacia el baño. Estaba segura de que tenía una sonrisa tonta en la cara. Estaba loco por ella, ¡sí! Creía que era especial, ¡doble sí!

Justo antes de entrar en la ducha, Ron tocó en la puerta del baño. Quizá podía convencerle de ducharse otra vez, una lenta y larga. Sólo para enseñarle que estaba a gusto andando desnuda a su alrededor, sonrió de forma seductora, mientras abría la puerta.

—Ese era Kenny con buenas y malas noticias. La doctora Reuben no llegará a tiempo. —Recorrió una mirada de apreciación arriba y abajo de su cuerpo, una lenta sonrisa en sus esculpidos labios. Él se acercó para cubrir sus pechos, pero su interés había cambiado.

Ella atrapó sus manos.

—¿Está bien?

—Sí. Ella necesita ver a sus otros pacientes, pero te verá a las diez el sábado. Deberíamos estar de vuelta de las Vegas por entonces. Llamaré al piloto para cambiar nuestros planes de vuelo. ¿Puedo tener mis manos de vuelta?

—Todavía no. ¿Cuáles son las buenas noticias?

—Kenny y tu primo tuvieron una larga conversación. La policía de los Ángeles está abriendo oficialmente el caso del incendio de la casa Carlyle.

—¿A qué hora?

—El trabajador del hotel de Sunset Marquis confirmó que el hombre de Dunn habló con Frankie Higgins. Kenny prometió dejar que tu primo sepa sobre Kirkland y escribir sobre Doyle también. —Aflojó sus manos de las de ellas, cubrió sus mejillas y le dio un largo beso—. Los tenemos, nena. Una vez que la policía atrape a Frankie y a los Doyle, está locura acabará.

¿Qué significaría eso para su relación? Odiaba pensar sobre eso ahora, pero el pensamiento continuó creciendo en ella.

—¿Qué hay de la persona que te estaba mandando las cartas?

—Probablemente alguien que quería que los Doyle fueran cogidos. Sean quien sea, me gustaría agradecérselo a él o a ella algún día. Ahora tú, mi deliciosa seductora, será mejor que te duches. Necesitamos irnos de aquí. —La rodeó y le dio un manotazo en el culo.

Dos horas más tarde, Ashley y Ron dejaron la casa de ella por la de él, donde se cambió y empacó una maleta de una noche. Fueron a su oficina. Localizada en el centro de los Ángeles, las oficinas de Neumann Security ocupaban toda la planta entera de una de las plazas. Ella conoció a su asistente Nikki, una mujer alta, de piernas largas, rubia impresionante, que de alguna manera se manejó para hacer que los tacones y una falda a mitad de muslo parecieran de buen gusto. Ashley se sintió consciente en sus sandalias de medio tacón, y su vestido naranja de altura por la rodilla.

—No dejes que su sonrisa te confunda —la advirtió Ron mientras entraba en su oficina, Nikki le seguía detrás de él—. Nikki dirige mi oficina con mano de hierro. No sé qué haría sin ella.

—Un viaje pagado a las Bahamas todos los años podría garantizar mi eterna lealtad. —La secretaria ofreció con una cara seria, luego se giró hacia Ashley—, es bueno conocerte al fin, señorita Fitzgerald. Me encanta tu trabajo y espero poseer un original algún día.

—Llámame Ashley. Y cualquiera con tan buen gusto se merece un viaje pagado a las Bahamas —añadió con un guiño.

La mujer rio.

—Creo que seremos buenas aliadas. Llámame Nikki, por favor. —Cambiaron una sonrisa fácil de nuevas amigas, luego Nikki se giró hacia Ron quién había estado ocupado buscando a través de su correo—. Satchel llamó.

El miró hacia arriba.

—¿Ya está aquí?

—Todavía no, pero dijo que estaría aquí sobre las once.

Miró a su reloj.

—Eso está bien. No nos iremos hasta pasadas las once de todos modos.

Ashley escuchó parcialmente su intercambio mientras estudiaba las pinturas abstractas en la oficina de Ron. Era una sala espaciosa, con dos sofás y una mesa de café, el favoreció el verde cazador y el tostado en su decoración.

Esperó hasta que Nicole dejó la oficina antes de aproximarse a su mesa.

—¿Tienes una reunión a las once?

Él sonrió.

—No. —Tiró algunas de las cartas a su maletín y lo cerró, entonces caminó alrededor de la mesa—. El tío Gregory está mandando el jet de la compañía para nosotros. Satchel es el piloto.

—Oh. —Ella no sabía si estar impresionada o preocupada. De lo que Ron le había contado, Gregory Newmann no era la persona más complaciente del mundo.

Ron cogió su mano y alcanzó el maletín con la otra.

—Vámonos. No queremos que llegues tarde a tu reunión con el presidente del museo.

—Y Vaughn Doyle.

Él le mandó una mirada irritada.

—Para él, puedes ir tan tarde como quieras o no aparecer para nada.

Estaría mintiendo si no encontrara su espectáculo de celos emocionante.

—¿Por qué estás convencido que él está detrás de todo este desastre y no su padre?

—Una manzana no cae nunca lejos del árbol. Y el viejo hombre es demasiado inteligente como para utilizar a alguien sin dejar un rastro. —él la guio hacia las oficinas de Nicole—, he dejado algunas cartas en mi escritorio, Nikki. Encárgate de ellas. Y dile a Satchel que me puede contactar en mi teléfono.

—Ten un viaje seguro, y dile hola a Dra… tu abuela de parte de todos. —Nicole añadió una pequeña sonrisa, me di cuenta de que estaba compartiendo una broma privada con Ron.

Ron se rio mientras guiaba a Ashley fuera de la habitación.

—Nikki no llama a mi abuela nada más que la mujer Dragón. Teniéndote cerca ha frenado la lengua.

—Puede que ella no esté lo suficientemente a gusto conmigo como para ser ella misma. —Esta vez, Ashley era la que estaba luchando contra el monstruo de ojos verdes. Llámalo infantil, pero no quería que nadie más compartiera secretos con Ron. Antes de que pudiera pararse, se encontró diciendo:

—Es una mujer muy guapa.

—¿Quién?

—Nikki.

Se encogió de hombros mientras entraban en el ascensor privado.

—Sí, lo es, pero estoy más impresionado por su cerebro. Ella es un infierno de asistente.

Ahora que habían empezado, Ashley no podía parar. Sus primos siempre le habían dicho que ella era más como un tren desenfrenado cuando estaba detrás de algo. Sus ojos estaban pegados en los botones del ascensor, preguntó tan casualmente.

—¿Habéis salido alguna vez?

Ron se rio.

—Claro que no. No salgo con mujeres que trabajan conmigo. —Tiró de su mano y atrajo su mirada a la de el—, no necesitas preocuparte por otras mujeres, cariño.

Música dulce para sus oídos, ¿pero por cuánto tiempo?

—No estaba preocupada, sólo curiosa. —Pensamientos de las mujeres de su pasado comenzaban a acercarse sigilosamente hacia ella. No podía explicar por qué. Suma este viaje a Las Vegas para conocer a su familia. ¿Estaría Nina también ahí?

En poco tiempo, estaban aparcando afuera del museo.

—Hey chicos. —Ashley llamó mientras entraba a la sala de los murales.

Micah y Josh, los dos con camisas de vestir y vaqueros, se giraron con unas brillantes sonrisas. Ashley se paró para observar una docena de rosas de tallo largo, blancas en un florero azul de pintura, en la mesa de metal.

—Creíamos que no sería un espectáculo —dijo Micah, atrayendo su atención desde las rosas hacia ellos.

Ashley se rio entre dientes.

—¿Podría decepcionaros después de que os di mi palabra? —Miró a su reloj—, además, hemos llegado quince minutos antes. —Se giró para presentar a Ron, pero los murales lo tenían fascinado.

—¿Qué piensas? —preguntó, disfrutando de su reacción.

—No tenía ni idea que fueran tan impresionantes. Los niños estarán demasiado ocupados estudiando estos murales para jugar o lo que sea que los niños hacen en el museo.

—Entonces conoce a los dos genios detrás de parte del trabajo.

Después de la introducción, se giraron para ir a la reunión escaleras arriba.

—Oh, no te olvides de las rosas —dijo Josh—, han llegado para ti esta mañana.

Ashley caminó hacia la mesa, cogió la nota y abrió el sobre. Leyó la carta y la dejó caer a la mesa.

—¿De quién son? —preguntó Ron detrás de ella.

—Vaughn. Espera que comamos con él después de la reunión.

—Bastardo conspirador —gruñó Ron y desvió la atención hacia sus compañeros artistas.

Ashley le dio una mirada de advertencia.

—Vamos arriba.

—¿Y las rosas? —preguntó Ron en un tono deliberado neutral.

Levantó el jarrón y tiró las flores en la basura. Ashley rodó sus ojos cuando Ron le dirigió una sonrisa de satisfacción.

Ella subió las escaleras y no se sorprendió cuando todos la siguieron en vez de coger el ascensor. Todos sabían lo de su fobia. Ella sabía ahora que estar encerrada en la habitación secreta en la casa de Carlyle era la fuente de su terror a la oscuridad, sitios pequeños. Una vez que tuviera todos sus recuerdos, esperaba que el miedo se fuera también.

Cuando llegaron a la oficina del presidente, la asistente administrativa del presidente les informó de que Vaughn no había llegado todavía. Ashley se giró hacia Ron.

—¿Estás seguro que no te importa esperarme aquí fuera?

—Para nada. —Cogió una revista y se sentó en una silla—, estaré justo aquí cuando salgáis.

Y cuando Vaughn llegara, no quería perdérselo. Ella tenía algunas preguntas para el hombre. Ashley estaba a punto de preguntar a la asistente si podía ver a su jefe cuando la puerta del presidente se abrió y de ella salió Nina Noble en un traje amarillo con su fular de la marca Pierre Cardin alrededor de su cuello. Su asistente Connie Wilkins, la seguía.

—Ah, Srta. Ashley —dijo el presidente del museo detrás de ella—, justo estábamos discutiendo sobre su trabajo.

—Todavía no he tenido el placer de ver los murales —le cortó Nina, su sonrisa de estrella del cine en la cara. Su mirada cambió a Ron y su sonrisa se ensanchó—, cariño, que sorpresa.

—Madre. —Ron caminó hacia delante para besar su mejilla—, ¿qué estás haciendo aquí? —Ashley le oyó añadir en voz baja.

Nina le dio una palmadita en su mejilla.

—Sólo he parado para ver el fabuloso trabajo que estamos apoyando. La Srta. Fitzgerald es una joven muy talentosa. Poseo un par de sus pinturas —le dijo al presidente.

Ashley dudaba de que Nina poseyera una sola pintura con su firma en él, a menos que estuviera en una alfombra donde pudiera borrarlo con sus pies.

—Y estos son los talentosos jóvenes que ha tomado bajo su ala, Josh y Micah —añadió el presidente.

Nina extendió sus manos a Micah y Josh, y las agarró y podías pensar que estaba genuinamente satisfecha de conocerlos. Los hombres tenían sonrisas de tontos, deslumbrados por su atención y su aparente calidez. Josh asombró a Ashley cuando le dijo a Nina el número de obras que ella había atendido. Él no había indicado nunca que fuera un admirador de Nina Noble.

Ashley escuchó el intercambio entre la actriz y los otros, pero su mirada estaba en Ron, quien estaba mirando fijamente a su madre con una expresión ilegible. ¿Qué quería decir Nina cuando dijo “estamos apoyando”?

¿Cuándo se había convertido en la benefactora de este museo? ¿Y el "nosotros" incluía…?

Los ojos de ella se ampliaron cuando la realidad la golpeó. Oh, no lo hizo. Ron no había donado dinero al museo con la intención de impedir los esfuerzos de Vaughn. Cuando se dio cuenta que su mirada estaba en él, Ron la miró y sonrió. *Esa adorable y extravagante sonrisa no te va a hacer salir de esta, señor.*

El empezó a acercarse hacia ella, pero el presidente dijo:

—Ashley, querida, porque no le enseñas a la Sra. Noble el maravilloso trabajo que estás haciendo escaleras abajo. Y vosotros dos pasad y esperad al Sr. Doyle —le dijo a Micah y Josh—, está llegando un poquito tarde.

Ashley se opuso. ¿Por qué debería ser ella la que enseñara a esa bruja el sitio? Antes de que pudiera abrir la boca y protestar. El presidente añadió.

—La Sra. Noble ha sido muy generosa. Nos ha dado una gran donación para este museo. También está empezando una comunidad para artistas en su hogar ancestral en Culver City, del que estaremos a cargo.

Por un momento, Ashley no podía respirar. Lo que la mujer había planeado era destruir su sueño. ¿Por qué? Mientras que Josh y Micah parecían que habían ganado la lotería, la mirada de Ashley giró hacia Ron. ¿Qué sabía él de esto? Él movió su cabeza, el shock estaba en su rostro. ¿Cómo le hacía Nina esto? ¿Cómo podría mantener el rencor por tanto tiempo? La rabia retorció el estómago de Ashley. Soltó su aliento de forma rápida, su mirada chocó con la de su torturadora.

—Sería un honor enseñar a la Sra. Noble los murales. —Estaba orgullosa de que su voz saliera firme y calmada. Se giró y se marchó de la oficina, demasiado enfadada para ver si Ron la seguía.

Cuando alcanzó los ascensores. Ashley se giró y vio la sonrisa de Nina cuando ella se despidió. Qué zorra más vengativa. Los dedos de Ashley se curvaron en un puño, mientras se imaginaba lo que le gustaría hacer al esquelético cuello de la mujer.

La mirada de Ashley se deslizó hacia Ron. El presidente tenía un firme control sobre su mano mientras ella parloteaba acerca de algo. Probablemente otra versión de su discurso para donantes ricos, como su magnífica donación podría hacer arrancar beneficiosos programas para

niños con edad escolar. Ella lo había escuchado muchas veces. Y por la mirada en su cara, él no iba a ninguna parte tan pronto, lo que estaba bien para ella. No le quería alrededor cuando ella y Nina tuvieran su pequeña charla.

Ashley fue hacia las escaleras.

—El ascensor, Srta. Fitzgerald —dijo Nina en voz alta y extendió una mano hacia ella, sus dientes todavía destellando.

El miedo de Ashley a los espacios pequeños estaba en conflicto con su orgullo. El orgullo ganó. El corazón le latía con una mezcla de furia y temor, se unió a Nina y a la Sra. Wilkins en el ascensor. Ashley ignoró a la asistente y se concentró en Nina mientras las puertas se cerraban.

—Sra. Noble, primero me gustaría disculparme.

—¿Por qué, querida?

—Si no fuera por mí, su marido todavía estaría vivo. Por eso, lo siento mucho.

Nina le mandó una sonrisa burlona.

—¿De qué estás hablando? Mi marido murió en un acto de servicio, duramente fue tu falta.

Ashley parpadeó. ¿Qué juego estaba jugando ahora? No había audiencia ¿O había parado de culparla? Dios, eso esperaba. Apostaría que Ron estaba haciendo algo. Ashley suspiró con alivió.

—Gracias. Sobre la casa de Carlyle, no entiendo que está pasando. Creía que querías venderla.

Nina movió su cabeza.

—Ya no. Serás pagada muy bien por tu trabajo aquí y en la casa Carlyle. Mis amigos una vez quisieron convertirlo en una comunidad para artistas, ya sabes. Sólo estoy completando su sueño.

Ashley quería gritar “Ese era el sueño de mis padres”. Pero las puertas del ascensor se abrieron y aparecieron una multitud de paparazzi y los fans de Nina. Micrófonos se cernían sobre sus cabezas y cámaras hicieron clic y explotaban en sus caras mientras el circo mediático empezaba. La seguridad del museo intentó intervenir y contener la situación sin éxito.

—¿Nina? ¿Es cierto que está financiando el trabajo de los artistas de los murales? —preguntó un reportero.

—¿Cuánto dinero prometió? —añadió otro.

—¿Puede firmarme un autógrafo, por favor? —gritó un fan.

—¿Es cierto que va a dar un porcentaje de sus ingresos de su actual obra a un centro local de arte?

Las preguntas continuaron viniendo y Nina seguía sonriendo, disfrutando de ser el centro de atención. Finalmente, levantó sus manos y todo el mundo se calló. Ashley trató de encontrar una salida, pero las personas habían formado un escudo apretado alrededor de ellos. Estaba obligada a quedarse ahí, justo detrás de Nina. Ashley miró a sus pies y luchó por seguir en calma.

—No sé cómo me habéis encontrado, pero creó que el secreto ha salido a la luz —dijo Nina con una ancha sonrisa—, estoy interesada en trabajar con artistas locales, y no sólo actores y actrices principiantes. Este siempre ha sido mi sueño, pero ahora es tiempo de recuperarme con mi…

—Tú todavía eres joven, Nina —gritó un reportero y unos pocos murmuraron en acuerdo.

—Te queremos, Nina —gritó un fan.

Nina se rio.

—Yo también os quiero, cariño. Supongo que eres tan joven como te sientes, y me siento fortalecida y excitada sobre estos nuevos proyectos. El museo de los niños es sólo el principio.

—¿Quién es la joven a su lado? —preguntó un reportero.

—Esta, señores y señoras de la prensa, es Ashley Fitzgerald, la talentosa joven artista que está detrás de los murales en el museo de los niños. Si le preguntáis amablemente, ella podría enseñaros que han hecho hasta ahora. Son auténticamente increíbles.

Y ella ni siquiera los había visto. La mujer era todo un personaje. Ashley pegó una sonrisa en sus labios mientras las cámaras hacían clic. Mientras Nina firmaba autógrafos, los reporteros bajaban en picado sobre Ashley. De repente, fueron todos esos años con sus padres de nuevo, los paparazzi preguntando cosas personales e introduciéndose en sus vidas. Un reportero

preguntó sobre su serie erótica, sus modelos, cuando estaba a punto de hacer otro espectáculo. Otro recordó de donde sus padres eran y preguntó sobre la reeditación de sus canciones. Peor, su claustrofobia la golpeó. Ella soportó el bombardeo por pura voluntad, sonrió hasta que su mandíbula le dolió y odió cada momento de ello. La única consolación fue que la publicidad era buena para su trabajo y para la galería de su primo.

—Es suficiente, gente —dijo Nina finalmente—, a menos que Ashley decida dejarles ver los murales, necesitamos marcharnos.

Ashley sonrió a través de sus dientes.

—Lo siento, pero la apertura oficial del museo no es hasta dentro de unos meses. Los murales no podrán ser vistos hasta entonces.

Algo en su voz debía haberlos convencido, porque cada uno de ellos se echó para atrás. Los fans de Nina todavía se cernían sobre ellas. Ashley se abrió paso entre ellos y se apresuró al nuevo edificio. Por dentro, ella estaba hirviendo de rabia. Sus manos estaban húmedas y su frente estaba empapada de su cercano ataque de pánico. Cogió respiraciones profundas, intentando calmarse.

Es la madre de Ron… es la madre de Ron…

Ella se paseaba arriba y abajo, silenciosamente llamando a Nina Noble cada sucio nombre ella podía pensar, cuando la actriz y su asistente aparecieron.

—Era el sueño de mis padres trabajar con artistas jóvenes, un sueño que yo quería completar. No deberías…

—Cállate. —Nina se acercaba a ella, con los ojos brillantes—. Tienes mucho coraje llenando la mente de mi hijo con cosas que no sabes nada de ellas. Doyle no estaba en la casa la noche del fuego, y él no habló con mi hermano o con mi marido ¿Qué estas tratando de hacer, eh? ¿Hacer asesinar a mi hijo también? Doyle no es alguien con el que se pueda jugar.

Ashley dio varios pasos hacia atrás hasta que su espalda estaba contra el muro.

—Sra. Noble, yo sólo le conté lo que recordé durante la hipnosis.

—Y todo eso es mentira. Quiero que me escuches, señorita… —siseó Nina—, aléjate de mi hijo. ¿Quieres la casa Carlyle? Es tuya. Pero con una condición, aléjate de Ron.

Ashley movió su cabeza.

—¿Estás usando a tu hijo para negociar conmigo?

Los ojos de Nina se estrecharon.

—Llámalo cómo quieras. Rompe con él. Hoy.

¿Qué clase de madre era?

—¿No te preocupas por él? ¿Lo que él quiere?

La Sra. Wilkins tocó el brazo de la actriz, pero Nina empujó su mano.

—Soy su madre. Claro que me preocupa. Pero lo que sea que él está obteniendo de ti, lo puede tener fácilmente de otra docena de mujeres.

La boca de Ashley se abrió pero las palabras no salieron. Las palabras de Nina dolieron, aunque Ashley sabía que probablemente eran verdad. Ron era un hombre impresionante y un amante extraordinario. Pocas mujeres podían resistirse a un hombre cómo ese. Pero lo que le chocó a Nina fue el repentino cambio de actitud. ¿Por qué era agradable antes con ella en el ascensor? ¿Sabía que los reporteros estaban abajo?

—¿Tenemos un trato? —Los ojos de Nina se estrecharon.

Algo se rompió dentro de Ashley.

—No.

—Srta. Fitzgerald —le advirtió la Sra. Wilkins.

Ashley la ignoró.

—Y una vez que Ron escuche esta conversación…

La rabia distorsionó la cara de Nina.

—Tú no te atreverás a decirle nada de esta situación. Él nunca te creerá.

Ashley estaba llena de adrenalina y no pudo parar sus siguientes palabras.

—Sería tu palabra contra la mía, pero él podría creerme. Nunca le he mentido, nunca he guardado secretos…

La inesperada bofetada succionó el resto de las palabras de su garganta. Estrellas explotaron detrás de sus ojos mientras un intenso dolor radió a

través de su mejilla. Un chasquido de una cámara desde algún lugar de su izquierda.

—¿Cómo te atreves a amenazarme?

Las palabras de Nina resonaban en la cabeza de Ashley. La cara distorsionada por la rabia de la actriz apareció de forma borrosa a través de sus ojos llenos de lágrimas. Nina levantó su mano otra vez. Ashley la imitó, lista para pelear de vuelta, pero imágenes de Ron aparecieron en su mente. No podía luchar contra su madre, no importa como de enfadada estuviera por su culpa. Ashley dobló su brazo para bloquear el siguiente golpe.

—¡Hey! Para eso.

Ashley se congeló.

—Sácale de aquí —dijo Ron bruscamente.

¿A quién? Ashley se giró para mirar. Ron se dio prisa detrás de ellos, su expresión sombría. Detrás de él, dos hombres lucharon uno con otro por la cámara.

—Ron —gimió Nina y se arrastró para llegar a él—, es una persona horrible. Me ha llamado cosas terribles. Ha dicho que era una mentirosa, que no era una buena madre, que no me querrías…

—Madre. Ahora no. —Intentó liberarse de sus brazos, pero Nina no estaba lista para dejarlo ir.

—Todo lo que había intentado era discutir sobre la casa Carlyle, pero ella no quería escuchar. Ha empezado a amenazarme, ha dicho que te pondría en mi contra. Es un monstruo, una maliciosa, malvada persona que no se parará hasta que destruya nuestra familia. Ella dijo…

La mirada de Ashley se quedó bloqueada en la de Ron. Sí, ella había amenazado con decirle lo que su madre había dicho, pero ella se negaba a saltar en la pelea y defenderse a sí misma. Si Ron elegía creer a su madre, entonces que así fuera.

—Tu padre… él todavía estaría vivo si no fuera por ella. —Nina continuó su diatriba a pesar de los intentos de Ron para pararla—. Lo sabes, ¿verdad, cariño? Recuerda que discutimos esto hace unas semanas. Si no hubiera…

Ashley movió su cabeza y flexionó su palpitante mandíbula. Para una mujer escuálida, Nina parecía gigante.

—Madre —contestó finalmente Ron con brusquedad—, para ahora mismo. Este es difícilmente el sitio donde discutir estas cosas. Ashley no te habría insultado sin una provocación.

Nina le miró con los ojos redondeados y, por una vez, su boca se paró de mover. Una explosión de placer atravesó a Ashley ante el apoyo de Ron, pero la culpa pronto la siguió. Ron no debería tener que elegir lado.

—¿Qué dijiste? —preguntó Nina, su actuación de Oscar desapareció más rápido que hielo seco en agua hirviendo.

Ron agarró sus brazos y la miró a la cara.

—Madre, no voy a debatir contigo sobre nada. No aquí. No ahora. —Apuntó a la entrada del museo—. Hay un reportero ahí fuera con fotos muy dañinas de lo que ha pasado aquí. Deberías estar más preocupada por mantenerlos fuera de los tabloides que de lo que Ashley dijo o hizo. —Se le escapó un suspiro—. La conozco, madre. Ella no es el monstruo que tu estás intentando pintar.

Nina disparó a Ashley una mirada de odio. Ashley hizo un gesto de dolor. Le molestaba que la mujer se rehusara a dejar ir el pasado arrastrando a su hijo abajo.

—Llévala a casa —instruyó Ron a la asistente de Nina y gentilmente la empujó por delante de ella—. Está cansada y alterada. Llamaré más tarde y discutiré que decir a la prensa si se ponen al día con nosotros. —Esperó, su mirada en su madre, mientras las dos mujeres se marchaban. Cuando su madre miró hacia atrás con una angustiada expresión, añadió:

—Todo estará bien, mamá. Te lo prometo.

Justo después, Ashley sabía que había jugado a la mayor en esta relación con su madre. Qué triste e injusto.

—Lo siento tanto —dijo ella cuando él se giró.

—Se supone que esa es mi frase. —La sonrisa en su cara estaba mezclada con tristeza. Su mirada fue justo a su mejilla derecha—. ¿Te dolió?

El nivel del dolor seguía incrementándose.

—No realmente.

—No eres una buena mentirosa. —Él la alcanzó y tocó con su palma su mejilla dañada. La acarició, con su toque tan gentil—. Siento no haber estado aquí para detenerla. Mi madre puede ser violenta.

Esa era la sutileza del año. Ella cubrió su mano con la suya.

—Creo que me mantuve. —Y podría haberla cubierto y disfrutado de cada momento, pero no quería decirle eso a Ron. Tampoco le estaba regañando por la donación al museo. Había tantas cosas que un hombre podía tener. Ella cogió su mano y la jaló—. ¿Por qué no subimos escaleras arriba? Estoy segura de que todavía me están esperando.

Él no se movió.

—Ashley. —Su tono sombrío causó que ella se girara y le mirara—, sabes que no te culpo por la muerte de mi padre.

—Lo sé. Confío en ti, Ron. —Lo alcanzó con la otra mano y recorrió su palma arriba y debajo de su manga—. Además, acordamos ser totalmente honestos el uno con el otro, ¿cierto?

Algo destelló en sus ojos, pero desapareció tan rápido que no tenía tiempo suficiente de descifrarlo.

—Cierto —dijo él con un asentimiento.

Enrolló su brazo alrededor del de él.

—Lo que nos trae a ti y a tu secreto.

Esta vez, ella vio el pánico en sus ojos. Ashley sonrió.

—No te preocupes cariño. No estoy loca. Sólo promete comprobarlo conmigo la próxima vez que quieras donar dinero a una organización en la que trabajo o en un proyecto en el que esté trabajando.

El asintió.

—Lo que sea por ti, nena. Ahora, vayamos a esa reunión y terminemos con esto. Quiero irme de esta ciudad.

Capítulo 18

Traducido por Lore

Corregido por Leluli

Menudo día. Ron cerró los ojos y apoyó la cabeza en el asiento de cuero. Y más aún estaba por venir. Conocía a su madre lo suficientemente bien como para saber que el incidente en el museo era el preludio de más drama. Este viaje a Las Vegas sólo pospuso lo inevitable. Al menos tenía a Ashley para mantener su mente alejada de esas cosas. Su mujer había pasado por muchas cosas, pero se las arreglaba para mantenerse positiva. No era de extrañar que estuviera loco por ella.

Por un momento, se limitó a mirarla. Amaba todo lo que era Ashley Fitzgerald. Enojada o dulce, terca o vulnerable, llenaba un vacío que él no sabía que existía. Estaría condenado si no admitiera que se sentía bien y correcto. Sonrió de oreja a oreja.

La mirada de él le tocó los párpados cerrados, la suave pendiente de la mejilla y la barbilla terca antes de decidirse por sus sensuales y llenos labios. Sabía que ella estaba nerviosa por conocer a su abuela y había dado mucha importancia apariencia. Su cabello ahora caía en suaves ondas sobre los hombros. Pero ya fuera que su pelo estuviera recogido hacia arriba, con estilo o en una cola de caballo, siempre le quitaba el aliento. ¿Cómo podía haber pensado que una simple relación temporal con ella sería suficiente?

—¿Quiere algo de beber, Sr. Noble?

Esta era la tercera vez que la azafata le preguntaba si necesitaba algo. Ron miró a la pequeña azafata y trató de recordar su nombre. Era nueva y demasiado dispuesta a agradar. Alguien se olvidó de decirle que las asistentes deberían servir sin ser intrusivas.

—Tenemos café recién hecho —agregó.

—Que sea brandy. —Champagne habría sido mejor, pero tendría que esperar hasta que hablara con Ashley. La conversación que tuvieron en el museo apareció en sus pensamientos. Cuando ella le había hablado de *su*

secreto, él había pensado que sabía la verdad y estalló en sudor frío. Una vez que terminara con su tío y se enterara de lo que había sucedido entre su padre y Doyle, debía decirle todo a Ashley.

Su teléfono sonó, interrumpiendo sus cavilaciones. Apartó con cuidado la cabeza de Ashley de su pecho, la acomodó en el sofá y se levantó.

—Ya vuelvo, nena —murmuró.

Sacó el teléfono de su funda y reconoció número de Kenny antes de colocarse el teléfono en la oreja.

—Hey. He estado esperando tu llamada —dijo, moviéndose a la parte trasera del avión.

—¿Estás por fin en el aire?

—Sí. Salimos del Aeropuerto Municipal de Santa Monica hace treinta minutos. —Ron se sentó en uno de los asientos en la parte posterior y estiró sus piernas. Una ventaja de utilizar el Gulfstream[1] era el espacio extra para alguien de su tamaño—. ¿Qué está pasando?

—¿Has visto las noticias?

El drama en el museo de los niños era lo último que quería discutir.

—No.

—La Guardia Costera ha estado buscando un barco que según dijeron los testigos explotó en alta mar, cerca de Venice hace dos días. Encontraron trozos de ella, pero hasta el momento, sólo se han encontrado dos cuerpos.

Ron se sentó.

—¿Los ex bomberos?

—Eddie Fitzgerald cree que sí. ¿Vas a tomar un taxi desde el aeropuerto?

—No, mi primo quedó en recogernos. ¿Por qué?

—Evita el transporte público a toda costa. Cada vez más cuerpos están apareciendo de la nada y eso nunca es bueno.

---

[1] **Gulfstream**: compañía constructora de aviones. Fabrica algunos de los jets privados más avanzados del mundo.

—Te escucho, hombre. Se suponía que íbamos a encontrarnos con Doyle Júnior en el museo, pero no apareció. No puedo evitar preguntarme por qué. ¿Se sabe algo sobre él o su padre?

—Todavía no, pero sé que Fitzgerald está siguiendo una pista, y tan pronto como encuentre una conexión entre los Doyle y el cambio en el destino de los bomberos, te llamaré. Creo que él les pagó.

—Sólo tienes que encontrar esa maldita conexión. Tiene que haber un rastro electrónico enterrado en alguna parte. —Tal vez se estaba agarrando un clavo ardiendo, pero su futuro estaba en juego—. Hey, gracias por dar todo lo que tienes. Sé que no has tomado ningún cliente nuevo desde hace un par de semanas.

—Es por eso que te cobraré una millonada.

—Es curioso, no he visto la factura aún.

—Está en el correo... espera un segundo. — Había murmullos de fondo, a continuación, Kenny volvió—. ¿Qué demonios ha pasado en el museo esta mañana?

Ron suspiró. Lo último que necesitaba era que su madre saliera a contar una historia preparada para explicar su pelea con Ashley.

—Ashley y mi madre tuvieron una discusión y algún periodista tomó fotos.

—Enciende el televisor.

Ron empezó a levantarse, pero vio a la azafata meneándose hacia él con su bebida.

—Gracias. —Tomó la copa e hizo un gesto a la pantalla a su izquierda—. ¿Podrías asegurarte de que todas las otras pantallas estén apagadas? A continuación, enciende el sistema. Necesito ver algo en las noticias.

Mientras se alejaba, Ron trajo su teléfono a la oreja.

—¿Qué tan malo es?

—Siguen mostrando imágenes de tu madre y Ashley respondiendo preguntas, a continuación, pasan a la bofetada.

Ron maldijo entre dientes.

—Hombre, esto se está alterando.

Kenny añadió:

—Será mejor que esperes compañía cuando aterrices en Las Vegas. Uno de esos malditos reporteros te siguió al aeropuerto. Saben que te diriges a Las Vegas. ¿Cómo está Ashley?

—Está profundamente dormida. No necesita ver esto. —La pantalla al lado de su asiento se iluminó—. Hablaremos más tarde, Kenny.

No pasó mucho tiempo hasta encontrar un canal que mostrara las imágenes del incidente. Estudió a Ashley y su madre mientras respondían preguntas. Ashley estaba tensa, mordiéndose el labio inferior durante todo el tiempo que su madre hablaba, sin embargo, cuando fue su turno, sonó firme y confiada. No tenía idea de qué demonios pasó entre la entrevista y la pelea junto a los murales. No quería saberlo, sólo quería que la maldita cosa desapareciera.

—Oh, no —susurró Ashley.

Ron volvió la cabeza para mirarla. Había estado tan absorto en la pantalla que no la había oído despertarse.

—Lo siento, te desperté. —Se inclinó hacia delante para apagarlo.

—No lo hagas, por favor. —Ella se apoyó contra el respaldo de su asiento, con la mirada pegada en la pantalla. Se estremeció cuando mostraron el vídeo de la bofetada—. No tenía idea de también hubieran grabado eso.

—Son buitres. —Quería disculparse con ella de nuevo. Su madre había ido demasiado lejos esta vez.

Ashley le apretó el hombro.

—Basta. Eso… —señaló a la pantalla—, no fue tu culpa.

—¿En serio? ¿Dónde estaba yo mientras te golpeaba? Tan sólo por el lenguaje corporal, pude ver que ella te había atacado verbalmente antes de que te golpeara.

—Yo no intenté exactamente aplacarla.

Él negó con la cabeza.

—Nadie aplaca a mi madre cuando está enfadada. Debería haber bajado contigo, pero esa mujer seguía ladrando sin parar.

Ashley envolvió sus brazos alrededor de sus hombros y apretó la mejilla contra su cabeza.

—Esta cosa entre tu madre y yo empezó hace diez años. Me hubiese gustado que me pudiera perdonar y dejar ir el pasado.

El dolor y la frustración en su voz lo llenaron de culpa. Inclinó la cabeza.

—No hay nada que perdonar, cariño. La muerte de mi padre no fue tu culpa. Mamá sólo tiene que aceptarlo. Guarda el rencor por demasiado tiempo. Durante años, la he visto negarse a perdonar a la gente que sentía que la había despreciado, así que no te lo tomes como algo personal.

—Tal vez una vez que confirme que los Doyle están detrás del incendio en la Casa Carlyle, ella pueda enfocar su energía en asegurarse de que sean sometidos a juicio y encuentre un cierre. Sé que me gustaría eso.

Su mirada seria se encontró con la suya y Ron hizo una mueca. Si fuera al revés, ¿su madre encontraría un cierre si su padre estuviera involucrado? ¿Lo haría Ashley?

—No me mires así, Ron. Yo no busco venganza. Sé que han pasado diez años, y castigar a los responsables no traerá de vuelta a nuestros padres, pero lo que los incendiarios hicieron estuvo mal. —Sus ojos se estrecharon—. Tal vez planeaban matar a mis padres o tal vez no, pero el hecho es que hemos perdido a nuestros seres queridos a causa de lo que empezaron. Nosotros —señaló a su pecho y luego a él—, les debemos a nuestros padres ver que se haga justicia.

No podía llegar a una explicación lógica para contradecir las cosas que ella había dicho. La atrajo a su regazo y le dio un beso lento envuelto de culpa.

—Sí, se lo debemos —dijo.

Ella le agarró la cabeza para detenerlo.

—¿Cuánto tiempo falta para que aterricemos?

Ron miró su reloj.

—Menos de treinta minutos. —Él inclinó la cabeza para besarla de nuevo.

Ella ladeó la cabeza hacia otro lado.

—No quiero lucir desarreglada cuando me encuentre con tu familia.

—No lo harás. Prometo ser muy cuidadoso. —Hizo llover besos a lo largo de su mandíbula hasta su oído y le dio un mordisco. Un estremecimiento la sacudió.

Él supo exactamente cuándo cedió, su cuerpo se relajó y se acurrucó contra el suyo.

—Sobre todo con tu cabello —agregó.

Ella se rio, enredó sus dedos por su pelo y le agarró su cabeza.

—Qué hombre tan comprensivo. ¿Tenemos que preocuparnos por la auxiliar de vuelo?

—Dame un segundo. —Se apresuró hacia la cocina, le habló brevemente a la azafata y se apresuró a regresar—. Ahora no tenemos que hacerlo —dijo mientras se unía a ella.

Sus labios se encontraron, sus dedos acariciaron la piel y los suspiros de placer llenaron la cabina para los próximos veinte minutos.

—Esto no tiene nada que ver con la Casa Carlyle. —Ashley trató de tranquilizar a su prima antes de aterrizar—. La Señora Noble donó algo de dinero para el museo, se pasó por allí para ver dónde su dinero iba y nuestros caminos se cruzaron.

Faith se rio.

—¿Y eso debería explicar por qué te dio una bofetada?

Ashley frunció los labios.

—Hizo un comentario desagradable sobre mi arte, perdí los estribos y a ella no le gustó lo que dije —mintió sin problemas.

—¿Esa es la historia oficial? ¿La que tengo que contarle a Lex, tía Estelle y a los otros cuando llamen en busca de respuestas?

Confiaba en Faith para ver a través de su mentira.

—Sí.

—¿Y la historia real es...?

Ashley suspiró. Los parientes curiosos son como un dolor en el trasero.

—¿Podemos hablar cuando regrese?

—Por supuesto. —Una risita siguió—. Entonces, ¿cómo es que vas a Las Vegas con el playboy? Pensé que habías jurado que estaba fuera de la escena la última vez que hablamos.

¿Lo había hecho? Debió de haber sido durante su autoimpuesto arresto domiciliario. Y ahora que sabía que estaba enamorada de él, a Ashley no le importaba lo que pensara nadie.

—En realidad él no es así.

—Dijo la mosca acerca de la araña —dijo Faith con una voz cantarina.

Ashley cerró los ojos.

—Faith, sé que tienes buenas intenciones, pero sé lo que estoy haciendo.

—¿Te hace feliz? ¿Es él el elegido?

Ashley sonrió. A pesar de todo lo que habían pasado, ella estaba feliz.

—Mucho y sí.

—Entonces, ve por ello. Y hablaremos cuando regreses. —Hubo una breve pausa—. ¿Cuándo será eso?

—El sábado.

—Está bien. Voy a aplacar a todos desde este lado y nos vemos la noche del sábado. Sé buena.

Faith desconectó el teléfono antes de Ashley pudiera protestar. El sábado por la mañana tenía una cita con el Dr. Reuben. Esperemos que para el momento en que se reuniera con Faith, tuviera todos sus recuerdos de vuelta. Puso el teléfono en su soporte, cuando la voz del capitán llenó la cabina. Estaban a punto de aterrizar en el Aeropuerto McCarran, en Las Vegas.

El calor los golpeó cuando se bajaron del avión con aire acondicionado.

—Ese es mi primo Stanley —dijo Ron desde atrás de Ashley.

Ashley estudió al hombre flaco con gafas sonriéndoles a través de la puerta abierta de un todoterreno. A pesar de que tenía el mismo pelo negro, Stanley no se parecía en nada a Ron. Una sonrisa nerviosa tocó sus labios. Había tenido tiempo para refrescarse, pero estaba segura de que su rostro delataría el hecho de que ella y Ron tuvieron un polvo rápido en el avión.

Ron dejó caer sus bolsas, cerró los puños con su primo y se abrazaron.

—¿Dónde está William? —preguntó Ron.

Stanley señaló con el pulgar hacia el edificio del aeropuerto, con los ojos en Ashley.

—Al frente con la limusina, para despistar a los paparazzi. Su brillante plan, no el mío.

—Lo tendré en cuenta para darle las gracias. —Ron tomó la mano de Ashley y realizó la presentación.

—Un placer conocerte al fin, Ashley —dijo Stanley con un guiño de complicidad en sus ojos.

—¿Al fin? —preguntó ella, preguntándose si Stanley había visto el incidente en la televisión o Ron había hablado con él sobre ella. Miró a Ron, pero estaba ocupado poniendo sus bolsas en el todoterreno.

—Hace más de una semana, estábamos firmando un acuerdo en Nueva York y… —Lanzó a Ron una sonrisa burlona—, Ron decidió tomar el último vuelo de la noche e ir de nuevo a Los Ángeles para reunirse con cierta…, ah, ¿cómo lo dijo?

—Cállate, Stanley. —Ron la tomó del brazo y trató de llevarla al todoterreno.

—No tan rápido. —Ella empujó su mano—. Quiero escuchar esto. —Recordó cómo había atribuido sus ojos rojos y ojerosos a haber estado de fiesta. Él la había llevado a creer eso, el bribón—. Cierta… ¿qué?

La mirada de Stanley rebotó entre sus caras y se encogió de hombros.

—Artista talentosa —concluyó.

—Apuesto a que no dijiste eso. —Ashley bromeó con Ron mientras se deslizaba en el asiento trasero de pasajeros—. Me hiciste creer que habías estado fuera de fiesta la noche anterior.

—No, cariño. Tú saltaste a esa conclusión y yo decidí no corregirte. —Él le dio un beso en los labios y luego cerró la puerta antes de que pudiera responder.

Ella se sentó y disfrutó del viaje a la casa de Darden. Situada en una calle sin salida con un fondo de montañas, la casa de dos pisos de estuco y marcos tenía una impresionante vista de un campo de golf y de la Franja[2]. Cuando Stanley pulsó los códigos de seguridad y la puerta se abrió, Ashley se inclinó para estudiar el arco de la entrada, elegantes pilares y tejas en tonos como tostados por el sol. El artista en ella apreció la elegante fachada creada por los grandes ventanales, parterres de flores, jardines y árboles. Una limusina estaba estacionada en el patio circular empedrado.

Ron se bajó del todoterreno y fue al lado de Ashley. Él y Stanley llevaron sus maletas para pasar la noche y discutieron qué habitaciones había preparado el ama de llaves para ellos cuando entraron en la casa. Oyó mencionar la casa de la piscina, pero ella estaba a estudiando sus alrededores.

Ashley miró a su alrededor con interés. No había nada de tradicional en el elegante vestíbulo de entrada de dos pisos. La habitación de forma ovalada tenía paredes pintadas, una escalera curva de barandilla de madera y hierro, y el suelo era de mármol blanco y gris. Una consola de estilo Luis XVI pintada de forma elegante y rematada por mármol biselado amarillo y un espejo a juego complementaba a un cuadro de Monet de lirios de agua. Arcos y columnas marcaban la entrada de las habitaciones visibles desde donde estaba.

—¿Doyle? ¿Cuál de ellos?

La brusquedad en la voz de Ron le llamó la atención. Él se quedó quieto, con los dedos agarrando los suyos. Su expresión se volvió furiosa, mientras que su primo parecía listo para correr.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Mi abuela y mi tío tienen un visitante —explicó—. ¿Cuál de ellos, Frankie?

[2] **El Strip** o **La Franja de las Vegas**: sección de más de 6 km de longitud de la calle Las Vegas Boulevard South, al sur de la ciudad de Las Vegas. Es una de las avenidas más filmadas y fotografiadas de EE.UU y donde están localizados algunos de los hoteles y casinos más grandes del mundo.

Su primo vaciló, la expresión incómoda en su rostro se intensificó.

—Ryan.

Una sensación como de dedos fríos trepó por su espalda.

—Vamos a ver qué diablos está pasando aquí. —La voz de Ron era rígida cuando hablaba.

Capitulo 19

Traducido por Felin28

Corregido por Vickyra

Ashley no estaba segura de qué esperar cuando entraron en la guarida, tal vez una guerra en todo su derecho, pero ciertamente no de la abuela de Ron, Penélope Darden, en un sillón de estilo Luis XV, estilo de una corte. Doyle, en un traje a rayas negro, tomaba de un líquido amarillo y goteaba con cada palabra suya. El otro ocupante, un hombre de aspecto distinguido en un traje de cashmere gris, ella asumió que era Gregory Neumann, el tío de Ron. Ella estaba sentada separada de ellos dos, con una expresión indescifrable.

—Ah, mi nieto está aquí —dijo la señora Darden cuando los vio, y luego hizo una seña a Ron para que se acercara—. Ven aquí, cariño.

Ashley no se movió de la puerta mientras los dos hombres de más edad se levantaron y junto a Ron caminaron hacia su abuela. Era difícil observarlos, pero no podía mantener su mirada ante Ryan Doyle. El impulso de acusarlo de ser responsable de la muerte de sus padres y que envió a ese psicópata Dunn después por ella. Ella luchó por controlar su ira y el sentimiento de impotencia amenazaba con salir de ella.

Ryan volvió la cabeza y sus miradas se encontraron. Pudo haber sido una fracción de segundo, pero algo frío y letal cruzó en sus ojos antes de que él lo escondiera detrás de una sonrisa cortés. Ron tenía razón, Doyle puede llevar sus Armani y lucirse en limusinas y mansiones, pero el hombre era un delincuente.

Ashley se estremeció y se centró en la abuela de Ron en su lugar. Ella no era la típica pequeña, regordeta, con perlas y común abuela. Incluso sentada, parecía alta y delgada, con la espalda recta y la cabeza en un ángulo real. Al lado de los dos hombres en sus trajes negros y una habitación hecha en tonos tierra oscuros, en sus pantalones rojos y a juego con un top de cashmere, una gargantilla de diamantes y aretes de gota que le añadían un toque de color y brillo. Su cabello gris corto y rizado enmarcaba un rostro sorprendentemente juvenil. Al igual que su nieto, sus

ojos azules vivaces y penetrantes. Brillaban con el amor cuando Ron le dio un beso en la mejilla y le dio una palmadita. Entonces ella hizo un gesto a los dos hombres de edad mayor para que tomaran asiento y puso su mirada sobre Ashley.

Ashley se inquietó cuando la mujer no habló de inmediato.

—Y tú no necesita una presentación, querida —dijo Penélope—. Acércate más. Permíteme tener una mejor visión de ti.

Ashley caminó hacia adelante, la energía nerviosa fluía a través de ella. ¿Por qué iba necesitar una presentación cuando su imagen estuvo en televisión nacional desde que salieron de Los Ángeles? Sus orejas estaban ardiendo.

La señora Darden tomó la mano de Ashley y la acarició mirándola firmemente.

—Te ves exactamente igual que tu madre. Keira era una hermosa niña. Su voz angelical podía contener toda una sala cautiva.

Sorpresa, y luego una calidez recorrió el estómago de Ashley. Ella no sabía que esperar de la abuela de Ron después su publicitada pelea con Nina, una recepción tibia en el mejor de los cosas. No esto. Los ojos de la señora Darden brillaron y su sonrisa parecía genuina.

—Pero veo destellos de Damon en ti también. —Ella se echó a reír—. Tienes sus ojos. Él era bastante encantador, tu padre.

Luego miró a los hombres y Ashley siguió su mirada.

—Se trata de Ashley Fitzgerald, la pequeña de Keira y Damon. Ashley… Ryan Doyle y mi hijo, Gregory.

La boca de Ashley se abrió y escuchó su voz que decía un superficial “hola”, pero en el interior, las olas de la ira se hinchaban y crecían, apagando aquel sentimiento caluroso que sintió con la bienvenida de la señora Darden. Estos dos hombres tenían algo que ocultar y ella quería saber lo que era. Entonces sintió la presencia de Ron a su lado. Su mano envolviendo la suya y la apretó. Por lo general, él tenía efecto calmante en ella, pero no ahora.

—¿Qué pasa, abuela? —preguntó Ron.

La mujer hizo un gesto en el sofá frente a su silla.

—Doyle estaba compartiendo con nosotros una noticia muy preocupante que creo que puede ser de interés para ambos.

Ashley estaba más que dispuesta a escuchar lo que ese bastardo tenía que decir. Tan pronto como se sentaron, estudió al hombre. Tenía alrededor de cincuenta años, con la tez morena y una cabeza llena de cabello negro con unos toques de gris, Ryan estaba en buena forma física para un hombre de su edad. También era de estatura media. Ella se había dado cuenta de que era mucho más pequeño que Ron y su tío cuando él se había levantado. Él vestía conservador con el cabello perfectamente recortado, llevaba un anillo ostentoso en su dedo corazón parecía una contradicción con la imagen que proyectaba. Era el mismo anillo que había llevado diez años atrás.

—Dígales lo de Frankie Higgins, Doyle.

La señora Darden le ordenó a Ashley que la enfocara. Ella lanzó a Ron una mirada con el rabillo del ojo. Él se acercó, con una expresión en su rostro ilegible, pero su mano se flexionó alrededor de la de ella.

—Hijo mío, Vaughn me llamó esta mañana con la noticia de que el FBI llegó a la casa para arrestar a Frankie —dijo Doyle, su mirada pasaba de un rostro a otro.

Lanzó otra mirada a Ron, pero su expresión no le dio una pista de lo que estaba pensando.

—Frankie ha estado a mi servicio durante casi veinticinco años, pero había ciertas cosas que hizo de las que nadie tenía conocimiento —prosiguió Doyle—. Estuvo involucrado en una serie de actividades delictivas y alguien de su pasado recientemente lo delató y lo han fichado las autoridades.

Ashley frunció el ceño. Ella no sabía si el hombre estaba diciendo la verdad o estaba mintiendo. Tal vez no era el lugar para hacer preguntas, pero ella no estaba dispuesta a sentarse y dejar que le mintieran. Abrió la boca, pero Ron habló primero.

—¿Qué tipo de actividades criminales? —le preguntó.

Ryan cabeceó secamente, como si hubiera previsto la pregunta de Ron.

—Incendio premeditado. Parece que él era el hombre para contratar si quieres incendiar un lugar. Pero por lo que me contó mi hijo, sus habilidades van más allá de eso. Frankie mató a los tres hombres que lo identificaron

hace apenas unos días, explotó su barco a plena luz de día. —Él negó con la cabeza—. Es un trabajo escandaloso.

Ashley miró a Ron para calibrar su reacción. Todavía tenía una fachada de piedra, pero su mano estaba aplastando la suya. Ella movió sus dedos hasta que sintió alivio.

—No entiendo por qué esto debería ser de interés para mi familia, señor Doyle —dijo Ron con voz desinteresada. Su fresco tono y expresión tranquila expulsaron los demonios de Ashley. Si esta fuera la casa de su abuela, ella denunciaría a Doyle como un mentiroso, lo echaría y le haría frente a la ira de su abuela después.

—Una de las casas que incendió Frankie fue hace diez años, la casa Carlyle —explicó Doyle—. Después de que Vaughn y yo hablamos, decidí hacer el viaje e informarle a tu abuela, yo no estaba al tanto de los hechos de Frankie hasta esta mañana. No descansaré hasta que sea capturado y llevado a juicio por lo que hizo. Tres personas murieron en ese incendio…

—¿Estás diciendo que ha desaparecido? —lo interrumpió Ron.

—Me temo que sí —dijo Doyle, su tono estaba lleno de remordimientos—. Tienen agentes buscándolo, incluso mientras hablamos. Pero no podrá ocultarse por mucho tiempo.

Ashley se mordió el interior de sus mejillas para evitar gritarle, "¡Mentiroso!" Frankie no podía desaparecer así sin tener los medios y las conexiones para que alguien le ayude, o que le ayuden a esconderse. Ella solo podía ser una oyente.

—¿Qué es exactamente lo que Frankie le hace, Sr. Doyle?

La ira brilló en los ojos de Ryan, y luego desapareció.

—¿Le ruego que me disculpe?

—¿Qué funciones tiene él en su hogar o empresa? Por lo que he oído, él no existe. Nunca ha declarado su fuente de ingresos o pagado impuestos. Él no tiene una dirección o un número de seguro social. —Ron lanzó su mano en señal de advertencia, pero ella no le hizo caso—. Entonces, ¿qué hace exactamente un hombre fantasma trabajando para un hombre de negocios respetable como usted, Sr. Doyle?

Los ojos de Doyle se estrecharon.

—Yo no sé de dónde han conseguido esa información…

—De la policía de Los Ángeles —espetó Ashley.

Miró hacia la abuela de Ron.

—Me niego a sentarme aquí y ser interrogado como un criminal. He venido a ver a su familia de buena fe, Penélope.

La expresión de la señora Darden no cambió. Ella seguía sonriendo como si estuvieran discutiendo el clima.

—Sé que lo hiciste, mi querido Ryan, pero el chico tiene un punto. ¿Qué es exactamente lo que hacía Frankie para usted?

La mirada del hombre pasaba de un rostro a otro, parpadeaba sus ojos oscuros.

—Él fue el jefe de mi seguridad por un tiempo, actuaba como chófer cuando se necesitaba. Si él optó por no pagar sus impuestos no era de mi incumbencia. No entiendo el punto de este interrogatorio.

—El punto es que todos los que estaban en la casa Carlyle la noche del incendio, con excepción de Ashley y mi madre, es que ya sea que esté muerto o ha sido atacado.

Ron interrumpió:

—En las últimas dos semanas. Ironside, Dunn, o el que sea su nombre real ha intentado llegar a Ashley varias veces y ha fallado. Su tío está luchando por su vida y la suya. —Su voz se hizo más mordaz—, ¿nos quiere hacer creer que Frankie estuvo como su empleado durante veinticinco años y no tenía idea alguna de sus actividades criminales?

Doyle depositó en Ron una mirada fría.

—Joven, yo soy un hombre muy ocupado, con oficinas en todo el país y en el extranjero. Yo no puedo vigilar a todos mis empleados. —Su mirada cambió a Ashley—. Señorita Fitzgerald, lo siento por lo que Frankie le ha hecho. Espero que informará a la policía, porque creo que es más peligroso de lo que había pensado. ¿Su tío se siente mejor?

—Recuperó la consciencia el tiempo suficiente para señalar a su atacante y la gente que trabajaba con él —dijo Ashley, mirando a Doyle para ver si se alteraba. Ni siquiera se inmutó.

—Hay una cosa que me molesta, señor Doyle —dijo Ron, con voz dura—. Tal vez, usted podría explicarlo. ¿Por qué motivo Frankie quemaría la casa Carlyle hace diez años? ¿Estaba siguiendo órdenes? ¿Él actuó solo?

—Por lo que Vaughn me dijo, tres ex bomberos trabajaron con Frankie. No sé si estaban planeando una estafa o si les pagaron, pero calcularon mal con la casa Carlyle. —La mirada de Doyle barrió los rostros en la sala antes de regresar a Ron.

—Conocí a tu padre, hijo. Él era un hombre trabajador, honorable. Les prometo que Frankie enfrentará a un juicio por su muerte. —Su mirada se trasladó a Ashley—. Yo no pude conocer a Keira y Damon Fitzgerald personalmente, pero yo estaba tocado por su música. Frankie debe…

—Deténgase. —Ashley levantó de un salto. ¿Cómo se atreve? Él no estaba en condiciones para mencionar el nombre de sus padres o de hablar de su muerte, como si le importara. Si ella en algún momento, iba a denunciarlo por lo mentiroso que era y al diablo con las consecuencias. Sacó su mano de la de Ron, luego recordó a la señora Darden y la presencia de Gregory. La expresión de la mujer mayor estaba llena de preocupación. De su hijo pudo haber hecho una roca—. Señora Darden. Señor Neumann. Discúlpenme, por favor.

Cuando se giró para salir de la habitación, Ron se levantó de un salto, le dijo algo a su abuela que Ashley no escuchó y la siguió hacia afuera. Él la agarró por el brazo y se dirigieron hacia el pasillo a su izquierda, abrió una puerta y la hizo pasar dentro de un baño azul y blanco de mármol con tres lavabos y un espejo de cuerpo entero.

Ashley puso las manos extendidas sobre el mueble del baño y dijo entre dientes:

—Ese hombre es un mentiros pedazo de mierda.

—Lo sé —dijo Ron, echando mano a su móvil.

—Yo quiero… —Sus puños cerrados estrangulaban sus emociones y le dificultaba hablar.

Ron puso su mano en su nuca y la empujó hacia abajo.

—Pon la cabeza entre las piernas y respira profundamente.

Ella empujó su brazo.

—No estoy a punto de desmayarme —le espetó—. Estoy enojada. —Saber que Doyle estaba detrás de sus miserias, pero fuera de su alcance, se le retorcían las entrañas. Dejó caer la cabeza y respiró hondo.

—Vamos a conseguir pruebas contra él. —Ron masajeaba su espalda, con su móvil en la oreja—. ¿Kenny? ¿Has oído algo alrededor de una orden de arresto contra Frankie Higgins? Sí. Claro, voy a esperar. —Apretó un botón y colocó el teléfono en el mostrador al lado del lavabo—. Encendí el altavoz para que lo puedas escuchar.

Por un momento, se hizo el silencio.

—¿Ron? —preguntó Kenny.

—Los dos estamos aquí. ¿Qué encontraste?

—Acabo de hablar con Eddie, el primo de Ashley. No hay orden de arresto contra Frankie, por lo que Doyle está mintiendo. Pero hemos descubierto algo interesante, también.

—¿Qué? —dijeron Ashley y Ron al unísono.

—¿Recuerdan las cartas con las que se inició la investigación? Rastreé a Doyle. Ellos alquilaron un piso entero en el edificio donde se encuentran sus oficinas, Ron, y vamos a utilizarlo como una sucursal del centro. El papel utilizado en las cartas que recibieron fue entregado a sus oficinas hace un mes.

Por un momento, Ashley se quedó mirando a Ron.

—¿Eso significa que alguien en su oficina empezó todo esto?

—Suena como sí —respondió Kenny.

—¿Quién, en su compañía, querría señalar a Doyle y por qué? —agregó Ashley.

—Debe ser Frankie —explicó Ron rápidamente a Kenny la historia que Ryan Doyle les había dicho—. Tal vez Doyle se enteró de lo de Frankie y decidió devolverle las cosas.

—O Frankie se cansó de ser asesino a sueldo de Doyle y quería salirse —agregó Ashley.

Kenny se rió entre dientes.

—No hay honor entre ladrones, supongo. Le diré al buen detective esto.

—Claro, y nos mantienen informados si algo más aparece. —Ron apagó su móvil y lo devolvió a su soporte—. Si Doyle y Frankie tenían un enfrentamiento, ¿por qué venir aquí con su historia? ¿Por qué no ir a la policía?

Ashley se encogió de hombros.

—Supongo que hay más en juego aquí que no nos han dicho.

Ron le tomó la mano.

—Vamos a volver allí y llamarlo mentiroso.

Ashley sacudió la cabeza.

—No puedo.

Él le lanzó una mirada impaciente.

—¿No puedes, qué?

—No puedo estar en la misma habitación con ese hombre y no acusarlo de mentiroso. Él tiene una excusa para todo. —Cuando él suspiró, añadió:

—A menos que quieras que te avergüence delante de tu abuela, es mejor que vayas sin mí.

Él la estudió con los ojos entrecerrados, luego asintió.

—Está bien.

Ron dejó a Ashley bajo una sombrilla en la piscina después de mostrarle la casa de la piscina, donde Simon, el mayordomo, había puesto sus bolsas y donde estarían pasando la noche. Se aseguró de que tuvieran una bebida antes de que se apresurara a volver a la guarida.

Su abuela y su tío estaban teniendo una conferencia entre susurros. Levantaron la vista cuando entró. Penélope había abandonado la silla Luis XV y estaba detrás del enorme escritorio de caoba entre los libreros. Doyle se había ido.

—¿A dónde se fue?

—Si estás hablando de Doyle, no podía esperar a salir tan pronto como ustedes dos se hubieran marchado. ¿Cómo está Ashley? —preguntó su abuela.

—Ella estará bien.

—Al igual que su madre —añadió Penélope con una risita—. Me gusta una chica con fuego en la sangre. Debe ser fuerte para poder enfrentar a alguien como Doyle, o tu madre.

Ron no quería hablar de Ashley, pero la forma en que su abuela estaba tratando el tema significaba que algo estaba pasando. Ron tomó la silla que Doyle había ocupado anteriormente y estudió los rostros de las dos personas a las que había amado toda su vida, pero nunca pudo entender. Había más en todo esto, y antes de que esta reunión termine, él sabrá de qué se trata. No había razón de que Doyle y su abuela, dos personas que se movían en círculos diferentes, tuvieran una amistad debido a algo de diez años atrás, un crimen.

—¿Por qué Doyle estuvo aquí? —preguntó Ron.

Penélope intercambió una mirada con Gregory, que estaba junto a su escritorio, y luego se echó hacia atrás y frunciendo los labios.

—Te dije que el chico era demasiado inteligente para dejarse engañar. Ya es hora de que se entere de todo. Después de lo que ha visto hoy, creo que está preparado.

Ron apretó los dientes. Su abuela y sus frases secretas fueron su pesadilla de su vida.

—¿Listo para qué?

—Para la verdad, querido. Díselo, Gregory. —Ella se cruzó de brazos y se apoyó en su asiento.

—Algo para beber, ¿Ronald? ¿Madre? —preguntó Gregory mientras se dirigía a la barra y se sirvió un trago de coñac.

—Para mí no, querido —contestó Penélope.

Ron miró el surtido de licores en la bandeja. En momentos como este necesitaba algo más fuerte, pero él no quería embotar sus sentidos con el alcohol. Una mente clara es vital cuando se trata de su tío y su abuela. Se

levantó, cogió una botella de Perrier y un vaso, después volvió a su sitio en la silla.

Gregory se quitó su chaqueta, se aflojó la corbata y el botón del cuello y eligió un sillón de cuero a la derecha de Penélope para que los dos pudieran estar frente a Ron. Ron no estaba seguro de si se trataba de una táctica de intimidación o no. Incluso sentado, su tío era una figura, imponente con hombros anchos, gran circunferencia y esos ojos inteligentes afilados que nunca perdían detalle. La tensión en el interior de Ron se disparó en su interior. Esto le recordaba demasiado a las sesiones de Ron-tú-de-nuevo-la-has-jodido-de-nuevo que solía tener con ellos, su abuela tenía una presencia tranquila detrás del escritorio, su tío sentado frente a él con una expresión de desaprobación y prolongando la conversación. Sin embargo, nunca tuvo duda de quién estaba a cargo era su abuela, indomable. Ron ignoró el sudor frío formándose en su frente, llenó el vaso con agua y tomó un sorbo.

Observó brevemente a su tío tocar a su abuela antes de dirigirse a Ron.

—Estoy feliz de que finalmente estamos teniendo esta conversación, Ronald. Guardarnos las cosas nunca fue nuestra intención. —Puso su vaso sobre la mesa y se apoyó en su silla, con expresión dura—. Pero por un tiempo, no estábamos seguros de que hubieras superado tus hábitos de imprudencia y rebeldes. Tu abuela, sin embargo, siempre creyó en ti. Ella solía decir que sólo necesitas tiempo.

Una mierda que lo hacía. De sus charlas constantes, ella siempre había pensado que era una gran decepción para ella y la familia. Incluso después de tomar el cargo de la gerencia de la sucursal de California, ella nunca dejó de mirar por encima de sus hombros. Ron le lanzó una mirada, pero no dijo nada.

—Has resultado ser un joven firme —continuó su tío—, un hombre de confianza y respetado por tus compañeros. La empresa familiar estará segura en tus manos.

Ron se movió incómodo en su silla. Hace una semana, su tío había dudado de que pudiera sacar un multimillonario contrato, hoy era el nuevo chico maravilla. ¿Por qué se sentía como si estuviera siendo engordado para la masacre?

—Aprecio lo que estás diciendo, señor, pero estoy más interesado en lo que Doyle estaba haciendo aquí, por qué sentía la necesidad de hablar con

ustedes dos sobre Frankie, que, por cierto, es una mentira. No hay orden de detención contra Frankie.

—Tenemos muchas sospechas. Cuéntale, Gregory. —La voz de Penélope Darden se escuchó.

—Ryan vino a recoger el dinero que se le adeudaba —explicó su tío.

Ron se atragantó con su bebida.

—¿Tenemos problemas financieros que ustedes se olvidaron de hablarme de eso? ¿Y desde cuándo pedimos dinero prestado a hombres como él?

El fastidio brilló en los ojos de Gregory.

—No lo hicimos. Tu padre lo hizo.

El estómago de Ron cayó.

—¿Mi padre?

—No para él, tienes que entenderlo. —Penélope se apresuró a tranquilizar a Ron—. Tu padre era un hombre ahorrativo y trabajador. Él renunció a ser bombero por tu madre. Cuando supo que Nina estaba embarazada de ti, se matriculó en la universidad, obtuvo su título en negocios y trabajó su camino hasta las filas aquí en Neumann antes de que lo mandaran a California para administrar la sucursal de allí. Puedes continuar ahora, Gregory.

Gregory tomó un largo trago de su vaso y lo puso sobre la mesa auxiliar.

—Nina nunca aprendió a manejar el dinero. Ella estaba convencida de que sólo era un descanso para la farándula, le gustaba usar ropa y joyas adecuadas, asistiendo a eventos correctos, cosas que tu padre no siempre se podía permitir. Mi madre a menudo cubría la mayor parte de sus gastos, pero Nina se negó a frenar sus gastos.

—Ahora sé que fue mi culpa —añadió Penélope en un tono reflexivo—. Yo lo consentí y ella esperaba que tu padre pudiera continuar haciéndolo. Él la adoraba y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para hacerla feliz. —Ella asintió hacia Gregory y se hundió de nuevo en su asiento.

—Pero lo que él no sabía era lo mucho que estaba usando las cuentas de crédito de la empresa o que la sucursal de California estuviera hundiéndose más y más en la deuda —continuó Gregory.

La mirada de Ron pasaba entre su abuela y su tío.

—¿Qué tiene todo esto que ver con Doyle y el dinero que mi padre le debía?

—Para cubrir lo que Nina había hecho, tu padre se involucró con Doyle y sus inversiones para hacerse rico rápidamente. O deberíamos decir fraudes con los seguros. Por un tiempo no nos enteramos, que le debía al hombre un cuarto de millón de dólares. Nos ofrecimos a pagar su deuda, pero tu padre dijo que no. Él creó el problema, él lo arreglaría, insistió. Pero Doyle no quería dinero. Quería la casa Carlyle en su lugar. La casa tenía un valor aproximado de medio millón en ese momento y estaba dispuesto a pagar la diferencia. —Gregory apuró su bebida—. Tu madre se negó. Ella sabía que Doyle estaba presionando a tu padre porque estaba obsesionado con ser dueño de la casa Carlyle. Incluso cuando éramos jóvenes, lo atrapamos mirando desde afuera. Ella juró que prefería ver la casa quemada que en manos de Doyle.

La cabeza de Ron se sacudió.

—¿Estás diciendo que mamá…?

—Por supuesto que no —interrumpió Penélope—. Nina tenía sus defectos, pero nunca haría algo tan despreciable. Vendió la casa a los Fitzgerald. El dinero de la venta fue para pagarle a Doyle. Pero alguien comenzó el fuego.

—Esa noche, antes del fuego, Doyle llegó a la casa, exigiendo que aceptáramos sus términos —continuó Gregory—. Tu padre y yo le dijimos que la casa ya había sido vendida a otra persona. Él se puso lívido, intercambiaron palabras, acusaciones y contraacusaciones.

Ron recordó, la revelación de Ashley durante la hipnosis revoloteando por su cabeza.

—¿Qué tipo de acusaciones?

—Tu padre lo acusó de orquestar un fraude de inversión. Doyle le dijo que lo comprobara. A raíz del incendio, Doyle desapareció de Los Ángeles. Todo intento de ponerse en contacto con él no tuvo éxito. Después apareció en nuestra puerta hoy sin previo aviso. Una vez más, él quiere la casa Carlyle y el dinero que se le adeuda es el pago inicial de ella.

Ron frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que mamá nunca devolvió el dinero?

Gregory negó con la cabeza.

—Nina no sabía nada de todo esto. Ella acababa de perder a tu padre y estaba en duelo. Tu abuela y yo nos hicimos cargo de él. Estábamos reuniendo el dinero para Doyle. Pero unos días después del incendio, descubrimos la misma cantidad de dinero más de veinticinco mil más en la cuenta de tu padre. En ese momento, el rumor de que él estuvo involucrado en el incendio estaba en duda. No sabíamos qué creer.

—El dinero no tiene sentido, y los rumores eran ridículos —añadió Penélope.

—Nuestro investigador comprobó eso, pero no pudo encontrar ningún registro de una transferencia bancaria. El banco no podía decirnos quien había depositado la mayor parte. Pero se enteró de que los veinticinco mil procedían de Prime Corp, una empresa ficticia creada por Ryan. La misma cantidad fue relacionada a las cuentas bancarias de los tres bomberos que estaban de guardia la noche del incendio, los mismos hombres que murieron en ese barco hace dos días. Ahí es cuando empezamos a preguntarnos si los rumores eran ciertos.

Ron hizo una mueca cuando las palabras rebotaron en su cabeza.

—No, tiene que haber otra explicación para el dinero.

—¿Y los rumores? —preguntó Penélope.

Ron se frotó el rostro, la frustración quemaba sus entrañas. Sabía que su padre nunca se rebajaría a actividades criminales, incluso para cubrir una deuda.

—No lo sé. ¿Le preguntaste a Doyle al respecto hoy?

—Por supuesto, lo hicimos —dijo Penélope.

—Él insistió en que no tenía idea de lo que estábamos hablando —añadió Gregory—. Dijo que nunca recibió el dinero que le envió, ninguna propiedad Prime Corp, pero él tenía papeles legales que demostraban que tu padre le debía un cuarto de millón más los intereses acumulados en caso de que no se la pagara.

—Voy a devolverle su dinero y expondré la basura que es —prometió Ron.

—No harás tal cosa —interrumpió Penélope—. El dinero de Doyle lo tenemos en una cuenta que creamos. Vamos a pasársela a él, más los intereses. En

cuanto a la casa Carlyle, estoy de acuerdo con tu madre. Él nunca podrá un pie en ella. —Penélope se puso de pie.

—Nunca quisimos que cargaras con ella, Ronald. Pero ahora que lo sabes, tienes que dejarlo atrás y seguir adelante. Nadie sabe que inició los rumores o si son ciertos o no. Gregory y yo vamos a terminar con esto. —Ella se acercó a su lado y presionó una mano firme en su hombro. La presión no era tranquilizadora—. Por supuesto, tu madre no debe ser informada acerca de esto. Ella no es lo suficientemente fuerte como para manejar algo como esto, es por eso que cuando alguien le envió las mismas cartas que tú recibiste, Connie las interceptaba y nos las enviaba a nosotros. No sabemos a qué persona señalar.

Ron frunció el ceño. Su madre necesitaba saber la verdad para que pudiera dejar de lado el pasado, al igual que Ashley lo había dicho.

—Ustedes no pueden ocultarle las cosas. Es más fuerte de lo que creen.

—¿Tienes idea de lo devastador que sería cuando se entere de que todos los rumores que hemos vivido con esta última década son verdaderos? Qué Doyle pagó a tu padre y sus amigos bomberos para que iniciaran el fuego, en el que murieron los Fitzgerald? —preguntó Penélope con voz implacable.

Ron dejó de prestar atención a su abuela antes de que ella terminara de hablar, su mente daba vueltas en círculos. Su Ashley. Si una persona merecía saber la verdad sórdida, era ella. Hablaría con su abuela después sobre el tratamiento de su madre como una niña, pero debía hablar con Ashley de inmediato, contarle todo.

—A Ashley tampoco se le debe decir esto —le ordenó su abuela—. Algunas cosas son mejores no decirlas, sobre todo cuando al ser reveladas puede tener consecuencias nefastas.

Ron negó con la cabeza. Él nunca discutía con su abuela cuando ella usaba ese tono, pero esta vez sería diferente. Su futuro estaba en juego. Se negaba a mentir a la mujer que más amaba.

—¿Ronald? ¿Escuchaste lo que dije?

—Sí, abuela. Pero…

Un sollozo detrás de ellos los interrumpió. Ron se giró para mirar. Alguien estaba escuchando a escondidas detrás de la puerta. Se levantó de un salto

y corrió para abrirla. Cuando llegó al pasillo, Ashley se apresuraba hacia el vestíbulo. Su estómago se derrumbó. ¿Cuánto habría escuchado?

Capitulo 20

Traducido por rihano

Corregido por Leluli

—Ashley, espera.

Hizo caso omiso de Ron y continuó hacia el vestíbulo, pero correr no disminuyó su angustia, su sentido de la traición. Este se volvió más agudo mientras la conversación que había oído por casualidad se repetía en su cabeza. El dolor constreñía su garganta y las lágrimas picaban sus ojos. ¿Cuánto tiempo había sabido Ron acerca de su padre? ¿Por qué no se lo dijo?

—Maldita sea, Ashley. Déjame explicarte.

Ella se dio la vuelta y lo miró. Todo lo demás a su alrededor se volvió borroso mientras se centraba en su rostro, tan querido y familiar, sin embargo, tan enojado. ¿Por qué? ¿Estaba enfadado con ella por espiar? Nunca habría sabido la verdad si no hubiera ido en busca de él y escuchado.

Negó con la cabeza. Dolía tanto mirarlo, saber que había confiado implícitamente en él, pero que había estado escondiendo cosas de ella. Lo amaba con su corazón y él no se merecía ese amor. Se tragó su dolor y deseó que las lágrimas se fueran de sus ojos.

—¿Explicar qué, Ron? —preguntó ella con voz temblorosa—. ¿Qué sabías que tu padre estaba involucrado en el incendio, pero optaste por no decírmelo?

Él se detuvo frente a ella y metió las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones vaqueros.

—Siento que te enteraras de esta manera. Había planeado decirte todo después de hablar con el tío Gregory.

Ashley negó con la cabeza, sintiéndose traicionada.

—Lo sabías, Ron.

—Por favor, escúchame. Yo no sabía nada. Era un rumor con el que había vivido los últimos diez años, pero nunca me preocupé de averiguar si había algo de verdad en esto hasta que empecé a recibir esas cartas. Si tú recuerdas, el objetivo de la investigación era averiguar lo que pasó esa noche.

¿Estaba él seriamente tratando de excusar sus acciones?

—Tú no lo entiendes, ¿verdad? Deberías haber sido honesto conmigo desde el primer momento, Ron. Mi primo hizo alusión a los rumores, pero yo me negué a creerle porque confiaba en ti. Pensé que tu razón para empezar la investigación era la misma que la mía, hacer justicia a nuestros padres. —Su voz se elevó y tambaleó. Quería oír a Ron admitirlo. No, ella quería que le dijera que no era cierto, que lo que acababa de oír eran mentiras. Quería que él hiciera que el dolor desapareciera—. ¿Él comenzó el fuego? ¿Mató a mis padres?

Él suspiró.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Después de lo que acabo de oír allí? —Ella señaló con el dedo en la dirección de la habitación. Cuando Ron sacó sus manos de los bolsillos y se frotó la cara sin hablar, ella se dio la vuelta y continuó hacia la puerta trasera. Ron persiguió sus pasos.

Ashley lo ignoró, pero el silencio susurraba cosas que no quería oír. Ella se enamoró del hijo del asesino de sus padres. ¿Habría ayudado a Ron con su investigación si hubiera sido honesto con ella? Probablemente. ¿Acostarse con él? Por supuesto que no, no sin sentir como si estuviera traicionando a sus padres. Ella debería haber escuchado a su primo. Tomar la culpa no hacía que su dolor desapareciera, sólo lo hacía peor.

La puerta de la casa de la piscina estaba parcialmente abierta. Ella la empujó, caminó hasta el centro de la sala, se dio la vuelta y se abrazó a sí misma. Ron cerró la puerta detrás de él. Mantuvo su distancia, pero le devolvió la mirada directa. Quería que la tomara en sus brazos y le dijera que todo estaría bien. ¿Cómo podría quererlo, cuando su padre mató a los suyos?

—Siento mucho que te enteraras así…

—No me digas que lo sientes, Ron —susurró Ashley, con la garganta hinchada por las lágrimas—. Yo confiaba en ti.

Él metió sus dedos a través de su pelo, de la forma en que ella solía hacerlo cuando hacían el amor. Incluso pensar en eso la hizo enojar.

—¿Por qué no podías ser honesto conmigo? —preguntó ella.

—Tenía miedo de que me alejarías si sabías la verdad. Y cuanto más te conocí, más difícil se volvió. Yo no quería perderte.

—¿No quieres decir que no querías perder el único testigo de lo que pasó esa noche? No me extraña que escalaras mi pared para estar allí cuando pasé por la hipnosis. —Y ella había pensado que él la había extrañado y quería estar con ella. *Dios, era un idiota.*

—Estás tomando lo que escuchaste de la manera equivocada, Ashley. Si hubieras oído…

—Oí suficiente. Tu abuela dijo que yo no debía saber la verdad y estuviste de acuerdo. —Las palabras salieron temblorosas, su voz pidiendo respuestas en vez de exigir. Cuando él presionó la palma de la mano contra su sien y arrugó su rostro como si estuviera adolorido, su corazón se retorció. Ella casi abrió la boca para preguntarle si estaba bien, pero tenía que saber la verdad—. ¿Niegas que estabas dispuesto a seguir mintiéndome?

Un músculo palpitó en su mejilla.

—Si hubieras estado en la sala con nosotros, me habrías visto negar con la cabeza cuando ella *exigió* que te escondiera la verdad.

Ashley fue sorprendida por la profundidad de la desesperación en sus ojos. Había estado tan absorta por su traición que no se había detenido a pensar en cómo él debe estar tomando esta nueva revelación. ¿Podría estar tomando sobre sus hombros la culpa por el delito de su padre? Una vez más, se sintió tentada de tranquilizarlo, pero endureció su corazón. Ella no debería preocuparse por lo que él estaba pasando. Él era el que había traicionado su confianza. Su padre la hizo huérfana.

—Sé que estás enojada en este momento y tienes derecho a estarlo, pero tenía la intención de decirte todo, Ashley —continuó Ron, su tono sombrío:

—Tú y mi madre merecen saber la verdad, no importa lo dolorosa y desagradable que sea.

Era un poco tarde. Ella sólo quería ir a casa.

—No importa. Ya no.

—No digas eso. Importa, al igual que lo que tenemos. —Antes de que supiera sus intenciones, él había cerrado la brecha entre ellos y la atrajo entre sus brazos—. No voy a dejar que esto se interponga entre nosotros, Ashley. —Su boca se cerró sobre la de ella.

Por un momento, sus sentidos abrumaron los suyos. Su cuerpo se rindió, guiado por la familiaridad. Él hacía que fuera tan fácil amarlo. Quererlo. Necesitarlo. Las lágrimas llenaban sus ojos, rodaban por sus mejillas a sus labios cerrados. Él debió haberlas probado porque su cabeza se levantó.

—Cariño…

Ella sacudió la cabeza, rechazando la preocupación en su voz.

—No puedes usar el poder que tienes sobre mi cuerpo para ganarme, Ron. No te voy a dejar.

Su mandíbula estaba apretada.

—Debemos estar juntos.

—No, no tenemos. No cuando me mientes. No cuando yo no puedo confiar en ti. —No cuando lo que hizo su padre envenenaba su relación—. Ya no hay un *nosotros*.

El dolor brilló en sus ojos.

—Siempre habrá un nosotros. Podemos empezar de nuevo. Puedes aprender a confiar en mí. Te amo.

Más temprano, ella habría saltado de alegría ante esas palabras. Ahora, la dejaban molesta. Una risa casi histérica se le escapó.

—Amor no es una palabra de cuatro letras que blandir cuando te sientes acorralado, Ron. —Sus ojos brillaron ante sus palabras, y por un instante, pensó que la agarraría y sacudiría, pero todo lo que hizo fue mirarla—. Escucha, esta conversación no tiene sentido.

—No, tú escucha. —Su voz era dura—. Puedes reírte de mis sentimientos, tirármelos a la cara, pero eso no cambia lo que siento por ti. Te amo, y una vez que esta investigación esté terminada, voy a demostrártelo. Y antes de que me despidas, escúchame.

Ashley no tuvo más remedio que escuchar mientras él explicaba las malas inversiones que su padre hizo, que le debía dinero a Doyle y las demandas del hombre en relación con la casa Carlyle y, finalmente, del dinero en la cuenta de su padre, que lo ataba a los otros bomberos.

—Todo es circunstancial. Solo porque el dinero fue vinculado a su cuenta, al mismo tiempo en que se pagaron a los otros bomberos no significa que mi padre estaba en sus planes. Ya que Doyle no va a hablar, necesito encontrar a Frankie y tenerlo confirmando o negando la participación de mi padre aquella noche.

La lógica regresó mientras ella se desplazaba a través de todo lo que él acababa de decir. ¿Era posible que su padre no fuera culpable? No, ella no quería aferrarse a falsas esperanzas. Además, su explicación no negaba el hecho de que él le había mentido.

Ashley suspiró. Estaba cansada y emocionalmente agotada. Ella sólo quería consolar a su corazón magullado en la intimidad de su casa. Incluso ahora, la pura voluntad era lo único que mantenía sus lágrimas a raya.

—Entonces te deseo lo mejor en tu investigación. —Ella comenzó a caminar rodeándolo, pero él bloqueó su camino.

—¿A dónde vas?

Su aroma, tan masculino y atractivo, jugó con sus sentidos. Su corazón se estremeció. Dolía mucho pensar que nunca estarían juntos de nuevo, que esto era un adiós.

—A recoger mis cosas e irme a casa.

—No te vayas, por favor. Mientras Frankie y Doyle estén libres, no es seguro. No estás a salvo. Quédate aquí por unos pocos días. —Indicó la casa de la piscina—. Hay dos dormitorios aquí. Te juro que no te voy a molestarte.

Ella no podía dormir con él a unos pocos metros de distancia, deseando y necesitándolo, sabiendo que le mintió.

—No puedo.

—Entonces duerme en la casa principal mientras yo me quedo aquí. Sólo por esta noche.

—No me siento cómoda aquí. No alrededor de ti o tu familia. —Ella negó con la cabeza—. Sólo quiero ir a casa. —Esta vez, pasó junto a él, con las rodillas no estaban demasiado estables. Sus manos temblaban mientras agarraba el mango de su maleta. —Me voy a quedar con mi tía y mi primo una vez que regrese a Los Ángeles. Voy a estar bien.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Por qué tienes que hacer las cosas tan difíciles? Todo lo que siempre he querido es una oportunidad para nosotros, conocernos el uno al otro sin el pasado interponiéndose entre nosotros. Puede que no parezca de esa manera ahora, pero yo estaba pensando decirte la verdad una vez que la confirmara.

—Tal vez ese es el error que cometiste, Ron. No necesito ser protegida de la verdad, por muy fea que sea. Necesito un hombre que confía en mí, un hombre… —Su voz se trabo. Una lágrima escapó de sus ojos y ella la apartó de su mejilla—. Tengo que llamar a un taxi —murmuró.

—No lo hagas. Te llevaré.

—No. Eso no será necesario. —Sacó el teléfono de su bolso.

Ron maldijo entre dientes.

—Sólo déjame hacer esta última cosa por ti.

Su barbilla se levantó, sus ojos conectados con los suyos frustrados.

—Está bien, Ron. —Ella dejó caer su teléfono de nuevo en el interior de su bolso.

—Vamos.

Por la forma en que Ashley corrió hacia la puerta, era obvio que no veía la hora de poner un poco de distancia entre ellos. Ron no la culpaba. Él le había hecho daño, algo de lo que siempre se arrepentiría. El dolor que había vislumbrado en sus ojos quedaría grabado en su cerebro por un largo

tiempo. Pero una vez que terminara esta investigación, planeaba hacer las paces con ella.

—Voy a buscar el auto —le dijo cuando llegaron al vestíbulo de la casa principal. Cuando ella asintió con la cabeza, él se dirigió hacia el estudio, sacó su móvil y marcó el número de su oficina. Miró su reloj mientras esperaba a que su asistente cogiera el teléfono. Era un cuarto para las cinco—. Consígueme dos pasajes para Los Ángeles. Salgo para el aeropuerto en estos momentos.

—A tu nombre y el de la Srta. Fitzgerald —preguntó Nikki.

—Sí. Llámame cuando los hayas reservado.

—¿Está todo bien? —preguntó Nikki.

—Sí. Sólo tienes que conseguir esos pasajes lo antes posible. —Él terminó la llamada y abrió la puerta del estudio. Gregory y su abuela estaban enfrascados en una conversación, y ambos levantaron la vista tan pronto como se dieron cuenta de que no estaban solos. La expresión simpática de su abuela y la inquietud de su tío indicaron que ellos habían escuchado la conversación que él y Ashley tuvieron en el vestíbulo antes. No necesitaba su compasión.

—¿Cuánto tiempo se tarda Satchel para presentar un plan de vuelo? —le preguntó a su tío.

Gregory comprobó su reloj.

—Él y la tripulación ya salieron del aeropuerto, por probablemente le llevará dos o tres horas recoger a todos, regresar al aeropuerto y hacer los arreglos. ¿Por qué?

—Llevare a Ashley de regreso a Los Ángeles. ¿Puedo tomar prestado tu auto?

Gregory asintió.

—Por supuesto.

—Gracias. —Ron se volvió para salir de la habitación.

—Ronald, espera. —Su abuela lo llamó.

—Ahora no, abuela. Hablaremos más tarde. —Él no detuvo su paso mientras desaparecía por el pasillo, y marcó con la tecla rápida el número de Kenny. Kenny lo levantó después de dos timbres.

—Necesito a un par de tipos para vigilar a Ashley hasta que esto termine. Estamos volando de regreso esta noche. ¿Puedes poner a tu gente a seguirla desde el aeropuerto?

—No hay problema.

—Bien. Y el nombre de la empresa que Doyle utilizaba para pagarle a los incendiarios se llamaba Prime Corp.

—¿Prime Corp? No me suena. He comprobado cada empresa y compañía con su nombre en esta.

—Era una empresa ficticia. —Ron abrió la puerta lateral que conducía al garaje para encontrar al chofer uniformado de Gregory conversando con el cocinero/ama de llaves. Él inclinó su cabeza para indicarle el Bentley—. Necesitamos un paseo hasta el aeropuerto. Ya he hablado con el tío Gregory al respecto. —Él se deslizó en el asiento del acompañante y continuó hablando en su teléfono mientras el conductor se instalaba al volante y encendía el motor:

—Prueba las islas. Tiene propiedades en el Caribe. Y pasa la información. Quiero a ese bastardo y su asesino a sueldo tras las rejas por un tiempo muy largo. Te llamaré con nuestro itinerario en unos pocos minutos.

—¿Está todo bien, amigo? Suenas como una mierda.

Se sentía como una mierda.

—El nombre de mi padre va a estar en la lista de esos pagos, también, Kenny. Pensé que tendría que darte un aviso.

Hubo un silencio y luego,

—Maldita sea, hombre. Eso es jodido. ¿Lo sabe Ashley?

—Sí. Escucha, te dejaré saber cuándo vamos a estar llegando. Sólo ten a unos pocos de tus hombres dispuestos a seguirla desde el aeropuerto. Y me vendría bien un aventón, también. —Él cortó la conexión mientras se detenían en la parte delantera de la casa, donde Ashley esperaba con sus bolsos.

Ron salió, abrió la puerta trasera del pasajero para ella y esperó hasta que estuvo sentada antes de ir a recoger sus cosas. Para cuando regresó, el chófer ya había guardado el bolso de Ashley. Ron añadió el suyo y se unió a ellos.

—Tú no tienes que viajar de vuelta conmigo, Ron —dijo Ashley cuando se instaló en su asiento al lado del conductor—. Te dije que voy a estar bien.

—Compláceme. —Fue todo lo que dijo.

El silencio en el interior del auto se volvió opresivo, incluso antes de que salieran a la calle. El viaje hasta el aeropuerto fue el más largo que él había tomado jamás. Cuando el conductor los dejó en la terminal, Ashley desapareció en el edificio. Ron estaba justo detrás de ella mientras hablaba con un agente de la aerolínea. Cuando la mujer no le pudo ofrecerle un boleto, Ron le cortó el paso antes de que pudiera ir a la siguiente.

—Yo puedo alquilar un avión para llevarnos de vuelta —dijo.

—No, gracias. —Ella dio un paso alejándose de él—. Hay más aerolíneas que no he comprobado. Tú sigue adelante y alquila un avión. Voy a estar bien por mi cuenta.

Su insistencia de que ella estaría bien estaba empezando a molestarlo. Era un intento de probar que ella no lo necesitaba. ¿Se había olvidado de cuan frío y despiadado era Doyle? Antes de que pudiera recordárselo, el sonido de su teléfono llamó su atención.

— Sí —le gritó al teléfono.

—Dos boletos en Delta Airlines, saliendo en cuarenta y cinco minutos.

—Gracias, Nikki. Eres la mejor. —Se dio la vuelta para hablar con Ashley, pero ella estaba hablando con un agente de otra compañía aérea. Al acercarse, captó el final de la conversación.

—...cancelación de última hora... se iniciará el embarque en unos pocos minutos. ¿Quiere el asiento?

—No —dijo Ron, al mismo tiempo que Ashley decía:

—Sí, gracias. —Ella le lanzó una mirada molesta.

—Ya tenemos dos boletos, Ashley. Estamos saliendo en cuarenta y cinco minutos.

—Gracias, pero preferiría irme ahora. —Metió la mano en su bolso por su cartera, sacó una tarjeta de crédito y su licencia de conducir.

—¿Cuántos asientos están disponibles? —le preguntó Ron a la mujer mientras sacaba la tarjeta de crédito, también.

—Sólo uno, me temo. —Su mirada pasó de Ron a Ashley—. Yo no sabía que necesitaba dos boletos.

—No los necesito —respondió Ashley antes de que Ron pudiera hablar.

Que no pudiera volar de regreso con ella le molestaba. Él echaba humo mientras esperaba a que terminara la transacción. Cuando ella se apoderó de su tarjeta de embarque y había rodado su bolso pasándolo, él le cortó el paso.

—Tengo que correr, Ron. Todavía tengo que pasar por seguridad. —Su voz tembló hacia el final de la frase, el único indicador de que no estaba tan tranquila como ella pretendía estar.

—Te amo, Ashley. No importa lo que puedas pensar o sentir ahora, recuerda eso. —Él acunó sus mejillas. Cuando ella no se inmutó, bajó la cabeza y le dio un breve beso. Ella no lo rechazó ni respondió, lo que sólo se añadió a su frustración. Sus manos cayeron pesadamente a los costados—. Ve.

—Adiós, Ron —susurró ella, y luego se alejó.

La decepción y el pesar quemaban en su estómago como ácido mientras la veía alejarse. *Esto no es un adiós, nena, no por mucho tiempo*. Obtuvo la información del vuelo de Ashley de un quiosco, luego, marcó el número de Kenny.

El vuelo a Los Ángeles fue un borrón. Ashley se acurrucó en su asiento de la ventana y trató de agotar a sus demonios dibujando, pero por una vez su arte no pudo aliviar su dolor. Las lágrimas nublaron los bocetos de carbón y corrían por su rostro. Cediendo, dejo salir suficientes lágrimas para irrigar el Sahara. El fajo de pañuelos desechables en su mano se volvía cada vez más húmedo, pero el dolor clavado en sus entrañas se negaba a disminuir. El pasajero masculino con el pelo blanco y negro, y tez rubicunda, sentado a su lado le preguntó varias veces si estaba bien, y finalmente se rindió cuando sólo la hacía llorar más fuerte.

Por supuesto que no estaba bien. Estaba enamorada de un hombre que estaba mal para ella. No, en realidad Ron era perfecto para ella en todos los sentidos, excepto que la trató como a un niño y no confió en ella, y su padre mató a sus padres. ¿Cómo podía ocultarle cosas y luego clamar que la amaba? Nunca podría haber amor sin confianza. Era mejor que siguieran caminos separados.

Ya que su padre habría envenenado su relación de todos modos.

Te quiero. No importa lo que tú pienses o sientas ahora, recuerda eso. Sus palabras resonaron en su cabeza, burlándose de ella, haciéndola cuestionar su decisión. ¿Y si estuviera jodiendo las cosas huyendo? ¿Y si realmente la amaba? El pasado no habría importado. El pecado de su padre no era suyo. La conclusión era que Ron no había confiado en ella. Dejarlo atrás podría ser la cosa más difícil que jamás había hecho, pero era lo correcto. Un rastro fresco de lágrimas corría por su rostro.

En Los Ángeles, Ashley esperó a que todos los pasajeros desembarcaran antes de ponerse las gafas de sol y caminar hasta la puerta. Encontró un taxi sin problemas. El conductor se estaba alejando cuando vio a Kenny Lambert saltar de una SUV y correr hacia la terminal.

—Detenga el ta… —Ella se tragó la última palabra. Cuando el taxista la miró a través del espejo retrovisor, negó con la cabeza y dijo:

—No importa.

No más relacionarse con alguien que conocía a Ron. Ella presionó sus manos contra su estómago y se acurrucó contra su asiento mientras nuevas lágrimas llenaron sus ojos. Era difícil pensar en un futuro sin incluir a Ron. Todo en su casa se lo recordaría. Las pinturas, su cocina, el sofá donde habían hecho el amor.

Ella colocó una mano sobre su boca para contener un sollozo y cerró los ojos. Esto tenía que parar. Tenía que ser fuerte. Tal vez debería mudarse a una ciudad diferente, pero ¿qué diferencia habría? Ron estaba tan arraigado en su corazón que no importaría a dónde fuera. Tenía que mantenerse firme y seguir adelante. Ella había sufrido por la pérdida de sus padres y sobrevivió. Esto podría llevarle mucho tiempo superarlo, pero ella lo haría. Debía.

Ashley se sonó la nariz y obstinadamente evitó las miradas no tan sutiles del conductor del taxi. El hombre había estado observándola por el espejo

retrovisor desde que salieron del aeropuerto. Tomando una respiración profunda, ella miró por la ventana hasta que se detuvieron fuera de su casa. Ella le pagó al conductor y entró a su edificio.

Por una vez, ignoró su fobia a los lugares estrechos y tomó el ascensor. La luz roja en su teléfono fijo llamó su atención. Los mensajes eran probablemente de sus primos y tías queriendo saber acerca de su pelea con Nina Noble. Déjalos que especulen. Ella no estaba hablando de los Nobles con nadie, excepto los miembros de su familia inmediata.

Apretó el botón, se dejó caer en un taburete y descansó su barbilla y los brazos sobre el mostrador de granito. Se sobresaltó cuando comenzó la primera grabación.

—Llámeme tan pronto como reciba este mensaje, Srta. Fitzgerald —dijo la voz de Nina Noble—. Tenemos que hablar. Aquí está el número en donde puedo ser localizada.

Ashley pulsó el botón para detener el correo de voz y marcó el número de Nina. Fue levantado después de un timbre.

—¿Puedo hablar con la señora Noble?

—Ella te está esperando —dijo la voz masculina.

—¿Dónde?

—En la Casa Carlyle.

Ashley frunció el ceño. *¿La Casa Carlyle?*

—¿Por qué? Ya le dije a su hijo que no quiero la casa.

—Yo no sé nada de eso, señorita. Sólo soy el conductor. Ella está esperándola en este momento.

Ashley miró el reloj. Eran casi las siete, lo suficientemente temprano para llegar a la casa Carlyle, decirle a la mujer que no la quería, y volver para darse un largo baño y acostarse temprano. Apostaría que Nina se emocionaría al saber que Ashley y su hijo ya no estaban juntos.

El timbre musical de su teléfono interrumpió sus pensamientos. Lo ignoró cuando vio el número de Ron. En cambio, escribió una breve nota sobre a dónde iba en una nota auto adhesiva, la pegó en la puerta de la nevera y fue a lavarse la cara. Después de cambiarse con un par de pantalones vaqueros

negros y un suéter de cuello alto color ciruela, recogió su bolso, las llaves y corrió escaleras abajo. Su teléfono móvil sonó de nuevo. *Ron.* Esta vez, ella lo apagó.

En la planta baja, el guardia de seguridad se apresuró a salir de detrás de la cabina cuando ella entró en el vestíbulo.

—El Sr. Noble llamó —dijo el guardia—. Él quiere que usted le devuelva la llamada.

—Gracias, Jeffrey. —Ella continuó hacia la parte posterior, donde los residentes aparcaban sus autos y entró en su auto. Todavía estaba caliente a pesar del sol hundiéndose sobre el horizonte occidental. Ella bajó la capota del convertible y se fue.

Los músculos de la mandíbula de Ron temblaron mientras escuchaba a su amigo.

—En el momento en que llegué allí, ella se había ido —dijo Kenny—. Me estoy acercando a su casa ahora. ¿Qué quieres que haga?

—Asegúrate que permanezca en el lugar hasta que yo llegue ahí. —Él miró su reloj. Su avión debía aterrizar en menos de treinta minutos.

—Mejor aún, voy a llamar dentro de unos minutos para hablar con ella. —Con Kenny allí, ella difícilmente podría negarse a hablar con él.

¿Por qué tenía un mal presentimiento sobre esto? Ashley le había dicho que podía cuidar de sí misma. Bajo otras circunstancias, le creería. Ella era inteligente y cauta por naturaleza. Lamentablemente, Doyle y Frankie eran bastardos despiadados quienes no se detendrían ante nada para eliminar a alguien que pudiera señalarlos. Con Kirkland aún en coma, eso dejaba a Ashley y a su madre.

Una vez más, Ron miró su reloj, luego pasó su tarjeta de crédito y cogió el teléfono interno en el vuelo.

—Se ha ido, Ron —dijo Kenny, sin preámbulos—. La perdí por cinco minutos.

Ron sintió una presión en su pecho.

—¿Utilizó el taxi que la llevó desde el aeropuerto? —Ellos podían localizar al despachador y averiguar a dónde se estaba dirigiendo.

—Según el guardia, ella llegó a casa, se cambió y se fue en su auto.

Ron ahogó una maldición.

—Probablemente fue a donde uno de sus primos.

—Su primo podría rastrearla. Voy a hacerle una llamada. Oh, uno de mis chicos está esperándote en la terminal. Está en una SUV negra. —Él le dio el número de la placa.

—Gracias. Te llamaré de nuevo en unos minutos.

Después de varias llamadas más, la azafata se detuvo por su asiento.

—Señor, el capitán pidió que los pasajeros detengan el uso de todos los dispositivos electrónicos, incluidos los teléfonos internos en vuelo. Nos estamos preparando para descender.

Él asintió con la cabeza a la mujer y siguió hablando por teléfono.

—Tus hombres todavía están manteniendo vigilada a mi madre, ¿no?

—Ella está en casa desde esta mañana. Nadie ha dejado el complejo a excepción de su asistente quien…

—Señor —repitió la azafata—. Cuelgue el teléfono.

—…se fue en un Camry[41] de color rojo —terminó Kenny, antes de que la mujer arrebatara el teléfono de la mano de Ron y lo pusiera de nuevo en la base. Ella lo miró, luego se marchó.

Ron se recostó contra el asiento y cerró los ojos. No podría descansar hasta que supiera que Ashley estaba a salvo. Al menos no necesitaba preocuparse por su madre.

[1] **Camry**: modelo de automóvil de tipo turismo de la marca Toyota que lleva comercializándose en EEUU desde 1983.

Ashley se detuvo junto a un Camry de color rojo y miró a su alrededor. ¿Dónde estaban la limusina de Nina y el conductor? ¿O ellos habían utilizado el Camry? La atención de Ashley pasó a la casa Carlyle.

Las fotos en Internet no le habían hecho justicia. Durante años, ella no pudo atreverse a venir. Había pasado por delante de esta, manteniéndose alerta sobre quienes lo alquilaban, pero le había faltado el coraje de caminar hasta sus puertas. Las monjas de las Hermanas Maristas, quienes vivieron en la casa los últimos siete años, habían hecho un buen trabajo cuidando del lugar. Pero a pesar de la majestuosa silueta de la casa contra el cielo oscureciéndose, y los macizos de flores bien cuidados iluminados por las ventanas de la planta baja, había un aura de amenaza sobre el lugar. Un escalofrío se deslizó por su carne, y ella se estremeció.

Mantén el control y acaba con esto. Es sólo una casa. Una que ella ya no quería.

La casa no le había traído más que disgustos.

El sueño de sus padres se cumpliría en algún otro lugar.

Ashley alzó su bolso hacia su hombro y salió de su auto. Cerró la puerta del auto sin bloquearla, frotándose los brazos para protegerse del frío mientras caminaba hacia la escalera principal. Sus ojos se movían alrededor, sorprendida por la forma en que todo estaba sin cambios. Las ventanas y la puerta eran exactamente como lo eran hace diez años. En cualquier momento, esperaba escuchar la voz de su madre instándola a darse prisa.

Se apresuró a subir las escaleras, notando que la puerta principal estaba abierta. Dudó por un breve momento, luego la abrió. Esta se balanceó hacia dentro, sus bisagras crujiendo. Algo frío se arrastró por su espalda.

—¿Sra. Noble? —gritó ella y le dio al vestíbulo de dos pisos, una mirada. Las paredes eran de un color diferente, pero todo lo demás era como ella lo recordó en sus sesiones de hipnosis, las grandes escaleras, las puertas conduciendo a distintas habitaciones, los pasillos desapareciendo en ninguna parte.

A su derecha inmediata estaba la puerta que conducía al baño del primer piso, una pared blanca separándola de la puerta del sótano. Ashley se quedó inmóvil, conteniendo la respiración en su garganta. Superpuesta a la pared en blanco estaba su recuerdo del espejo dorado y plateado de arte deco con

la cara de su madre reflejada en este. Ella parpadeó y la imagen desapareció. Otro escalofrío pasó su cuerpo.

—Sra. Noble. —Ella ladeó la cabeza para escuchar. Sonidos apagados de risas provenían de detrás de la puerta de su izquierda, luego callaron.

Con el corazón desbocado, Ashley se dio la vuelta para mirar.

La puerta estaba cerrada, la habitación que una vez fue la oscura oficina del gerente. Hace diez años, ella se había sentado allí y miraba los dibujos animados, mientras sus padres fueron al sótano para su reunión. Podría haber jurado que acababa de oír el mismo programa de televisión que había visto esa noche.

Oh, Dios, ella estaba perdiéndose. Más temprano, le había parecido una buena idea tener esta reunión y lanzar la oferta de Nina en su rostro. Ahora sólo quería largarse de allí.

Con los ojos bien abiertos, Ashley intentó una última vez.

—Sra. Noble, ¿dónde está?

Golpes amortiguados se filtraban a través de la estrecha abertura de la puerta del sótano.

Ella se encaminó en esa dirección, empujó más la puerta y miró dentro. Las luces estaban encendidas en la planta baja, pero no en el corto pasillo. Extraño. Tanteó la pared buscando el interruptor de la luz y lo giró.

Una bombilla solitaria ilumino el estrecho pasillo con un sonido crepitante, parpadeaba como si estuviera en su última etapa. *O alguien lo aflojó*, agregó una voz interior. Ashley tragó, odiando a su imaginación hiperactiva por presentarse ahora. Una melodía de jazz se mezcló con una risa suave. Alguien gritó su nombre. ¿Su madre? Jadeando, Ashley miró a su alrededor. No había nadie, sólo la alfombra marrón aceitoso que parecía fuera de lugar y las paredes desnudas. Superponiéndose a ellos había vistosas fotografías de músicos de blues y jazz, actores y artistas, adornos de pared y una exuberante alfombra color burdeos.

Solo son recuerdos de otro tiempo, Ashley.

Se movió hacia las escaleras del sótano. Justo antes de que diera el primer paso, una maldición ahogada vino de detrás. Se congeló, luego volteó su cabeza. Su corazón saltó hasta su garganta. Un hombre vestido todo de

negro estaba parado en el marco de la puerta, sus anchos hombros bloqueando la luz del vestíbulo.

Ella dio un paso atrás, su miedo pulsando a través de sus nervios como una ola gigante. La bombilla defectuosa parpadeó encendiéndose e iluminó su rostro. Ella jadeó, sus rodillas casi doblándose debajo de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Capitulo 21

Traducido por Lady_Eithne

Corregido por Vickyra

—Yo podría hacer la misma pregunta —gruñó Vaughn Doyle.

Las rodillas de Ashley chocaron y sus manos comenzaron a sudar, pero su mente corría. Cuando Vaughn miró por encima como si estuviera buscando a alguien, ella dijo:

—No estoy sola. Ron y Kenny están de camino.

—Bien. Ahora sal de ahí.

¿Estaba dejándola marchar?

—¿Por qué? ¿Dónde está la Sra. Noble? ¿Qué has hecho con ella?

—¿Yo? Nada. Estaba buscándola cuando te oí aquí abajo. —Estiró la mano en busca de su brazo, pero Ashley dio un paso a un lado, el pánico atravesándola—. Quienquiera que os engañó a Nina y a ti todavía está aquí. Vete ahora mismo.

—¿Por qué debería creer nada de lo que digas? —Ashley arrastró los pies hacia atrás, su mano hundiéndose dentro de su bolso en busca de su spray de pimienta. Dio otro paso atrás justo cuando sus dedos se cerraban alrededor de la suave superficie del bote—. Eres un Doyle.

—Y esa es la maldición con la que cargo —murmuró. En lugar de seguirla avanzó hacia el vestíbulo y levantó las manos—. No estoy aquí para hacer daño a Nina. Estoy aquí para detener esta locura.

Ashley parpadeó.

—¿Detener qué locura?

—No tengo tiempo de explicarlo —dijo él a través de sus dientes apretados—. Estoy retrocediendo para mostrarte que no soy tu enemigo, Ashley.

¿Era esto alguna clase de truco? Incluso mientras se hacía la pregunta a sí misma, captó unas cuantas anomalías. Sonaba frustrado, no siniestro, y seguía mirando alrededor con miedo como si esperara que alguien saltara sobre él.

—¿Qué está pasando, Vaughn? ¿Por qué actúas de un modo tan extraño?

—Por la misma razón que envié a los Noble esas cargas. Quiero sacar la verdad. Tú y Nina sois los únicos testigos que quedan y no dejaré que se libren de vosotras también. Sin vuestros testimonios, mi padre y Frankie se irán impunes.

La mandíbula de Ashley se abrió.

—Vete —espetó él de nuevo.

—¿Tú enviaste las cartas? ¿Por qué?

—Dios, Ashley. ¿No lo entiendes? Estás en peligro. Intenté advertirte fuera del hospital, pero Frankie estaba allí. Esperaba hacerlo de nuevo esta mañana, pero te habías ido para cuando llegué al museo. Debo encontrar a Nina antes de que este lugar explote. Este no es el momento para hacer preguntas.

¿Explotar? La desesperada urgencia en su tono encendió el fuego bajo los talones de Ashley. Se tambaleó hacia delante.

¿Qué hay de ti? Te matarán si descubres que nos has ayudado.

—Después de lo que le hicieron a mi madre, los veré colgar…

Un golpe fuerte interrumpió su discurso haciendo que Ashley se quedara paralizada. Miró fijamente a Vaughn horrorizada mientras él se balanceaba sobre sus pies con sus ojos poniéndose en blanco. No era consciente del hombre bajo que estaba tras él con un bate de béisbol hasta que Vaughn cayó de rodillas. Sus ojos se abrieron de par en par y su boca se abrió en un grito silencioso mientras el cuerpo de Vaughn golpeaba contra ella y la hacía caer con él.

Ashley pateó y se retorció para hacer que la parte superior de su cuerpo saliera de debajo del peso muerto, sus ojos fijos en el hombre que había visto por última vez actuando como conductor de Vaughn. Frankie Higgins. Él dejó descansar el bate sobre su hombro con una sonrisa espeluznante en sus labios.

—Intenté decirle a Doyle que no se podía confiar en el chico, pero, ¿me escuchó? No. Tan pronto como oí que estaba hablando contigo fuera de su casa sospeché que estaba tramando algo. Tuve la prueba cuando te habló fuera del hospital, pero Doyle se negó a escuchar. Después de años de lealtad y amistad escogió creer a su cachorro infiel. —Dio una patada a un Vaughn inconsciente—. Después de todo lo que hice por él se volvió contra mí por culpa de este idiota y de esa zorra de Nina. Si no hubiera puesto micrófonos en su casa nunca habría sabido que planeaba denunciarme a la policía. Ahora sabrá quién es el inteligente. Le quitaré todo lo que siempre ha amado y querido, empezando con este. —Volvió a patear a Vaughn.

Ashley se encogió mientras el cuerpo rodaba sobre ella. Se retorció algo más para liberar sus piernas que estaban empezando a dormirse rápidamente.

—Un pajarito le contó que su padre había matado a su madre. Era sólo una broma para que no acomodara demasiado como heredero de Doyle. Pero tenía que ir y hacer algo así de estúpido. Ni siquiera tuvo las pelotas de investigarlo por sí mismo. —Se centró en las costillas de Vaughn y en su costado, los golpes sonaban escalofriantes y fuertes en el silencioso edificio.

—Déjalo en paz, bastardo enfermizo —chilló Ashley—. Es sólo un niño.

—Con veintidós años ya es un hombre adulto. —Sonrió Frankie mostrando hileras de dientes amarillentos y se centró en otra patada. Espasmos de dolor se dispararon por la pierna de Ashley mientras las puntas de sus botas conectaban con su pantorrilla. Apretó los dientes para evitar gritar en voz alta. Él se rio. Un escalofrío recorrió su columna por la pura maldad del sonido.

—¿Sabes qué es incluso más gracioso? —Se rio de forma resplandeciente—. La zorra de su madre no está muerta aún. Estaba deseando rematarla, pero Doyle insistió en encerrarla en una casa de locos en México. Le dije que había otras formas de hacer que alguien sufriera, pero él tenía que hacer las cosas a su manera. Tres largos años de oírle quejarse de cómo ella merecía pudrirse en el infierno. Su infierno está a punto de empezar. La dejaré para el final.

Ashley tragó saliva. Estaba tratando con un hombre loco. Cuando él puso su bate bajo su axila y se inclinó hacia ella, con la sonrisa maliciosa todavía en su boca, ella se encogió. Presionó su espalda contra el suelo con el pulso en su garganta y sienes brincando.

—Tú y esa zorra del piso de abajo iréis primero. Nina Noble. —La saliva cayó de su boca—. Nunca podré entender lo que Doyle vio en ella. Había muchas otras mujeres dispuestas que podría haber tenido, pero tenía que fijarse en esta perra disecada. Podría haberla rematado hace diez años cuando le mintió a la cara en lugar de acceder a casarse con él. Cuando lo hizo de nuevo anoche, supe que tenía que librarme de ella. Las mujeres manipulan y engañan, y Nina es una experta en ambas cosas. Voy a disfrutar verla retorcerse.

El estómago de Ashley se hundió mientras Frankie continuaba insultando a Nina, pero se negaba a morir en la misma casa donde murieron sus padres y por las manos del mismo hombre. Empujó el cuerpo de Vaughn con sus manos y caderas, con la sensibilidad en sus piernas ausente.

Frankie extendió una mano hacia ella y el aliento de Ashley se congeló en sus pulmones. ¿Iba a lastimarla? La sangre abandonó su cabeza ante ese pensamiento, dejándola aturdida.

Los ojos de Frankie destellaron como si pudiera leer su indefensión en su cara. Agarró su mandíbula y tiró hacia él, sus dedos clavándose en su carne.

—Te advertiré en contra de intentar hacer algo estúpido, señorita. Te perdoné hace diez años por todos los problemas que me causaste porque sólo eras una niña. Esperaba que murieras junto con tus padres, pero el Boy Scout Noble desbarató mis planes. Que se pudra en el infierno. Así que sé buena o haré que tu muerte sea lenta y dolorosa.

¿Por qué estaba llamando boy scout al padre de Ron? Una imagen de una mano agarrando el rostro de su mano destelló en la cabeza de Ashley y luego desapareció. Dio un tirón hacia atrás y su codo arañó contra el duro suelo. El dolor se disparó por su brazo trayendo con ello más visiones de su pasado, el cuerpo de su padre desplomado sobre el sofá y su madre luchando, pateando y buscando la cara de su asaltante. La cara de Frankie se impuso sobre la del hombre y luego las imágenes desaparecieron.

—Tú mataste a mis padres —dijo Ashley en una voz que apenas reconoció con el miedo y el odio colisionando dentro de ella.

—No es mi culpa si se metieron en el camino. Esta casa podría haber sido una pila de cenizas si no fuera por ellos. —Frankie le pellizcó la mandíbula y luego soltó su cara con un brusco empujón.

Más recuerdos volvieron rápidamente, la expresión de terror en la cara de su madre; un corte sangrante en la mejilla de Frankie, su boca retorcida en un gruñido mientras asfixiaba el rostro de su madre con una toalla. Ashley dejó salir un sollozo, las lágrimas encharcando sus ojos.

—Tú y tus amigos bomberos los asesinasteis a sangre fría —añadió Ashley con voz ronca—. ¿Por qué no pudisteis simplemente dejarlos marchar?

—Porque habrían sido dueños de esto —señaló la casa—, o la habrían reconstruido una vez que la hubiéramos incendiado. Doyle era demasiado gallina para hacer algo respecto a ellos. Me pidió que me hiciera cargo de la casa una vez se fueran, pero tenían que morir. Él simplemente no entendía por qué tenían que morir, al igual que no entiende por qué tú y Nina tenéis que hacerlo también. Tienes que atar siempre los cabos sueltos, o te señalaran a ti. —Sonrió de forma macabra—. Y él se llama a sí mismo un visionario y a mí un sociópata. Siempre he odiado las etiquetas desde que era niño. Psicópata, sociópata, psicótico, antisocial, incendiario, esquizofrénico, loco… ¿qué sabrán los doctores? Soy un artista. —Se golpeó en el pecho con el bate—. Al igual que tú.

El nivel de pánico de Ashley se disparó. El hombre estaba claramente perturbado y Doyle tenía razón después de todo. Frankie hacía las cosas a sus espaldas.

—¿Y a qué te refieres con mis amigos bomberos? —Frankie interrumpió sus pensamientos.

Por un momento Ashley no estaba segura de qué estaba hablando. Luego recordó.

—Los cuatro hombres que Doyle pagó para ayudarte a iniciar el fuego.

Frankie cojeó hacia donde estaban extendidas las piernas de Vaughn y agarró un pie. Tiró fuerte, dando la vuelta a Vaughn y liberando una de las piernas de Ashley. Ella movió sus caderas mientras él continuaba quitándole de encima al joven hombre. Si ella pudiera barrer con una pierna bajo la pierna mala de Frankie, podría hacerle perder el equilibrio y escapar.

—Tres, no cuatro. —Dejó caer la pierna de Vaughn y se tambaleó hacia delante para agarrar sus muñecas—. Estuvo bien hacerles explotar en el agua. No hicieron nada para ganarse el dinero, excepto proveerme con el acelerante que no dejaba rastro y retrasar su tiempo de respuesta tras la llamada del 911. Pero Noble frustró también ese plan, ¿verdad? Ni siquiera

era un bombero a jornada completa y aun así resultó que estaba en la estación cuando entró la llamada.

Ahora tenía la atención de Ashley.

—¿Noble no estaba en ello?

Sus ojos destellaron con malicia.

—No, pero tuvo lo que se estaba buscando. Doyle no se tomaba bien que nadie tocara a Nina, así que me pidió que ensuciara su memoria. Deposité el dinero en la cuenta de Noble y le dejé llevarse el crédito por mi trabajo, el último clavo en su ataúd. —Un último tirón y Ashley estaba libre del peso de Vaughn. Sus piernas hormigueaban mientras la circulación volvía a sus extremidades inferiores—. Me habría encantado ver la cara de Nina cuando oyó que su apreciado marido estaba detrás del incendio. —Se rio como un maniaco y arrastró a Vaughn hacia la puerta de entrada.

Ashley dobló sus rodillas y empezó a levantarse. La cabeza de Frankie dio un tirón hacia arriba.

—No te muevas —rugió, con un resplandor malvado ardiendo en sus ojos—. Esto terminará pronto. Si te portas bien, te irás a dormir como lo hizo tu papá y no sentirás ningún dolor. Pero si actúas como la loca de tu madre, te lo haré pagar. La zorra loca me hizo daño. —Sonaba petulante, como un niño cuyo juguete ya no funcionaba como él esperaba—. No me gusta enfadarme cuando trabajo. Estropea mi concentración. Deberías entenderlo, siendo una artista y todo eso. Dunn me enseñó algunas de tus obras cuando colocó esos micros en tu casa.

La idea de este hombre en su apartamento la hizo sentir violada, pero no tenía tiempo para la indignación. Sus ojos se clavaron alrededor del vestíbulo buscando una ruta de escape. ¿Podría conseguirlo antes que él esta vez? Ahora tenía una cojera y era más mayor. Y ella tenía spray de pimienta.

Su mano se deslizó dentro de su bolso. Cerró los dedos alrededor del cilindro, tiró de él hacia fuera y lo agarró fuerte. Como si sintiera sus planes, Frankie se detuvo y la miró, sus ojos fríos y amenazadores. Debió decidir que ella se comportaría porque regresó a arrastrar a Vaughn.

Ashley saltó hacia delante y salió corriendo hacia la puerta. Roció el spray de pimienta en todas direcciones mientras se acercaba a la puerta, dejó caer

el bote y se estiró en busca del pomo. Casi lo consiguió. Él la agarró por detrás. Ashley gritó, se retorció, pateó y dio tirones para escapar de su agarre.

—Cállate —rugió él y le cubrió la boca con una mano.

Ella hundió sus dientes en la carne de su mano. Él maldijo y la lanzó a un lado. Ashley aterrizó sobre su espalda, patinando sobre el suelo hasta que la parte posterior de su cabeza conectó con la pared. Por un momento todo lo que vio fueron estrellas. Luego la sádica cara de Frankie se cernió sobre ella, su bate de béisbol preparado para un golpe.

Ashley cerró los ojos y se preparó para el dolor que estaba segura iba a seguir. Frankie la insultó, llamándola todos los nombres obscenos que existen. Luego se quedó callado. El sonido de la puerta principal chirriando hizo que ella abriera los ojos.

Él estaba en la entrada, teniendo dificultades en tirar de Vaughn con una mano sangrando y ese bate bajo la axila. Ella se quedó en la misma posición, su cuello en un ángulo incomodo de forma que él creyera que aún estaba inconsciente. Esperaba su oportunidad con su corazón aporreando y todo su cuerpo palpitando. Frankie miró en su dirección una vez más, luego salió al exterior y arrastró a Vaughn a través del umbral.

Ashley se puso en pie rápidamente y corrió hacia la puerta, la adrenalina bombeando a través de sus venas. Frankie la vio venir, pero con el cuerpo de Vaughn entre él y la puerta no podía alcanzarla. Lo último que ella vio fueron sus ojos abiertos de par en par mientras ella cerraba la puerta de golpe. Echó los cerrojos y dio un paso atrás con su corazón golpeando y el sudor chorreando por su espalda. En cualquier minuto esperaba que Frankie empujara con su bate a través de los paneles de cristal, alcanzara el interior y desbloqueara la puerta. Todo lo que oyó fueron juramentos y luego silencio. Tragó saliva, sus rodillas temblaban y sus dientes castañeaban.

Piensa, Ashley. No dejes que el terror te paralice ahora. No podía permitirse revisar si Frankie todavía estaba ahí fuera. Una casa así de grande probablemente tenía más de una entrada. Luego estaban los túneles y las habitaciones secretas.

Ashley corrió atravesando la habitación hacia donde había dejado caer el spray de pimienta y luego fue a por su bolso. Rebuscó dentro de su bolso en

busca de su teléfono y presionó el botón de encendido con un pulgar tembloroso. Sonidos amortiguados llegaban de nuevo desde el sótano. Su corazón se heló, el teléfono casi se desliza de su mano. Miraba fijamente la puerta con los ojos abiertos de par en par, sus dedos pulsando botones sin mirar a quien estaba llamando.

Los oía, los sonidos de pisadas arrastrándose por el suelo de madera. Ashley giró en redondo. Su mirada se movió hacia la puerta principal excepto que ya no era la puerta de entrada. Estaba dentro de una habitación, sola en la oscuridad, escondiéndose y esperando. Las pisadas se acercaban más y más. Ashley sacudió la cabeza. Sus recuerdos estaban jugando con su mente. *No hay nadie ahí... sólo tu imaginación.*

El pasado se esfumó y el presente apareció enfocado mientras el vestíbulo reemplazaba a la habitación oscura. Los cerrojos de la puerta principal golpearon abriéndose, uno a uno. Los sonidos reverberaban a través de la casa vacía como si fueran disparos, haciéndola encogerse. El pomo de la puerta giró. Ella arrastró los pies hacia la puerta del sótano, su cuerpo temblando tanto que sus piernas amenazaban con ceder abajo. El tiempo se ralentizó mientras la puerta se abría de golpe y Frankie entraba cojeando en el vestíbulo, sus ojos entrecerrados.

Ashley se llevó el teléfono a la oreja.

—Ayúdanos. Estoy en la Casa Carlyle. Nina está atrapada en el sótano.

—¡Zorra! —rugió Frankie.

—Voy a hacer que me supliques que te mate —resonaba una voz de hombre a través del auricular, enviando un escalofrío a través del cuerpo de Ron.

Dejó de chillar el nombre de Ashley y echó a correr a través de la terminal. Saltó por encima del equipaje, chocó contra unas cuantas personas y gritó “lo siento” por encima de su hombro. En la parte delantera del edificio reconoció al hombre de Kenny y corrió hacia el todoterreno. El hombre lo vio venir y se metió tras el volante encendiendo el motor.

Ron se introdujo tras él.

—A la Casa Carlyle.

Mientras el hombre dejaba la terminal y giraba a la derecha en el Boulevard, Ron marcó el número de Kenny. Un sudor frío se acumulaba sobre su ceño y chorreaba por su cara. Cada aliento que tomaba le dolía en el pecho.

—Él las tiene. El bastardo de Frankie tiene a Ashley y a mi madre en la Casa Carlyle —graznó.

—¿Qué? Pero tu madre…

—Es una experta en escapar de los paparazzi. Tus hombres no tenían ni una oportunidad. Llama al primo de Ashley y dile que vaya a la casa. Sonaba muy mal, amigo. Aterrorizada.

—Nos vemos allí.

Ron cerró de golpe el teléfono y restregó su mano sobre su cara. Hizo rodar sus hombros para aliviar los nudos de tensión y se reclinó contra el asiento. Por primera vez en su vida adulta no sabía qué hacer y eso lo acojonaba.

Todo estaba fuera de su alcance. Doyle. Frankie. Ashley. Su madre. ¿Podría salvar a las mujeres que amaba o les fallaría? No, no podía permitirse pensar así. Ashley era su futuro. No rescatarla de manos de un maniaco asesino no era ni siquiera una opción.

Marcó su número otra vez.

Ashley saltó hacia la puerta del sótano, cerrándola de golpe justo cuando su teléfono empezaba a sonar. Lo ignoró y maniobró torpemente con la cerradura. La única bombilla se había rendido hacía un rato y el recibidor estaba a oscuras. Esperando que Frankie rompiera la puerta y corriera tras ella, se apresuró a bajar las escaleras hacia la única habitación iluminada, su bolso rebotando contra su cadera.

Se quedó paralizada en la entrada. En lugar de paredes y suelos desnudos, la habitación estaba decorada con opulencia, sillas negras de piel y motivos africanos sobre paredes de madera, drapeados de terciopelo color burdeos en las ventanas y taburetes de bar a lo largo de un brillante mostrador de madera de cerezo oscura con suelo de madera y alfombras en cada zona. Una figura en el sofá atrajo su atención.

—¿Papá? —dijo tragando saliva.

No es real. Nada de esto es real. A pesar de sus pensamientos, levantó los brazos como si fuera a tocarlo. Un sonido llegó desde detrás de ella y se giró en redondo con su spray preparado, pero no había nadie en las escaleras. Más recuerdos pasaron rápidamente con una venganza, su pasado y su presente mezclándose, persiguiéndola.

Frankie entró en la habitación y se aproximó a sus padres desde atrás. Detrás de él Sherry estaba de pie con otra toalla, esperando.

Antes de que su padre se diera cuenta de que no estaba solo, Frankie le puso un trapo en la cara. Su padre comenzó a levantarse, pero la combinación de alcohol que había estado consumiendo y lo que quiera que Frankie hubiera puesto en el trapo debilitaba su respuesta. Dio tirones, luego se quedó quieto y cayó de lado, su cabeza colgando del brazo del sofá. Frankie tiró el trapo y estiró el brazo para tomar el que Sherry le entregaba.

Un sonido como de gimoteo se escapó de los labios de Ashley y sus rodillas amenazaron con ceder bajo ella mientras su madre aparecía desde una puerta lateral que llevaba a los baños del piso de abajo. Cerró fuerte los ojos en un fútil intento de bloquear las imágenes y evitar que las siguientes escenas se desarrollaran. No funcionó.

Su madre vio el cuerpo tendido de su marido y a la gente que estaba de pie junto a él y gritó. Se volvió para correr, pero Frankie la agarró y la levantó en el aire, sus patadas y gritos eran inútiles contra su fuerza. Él intentó cubrir su boca con el trapo, pero ella torció la cabeza y le arañó la cara.

Él la lanzó hacia abajo, su cuerpo aterrizando cerca del de su marido. Frankie agarró su cara y la abofeteó, la fuerza impulsando su cabeza hacia atrás. Ella se escabulló a cuatro patas, Frankie siguiéndola de cerca. La mano de ella se cerró alrededor la copa de champán que había sobre la mesa de café. Mientras Frankie la alcanzaba con el trapo en su mano, ella golpeó el cristal sobre la mesa, se giró y llevó el borde dentado hacia el rostro de Frankie.

Puntos negros aparecieron en la visión de Ashley, el olor acre a humo llegando hasta su nariz. Forcejeó por concentrarse en el presente, las paredes vacías, la alfombra marrón, el origen del humo. Nada funcionaba. Cerró los ojos y se hundió en el suelo.

Una visión más reciente apareció: Ron sonriendo, sus ojos brillando con amor; Ron limpiando sus pies lastimados; Ron sentado a su lado durante la hipnosis. Él la amaba y no querría que se rindiera.

Ashley se centró y encontró el equilibrio. La realidad cambió. La habitación desnuda apareció enfocada. El aire acre que bajaba a la deriva desde el piso superior era humo de verdad, no algo de su imaginación. Sus ojos picaban y su garganta cosquilleaba. Tosió. Otro sonido resonó, haciendo que su corazón saltara hacia su garganta. Se puso de pie y caminó más adentro en la habitación, buscando el origen. Unas piernas atadas sobresaliendo en el suelo por debajo del mostrador fue lo primero que captaron sus ojos. Era Nina, su boca, manos y piernas atadas con cinta de embalar.

Justo cuando Ashley se apresuró hacia delante, las llamas lamieron el escalón más alto. Saltaban y reptaban escaleras abajo. El humo se hizo más espeso.

Tosiendo corrió al lado de Nina, agarrando el extremo de la cinta de embalar que cubría la boca de la actriz y tirando fuerte. La mujer jadeó.

—¿Estás bien, Nina?

La actriz asintió.

—Debemos escondernos en el bar clandestino —dijo Ashley mientras liberaba los tobillos de Nina y la ayudaba a levantarse. Había sobrevivido al último fuego gracias a aquella habitación. Iban a sobrevivir a este también— . ¿Dónde está la puerta que lleva hacia allí? —preguntó jadeando.

Nina señaló a la pared del lado contrario de la habitación.

—Panel secreto. Por ahí.

—Ve. Yo tiraré de la alarma de incendios. —Ashley corrió hacia la pared al pie de las escaleras, alcanzó y agarró la barra central. Tiró de ella fuerte. El sonido ensordecedor de la alarma de incendios resonó en la casa vacía. Luchó contra el aturdimiento mientras corría hacia donde Nina estaba empujando una sección de la pared.

Ashley dio todo lo que pudo, con ataques de tos y mareos ralentizándola. Pero siguió empujando y empujando hasta que la pared cedió. Con un último tirón, consiguieron abrir un espacio lo suficientemente amplio para que una persona pudiera pasar. Empujó primero a Nina dentro y luego siguió, casi tropezando sobre la actriz que estaba doblada hacia abajo

tosiendo. Ashley empujó hasta que la pared se cerró de nuevo. Se hundió contra la puerta, el pecho le dolía, los ojos le quemaban y las lágrimas le caían por el rostro. Tomó bocanadas de aire. La peste a moho era una bendición después del humo acre. Y estaban a salvo por ahora. ¿Pero por cuánto tiempo?

No había tiempo de preocuparse por eso. Tocó la pared de cemento buscando un interruptor. No había ninguno y la pared estaba húmeda. Determinada a no caer presa del pánico, Ashley revolvió dentro de su bolso en busca de su teléfono. La llamada que había perdido era de Ron, pero no podía llamarle de vuelta porque no había señal. Las paredes de cemento de la habitación secreta la bloqueaban. Ashley levantó su teléfono y usó la luz de su pantalla LCD para orientarse.

Tal como Ron le había contado, la habitación era enorme y había pilas de cajas y cajones de madera por todas partes. Detrás de ella, Nina estaba inclinada hacia delante, las palmas sobre sus rodillas y su respiración superficial.

—¿Estás bien? —preguntó Ashley.

—Viviré, gracias a ti. Lo siento mucho por todo. La forma en que te traté y culpé por todo —gimoteó—. Ese hombre alardeó ante mí acerca de todo, de matar a tus padres y de destruir la reputación de mi marido. —Se le escapó un sollozo, que se convirtió en tos.

Ashley dudó antes de poner sus brazos alrededor de Nina. Cuando la mujer se colgó de ella, Ashley aguantó de su frágil cuerpo.

—No hablemos de eso ahora —dijo cuándo Nina dejó de toser—. Ron mencionó una salida secreta. ¿Sabes dónde está?

—Fue sellada hace mucho tiempo. —Otro absceso de tos la golpeó.

Ashley esperó a que pasara y luego situó lentamente a la actriz en el suelo, que por el brillo de su teléfono, estaba mojado y sucio. Juraría que oyó algo corriendo en la oscuridad. Pero la suciedad y las ratas eran el menor de sus problemas. Tenía que encontrar la puerta sellada. Las patas rotas de taburetes y sillas que se extendían alrededor podían ser herramientas perfectas para aflojar los ladrillos.

—Quédate aquí mientras la encuentro —le dijo a Nina.

Nina se colgó de su mano.

—No, no me dejes. Por favor. —Hablaba en una voz ronca y superficial que estaba empezando a preocupar a Ashley.

Ayudó a Nina a ponerse de pie y levantó el teléfono para iluminar su camino.

—Entonces permaneceremos juntas.

El pavor trepaba a través de Ron cuando se acercó a la casa y vio el humo. Estaba fuera del todoterreno y corriendo antes de que el conductor se detuviera. Las llamas hambrientas iluminaban las ventanas y el humo subía en espiral desde los respiraderos del tejado. Podría oír camiones de bomberos mezclados con la alarma de la casa mientras corría pasando de largo el auto de Ashley y el Camry que su madre había tomado prestado. No redujo la velocidad mientras se quitaba la chaqueta y la agarraba con una mano. Tropezó sobre un bate de béisbol y casi cae de bruces en los escalones.

Su entrenamiento como bombero, cada protocolo inculcado, fue olvidado mientras abría la puerta de golpe y entraba al recibidor. El humo hizo que le picasen los ojos. Su garganta se cerró y sus pulmones protestaban con cada inhalación. El crepitar y siseo provenía de la gran escalera y la mayor parte del piso de arriba, pero el humo era demasiado denso para ver donde se concentraban las llamas.

Controla el pánico. Céntrate en la tarea. Fallar no es una opción. Corto de aliento y mareado por el miedo, se agacho y corrió hacia el baño de la planta baja, que estaba lejos de las escaleras. Abrió el grifo y empapó su chaqueta, mojando su ropa, cara y pelo.

La sangre palpitaba en sus oídos, el sudor caía por su frente y podría jurar que las paredes se cerraban sobre él. Instó a su vacilante corazón a ralentizarse mientras corría saliendo del baño con la chaqueta empapada sobre su cabeza y hombros. Usó la parte inferior de la chaqueta para cubrir su boca y nariz. Sonidos del exterior indicaban que los bomberos habían llegado, pero siguió avanzando hacia la puerta del sótano. Ashley había dicho que Frankie estaba reteniendo a su madre en el piso de abajo, así que era el lugar más probable para encontrarlas a ambas.

Tanteó el pomo de la puerta del sótano, su mano cubierta con la chaqueta mojada. Sintió el calor, dio un paso atrás y dio una patada. El fuego saltó

hacia él cuando la puerta se abrió. Bloqueó su cara con su brazo derecho y retrocedió tambaleándose.

Alguien lanzó algo sobre su brazo y lo empujó hacia la puerta principal. Apenas podía ver al bombero a través de sus ojos doloridos. En la puerta el hombre gritó.

—Haz que los paramédicos le echen un vistazo a ese brazo, Noble. Sabemos que hay dos personas atrapadas en el sótano. Las sacaremos.

—No, no lo haréis. Tenemos que usar los túneles. —Ron bajó los escalones tambaleándose y con los ojos ardiendo. No podrían llegar al sótano a través de ese fuego. Los bastardos debían haber usado acelerantes.

Alguien gritó su nombre, pero ya estaba corriendo hacia la puerta. Se abrió camino a través del equipo que se encargaba de las mangueras, los camiones en la línea de fuego, la ambulancia y los autos de policía, todo era una mancha de colores. De nuevo oyó su nombre. No se detuvo mientras se llevaba el teléfono a la oreja e intentaba llamar a Ashley, otra vez. Algo frío le golpeó por dentro cuando le salió el buzón de voz. Estaban atrapadas ahí abajo, tan cerca y tan lejos de su alcance.

Alguien le agarró del brazo. Se giró en redondo solo para tener su puño cerrado y apretado. Miró fijamente el rostro de su amigo.

—¿Qué coño estás haciendo, Kenny?

—Estoy intentando captar tu atención, amigo. ¿Están bien Ashley y tu madre? —preguntó Kenny. Tras él estaba el primo de Ashley, Eddie, con expresión furiosa.

—¿Los bomberos las han sacado?

—No, pero yo lo haré a través del túnel. Necesitamos hachas. Conseguid alguna de los bomberos. —Continuó hacia la carretera sin comprobar si los otros dos hombres lo seguían. Que el Club Carlyle tenía un bar clandestino en su sótano durante la prohibición[1] era un secreto que su familia había

[1] **N. de Tr:** Se refiere a la llamada **Ley Seca** de EEUU, una controvertida medida que han aplicado ciertos Estados durante la historia, consistente en la ilegalización de la fabricación, transporte, importación, exportación y la venta de alcohol. La prohibición más famosa es la que abarcó desde 1919 hasta 1933 que dio lugar a bares clandestinos y contrabando de alcohol, provocando un auge del crimen organizado.

guardado durante casi un siglo, pero ahora mismo no le importaba si el mundo entero lo sabía.

Ron se detuvo y se agachó para tirar de una tapa de alcantarilla y deslizarla hacia fuera. Alguien le ayudó, Kenny o el primo de Ashley, no podía decirlo. Estaba acelerado por la adrenalina ahora y los sonidos a su alrededor se reducían a susurros y palabras sin significado. No sabía cómo había bajado la escalera pero una vez que llegó a la base, mitad corría y mitad vadeaba a través de la turbia agua del desagüe, sonidos de chapoteo resonaban a través de las interminables paredes circulares. La diminuta luz de neón unida a sus llaves resultó ser útil. Giró a la izquierda, luego a la derecha y llegó al túnel seco que él y Kenny habían visitado hacia unos días.

—¡Deténgase, Sr. Noble!

Ron oyó la orden pero siguió avanzando. Unas manos intentaban agarrar su brazo, pero se las quitó de encima. Podía ver la entrada sellada a tan solo unos pasos. La mujer que amaba y su madre estaban al otro lado y nada iba a evitar que las alcanzara. Alguien agarró sus hombros y lo clavó contra la pared. No se molestó en forcejear cuando vio los rostros de dos bomberos con su equipo completo y hachas con cabeza de pico aferradas en sus manos.

—Nosotros nos encargamos desde aquí, señor. El detective Fitzgerald nos ha explicado la situación. ¿Esa es la entrada? —señaló el hombre con su hacha hacia el final del túnel donde unos tablones cruzaban la pared rectangular.

Ron asintió.

—Quiero ayudar.

—No con ese brazo. Los paramédicos tienen que echarle un vistazo. No se preocupe, las sacaremos. Lo prometo.

Ron bajó la mirada a su brazo izquierdo. Su piel estaba roja y llena de ampollas, un leve palpitar haciéndose notar. ¿Cuándo se había quemado? No importaba. Su brazo podía esperar. Se negaba a dejar los túneles sin Ashley.

Los bomberos gritaron su nombre y luego el de su madre. Ron se acercó más e inclinó la cabeza para escuchar, pero no oyó una respuesta al otro lado de la pared. ¿Y si estaban inconscientes por la inhalación de humo? La

idea envió una nueva dosis de pánico a través de él. El frío ya habría trepado bajo su piel hacía tiempo, haciéndole sentir como un muerto viviente. Le dolían los ojos mientras forcejeaba por ver a través de los ladrillos que los dos hombres estaban aflojando. El primer ladrillo dejó la pared y una fina línea de humo siguió, confirmando los peores temores de Ron. El humo estaba dentro del bar clandestino.

Se acercó más mientras los hombres dirigían sus linternas hacia la apertura y llamaban:

—¿Ashley? ¿Nina?

—Estamos aquí.

La voz de Ashley, ronca y débil, era el sonido más dulce que Ron hubiera escuchado jamás. Quería gritar su nombre, asegurarle que todo iría bien.

—¿Estás bien, Ashley? —preguntó uno de los bomberos, con las hachas picando los bordes de los ladrillos y los golpeteos de los trozos que caían resonando a través de los túneles.

—Sí.

—¿Y Nina?

—Está inconsciente.

Ron no podía ver a través del agujero que se agrandaba, pero seguía su conversación con su corazón palpitante relajándose por el alivio.

—Puedo verlas —dijo uno de los bomberos al otro—. Vamos a derribar la pared, Ashley. ¿Puedes tirar de Nina y alejarla de la pared? Pon tus brazos bajo los de ella con su espalda contra tu pecho. Sí, justo así. Ahora tira. Buen trabajo. Es lo suficientemente lejos.

Segundos más tarde, los hombres golpearon y patearon y la pared se derrumbó. Ron se acercó mientras los hombres desaparecían dentro.

Estaba casi en la entrada cuando el primer bombero salió con su madre acunada en sus brazos. Los ojos de Ron buscaban su rostro. Parecía tan pálida y lánguida.

—¿Está bien?

—Estará bien una vez que le limpien los pulmones —dijo el bombero que la cargaba mientras caminaba pasando junto a Ron—. Su respiración es fuerte.

El segundo bombero apareció con Ashley en sus brazos. El alivio que inundó a Ron le dejó mareado. Sus miradas conectaron. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas. La emoción lo ahogó.

—Ron —susurró ella con voz ronca.

—Estoy aquí, cariño. No hables. ¿Puedo cargar con ella, por favor? —Ron la agarró en sus brazos, hundiendo su cara en su cuello y abrazándola fuerte—. Estás bien. Gracias a Dios, estás bien.

—Debo decirte algo —susurró—. Tu padre... —Un ataque de tos sacudió su cuerpo.

—No hables ahora. Lo que mi padre hiciera o no, no importa. Ya no. Te amo.

—Yo también te amo. Pero debemos hablar.

—Ahora no. Luego. —Una mano aterrizó en el hombro de Ron. Era el otro bombero—. Lo sé. La llevaré arriba. —Apretando más su agarre alrededor de Ashley, Ron cargó con ella hacia los túneles del alcantarillado. Sus pies eran mucho más ligeros, el calor se filtraba de nuevo por su cuerpo a pesar del agua helada que estaba vadeando.

Varias horas más tarde, después de pruebas, análisis de sangre e incluso Terapia con Oxígeno Hiperbárico[2] para el envenenamiento por monóxido de carbono, Ashley estaba de nuevo en su habitación del hospital privado, donde estaría ingresada durante la noche para mantenerla en observación.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Ron mientras entraba en la habitación y ella jadeó. Su brazo derecho estaba vendado.

—Oh, cariño —susurró ella. Ver por fin su adorada cara, saber que estaba teniendo una segunda oportunidad con su hermoso y maravilloso hombre,

[2] **La Terapia con Oxígeno Hiperbárico**, también llamada Medicina hiperbárica u Oxigenoterapia Hiperbárica (OHB), es el uso médico del oxígeno a presiones por encima de la presión atmosférica usando para ello un habitáculo especial llamado cámara hiperbárica. Incrementa la capacidad de transporte de oxígeno de la sangre, por lo que se usa entre otros casos, en la intoxicación por inhalación del monóxido de carbono.

exprimió su corazón. Se esforzó por incorporarse y dio palmadas en el borde de la cama. Cuando él se sentó a su lado, ella tocó su brazo vendado. No le importaba que las lágrimas cayeran por su cara o que sus manos temblaran—. ¿Cómo de mal está?

—Quemaduras de primer grado, nada serio.

Su mirada cambió de su brazo a su rostro. Él mostraba su adorable sonrisa peculiar.

—Te amo, Ronald Noble. Siento mucho que casi no lo te lo dijera. —Su voz se quebró.

—Se acabó —murmuró con voz ronca. Luego sus labios conectaron con los de ella.

Ella se aferró a su cabeza y dejó que el calmara sus sentidos. Quería perderse en él, pegarse a su lado y nunca más marcharse. El humo permanecía en su camisa y su pelo pero no le importaba. Este era su hombre, el amor de su vida. Cuando ella y Nina habían estado atrapadas en esa habitación sucia, Ashley se había llamado a si misma cada insulto en el que podía pensar. Pensó que iba a morir sin haberle dicho nunca a Ron que lo amaba, sin disculparse por reírse en su cara cuando él profesó su amor por ella y sin contarle la verdad acerca de su padre. Más lágrimas corrieron por sus mejillas y alcanzaron sus bocas unidas.

Ron se separó lentamente del beso y barrió una lágrima de su mejilla.

—No llores, nena. Vine aquí a decirte lo mucho que te amo, no para hacerte llorar.

—Son lágrimas de alegría. Tenemos tanto de lo que hablar.

—¿Puede esperar? Ahora mismo sólo quiero abrazarte. —Tiró de ella hacia sus brazos y se deslizó a su lado. Por un momento se acurrucaron, la mejilla de él presionada contra la cabeza de ella, los corazones latiendo al unísono, la respiración sincronizada—. ¿Cómo te sientes? —preguntó él.

—Mejor ahora. Cuando estábamos allí atrapadas, todo en lo que podía pensar era en ti y en cuántas cosas tenía que contarte.

Él colocó un dedo sobre sus labios.

—Shh. Yo primero. Debí ser honesto contigo desde el momento en que entré en tu casa hace semanas. Prometo que nunca te ocultaré cosas de nuevo, no importa lo dolorosas que sean.

—Gracias. Y disculpas aceptadas. —Ella se movió de forma que podía ver su cara— ¿Cómo está tu madre?

—Está un poco débil ahora, pero estará bien. Físicamente, quiero decir. Emocionalmente no lo sé. Va a llevarle un tiempo procesar todo. Ahora mismo cree que ella es la responsable por empujar a Doyle al límite. No deja de murmura algo acerca de estar aterrada y no mantenerse a su lado cuando él era joven.

Ashley frunció el ceño.

—¿Lo conocía cuando eran jóvenes?

—Él trabajaba de jardinero para mi familia, lo que explicaría su obsesión con la Casa Carlyle. Afortunadamente perderá el interés ahora que está quemada hasta los cimientos.

Al fin. Inmediatamente se sintió mal.

—Tu madre debe estar devastada.

—No lo sé. No quiere discutir sobre eso. —Ron le apartó mechones de su pelo de la cara y se los metió tras la oreja, con una sonrisa confusa en los labios—. Pero fue muy clara cuando me echó fuera y me ordenó que viniera a verte. Te la has ganado, cariño.

—Lo hizo la verdad, no yo. —Agarró su mano para conseguir su atención—. Quiero que me escuches, Ron. Sin interrupción —añadió cuando él abrió la boca.

—De acuerdo.

Ella habló sobre todo lo que había sucedido en la Casa Carlyle, sus recuerdos recuperados, las cosas que Vaughn y Frankie revelaron. Cuando terminó, él suspiró, su agarre fuerte alrededor de ella. Se echó hacia atrás para verle la cara. Sus ojos estaban brillantes, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—¿No dices nada? —Ashley acunó su mejilla.

Ron cubrió su mano con la suya, se apoyó contra la almohada y cerró los ojos, su respiración irregular mientras luchaba por recuperar el control.

—Siempre supe que había una explicación a los rumores. Mi padre era… —Su voz se quebró.

Esta vez ella no presionó en busca de respuestas, simplemente lo abrazó y ofreció consuelo. Las lágrimas llenaban de nuevo sus ojos y rodaban por sus mejillas mientras los temblores sacudían su cuerpo.

Pasó un rato antes de que él se aclarara la garganta y continuara.

—Era un buen hombre.

Ashley le dio un apretón a su mano. Podía ver que él quería decir más.

—Háblame de él.

—Era un hombre de principios, trabajador y honesto, muy cariñoso. Nunca olvidó de dónde venía. Incluso aunque dirigiera la marca Neumann aquí en Los Ángeles, siempre hacía trabajo voluntario como bombero. —Rememoró su infancia, lo bueno y lo malo—. Mamá estará feliz de saber la verdad al fin.

—La sabe. Hablamos mientras intentábamos salir de aquella habitación.

Él sonrió.

—Eso explica mucho. Creo que le debo a Vaughn más que una disculpa.

—Y dile que su madre está viva. —Se incorporó—. Oh, Ron. Tenemos que informar a la policía que Frankie planea ir a México y matarla también.

—No a menos que escape de la custodia policial. Eddie me dijo que ya lo recogieron a él y a los Doyle. Les van a aplicar todo el rigor de la ley: intento de asesinato, secuestro, destrucción de propiedad privada. Deja que la policía averigüe quién hizo qué, pero le haré saber a Eddie acerca de Vaughn. Ya habló con la comisaría local para que pospongan hablar contigo y con mamá hasta mañana.

—Eso es un alivio.

Ron la besó en la sien.

—También quiere que te diga que su familia está de camino.

Ashley gruñó.

—Oh, y Matt llamó mientras estabas aquí con el doctor —añadió.

Se le cayó el corazón.

—Tío Jerry…

—Recuperó la consciencia —le aseguró Ron—. Los doctores creen que lo superará. Necesitará mucha terapia, pero estará bien.

—Esas son grandes noticias. —Ashley se deslizó de nuevo sobre la almohada y suspiró—. Hay algo que debes de saber acerca de mi familia. Una vez que estén aquí, no tendremos oportunidad de estar solos.

—Entonces hazme un favor, Ashley Fitzgerald. —Sus ojos eran totalmente serios.

—Hecho.

Él levantó una ceja.

—Aún no lo has oído.

Ella le dio un beso en los labios.

—No tengo que hacerlo. Te amo y me amas. Lo que quiera que sea, seré feliz de hacerlo.

—Me gusta esta nueva tú. No, la amo, lo que quiere decir que tengo que ceñirme a mi plan original —añadió y se asentó de nuevo junto a ella contra la almohada.

Ashley buscó su rostro.

—¿Qué plan?

—Demasiado curiosa para pasar, ¿eh? Lo sabía. —Sonrió cuando ella entrecerró los ojos—. Había planeado encerrarte bajo llave en mi dormitorio, atarte a mi cama… —Contoneó sus cejas—, hacerte el amor hasta que admitas que me amas, me necesitas y que posiblemente no seas capaz de contemplar la vida sin mí.

Ella ya no estaba sonriendo para cuando él terminó de hablar. Su mirada acarició cada rasgo de su cara.

—Te amo, Ron. Te necesito. No tenía ni idea de cuánto hasta hoy. Si no hubieras aparecido…

—Aun así lo habrías conseguido. Eres fuerte e ingeniosa.

Ashley le cubrió los labios con su dedo.

—Shh, todavía no he terminado. No quiero decir aparecido como lo hiciste en el bar clandestino. Antes de eso. Me había rendido, Ron. Los recuerdos venían en ráfagas y eran demasiado dolorosos y abrumadores. Quería rendirme y morir en la misma habitación en que habían muerto mis padres. Entonces apareciste. —Él frunció el ceño, sus ojos confusos—. Sí, tú. Fue tu cara la que vi cuando estaba en mi peor momento, tu sonrisa. Tu fuerza me dio el empujón para sobrevivir. —Su voz ser rompió y las lágrimas llenaron sus ojos—. Si quieres que estemos juntos, durante el tiempo que sea…

El atacó sus labios con los suyos e interrumpió sus palabras. Demasiado pronto él levantó la cabeza, dejándola jadeando.

—¿Sí? Nunca ha habido una duda de "sí" contigo, cariño. Desde el primer momento en que te vi, supe que eras mía. Y en cuanto al tiempo, ¿cómo te suena para siempre? No puedo sobrevivir a algo como esto de nuevo.

Su corazón temblaba y la felicidad burbujeaba dentro de ella.

—Yo tampoco. ¿Cuál es el favor que querías pedirme?

—Que aceptes casarte conmigo y hacerme el hombre vivo más feliz.

La dejó sin aliento, tal y como había hecho cada vez desde que se habían conocido. No había esperado que él se lo propusiera, ofreciéndole lo que necesitaba: él.

—A menos que creas que debo hablar con tu familia primero, luego conseguir un anillo y ponerme de rodillas —añadió él, malinterpretando su silencio.

Ella se apoyó contra su hombre y susurró.

—Un anillo estaría bien, y sí, tía Estelle esperará que se lo pidas oficialmente porque ha sido como una madre para mí. Lex querrá hacer una investigación de antecedentes sobre ti porque odia las sorpresas. Los gemelos, Chase y Baron, a los que ya conoces, seguramente te llevarán a su club de boxeo

para uno o dos rounds antes de que decidan si vales la pena. —Lo miró a los ojos—. Los mataré si se atreven. Jade y Faith te amarán porque me amas. Y mis otras tías y tíos… —Se rio ante su expresión horrorizada—. No te preocupes. No son tan malos una vez que llegas a conocerlos.

—¿Ashley? —gruñó él.

—Sí, Ronald. Si aún me quieres, me casaré contigo.

Él sonrió y bajó la cabeza para susurrar.

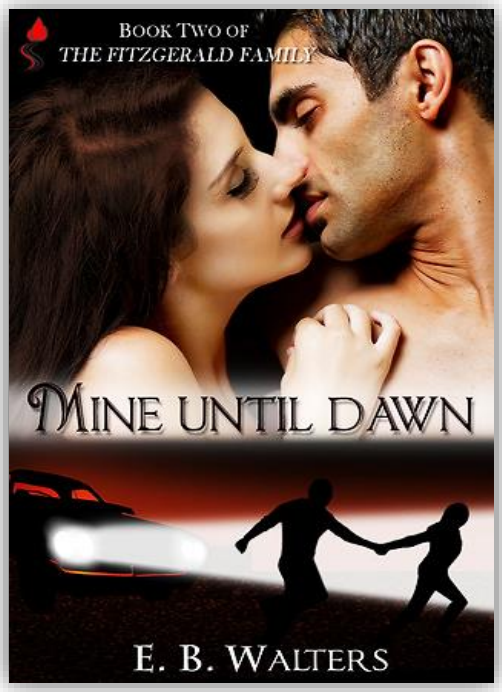
—Siempre te querré, cariño. Y si tu familia no me aprueba, promete fugarte conmigo y tener una docena de niños para que no tengan más opción que aceptar…

Riendo, ella lo agarró por la nuca y lo besó. Estaban todavía aferrados uno en los brazos del otro cuando los Fitzgerald entraron en tropel en la habitación.

Fin

Próximo libro

Mine Until Dawn



Está armada con una nueva actitud y un armario patea culos… durante veintiocho años, la historiadora de arte Jade Fitzgerald ha tenido un matrimonio del infierno y un divorcio igualmente desagradable, trabajando duro para controlar su peso y su arritmia. Lo último que necesita es otro hombre jugando con su cabeza o haciéndole perder el curso de sus latidos. Eso es exactamente lo que se propone cuando un distante y misterioso extraño irrumpe en su vida. Es cínico y no le importa nadie… El ex periodista de investigación Vince Knight está en una búsqueda para recuperar un antiguo artefacto maya que no tiene precio, el cual cree que la madre de Jade robó. Él es experto en la recopilación de información sin dejar de ser emocionalmente distante, hasta que conoce a Jade. La voluptuosa mujer despierta en él un hambre que no ha sentido en mucho tiempo y una actitud protectora que no puede explicar. Hasta que, un loco decide añadir a Jade a su colección de cosas raras y hermosas… Ni Vince ni Jade esperan que la pasión estalle tan rápido y tan peligrosa para esquivar sus pasos. Para derrotar a un coleccionista de arte implacable con una agenda, Jade y Vince deben aprender a confiar en los demás y aceptar sus crecientes sentimientos.

Adelanto del segundo libro

Capítulo 1

Un susurro de tela hizo que la cabeza de Jade girara de pronto hacia la puerta de entrada. Parpadeo e inhalo bruscamente. No quería mirar fijamente pero no pudo evitarlo. Un hombre llenaba literalmente la entrada, aunque sus ojos captaron toda su atención. Gris acerado. Intensos. Evocadores de una pantera al acecho.

Arrastró su mirada apartándola de la de él y le echo una ojeada a su gran complexión. Pecho amplio, hombros anchos, polo negro bajo una cazadora de piel y unos vaqueros negros desgastados. Un cuerpo construido para el pecado.

—Creo que tenemos una cita, Profesora Fitzgerald.

Las palabras salieron rodando de sus labios esculpidos y ella espió un atisbo de un hoyuelo sobre una delgada mejilla antes de que desapareciera. Agradable.

La mirada de Jade conectó con sus ojos entrecerrados y se dio cuenta de que estaba esperando una respuesta.

—Vince Knight, ¿verdad? —Su voz salió sin aliento. Se sonrojó cuando sus cejas se levantaron. Por supuesto que era Vince Knight. Había oído su mensaje de voz varias veces hoy y ayer. Tan solo su pecadora y sexy voz, profunda y ronca, era inolvidable. Traía a la mente sábanas de seda, extremidades entrelazadas y cuerpos sudorosos.

—Pase, por favor. —Salió de la esquina de su escritorio, donde había apoyado su trasero. *Deja de tener una mente sucia mientras estás en ello.* Le indicó la silla frente a la de ella—. Tome asiento.

—Gracias.

De acuerdo, así que él era más de un metro ochenta de material masculino de poster y ella no había tenido sexo en un… ¿año? No, año y medio si

contaba los seis meses que su pobre excusa de marido bueno para nada, ahora su ex, había estado ocupado haciéndose cargo de las necesidades de su secretaria antes de que de las de ella, su mujer. Aun así, esa no era excusa para babear sobre Vince, que había entrado en su oficina empequeñeciéndola con su mera presencia. Exudaba un poder puro tan abrumador que Jade decidió poner algo de distancia entre ellos. Desafortunadamente, él escogió ese momento para pasar su mirada de acero sobre su arrugada falda campestre gris y blanca, de inspiración bohemia. Jade se avergonzó. Si hubiera sabido que él estaba tan bueno se habría puesto uno de sus trajes nuevos y unos tacos, no su falda de trabajo de campo y zapatos planos.

Aun así, su temperatura se disparó y su sujetador se sentía demasiado ceñido. Se volvió consciente de su estatura más baja, lo que era ridículo. Con un metro sesenta y ocho, curvilínea y con partes de su cuerpo negándose a ser tonificadas, no era pequeña. Cuando la mirada de él se detuvo sobre la piel desnuda visible bajo el cuello de su camisa negra, Jade supo que estaba a punto de derretirse.

Recobra la compostura antes de que te de una arritmia. Su mente y su cuerpo batallaban. Su mente, como siempre, ganó. Jade respiró hondo, contuvo el aliento y exhaló lentamente.

Hizo su camino tras el escritorio, se sentó y cruzó las piernas. El impresionante pedazo de hombre permaneció de pie, su mirada fija en ella como un misil termodirigido. ¿A qué estaba esperando? ¿Y por qué no podía dejar de mirarla?

—¿Tiene usted, uh, algún problema con sentarse o se trata de la silla? —La mirada de ella se desvió hacia el reloj de su escritorio y luego volvió a él. Sonrió para suavizar sus palabras—. Tiene cinco minutos, luego tengo que irme. Hay un aula llena de estudiantes de historia del arte esperando por mí al final del pasillo.

Un atisbo de sonrisa destelló en los ojos de él mientras retiraba la silla y se sentaba.

—No has cambiado ni un poquito, Jade Fitzgerald.

Jade frunció el ceño. ¿Qué quería decir con eso?

—¿Nos hemos conocido antes?

—No me reconoces —dijo él sin inflexión en su voz, así que ella no podía decir si era porque estaba complacido o decepcionado.

Jade ladeó su cabeza y contempló sus rasgos. Arrogantes cejas arqueadas, nariz marcada y pómulos cincelados que creaban una cara tan llena de pura determinación que hipnotizaba. Su cabello negro estaba cortado corto, como para domarlo, pero el corte no ocultaba las ondas desafiantes en la base de su cuello. Sus ojos, y los hoyuelos que suavizaban el austero rostro eran familiares.

Un recuerdo impreciso la provocó y luego desapareció.

—Sé que debería porque me resultas familiar. ¿Nos conocimos en una de las fiestas de mi madre?

—No. Fuimos al mismo instituto.

Oh no, su peor pesadilla no.

—Instituto. Eso fue hace eones. —Su tono salió frío.

Vince asintió.

—Lo sé. Estuve ahí por un corto periodo de tiempo, así que estoy seguro de que no dejé una impresión duradera.

Un recuerdo acarició su mente otra vez. Lucho por agarrarlo mientras lo estudiaba. Su rostro y su intensidad le recordaban a... ¿quién?

—Estoy segura de que ese no es el caso. Simplemente soy terrible con las caras.

Incluso mientras hablaba, una imagen se estableció. ¿No podía ser posible que fuera Vinny? El rumor de entonces era que había venido directo del reformatorio al instituto. Después de que desapareciera, todo el mundo asumió que había vuelto derecho al correccional. Su actitud de tipo duro lo hacía un imán para las chicas. Tres meses fue todo el tiempo que pasó en su instituto y se anotó un tanto con la mitad de la plantilla de animadoras. Podía haber sido un rumor, pero hacía de él un rebelde que cada chico guiado por sus hormonas en el instituto quería emular.

¿Cómo podía haberlo olvidado? ¿Y cómo podía él recordarla? Sus caminos tropezaron una vez, un momento humillante que trató de borrar de su archivo mental. Incluso peor, nunca consiguió dejar de tener enredadas

fantasías sobre él, envidiando a las chicas que supuestamente seducía en el asiento trasero de su Trans Am negro[1]. Entonces también había el jugoso rumor acerca del tamaño de su…

El calor se extendió por el cuello de Jade. Trató de cubrirlo con una sonrisa.

—Te recuerdo, Vince. Eras algo fuera de lo común en el instituto. ¿Qué sucedió? Simplemente desapareciste después de unos pocos meses.

Vince se encogió de hombros—. Necesitaba un cambio.

Y menudo cambio. El joven rebelde era ahora un hombre con amplios músculos, un rostro de abruptos ángulos y planos. Su vieja sonrisa engreída, que incitaba a oscuros secretos, estaba ausente, pero sus ojos tenían el poder de darle un tirón a un corazón y atravesar un alma.

—¿Y qué puedo hacer por ti?

Vince se inclinó hacia delante—. Necesito cierta información.

—Oh. —Lo estudió, pero el hombre tenía cara de póker—. ¿Sobre qué?

—Quién —corrigió él—. Estelle Fitzgerald.

Jade se puso rígida.

—¿Mi madre? ¿Es ella la breve consulta que mencionabas en tu mensaje?

—Sí. He estado tratando de localizarla. Le dejé numerosos mensajes de voz, pero no ha devuelto ninguno de ellos. Esperaba que me ayudaras.

Jace abrió la boca para responder, pero se mordió la lengua.

—¿De qué trata esto?

—Nada serio —dijo él.

Su estómago se ahuecó, la misma sensación de encogimiento de estómago que había tenido la primera y segunda vez que alguien le había preguntado por el paradero de su madre.

—¿Por qué me buscarías si no fuera serio?

---

[1] **Trans Am:** Se refiera a un **Pointiac Firebird Trans Am**, un automóvil deportivo de fabricación estadounidense. Esta versión del Firebird se creó especialmente para participar en el campeonato automovilístico Trans Am en los años 60 y 70.

Su ceja se disparó hacia arriba ante su tono de terciopelo sobre acero.

—Necesito su aporte acerca de algo. ¿Puedes decirme dónde está y cómo puedo contactarla?

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué no? —Sus ojos se entrecerraron.

Esos ojos y esa expresión despiadadamente controlada pertenecían a un tipo de hombre peligroso, un hombre impredecible. A ella no le iba lo impredecible.

—Porque tú eres la tercera persona que me pregunta por ella en las últimas dos semanas.

Vince cambió de posición, el talón de sus manos viniendo a descansar sobre su escritorio.

—¿Quiénes eran los otros dos? ¿Qué querían?

—¿Por qué quieres saberlo? —disparó ella en respuesta, luchando contra la urgencia de inclinarse hacia delante—. Puede que sólo sea su hija, pero estoy cansada de que todo el mundo sea vago acerca de por qué quiere verla.

—Mira, Jade…

—No, mira tú. —Se inclinó hacia delante—. No voy a decirte nada a menos que seas claro conmigo. Y cuantas más evasivas des, más convencida voy a estar de que tengo todo el derecho a saber lo que está pasando. —Él la miró amenazadoramente y un ápice de aprensión se disparó a través de su espina dorsal. El hombre era intimidante cuando se irritaba, pero ella no iba a dar marcha atrás. Levantó la barbilla—. Así pues, ¿por qué estás buscando a mi madre?

Él lanzó una mirada impaciente a su reloj de pulsera.

—No tienes tiempo para explicaciones extensas.

—Hazlo breve. Estoy segura de que puedo llegar al punto esencial de…

—Discúlpeme, Profesora J. —interrumpió una voz.

Jade ahogó un gruñido y miró hacia la puerta donde un hombre joven permanecía de pie. Shaun Holton, su estudiante de postgrado.

—¿Sí, Shaun?

—Siento interrumpir, pero los estudiantes se están poniendo nerviosos. ¿Quiere que cancele la clase?

Necesitaba saber por qué Vince quería ver a su madre, especialmente desde que el comportamiento de Estelle había sido tan peculiar antes de irse a su viaje.

—No. Sólo un segundo. —Se puso en pie para dar a Shaun las fotocopias de las notas de revisión—. Distribuye esto en clase por mí. Hazles saber que estoy de camino. —Mientras el estudiante de postgrado se marchaba, Jade se volvió para encontrarse a Vince de pie. ¿El hombre sonreía alguna vez? No decía mucho y usaba movimientos con economía, pero tenía una presencia que era tangible—. Realmente necesito saber qué está pasando.

Vince la estudió durante unos pocos segundos como si estuviera ponderando sus opciones, antes de asentir.

—Un artefacto importante ha desaparecido y tu madre podría saber algo al respecto.

—¿Qué quieres decir con “podría saber algo al respecto”?

—Podría estar en su posesión.

¿Podía ser más impreciso?

—Mi madre es una ávida coleccionista de antigüedades. Si lo tiene, es porque le ha sido dado.

—No cuando el dueño ha reportado su desaparición.

Jade parpadeó en confusión, luego su mandíbula cayó mientras la implicación se asentaba.

—Si estás implicando que mi madre lo cogió… —Una sarcástica risita nerviosa se le escapó—, entonces estás equivocado.

—Yo no cometo errores.

Sus ojos se abrieron.

—Eso es muy arrogante.

—Sólo estoy constatando un hecho. En cuanto a tu madre…

—Aminora, Vince. ¿Sabes quién es mi madre? —Eso sonó pomposo y ella era alguien que nunca alardeaba de la fortuna o conexiones de su familia, pero algo en la actitud de Vince la irritaba—. ¿Sabes algo acerca de mi familia?

—A decir verdad, sí. —Pero no estoy impresionado, parecía decir su voz.

—Entonces será mejor que tengas los hechos claros, porque nuestros abogados te arrastraran al tribunal y te demandarán por difamación tan rápido que desearías no haber caminado nunca por esa puerta. ¿Acusar a mi madre de robo? —Se le escapó una risilla—. Por favor, vete. —Se estiró para tomar su portátil y sus notas.

—No he hecho ninguna acusación… aún. —La cabeza de Jade se levantó de una sacudida ante su voz calmada. Él no se había movido ni un centímetro y algo caliente destelló en sus ojos—. ¿Y quién dice que no tiene fundamento?

Con los ojos entrecerrados, Jade agarró con fuerza su portátil contra su pecho y empezó a rodear el escritorio. Quería echarlo fuera. Después de unos pocos pasos, se detuvo, con su corazón martilleando y su respiración rápida. ¿Y ahora qué? La actitud de tipo duro de Vince Knight podía ser irritante, pero el hombre era demasiado enorme y duro como una roca como para ser echado de ninguna parte.

—Quiero que te vayas —dijo ella con firmeza.

—No puedo. No sin conseguir aquello por lo que vine.

—No me importa. —Respiró hondo, queriendo insultarlo—. Si no estás fuera de mi despacho en cinco segundos, voy a llamar a la seguridad del campus. —Les llevaría al menos cinco minutos llegar aquí, si tenía suerte. Saber lo indefensa que estaba sólo sumaba más a su ira—. Y si fuera tú, vigilaría lo que digo y a quién…

—Pero tú no eres yo, ¿verdad, profesora? —Interrumpió Vince, cabreado consigo mismo por dejar que ella consiguiera molestarlo. No se trataba, ni por un poco, de su familia y abogados o de la seguridad del campus lo que lo exasperaba. Era ella. ¿Qué había ocurrido con la dulce niña tímida del instituto? Esta tigresa hacía que su culo, hastiado de la vida, perdiera el equilibrio.

Todo en esta mujer estaba diseñado para sacudir el sistema de un hombre. Su voz, baja y ronca, tenía el poder de hacer que su vello se erizase y sus intestinos se contrajesen. Su esencia de sirena, sutil pero sensual, era una mezcla de algo exótico y florar. Cada vez que inhalaba, le daba un puñetazo a sus defensas con la precisión de un francotirador.

Le lanzó una mirada y la atrapó con ojos llameantes. Pensó que tenía toda la situación bien planeada. Encontrarse con Jade, conseguir la información, marcharse. Exponer que su madre tenía el artefacto desaparecido fue un error estúpido. En su línea de negocio, no podía permitirse cometer errores estúpidos.

No, error. No podía permitírselos cuando solía ser un periodista de investigación. Había cerrado de un porrazo la puerta a esa vida.

No más entrevistas a testigos reacios, rebuscar en la basura y perseguir escoria, o eso había pensado. Una llamada de su tía y una petición de ayuda cambiaron todo eso. Por ella, el único pariente de sangre que alguna vez se había preocupado por lo que había sido de él, él dejó todo y tomó el primer vuelo de Seattle a Los Ángeles. Lidiar con Jade Fitzgerald no era parte del plan. Era una distracción que no necesitaba.

Pero él sabía lo que tenía que hacer. Lidia con ello. Continúa sin involucrarte. Sigue adelante.

—¿Qué va a ser, Vince? —preguntó ella, interrumpiendo sus pensamientos, retándole con los ojos.

Aparte de retenerla en su despacho hasta que consiguiera lo que quería, no tenía más opción que ceder. Apretando los dientes, Vince salió de su despacho y se volvió para observarla. Sus andares seductores meneando las caderas enviaron calor directo a su entrepierna. Apartó la mirada de su cuerpo.

—No me voy a ir a ninguna parte sin saber el paradero de tu madre, Jude.

—¿De verdad? —Ella sacudió su abundante cabello caoba y le lanzó una mirada de desdén, con ojos destellantes—. ¿Cómo propones conseguir esa información? ¿Y qué eres tú, de todas formas? ¿Un policía? ¿Un detective privado? —Sin esperar una respuesta le dio la espalda y cerró con llave la puerta de su despacho. Cuando empezó a caminar por el pasillo, él acompasó sus pasos a los de ella.

Le irritaba que ella lo desafiara. También le sorprendía cómo lo ignoraba con tanta facilidad. Las mujeres nunca lo ignoraban. Deslizó una mirada sesgada en su dirección. Sus ojos avellana estaban fijos hacia delante, sus labios exuberantes en un mohín inflexible, la nariz impertinente y su barbilla decidida levantada en el aire.

Los cambios en ella eran increíbles. El peso extra en el instituto había desaparecido justo en los lugares exactos. Ahora las generosas caderas y el redondeado culo, diminuta cintura y pechos de buen tamaño, exigían la atención de un hombre. Su piel cremosa todavía relucía con vitalidad e invitaba a que uno la tocara.

Por desgracia ya no estaban en el instituto y esta sexy y distante mujer no era la chica con la que había sentido algo en común. No es que eso le hubiera hecho ningún bien entonces. Después de su primer encuentro ella había dejado claro que iba a permanecer fuera de su camino y lo había desdeñado las pocas veces que sus caminos se habían cruzado. Eso le había molestado, una hazaña increíble para un chico que ya acarreaba un cubo lleno de dolor. Vince se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se regañó a si mismo por desviarse de su plan.

—Tenemos que hablar, Jade. —La frustración volvía su voz ronca.

Ella no respondió. Tomó un rápido aliento de irritación y la esencia de lo que quiera que ella se untaba por su exquisito cuerpo le golpeó los pulmones, haciendo que tragara con dificultad.

—Todavía estaré aquí cuando termine tu clase.

—Estarás perdiendo el tiempo. Tengo una agenda ocupada.

—Entonces queda conmigo esta noche —se oyó a si mismo decir.

Ella succionó aire y se volvió para encararlo.

—No tenemos nada que discutir, Vince. La persona con la que necesitas hablar es mi madre. Tienes que mirarla a los ojos y decirle lo que acabas de contarme. Llamaré a su asistente en Fitz-Valdes para encontrarte un hueco tan pronto como ella vuelva. —Se volvió y levantó la mano para abrir la puerta empujándola.

Antes de que él pudiera cuestionarse sus intenciones, Vince se movió y golpeó su mano contra el marco de la puerta, bloqueándole la entrada.

—¿Disculpa? —Espetó ella, su mirada volando hacia su cara.

Su abrasadora mirada podría haber acobardado a un hombre inferior, pero después de su infancia y su vida en las trincheras en países devastados por la guerra para cubrir reportajes, podía manejar cualquier cosa que ella enviara en su dirección. Le devolvió la mirada de pleno.

Cuatro segundos después, él dejó caer su brazo y dio un paso atrás. Estaba en apuros. Sus defensas no significaban nada cuando se trataba de ella. Ella se movió como para entrar en la sala. Él tomó una decisión.

—¿Qué dices si empezamos de cero? Soy Vince Knight.

—No tengo tiempo para…

—No soy un policía o un detective privado. Pero fui un periodista de investigación, tuve un trabajo de detective privado, pero no me gustaba, y ahora escribo ficción. Estoy haciendo un favor a un miembro de mi familia encontrando una estatua desaparecida. Creo que puedes ayudarme. Por favor, cena conmigo para que podamos discutir los detalles.

Ella liberó un suspiro.

—No creo que eso sea una buena idea.

—Creo que es lo correcto. Te explicaré lo que ocurrió y puedes decidir si todavía quieres demandarme por difamación. —Su intento de humor falló cuando sus gruesos labios se tensaron y arrugas surcaron su suave ceño. La frustración hizo un nudo en sus tripas.

—Lo siento, Vince. Ya tengo planes para cenar.

Lanzó a su figura curvilínea un rápido repaso. Sí, probablemente tenía a los solteros más codiciados de Los Ángeles llamando a su puerta.

—¿Qué tal una bebida antes de cenar? —Jade abrió su boca para hablar pero él no le dio una oportunidad de hablar—. Me alojo en el Palace, en West Hollywood. Hay un restaurante en la primera planta. Encontrémonos allí a las seis en punto. Sólo unos pocos minutos de tu tiempo. Treinta minutos como máximo.

—Me lo pensaré.

No era lo que él había esperado, pero era mejor que nada. Alcanzó el interior de su bolsillo trasero buscando una tarjeta de visita y, con las prisas, dejó

caer su cartera. Varios condones se deslizaron fuera de la billetera negra de cuero y patinaron por el suelo de cemento. Uno aterrizó cerca de sus pies.

Menuda suerte. Debatió entre recoger sus enseres personales y darle su tarjeta. Decidió aferrarse a su dignidad, agarró la tarjeta y se la entregó. Cuando las comisuras de su boca se elevaron con diversión, el calor trepó por su cuello.

—Si no puedes ir, llámame —explicó.

—Como dije, me lo pensaré… Vinny. —Aceptó la tarjeta, empujó la puerta con el hombro y desapareció dentro del aula.

Vince esperó hasta la puerta se cerró tras ella antes de recoger sus pertenencias. Usar su apodo del instituto era una clara señal de que ella todavía pensaba que era el rebelde adolescente obsesionado con el sexo que la había aterrorizado en el instituto años atrás. Sus días de rebelde-sin-causa habían desaparecido hacía mucho tiempo. Como también la esperanza de que ella lo llamara.

Frunciendo el ceño, Vince abandonó el edificio y se dirigió a su auto alquilado. Quería que esta investigación se acabara y se cerrara para poder ir a casa. La insistencia de su tía de que el robo debía ser mantenido en secreto lejos de la policía y el FBI no tenía sentido. Pero la conocía lo suficiente como para tener sospechas: ella estaba protegiendo a su hermano pequeño, su padre.

El dolor cegó a Vince, haciendo que cerrara la mano en un puño. La idea de que pudiera estar ayudando a su padre lo devoraba. No le debía nada al viejo después de lo que hizo. Ni amor. Ni lealtad. Ni obligación. Si tuviera elección, no malgastaría un segundo pensando en el bastardo. Por desgracia, esta investigación estaba revolviendo las cosas, llevándole a dieciséis años atrás, una época que preferiría olvidar.

Reprimiendo un juramento, sacó su teléfono y marcó un número del sistema de marcación rápida.

—¿Tía Della? —dijo cuando se llevó el teléfono a la oreja—. ¿Qué tipo de relación tenía el juez con Estelle Fitzgerald?

Jade sonrió a sus estudiantes.

—Si alguien tiene una pregunta antes del examen de la próxima semana, ya sabéis mis horas de oficina. Me iré el viernes, así que cualquier consulta de último minuto tiene que ser hecha electrónicamente o entregada a Shaun Holton. —Un murmullo bajo dio la bienvenida a sus palabras, pero nadie ofreció un comentario—. Buena suerte con los finales, gente.

Despidió la clase, esperó que los estudiantes salieran en fila del anfiteatro de la clase antes de recoger su portátil y dirigirse hacia su despacho. Cuando la puerta del despacho estuvo a la vista, suspiró con alivio. *Se ha ido.* Aunque el por qué había esperado que Vince Knight todavía estuviera merodeando por allí la molestaba mucho. El hombre acusó a su madre de robo. De todas las cosas locas que había oído, esa las superaba. Si no fuera tan enfurecedor, lo habría encontrado divertido.

Entró en el despacho, se dejó caer en su silla y lanzó su tarjeta sobre el escritorio. Por un momento la miró fijamente como si pensara que ese acto pudiera hacerla desaparecer. Borrar sus palabras de su cabeza.

Oh, cómo había esperado el día de hoy, su última clase del semestre. Unos pocos días más para el inicio de sus muy necesitadas dos semanas de vacaciones. Eso fue antes del Sr. Yo-no-cometo-errores Knight y sus acusaciones.

—Muchas gracias, compañero.

Frunció el ceño, reproduciendo su conversación en su cabeza. En realidad, el hombre no había sido contundente y había acusado a su madre de robar. Ella, con su carácter malicioso, había saltado a esa conclusión tan pronto como él mencionó a su madre y el artefacto desaparecido en la misma frase. Todo porque el hombre había dicho que ella no había cambiado desde el instituto.

Instituto. Después de saltarse dos cursos, ella había sido mucho más joven que la mayoría de sus compañeros de clase y demasiado tímida e inhibida, excepto cuando estaba con su familia. Para rematarlo, había estado tomando medicación para controlar su arritmia, lo que había succionado toda su energía y la había dejado apática. Como era de esperar, pasar demasiadas horas con la nariz enterrada en libros y no hacer deporte la habían llevado al sobrepeso.

—Es sólo grasa infantil, cariño —había dicho su madre.

Sí, claro. Entre su infancia protegida y su enfermedad, era una sorpresa que hubiera dejado una impresión en nadie, mucho menos Vince Knight.

¿Qué quería decir con que no había cambiado? Puede que no fuera delgada, pero no estaba gorda tampoco. Su corazón loco tenía un ocasional latido prematuro que enviaba un impulso eléctrico en un bucle repetido y ponía su corazón a doscientas pulsaciones por minuto, pero podía controlarlo. Y trabajó demasiado duro este pasado año como para superar su timidez, gracias al manual superventas de la Sra. M.M. Evan, *Consigue una Actitud de Chica Dura.* Incluso su manipulador ex marido habría tenido dificultades para reconciliar a la nueva, confiada y segura Jade con aquella a la que él había controlado.

En cuanto al instituto, el ridículo que había soportado cuando sus hermanos y primos no estaban alrededor para defenderla de las bromas llamándola "cerda" que aparecían en su cabeza. Su primer encuentro con Vince vino después. Un chico popular que le gustaba le había pedido un baile, el baile de primavera era algo muy importante en su instituto. Poco sabía ella que era una broma. Vince había llegado en ese humillante momento y la había encontrado llorando mientras un montón de chicos se reían de ella.

Jade colocó su portátil en su maletín, aseguró las tiras y tiró de la cremallera con más fuerza de la necesaria. Luego se balanceó sobre sus talones y suspiró.

Han pasado dieciséis años, Jade. Supéralo ya.

Más fácil de decir que de hacer. No importaba cuanto lo intentara, esa chica insegura resurgía para burlarse de ella cada vez que alguien mencionaba haberla conocido en el instituto. Sacó su copia de *Consigue una Actitud de Chica Dura* del cajón de su escritorio y lo metió en su bolso. Luego levantó el maletín del portátil sobre su hombro, agarró el asa del bolso y recogió sus llaves. Antes de que comenzara a andar hacia la puerta, se detuvo para mirar la tarjeta de Vince.

Liberar a la perra que llevaba dentro sobre él porque había mencionado el instituto era infantil. Su madre debería ser su principal preocupación ahora. Incluso antes de que Vince entrara en su despacho, su madre había estado en su mente. El comportamiento de Estelle Valdes-Fitzgerald antes de irse de crucero no era normal, la expresión ansiosa, negándose a recibir a gente a casa o a salir, lo cual era decir bastante para alguien que medraba en las

funciones sociales. Jade asumió que era la fatiga cebándose en ella, pero ahora…

Ella y su madre tenían que hablar primero. Deja que a Vince Knight se le bajen los humos por ahora.

Jade agarró el borde de su escritorio y fulminó con la mirada el teléfono. Durante tres días había llamado a su madre tan sólo para ser redirigida a su buzón de voz. Incluso sus mensajes de texto quedaban sin responder. Sus hermanos y primos tampoco habían tenido noticias de ella. Jade respiró hondo y abrió de un tirón el cajón del medio de su escritorio. La tarjeta de Vince estaba allí, burlándose de ella. Odiaba dar credibilidad a las alegaciones de ese hombre arrogante. Su madre era incapaz de robar. No tenía por qué hacerlo.

Por otro lado, había buscado en Google el hombre de Vince Knight dos días atrás y vio su impresionante currículum. El hombre no era un cuentista. Como reportero de renombre, Vince cubrió historias en tiempo de guerra para un periódico en Seattle e incluso ganó un Pulitzer por uno de sus artículos. Su cambio a la ficción le había reportado galardones literarios y bastantes seguidores. Aunque los thrillers militares y de espionaje no eran lo suyo, Jade incluso había comprado uno de sus libros en su librería favorita para su lectura de vacaciones.

¿Así que Vince Knight era meticuloso e implacable cuando perseguía a alguien? Eso no hacía que tuviera razón acerca de su madre o su estatua desaparecida. Jade tomó su tarjeta y cerró el cajón. Quería oír lo que el hombre tenía que decir. Eso era todo.

Se cargó al hombro su bolso, salió del despacho y entonces marcó su número.

—Vince Knight —respondió después de un tono.

Oh, esa voz. Tenía que haber una ley en contra de eso.

—Soy Jade. Puedo encontrarme contigo esta tarde. No más de treinta minutos.

—Bien. ¿A las seis en punto?

—Cinco. —Le oyó ahogar un juramento—. ¿Va a ser un problema?

—Ningún problema en absoluto. Estaré allí.

Tenía la sensación de que podía decirle que se encontrara con ella en este mismo instante y ninguna ley de la naturaleza podría detenerle en conseguirlo.

—Prométeme una cosa, Vince.

—¿El qué? —Su voz era indiferente.

—Mantengámonos en los hechos con esto, ¿de acuerdo?

—¿Y eso qué significa?

—No quiero oír conclusiones basadas en tu intuición como periodista o en lo que esperas verificar. Necesito ver claras evidencias que confirmen tus alegaciones, de otro modo no tiene caso tener este encuentro. —Había silencio aunque ella sabía que él todavía estaba en la línea—. ¿Vince?

—Entendido. —Había un matiz de enfado en su voz—. Nos vemos a las cinco. —Él colgó.

Jade frunció los labios. Así que estaba enfadado. Pues vaya. ¿Qué esperaba que hiciera ella? ¿Aceptar sus palabras como la verdad porque él lo decía? Estaba en su derecho a verificar sus afirmaciones antes de hablar con él. Entonces, ¿por qué se sentía como si fuera a saltar de un avión sin paracaídas?

Por favor, mamá. Devuélveme la llamada. Antes de las cinco en punto.

Jade se metió en su auto y colocó sus bolsas en el asiento del pasajero delantero. Toda esta preocupación podría haber sido innecesaria si hubiera presionado a su madre en busca de respuestas en lugar de aceptar su explicación de la fatiga. Las palabras de Vince seguían resonando en su cabeza, llenándola con cosas que nunca habría contemplado una semana atrás. ¿Su madre, pilar de la sociedad, una ladrona? Ridículo.

En lugar de encender el auto, agarró el volante y frunció el ceño. Apretar el volante forrado en piel no iba a calmar sus preocupaciones. Respiró hondo mientras tomaba una decisión. Olvida los treinta minutos que había prometido a Vince. Se iba a pegar a su lado hasta que supiera cada condenado detalle de su investigación.

Sobre la autora

E.B. WALTERS creció leyendo a Nancy Drew y a los Hardy Boys y soñando con algún día escribir sus propias historias. Terminó su doctorado en Química, se casó con el amor de su vida y decidió ser un ama de casa. Ahora vive en un pintoresco valle en Utah con su marido, cinco hijos y dos gatos americanos de pelo corto. Cuando no está escribiendo puedes encontrarla haciendo cosas con su familia, leyendo, viajando o chateando por internet con fans. Escribe tanto fantasía Young Adult bajo el seudónimo de Ednah Walters como romance adulto bajo el nombre E. B. Walters.

SLOW BURN es el primer libro de la Familia Fitzgerald.

Puedes visitarla en internet en: www.ednahwalters.com.

Traducido, corregido y diseñado en...

http://thefallenangels.activoforo.com/forum

¡Esperamos nos visites!